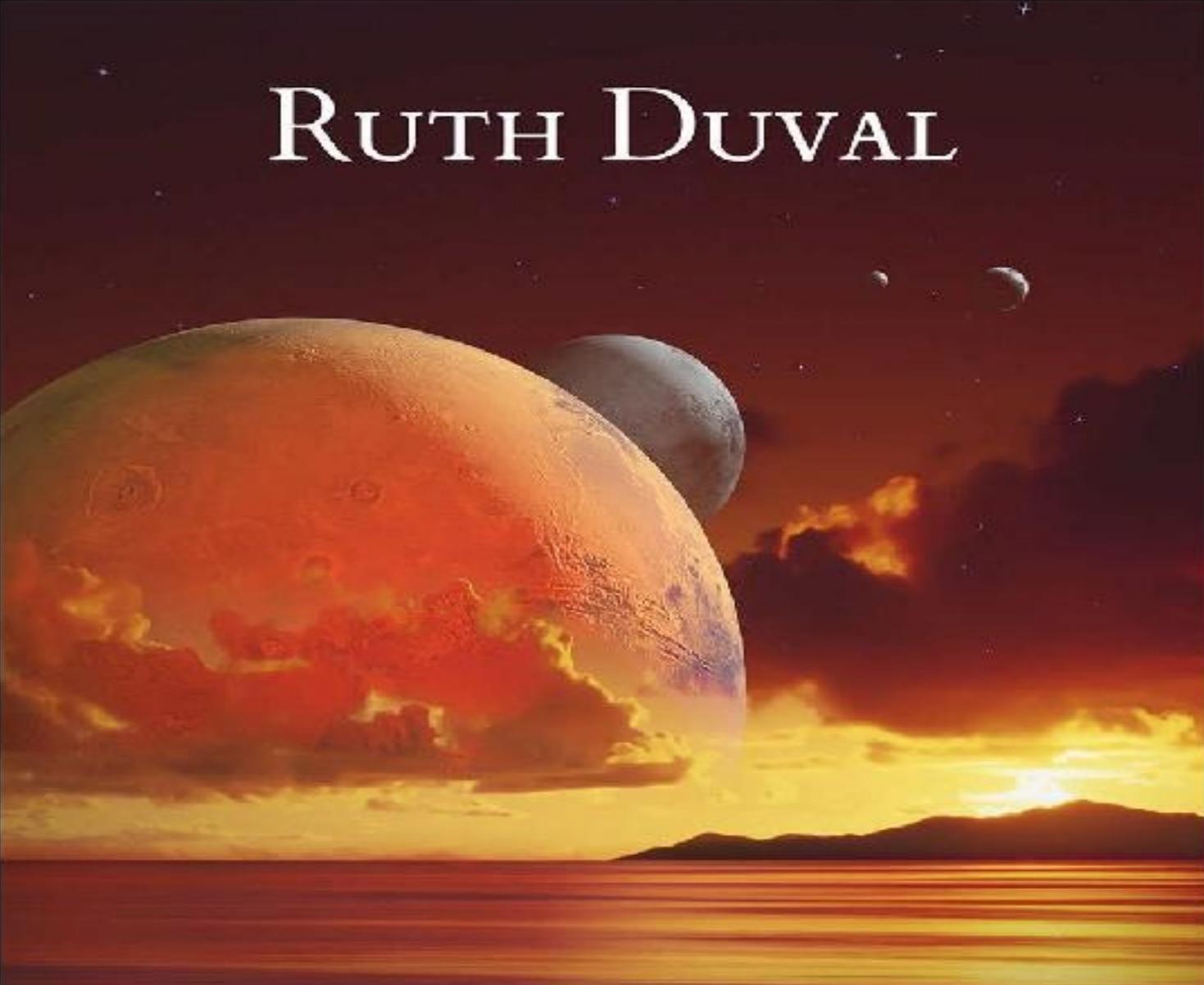


Selecta

RUTH DUVAL



**Planeta
Máquina**

Planeta Máquina

Ruth Duval

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A la persona que me inspira
y que hace posible todas mis historias*

Capítulo I

El vagón del metro estaba abarrotado. Johana, agarrada a una de las barras, se movía al ritmo acompasado del traqueteo. La noche anterior, su turno de trabajo se había alargado más de lo acostumbrado y estaba muerta de sueño; apenas había logrado dormir cinco horas.

Por los altavoces escuchó el nombre de la siguiente estación y se espabiló; era la suya. El suburbano se detuvo, se abrieron las puertas y, al igual que muchos de los viajeros, Johanna bajó del tren. En segundos, el andén quedó completamente invadido. Caminaban en silencio unos detrás de otros en dirección a las escaleras mecánicas, en busca de la salida.

Por fin alcanzó el exterior. Se detuvo y miró al cielo.

«¡Mierda! Otra vez está lloviendo —pensó mientras se cubría la cabeza con la capucha—. Hoy, sin falta, tengo que comprar un paraguas». Mentira, no iba a comprarlo. Llevaba ya dos años en esa ciudad, una ciudad en la que llovía trescientos días al año, y nunca encontraba el momento de hacerlo.

Se ajustó el abrigo impermeable y apretó el paso. La entrada al Hospital Saint James quedaba a cien metros. Esperaba llegar sin acabar calada hasta los huesos.

Una sombra entre la multitud observaba con atención cada uno de los movimientos de la joven. Era un hombre de complexión atlética, corpulento y bastante más alto que el resto de los transeúntes. Sin embargo, pasaba completamente desapercibido. Una parte indispensable de su trabajo era no llamar la atención, y lo hacía a la perfección.

La había seguido desde su apartamento, en la calle 27, hasta su lugar de

trabajo, el ala de urgencias del hospital. Continuó sin perderla de vista hasta ver cómo franqueaba la puerta de entrada destinada al personal médico.

Se quedó en la acera de enfrente, esperando.

Gotas de helada lluvia se deslizaban por su cara, pero él ni siquiera las notaba. Su rostro, esculpido en piedra, no transmitía ningún sentimiento de incomodidad. Estaba entrenado para realizar su misión sin importar las condiciones. Mantenía sus fríos ojos de color gris fijos en el punto por donde instantes antes la joven a la que vigilaba había desaparecido.

Llevaba semanas tras ella y la rutina siempre era la misma, conocía sus pasos. Sabía que no saldría de aquel edificio hasta pasadas doce horas, cuando acabase su turno.

Él era un buscador y ella, uno de los sujetos a examen en la búsqueda.

Sujeto n.º 486037/5580.

Nombre: Johana Smith.

Padres: Desconocidos.

Lugar de nacimiento: Desconocido.

Año de nacimiento: 1990.

Edad actual: 27 años.

Criada en el Orfanato Orson hasta la mayoría de edad bajo la tutela del Estado.

Impresionante expediente académico.

Doctora en medicina, se graduó en una de las mejores universidades del país.

La mejor alumna de su promoción.

A lo largo de los años había desempeñado muchas misiones. Por lo general, los sujetos a su cargo no solían causarle ninguna sensación en particular.

Simplemente se limitaba a repasar los datos y a enviar las muestras necesarias para su comprobación; después, los olvidaba sin más.

Sin embargo, el caso 486037/5580 era diferente; no podía determinar exactamente qué era, pero aquella mujer tenía algo distinto al resto de los sujetos. Después de tanto tiempo siguiéndola y estudiando su rutina, había llegado al punto de poder predecir muchas de sus reacciones. Puede que de ella sí se acordase cuando todo aquello hubiese acabado.

Había analizado más expedientes que cualquier otro y se sabía de memoria el protocolo por seguir; jamás variaba. El objetivo era localizar a los nacidos en un periodo y lugar geográfico concretos de cuyos padres no existiese registro alguno. Esta búsqueda sistemática de individuos podía llevar meses. Su trabajo consistía en realizar dicha lista y cotejar los datos de los sujetos que encajasen con el perfil. Cuando encontraba uno coincidente, enviaba una muestra de su ADN para una comprobación de nivel 1. Eso era exactamente lo que había ocurrido con el expediente 486037/5580.

El siguiente paso, tal y como indicaba la norma, era realizar un seguimiento exhaustivo del individuo hasta recibir el resultado de la prueba. Esto último podía demorarse varias semanas —a veces, un par de meses—, ya que el número de sujetos en estudio en la primera fase era enorme. Miles de muestras, procedentes de los más distantes lugares, llegaban cada día para ser analizadas.

Sujeto 486037/5580: Comparación positiva de nivel 1. Envíe muestra para comprobación de nivel 2.

No era algo demasiado extraño. Durante su carrera, había tenido bastantes coincidentes de nivel 1, unos cuantos habían pasado al nivel 2 y algunos de ellos, al 3. Ninguno, al menos de momento, había conseguido alcanzar el nivel 4.

Envió una nueva muestra.

El sistema de comprobación era sencillo pero extremadamente laborioso. Básicamente se trataba de estudiar el ADN del sujeto y ver si era igual al registro de ADN que se guardaba como muestra de referencia en el Departamento Central.

No hay dos personas que tengan el mismo ADN; cada individuo posee un ADN propio que lo distingue del resto de los seres. Es una clave única, aunque puede tener ciertas similitudes con otro, en especial, si son de la misma familia.

Para facilitar la búsqueda, se implantó el sistema de comparación por niveles. En el nivel 1, se analiza un número limitado de marcadores del ADN del sujeto; si coincide con la copia del ADN original y tienen el mismo material genético, pasa al análisis del siguiente nivel, en el que se estudian partes más amplias de la cadena de ADN. Así, sucesivamente, hasta llegar al último, en el que se comprueba la totalidad de la secuencia genética.

Durante la comparación, debido a los procesos a los que es sometido, el ADN del sujeto queda inservible. Por ello, para realizar el examen del siguiente nivel, era requerido el envío de una nueva muestra.

Por supuesto, llegar al resultado final podía tardar bastante, ya que el número de expedientes en fase 1 era inmenso y, de ellos, muchos pasaban a la fase 2. Sin embargo, la cantidad se veía drásticamente reducida en la fase 3. Respecto al nivel 4, tan solo se sabía de una docena que había llegado a alcanzarlo y ninguno había conseguido pasar la comparativa del nivel 5, la última.

Todo aquel tiempo, durante el cual el proceso había ido desarrollándose, había permitido al buscador conocer bastante bien al sujeto de su estudio, Johana. Por supuesto, el individuo objeto de seguimiento jamás debía percatarse de lo que en realidad estaba sucediendo. Esa era una norma inquebrantable, aunque en ocasiones era complicado cumplirla, tal y como había ocurrido cinco semanas atrás.

Ella no era dada a establecer relaciones con la gente que la rodeaba. No mantenía ningún contacto con sus antiguos compañeros de estudios y tampoco estaba interesada en entablar amistad con la gente con la que trabajaba. Los años en el orfanato le habían enseñado a no encariñarse con las personas. Era independiente, sabía valerse por sí misma sin necesitar de otros. Pero ese día había sido malo, malo de veras. Un accidente múltiple con un autobús escolar implicado, una jornada especialmente larga y difícil en urgencias. Después de la

tensión sufrida y de las escenas vividas, no le apetecía irse a su solitario apartamento; antes de dormir, necesitaba sustituir las imágenes de su cabeza por otras más amables.

Era costumbre entre las enfermeras ir a tomar unas cervezas después del trabajo para olvidar las preocupaciones del día y, en esta ocasión, decidió acompañarlas. Era un grupo de mujeres simpáticas, parlanchinas y muy graciosas. Johana disfrutó de la compañía y, varias veces, se rio con ganas de sus estúpidos chistes. Le vino bien ese rato para despejar la mente. El bar no quedaba lejos de su piso y hacía buena noche, algo excepcional en esa ciudad, así que decidió ir a casa dando un paseo. No se dio cuenta de que dos individuos la habían visto salir sola y habían ido tras ella.

El buscador, que había observado toda la escena, decidió intervenir. Ella era su sujeto, y no podía permitir que nadie le hiciese daño mientras siguiera siéndolo. Salió de la semioscuridad de uno de los callejones y se cruzó en el camino de aquellos dos indeseables. Los despachó rápida y certeramente, sin hacer el menor ruido. Ella nunca supo del verdadero peligro al que había estado expuesta.

Sujeto 486037/5580: Comparación positiva de nivel 2. Envíe muestra para comprobación de nivel 3.

Envió la muestra para la fase 3.

Mientras esperaba la siguiente respuesta del Departamento Central, continuó observando y vigilando.

Sabía que una vez que entraba en el hospital no volvía a salir hasta que terminaba su turno, así que solía aprovechar el tiempo para entrar en su apartamento. Saber cómo vive una persona aporta mucha información.

El pequeño piso que había alquilado constaba de cocina, salón, cuarto de baño y una única habitación, solo para ella; en su ajetreada vida no había sitio para compañeros. Hacía dos años que estaba en esa ciudad, pero todavía tenía cajas de la mudanza por abrir; como si, de manera inconsciente, estuviese

preparada para irse en cualquier momento. Apenas tenía objetos personales. El frigorífico estaba medio vacío y se alimentaba básicamente de comida precocinada. «Johana, deberías comer mejor», pensaba cuando miraba el interior de la nevera.

No podía evitarlo, sentía cierta responsabilidad hacia ella.

Sujeto 486037/5580: Comparación positiva de nivel 3. Envíe muestra para comprobación de nivel 4.

No era la primera vez que tenía un sujeto coincidente de nivel 3, pero siempre despertaba la misma emoción. Recogió del apartamento una nueva muestra de ADN y la envió. ¿Y si fuese ella?

Aquel día Johana se puso enferma.

—Doctora Smith, tiene usted un aspecto lamentable —dijo Sharon, una de las enfermeras.

—Me duele la cabeza, tengo fiebre y toso sin parar. Estoy fatal, creo que he cogido una gripe.

—Debería irse a casa y meterse en la cama hasta que se le pase.

—No puedo irme. Todavía hay pacientes que atender.

La enfermera echó un vistazo a la sala de espera.

—Solo hay tres. El doctor Murray puede hacerse cargo.

Johana suspiró. Le dolía cada músculo del cuerpo pero, aun así, se negaba a marcharse. Se había convertido, prácticamente, en una adicta al trabajo. Pasaba más horas dentro de aquel hospital que en cualquier otro sitio. Le gustaba lo que hacía y, además, lo hacía realmente bien.

Siempre había tenido facilidad para reparar cosas; desde pequeña, cualquier artilugio que caía en su poder era desarmado, armado y vuelto a poner en marcha. La mayoría de las veces, incluso, mejoraba su rendimiento. ¿Y qué era el cuerpo humano si no una máquina perfectamente diseñada que, en ocasiones,

sufría alguna disfunción reparable? Descubrir qué no andaba bien y solucionarlo era emocionante. Le encantaba su trabajo.

Su impresionante expediente académico y laboral, así como las funciones desempeñadas en el hospital durante estos dos años, no había pasado desapercibido al Consejo de Dirección. Su nombre resonaba con fuerza para el puesto de jefe de urgencias.

Una tos ronca brotó de su pecho. La enfermera la miró con cara de «te tienes que ir a casa ya».

Finalmente, Johana se rindió a la evidencia.

—Tienes razón, no puedo trabajar así, será mejor que me vaya. Hablaré con el doctor Murray para que me sustituya.

Pasaron dos días. Johana no había salido de su piso y tampoco había ido a trabajar. Ella estaba enferma y el buscador, preocupado por su estado, decidió esa noche entrar por una de las ventanas que daban a la escalera de incendios.

El apartamento estaba a oscuras, completamente en silencio. Se movió sigilosamente buscándola. La vio entre la penumbra. Estaba durmiendo en su habitación, tenía la cara enrojecida por la fiebre y respiraba con dificultad. Se acercó y la tapó mejor con la manta. Lo hizo con cuidado, para no despertarla. Se quedó durante un rato observando cómo dormía, pensando qué hacer para ayudarla, pero él no podía interactuar con ella, no debía saber por qué estaba allí ni lo que hacía.

Al día siguiente la fiebre remitió y dos días después Johana ya pudo reincorporarse al trabajo y a su rutina habitual.

Sujeto 486037/5580: Comparación positiva de nivel 4. Envíe muestra para comprobación final de nivel 5.

—La identificación ha sido positiva, lo han encontrado.

—Eso no puede ser. Después de tanto tiempo... ¿La confirmación es segura?

—El buscador envió tres muestras distintas de ADN para confirmar la prueba

de nivel 5.

—¿Y bien?

—Las tres dieron coincidencia positiva. Es él, no hay duda.

—No podemos permitir que llegue.

—¿Y qué va a hacer? No se atreverá a...

—¡Haré lo que haga falta! Deme los datos y yo me encargaré del resto. Enviaré un equipo para que eliminen al sujeto inmediatamente, antes de que lo traigan. Así será más fácil; una vez aquí las cosas podrían complicarse.

—¡No sé quién es! Únicamente conocemos el número de su expediente y su ubicación espacio-temporal, nada más. Hasta que el buscador no inicie el acercamiento, no sabremos exactamente de qué persona se trata.

—En ese caso, mi gente mantendrá bajo vigilancia al buscador y, cuando realice el contacto, identificarán al sujeto y acabarán con él.

Año 1 de la partida, día 1

—*Vamos, tenemos que darnos prisa —dijo apresurando al muchacho.*

Lo tenía agarrado de la mano y tiraba de él para llegar cuanto antes a la nave que esperaba por ellos. El pequeño, de seis años, caminaba rápido, casi corriendo, intentando seguir el paso de su hermano mayor.

Ya habían conseguido alcanzar las pistas de despegue dejando atrás el tumultuoso gentío. Cientos de personas, desesperadas, buscaban una plaza libre que les permitiese embarcar en alguno de los numerosos navíos que abandonaban el planeta.

Por fin llegaron al trasbordador. El encargado de seguridad respiró aliviado al verlos e inmediatamente ordenó el cierre de la compuerta.

—*Quédate aquí sentado —mandó al niño mientras le ataba las sujeciones.*

—*¿A dónde vas? —preguntó inquieto. No quería que lo dejase solo.*

—*Voy a ver si está todo preparado y vuelvo enseguida, ¿vale?*

El joven se dirigió a la parte trasera de la nave, donde el encargado del transporte realizaba las últimas comprobaciones.

—*Buenos días, ¿falta algo por embarcar?*

—*No. Estamos listos para emprender viaje, podemos irnos en cuanto dé la orden.*

—*Pues, entonces, en marcha. Salgamos de aquí cuanto antes.*

—*Sí, señor.*

El joven regresó a su sitio mientras el trasbordador comenzaba a tomar

altura. Se sentó rápidamente, se colocó los arneses de seguridad y esperó el empuje del motor de aceleración. Nunca había logrado acostumbrarse a aquella sensación. Apretó los puños contra los reposabrazos del asiento y, cuando la opresión en el estómago aumentó, miró de reojo a su hermano pequeño para ver qué tal lo llevaba. El niño estaba encantado, sonreía de oreja a oreja.

Finalmente, abandonaron la atmósfera protectora del planeta y salieron al espacio exterior. La presión sobre el cuerpo cesó y sus pies comenzaron a flotar. No se movieron de sus asientos gracias a los amarres de seguridad que los mantenían sujetos. Unos segundos después, los ajustes automáticos de gravedad de la nave se activaron y todo volvió a la normalidad.

El piloto comenzó la maniobra de aproximación hacia la megaestructura que aguardaba orbitando. La construcción era de proporciones gigantescas y, a medida que se acercaban y el tamaño iba aumentando, la verdadera envergadura del proyecto quedaba revelada en toda su magnitud. Construir todo aquello había supuesto un esfuerzo titánico pero, sin duda, había valido la pena. Lo habían terminado a tiempo para el gran éxodo.

El pequeño miraba encantado por la ventanilla. Su hermano mayor pudo ver la fascinación reflejada en sus ojos. Él mismo recordaba la sensación que le había producido salir por primera vez al espacio y darse cuenta de que lo que hasta ahora conocía no era nada en comparación con todo lo que le quedaba por descubrir. Su planeta apenas era una pequeña mota de polvo en medio de la galaxia. También él había estado entusiasmado.

Sin embargo, en esta ocasión no sentía la misma alegría. Observar cómo poco a poco abandonaban el que hasta ahora había sido su mundo le producía una honda tristeza. Jamás regresarían a Theros.

Capítulo II

A los pocos minutos de entrar Johana esa mañana en el hospital, un herido grave, procedente de un bloque de apartamentos en construcción, ingresó en urgencias.

Una caída desde una considerable altura le había provocado varios politraumatismos, pero la peor parte se la habían llevado las piernas. De una de ellas asomaba un trozo del forjado del edificio; la varilla le había atravesado de lado a lado. Los bomberos habían tenido que utilizar una radial para cortar la barra de metal y así poder trasladarlo hasta el hospital.

Lo examinó e inmediatamente ordenó que lo llevaran a quirófano.

Había transcurrido aproximadamente una hora cuando apareció el señor Harris, jefe de personal del hospital.

—¿Dónde está la doctora Smith? —preguntó a una de las enfermeras de recepción.

—Ahora mismo está en medio de una intervención.

—¿Qué? ¡No puede operar! —exclamó con evidente enfado en la voz—. ¿En qué quirófano?

—En el número 2 —respondió la enfermera revisando los papeles—. Sí, en el 2.

El jefe de personal, sin decir una palabra más y con paso rápido, echó a andar hacia allí; iba seguido muy de cerca por el doctor Murray.

Llegaron hasta al quirófano y vieron, a través de la cristalera, cómo Johana intervenía al paciente. El señor Harris pulsó el intercomunicador para que se lo

oyese desde dentro.

—Doctora Smith, usted no puede realizar esa operación, ni siquiera debería estar en el hospital.

Johana no le hizo caso, estaba demasiado ocupada salvándole la vida al hombre que tenía encima de la mesa como para prestar atención a las majaderías del jefe de personal.

El tipo volvió a insistir.

—He sido informado de que ayer terminó su turno a las 3:00 y, teniendo en cuenta la hora a la que ha entrado a trabajar, es evidente que no ha dejado pasar el tiempo reglamentario de descanso entre turno y turno. Así que deje de hacer lo que está haciendo, un compañero la sustituirá.

Johana siguió ignorándolo.

—Doctor Murray, entre ahí y hágase cargo de la intervención —ordenó el jefe de personal.

—Como usted mande —respondió. «Después de lo de hoy, la buena reputación de la doctora Smith va a verse seriamente enturbiada», pensó Murray con cierta satisfacción.

Se puso la indumentaria apropiada para operar, se lavó a conciencia las manos, entró en el quirófano y, después de acercarse hasta la mesa, dijo:

—Doctora Smith, yo continuaré.

—Espera, Murray. —Johana seguía atareada con lo que tenía entre manos.

—Tienes que apartarte, ¿es que no has oído? —insistió con voz más firme.

No podía dejar de hacer lo que estaba haciendo y el imbécil que tenía al lado no era consciente de ello. Habían logrado retirar el trozo de forjado, pero la varilla de hierro había dañado seriamente una de las arterias del paciente. Así que, en el momento en que la apartaron, la herida comenzó a sangrar profusamente. La femoral estaba seccionada; si no era capaz de detener la

hemorragia, aquel pobre hombre moriría desangrado en cuestión de minutos.

Acababa de conseguir pinzar los extremos de la vena cuando su asistente dio la voz de alarma.

—Las constantes están bajando demasiado, doctora Smith.

—Solo necesito un momento —murmuró.

La frecuencia de latidos continuó descendiendo.

—Vas a matarlo —le dijo Murray con la vista fija en el monitor.

—Si no piensas ayudar, cierra la boca —le contestó.

El paciente entró en parada cardíaca. El pitido continuo de la máquina inundó el tenso silencio de la habitación.

—Voy a dar parte de lo que ha ocurrido hoy aquí. Tu insubordinación ha causado el fallecimiento de este hombre. Estás acabada, después de esto no volverás a ejercer la medicina.

Johana no le contestó, estaba demasiado concentrada en su tarea, terminando de suturar la arteria; solo necesitaba un par de segundos más, solo eso.

—¡Listo! —exclamó en cuanto acabó—. ¡Mathew, reanima el corazón! —ordenó a su asistente.

—¡Fuera! —gritó este al poner las palas sobre el pecho del herido y aplicar la descarga eléctrica.

Pasaron unos instantes que parecieron horas. Todos contuvieron la respiración y, cuando escucharon el primer pitido y después el segundo, un suspiro de alivio recorrió la habitación.

El paciente era un hombre joven y sano, así que respondió sin problemas; su corazón volvió a latir recuperando un ritmo regular.

La doctora Smith dio las instrucciones pertinentes a su equipo para reponer el volumen sanguíneo del enfermo y terminó la operación. Felizmente, todo había salido bien.

«Menos mal», pensó Johana mientras se quitaba los guantes y colocaba la ropa manchada de sangre en el cubo, fuera ya del quirófano, aunque todavía le quedaba enfrentar al señor Harris.

Cuando abrió la puerta, allí estaba, esperando.

—Buenos días —le dijo—, me alegro de que la operación haya sido un éxito pero, sin duda, ha corrido usted un riesgo completamente innecesario. No puede saltarse las normas así, sin pensar en las consecuencias. El tiempo reglamentario de descanso entre turno y turno es por algo. Los cirujanos agotados comenten errores, y esos errores cuestan vidas, además de mucho dinero al hospital. Hay más médicos en este centro que pueden ocuparse de las urgencias, no solo usted. ¿Lo entiende?

—Perfectamente.

—Debería abrirle un expediente disciplinario por lo que ha ocurrido hoy.

—¿Va a hacerlo?

—No, no lo haré si me asegura que esto no va a repetirse en el futuro. Jamás volverá a saltarse su periodo de descanso, ¿queda claro?

—Como el agua. Tranquilo, que no volverá a ocurrir. Eso sí: comuníquese a quien corresponda que, si manda a la mitad de los cirujanos del hospital a un congreso médico en San Francisco, la otra mitad tendrá que cubrir esos turnos. Lo cual puede ser bastante complicado si tenemos en cuenta «el tiempo reglamentario de descanso entre turno y turno», tal y como usted ha tenido a bien mencionar.

El señor Harris torció el gesto. Él era el responsable de haber dado permiso a ese personal médico para ausentarse y era evidente que no había previsto todas las dificultades de organización que esa decisión iba a conllevar.

De hecho, la única razón por la que había ido a sacar del quirófano a la doctora Smith era que el doctor Murray le había hecho ver el peligro que correría el hospital si, por causa del celo laboral de la doctora, esta incurría en un error de

praxis, lo que convertiría al centro en responsable subsidiario de cualquier negligencia.

—Está bien, no tiene caso que sigamos hablando más del tema —dijo finalmente el jefe de personal y, sin más, dio por concluida la conversación y se marchó a su oficina dejando a Johana plantada en el pasillo.

—Mentecato —murmuró mientras lo veía alejarse. «Será mejor que me vaya a la cafetería y me tome algo, necesito un descanso de tanto idiota», pensó.

Sentada en una de las mesas al lado de la ventana, daba vueltas con la cucharilla a la humeante taza de café que sostenía en la mano. Tenía la mirada perdida, sumida en sus propios pensamientos, mientras veía cómo la lluvia seguía cayendo en el exterior.

Cathia, una de las enfermeras, se acercó.

—¿Puedo? —preguntó apartando una silla.

—Claro —respondió.

Se sentó junto a ella. Llevaba una taza de té y un bollito de canela.

—¿Quieres un trozo? —le preguntó señalándolo—. Están de muerte.

—No, gracias. Ya he comido uno antes.

—Una mañana movidita, ¿eh? Ya nos hemos enterado de lo que pasó en el quirófano. ¡Qué fuerte!, ¿verdad?

Johana la miró de reojo. Era increíble cómo corrían los chismes entre las enfermeras; a veces no estaba segura de si trabajaba en un hospital o en una revista de cotilleos.

No dijo nada y le dio un sorbo a su café.

—Entre las enfermeras hay un consenso generalizado de que todo ha sido culpa del doctor Murray. Tú, ¿qué crees?

Ahí estaba el motivo de que se hubiese sentado con ella: quería más información para aportar a los corrillos. Bebió otro poco de la taza y se encogió

de hombros sin pronunciar palabra.

Cathia no se dio por vencida, era la mejor sacando información y lo sabía, así que continuó.

—Yo estoy segura de que te tiene envidia. Siempre ha sentido celos y ahora, que vas a ser la nueva jefa de urgencias...

Johana seguía callada como un muerto.

—Porque lo vas a ser, ¿no?

Cathia era simpática pero fisgona. Sabía que la chica no lo hacía con mala intención; en realidad, era bastante agradable. Lo que ocurría era que le encantaba estar enterada de todo y, lo más importante, ser la primera en contarlo. Pero, como no estaba dispuesta a aportar ninguna novedad a la base de datos de Cathia, Johana terminó su café de un sorbo, se levantó y se despidió cortésmente alegando que tenía un montón de papeleo por rellenar.

La enfermera se quedó sola, rumiando la información recibida o, más bien, la ausencia de ella; lo que, en sí mismo, ya era un apunte a tener en cuenta.

El buscador, con la vista fija en la puerta que utilizaba el personal médico para acceder a su lugar de trabajo, continuaba esperando en la acera, enfrente del hospital. No se había movido de allí desde que Johana había entrado esa mañana.

—¿Está todo listo? —preguntó al hombre que acababa de llegar y que se había quedado de pie a su lado.

Durante la madrugada había recibido la confirmación positiva de nivel 5, y junto con ella un comando, con tres de los mejores soldados de su unidad, había sido enviado.

—Sí, solo esperamos tus órdenes —contestó. Era Geir, uno de ellos, el encargado de inspeccionar los alrededores y asegurar la ruta de salida—. Erik, ¿cuándo procederemos a la extracción?

—En tres horas, pero antes debo establecer contacto con el sujeto y darle a conocer su nueva situación.

—¿Cuál es mi siguiente paciente? —preguntó la doctora Smith a Sharon, una de las enfermeras que estaba en el mostrador, mientras le entregaba el informe del último enfermo. Acababa de atender a un niño que se había metido siete guisantes por la nariz. «Estos críos hacen lo que sea con tal de no comerse la verdura», pensó.

—Box 5. Te va a alegrar el día, ya lo verás —contestó sonriendo mientras le daba el formulario de ingreso.

—¡Es un bombonazo!, ¡el tío está buenísimo! Además, ha preguntado por ti. Creo que un amigo suyo le recomendó que te viera. Por cierto: si el amigo está como él, preséntamelo, ¿vale? —Cathia se había unido al grupo para dar su opinión sobre el paciente del box 5.

Las enfermeras siempre sacaban tiempo para bromas y cotilleos. Ella, en cambio, estaba allí para trabajar, no para perderlo con tonterías.

Johana cogió el informe del paciente y se dirigió al box 5 dejando a las dos enfermeras, en el mostrador, expectantes por ver su reacción.

Apartó la cortina y entró leyendo los datos del formulario.

—Buenos días, señor... Stevenson, soy la doctora Smith y voy a ser su médico. Por lo que veo en su ficha, se queja usted de dolor abdominal. Por favor, tumbese en la camilla y súbase la camisa para que pueda examinarlo.

Cuando terminó de hablar, levantó la vista de los papeles y se quedó boquiabierta. El hombre, enorme, de casi dos metros, parecía sacado de una película protagonizada por una raza de míticos guerreros venidos del norte. Tenía el cabello oscuro y las duras facciones de su rostro, acentuadas por una leve sombra de barba, se veían ligeramente suavizadas por unos increíbles ojos claros como el hielo, que la miraban sin perder detalle. Las enfermeras tenían razón: aquel perfecto ejemplar masculino estaba de toma pan y moja.

Johana se rehízo enseguida y le indicó que se tumbase en la camilla. Erik observó el artilugio. No había ido allí para ser examinado, había ido para explicarle quién era él y sobre todo quién era ella en realidad. Finalmente,

decidió que le seguiría la corriente, tal vez así le sería más fácil digerir la información que debía darle. Se tumbó en la camilla.

Justo cuando iba a comenzar a hablar, Johana se colocó a su lado y le hizo un gesto para que se subiese la camiseta. Él obedeció y ella comenzó a palpar la zona abdominal.

—¿Le duele aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—Tampoco.

En cuanto el hombre dejó al descubierto su abdomen, Johana no pudo menos que admirar su perfecta musculatura. La cosa mejoraba por momentos. Lucía unos abdominales increíbles. «Concéntrate, Johana —se repitió por enésima vez—; es un paciente y tú, su médico».

Reparó en sus ojos, aquellos ojos de un precioso color invierno, que la contemplaban fijamente... Se puso aún más nerviosa y apartó de inmediato la vista; incluso comenzaron a temblarle un poco las manos. «¡Maldita sea! ¡Ni que este fuese mi primer día de clase!».

Erik no podía dejar de mirarla. Nunca antes la había tocado y el roce de sus dedos sobre su estómago había provocado en él una reacción totalmente inesperada. Se sentía hipnotizado por cada uno de sus movimientos.

Ella lo había mirado directamente a los ojos; en su mundo eso era algo absolutamente inusual. Pero lo había hecho, no había duda; incluso le había dirigido una tímida sonrisa. Se fijó más detenidamente en ella. Era hermosa: tenía los ojos color verde esmeralda, pelo castaño, tez inmaculada y unos labios suaves y carnosos. Era perfecta. Era la Constructora y él la había encontrado.

Había llegado el momento de contarle la verdad.

—Doctora Smith, no me duele nada, el motivo de mi visita es otro. Se trata de un asunto un tanto delicado que me gustaría poder explicarle.

Johana se quedó un momento pensativa, apenas unos segundos, y enseguida ató cabos. Varón joven, en la treintena, perfectamente musculado, piel ligeramente bronceada, corte de pelo impecable y con un asunto «delicado» que tratar con un médico.

Había visto más casos como el suyo. Hombres que dan demasiada importancia a su aspecto físico, que pasan horas y horas en el gimnasio trabajando el cuerpo. En muchas ocasiones se servían de «ayudas químicas» para mejorar el rendimiento y acelerar la musculación. Claro, estas «ayudas» conllevaban ciertos efectos secundarios.

«Qué lástima, con lo guapísimo que es y que el «músculo» principal no le funcione...», pensó.

—Bueno, no tiene de qué preocuparse. Ese «asunto delicado» es más común de lo que muchos hombres piensan —contestó finalmente Johana.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañado.

—Pasa muchas horas entrenando, ¿verdad?

—Las necesarias para desempeñar correctamente mi trabajo, pero no sé qué tiene que ver eso con el asunto.

—Bueno, en sí mismo, el entrenamiento no es malo, puede seguir realizándolo, pero le sugiero que deje de tomar esas pastillas que aceleran la musculación. Aunque le hayan dicho que no tienen efectos perjudiciales, los tienen, como ya habrá notado al intentar estar con una mujer. Pero no se preocupe, tan solo tiene que dejar de consumirlas y, en un par de meses, su «asunto» volverá a funcionar correctamente.

Los ojos de Erik se abrieron más de lo normal. Acababa de entender de qué estaba hablando y no le gustó nada.

—¿Cree que mi «asunto» —dijo haciendo un gesto a su entrepierna— no funciona? —Estaba pasmado y claramente indignado.

Se levantó de la camilla como si hubiera sido impulsado por un resorte.

—No se alarme, señor Stevenson, los problemas eréctiles tienen solución. — Johana trataba de calmarlo.

—¿Problemas eréctiles? —dijo casi gritando—. ¡Yo no tengo ningún problema! ¡Mi «asunto» funciona perfectamente! —exclamó acercándose cada vez más a Johana.

Ya apenas los separaban unos centímetros; la tenía prácticamente acorralada entre su cuerpo y la pared.

La joven doctora se quedó muda por un instante, desconcertada ante su reacción. El hombre se había tomado el diagnóstico como un insulto directo a su virilidad. Intentó abrir la boca para arreglar las cosas, pero no pudo. Sin previo aviso, este la cogió por los hombros y la tiró al suelo, colocando su cuerpo sobre el de ella.

—Pero ¿qué está haciendo? ¡Quítese inmediatamente de encima! —gritó Johana rehaciéndose. Lo empujó para apartarlo, pero sus esfuerzos fueron inútiles; era como una losa de granito.

—Cierre la boca y quédese quieta —le susurró.

Tenía la atención puesta en alguien o en algo, pero no en ella; de hecho la tenía sujeta, pero no le hacía daño. Entonces oyó un ruido como de algo haciendo un desconchón en la pared.

—¿Qué ha sido eso? —Johana intentó moverse para ver mejor, pero él no se lo permitió.

Erik había oído el silbido característico de un arma con silenciador cuando se realizó el primer disparo e inmediatamente había tirado a Johana al suelo para protegerla. Alguien les estaba disparando y tenía que localizar al tirador.

—Hay un tirador a mis tres.

—¿Qué? —preguntó Johana.

—Necesito una salida lateral.

—¿Qué dice? ¿Con quién está hablando? —El tipo se dirigía a alguien que no era ella. «¿Tendrá un intercomunicador, como en las películas?».

—Muy bien, guíanos. Nos vamos, Johana; sígame pegada a la pared y sin levantar la cabeza.

—Un momento, señor Stevenson, ¿se puede saber quién es y por qué le disparan?

—Me llamo Erik, ese es mi verdadero nombre. Me envía su familia para llevarla a casa. Y, por cierto: no me disparan a mí, sino a usted.

—¿A mí?, ¿por qué? Espere, espere, creo que aquí ha habido un terrible error. Yo no soy la persona que ustedes creen. ¡Es imposible que alguien de mi familia lo haya contratado!

Intentaba digerir lo que acababa de escuchar. ¿Su familia?; eso no podía ser. De pequeña, como todos los huérfanos del mundo, había imaginado cómo serían sus padres, si tendría hermanos o no y, sobre todo, por qué la habían abandonado al nacer. Soñaba con el día en que volviesen a buscarla y con el reencuentro, pero hacía ya muchos años que había dejado de pensar en ello. Era una persona pragmática: no perdía el tiempo ni tampoco las energías en asuntos que no tenían solución. Había salido adelante sin la ayuda de nadie y lo cierto era que no le había ido nada mal en la vida.

Todavía seguían en el suelo, pegados el uno al otro. Él la miró con cierta preocupación. Había tantas cosas que ella no sabía... Le hubiera gustado disponer de más tiempo para contarle despacio toda su historia, pero no lo tenía. Ella era su responsabilidad; iba a llevarla de vuelta y no dejaría que nadie la hiciera daño, debía protegerla.

—Le doy mi palabra que, más adelante, se lo explicaré todo, pero ahora tenemos que irnos.

Se oyeron más disparos, ya sin silenciador. Las balas silbaban a su alrededor impactando en la pared. El caos y el pánico se apoderaron del área de urgencias. Pacientes y médicos intentaban huir o refugiarse.

Johana se agachó todo lo que pudo y siguió, con la mayor rapidez de la que fue capaz, al hombre que acababa de salvarle la vida. Salieron de allí por una de las puertas laterales, continuaron por el pasillo; alguien daba indicaciones a Erik, guiándolos para llegar a la salida trasera del edificio. Al doblar una esquina, uno de los guardias de seguridad les salió al paso. Era Joseph. Johana lo conocía bien; había sido policía y, cuando se jubiló del cuerpo, pasó a trabajar para el hospital.

—¡Alto! —gritó mientras sacaba su arma reglamentaria y apuntaba a Erik.

—¡Joseph! ¡Alguien nos está disparando! —le dijo Johana. Intentó avanzar por el pasillo y colocarse delante de Erik para que el guardia no le disparase por error, pero Erik no se lo permitió. La agarró del brazo y la obligó a quedarse detrás, pegada a su espalda.

El guardia dudó un momento. Entonces se oyó un fortísimo estruendo. Una ráfaga de disparos hizo añicos los cristales del pasillo. Tuvieron el tiempo justo de agacharse. Joseph no fue tan rápido, lo alcanzó una de las balas; se retorcía de dolor tirado en el suelo.

Johana miró a su alrededor buscando algo con qué ayudarlo. Se encontraban en el pasillo que llevaba a los quirófanos; un carro con suministros médicos estaba a un par de metros de distancia. Se arrastró por el suelo intentando alcanzarlo. Erik la sujetó.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Ya!

—No pienso marcharme sin atenderlo. Si no recibe atención médica, puede desangrarse.

—No hay tiempo para eso. Van a venir a rematar el trabajo.

—Si tanta prisa tienes, vete tú. Yo me quedo.

—¡Qué obstinada eres, mujer! —murmuró Erik entre dientes al ver cómo se alejaba.

Johana llegó arrastrándose hasta el carro de suministros, lo tiró al suelo y se

metió en los bolsillos todo lo que pudo. No pensaba asomar la cabeza a través de la cristalera y convertirse en un blanco fácil. Siguió arrastrándose hasta el final del pasillo, donde Joseph yacía en medio de un charco de sangre.

—Hola, doctora Smith. —La voz traslucía un intenso dolor.

—Hola, Joseph, ¿cómo vas?

—Pues aquí, no muy bien, ¿sabe?

—Ya me hago una idea. Vamos a ver dónde te han herido, ¿vale?

Le apartó la mano de la pierna; la sangre manaba abundantemente de la herida. Le cortó el pantalón y la limpió con suero.

—Veamos, la bala ha quedado justo al lado del hueso y no ha tocado ningún vaso sanguíneo importante. Es fácil de extraer, así que tranquilo; parece peor de lo que es en realidad.

—¿En serio? Pues duele tanto como parece.

—Veo que no has perdido el sentido del humor. —Sonrió.

—Ya. Si hubiese hecho caso a mi mujer, hoy estaría de camino a Florida para pasar unos días de vacaciones con mis nietos. Pero le dije que era mejor que lo pospusiéramos y que fuéramos dentro de un par de meses. ¿No le parece gracioso? —Intentaba parecer tranquilo, pero mantenía los dientes apretados y su rostro comenzaba a perlarse de sudor. Era evidente lo mal que lo estaba pasando.

—Bueno, mira el lado positivo: te han herido en el mejor lugar del mundo para recibir un balazo, estás rodeado de médicos y, sobre todo, de calmantes. — Ya le había taponado la herida y colocado un torniquete para que no perdiese más sangre—. Esto te aliviará el dolor —le explicó inyectándole una dosis.

Erik había desaparecido. Ella estaba demasiado ocupada atendiendo al guardia para notarlo. Pero cuando apareció en el pasillo el tipo armado que quería matarla, se dio cuenta de lo indefensa que estaba sin él.

Apuntó directamente a su cabeza. Johana estaba segura: ahí se acababa su corta vida. «*Game over*[1], nena. Adiós a todo».

De pronto, Erik apareció de la nada. Era un experto en lucha cuerpo a cuerpo. Se interpuso entre ella y el tirador, se abalanzó sobre aquel individuo y en pocos segundos lo redujo, y se hizo con su arma.

Un segundo pistolero asomó por el pasillo, pero Erik lo abatió de un certero disparo mientras utilizaba el cuerpo del primer tirador como escudo.

Un tercer asesino, más rápido que su compañero, consiguió esquivar los disparos y huir.

El buscador dejó el cuerpo muerto de su escudo tirado en el suelo, agarró del brazo a Johana y dijo:

—Nos vamos. ¡Ahora!

No admitía discusión. La joven se levantó y lo siguió corriendo. Tenían que llegar a la salida más cercana.

Estaban a punto de alcanzarla cuando otro hombre se cruzó en su camino. No tenían dónde esconderse. Sacó un arma y disparó. Johana pensó que ese era el fin para los dos pero, milagrosamente, la bala no les dio, ni a ella ni a Erik, que seguía corriendo y tirando de ella hacia la salida. El cuarto hombre continuaba disparando, pero no a ellos, sino a alguien a sus espaldas. La joven se giró y vio caer desplomado al tercer tirador.

Alcanzaron la calle. Un coche los estaba esperando. Ella entró corriendo en el asiento trasero y Erik la siguió. El hombre que les acaba de salvar la vida subió al asiento del copiloto y el que conducía pisó a fondo el acelerador sacándolos de allí a toda pastilla.

Fuera seguía lloviendo a mares. Los limpiaparabrisas se movían rápidamente a izquierda y derecha mientras el conductor sorteaba coches a uno y otro lado adelantándolos sin frenar. La miró por el espejo retrovisor.

—¿Es ella? —preguntó.

—Sí —contestó escuetamente Erik mientras se aseguraba de que Johana tuviese colocado el cinturón de seguridad.

—Señora, es un honor conocerla.

«¿Señora?, ¿se refieren a mí?». Era la única mujer en el coche, así que supuso que sí. El que había disparado, el que iba sentado en el asiento del copiloto, también la miraba de forma extraña, con una mezcla entre admiración y sorpresa.

—Nunca pensé que pudiera ser una mujer —dijo finalmente el copiloto.

—Estadísticamente hablando, había el mismo número de posibilidades —respondió Erik.

—Lo sé, simplemente ha sido una sorpresa. Señora, permítame expresarle el gran honor que es para mí poder conocerla en persona.

«Vale, aquí se está cometiendo un terrible error y alguien tiene que aclarárselo a esta gente», pensó Johana.

—Agradezco mucho sus palabras, pero creo que se están equivocando. No sé a quién buscan, pero les aseguro que no soy yo. Si son tan amables de dejarme en la siguiente esquina, cogeré un taxi para volver a mi casa. Gracias. —Estaba cada vez más nerviosa.

—Mi señora, no hay ninguna equivocación. La comparativa de nivel 5 fue realizada en tres ocasiones, y las tres dieron confirmación positiva —contestó Erik.

—No sé qué es eso de la comparativa de nivel 5, pero me parece que alguien la ha cagado, y mucho, al hacerla, porque yo no soy esa «señora» de la que habláis. ¿Entendéis? —Le faltaba poco para comenzar a rozar la histeria, pero ¿qué puñetas era todo aquello?

De repente, un impacto brutal destrozó el enorme todoterreno en el que huían. Se produjo un terrible estruendo y cientos de diminutos trocitos de cristal mojado volaron dentro del habitáculo. Alguien los había golpeado lateralmente

con un camión, sacándolos de la carretera y haciendo que volcasen.

Cuando abrió los ojos, Johana vio que todo estaba del revés. Le costó unos segundos darse cuenta de que estaba cabeza abajo, sujeta por el cinturón de seguridad. Intentó quitárselo, pero no pudo. Estaba atontada, en su cerebro solo oía un zumbido fuerte y constante.

Erik apareció a su lado, la ayudó a desabrocharse el cinturón y la sacó de allí.

—¿Estás bien?

Ella fue la primera en preguntar. El hombre sonrió. Incluso en esas circunstancias, Johana se preocupaba antes por los demás que por ella misma.

—Sí, ¿y usted?

—Yo estoy bien, un poco conmocionada por el golpe, pero nada más. ¿Cómo están tus dos amigos?

La pregunta sobraba, los vio aparecer a su lado. Habían ido a encargarse de los que los habían sacado de la carretera y, después de sacar un arsenal de armas del coche, se estaban preparando como para una guerra. Erik cogió uno de los rifles automáticos, un par de pistolas y cargadores extras, y revisó que todo funcionase correctamente.

—Geir, ¿quieres otro cargador? —preguntó el que había ido sentado en el asiento del copiloto.

—No, Danko, tengo suficientes —le contestó.

Johana se alegró de que todos estuviesen sanos y salvos, pero se preocupó al ver los preparativos que estaban haciendo.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Quién es esa gente?, ¿por qué nos atacan? —Quiso saber.

—Por lo visto hay personas que no quieren que regrese a casa y recupere lo que es suyo por derecho —le contestó Erik.

—¿Crees que son traidores? —preguntó Danko.

—Espabila. ¿Te parece que los Shujmes estarán contentos cuando pierdan su cuota de poder? —le contestó Geir.

—Supongo que no, pero no me puedo creer que sean capaces de hacer esto. Todos necesitamos que la Constructora regrese.

—Basta de conversación —dijo Erik—. Estamos a menos de un kilómetro del punto de extracción. Tendremos que ir a pie y habrá más de esos desgraciados esperándonos por el camino. Así que, atentos.

Comenzaron a andar por la acera, pegados a las fachadas de los edificios. Los hombres se habían colocado alrededor de ella. Erik iba delante, abriendo la marcha; el que se llamaba Geir, a su izquierda, y Danko cerraba la formación. Los tres eran enormes como paredes, así que no podía ver más allá de sus espaldas. Tenía la sensación de ser como la lechuga dentro de un sándwich. Una lechuga, por cierto, completamente empapada debido a la lluvia, que seguía cayendo impertérrita.

Habían recorrido un buen trecho cuando otro coche apareció a toda velocidad por la calle derrapando sobre el suelo mojado. Comenzó a disparar en su dirección sembrando el pánico entre los transeúntes.

Los tres hombres demostraron su perfecto entrenamiento militar. Con rapidez y precisión respondieron al ataque impidiendo el avance del vehículo. Este quedó cruzado en mitad de la avenida cerrándoles el paso. Sus ocupantes bajaron, se atrincheraron detrás y continuaron con el tiroteo.

Erik guio al grupo hacia un callejón. Puso a salvo a Johana mientras Geir y Danko, utilizando sus rifles automáticos, disparaban desde la esquina impidiendo que los del coche avanzasen.

Johana seguía a Erik sin separarse de su espalda. La calle no tenía salida, pero había una puerta, seguramente la entrada lateral al edificio de apartamentos por la que el conserje sacaba la basura de los vecinos. Estaba cerrada. Erik voló la cerradura y abrió de una patada. Avisó a sus dos compañeros de que los siguiesen y entró en el interior con la joven pegada a él.

Geir y Danko continuaban disparando, manteniendo a raya a los otros tiradores, mientras ellos subían por las escaleras hasta la azotea del edificio. Johana seguía a Erik, casi no podía respirar, le faltaba el aire, y su ropa mojada dificultaba todavía más la tarea de subir corriendo. Estaban en el quinto piso y seguían hacia arriba. «¿Cuántas plantas más quedan? —se preguntó Johana. Observó al hombre que iba delante; ni siquiera había variado su respiración—. Pero ¿de qué está hecho?».

«Séptima planta», leyó en el cartel de la pared. Las piernas le dolían, casi no le respondían, pero los disparos que se oían en los pisos inferiores la obligaban a continuar ascendiendo.

Décima planta. Ya no había más, habían llegado a la azotea. Johana dio las gracias en silencio. Quería descansar, pero Erik no estaba por la labor y los tipos de abajo tampoco. Las balas seguían silbando.

Salieron al exterior. El frío y la lluvia golpearon de nuevo la cara de Johana. Tenían que llegar hasta otra puerta, situada en el otro extremo del tejado, que daba acceso al edificio contiguo. Eran apenas cuarenta metros, no parecía difícil. Desgraciadamente, a medio camino, un helicóptero apareció en el cielo y comenzó a dispararles.

Erik la cogió en volandas y los dos se refugiaron detrás de la torre del aire acondicionado.

Johana no podía hablar, le dolía horrores el costado y casi no tenía resuello. Si no fuese porque unos locos les estaban disparando, hubiese agradecido la oportunidad de estar allí sentada sin tener que seguir corriendo.

Intentó asomar la cabeza para ver mejor de dónde provenían los disparos, pero Erik no se lo permitió. De un empujón la obligó a permanecer agachada, a resguardo.

«¡Un helicóptero! Pero ¿quién puñetas es esa gente? ¡Les están disparando desde un maldito helicóptero!», pensó Johana. Y encima, todo aquello no iba con ella. La estaban intentando matar porque alguien había cometido el terrible error

de confundirla. «Mierda. Definitivamente hoy no tendría que haberme levantado de la cama».

Danko apareció en la puerta que segundos antes habían cruzado Erik y Johana. A un gesto de Erik, Danko y él comenzaron a disparar al helicóptero y lo pillaron en medio del fuego cruzado. El rotor trasero comenzó a echar humo y el piloto del aparato perdió momentáneamente el control. Tiempo suficiente para que Erik volviese a agarrar a Johana y echase a correr con ella hasta llegar a la puerta del otro extremo del tejado. La abrió y la metió dentro poniéndola de nuevo a salvo.

El helicóptero apareció otra vez, pero ahora Erik estaba colocado en una posición más ventajosa que antes. Alcanzó de un disparo al piloto; este perdió el control del aparato por completo y se precipitó contra la fachada del edificio de al lado.

Erik regresó junto a Johana.

—¿Está bien?

Ella solo pudo asentir con la cabeza, estaba exhausta.

—¡Vamos! ¡Tenemos que continuar!

El hombre comenzó a bajar las escaleras y Johana lo siguió lo más rápido que pudo.

Bajaron cinco plantas y echaron a andar por un pasillo. Puertas de apartamentos a derecha e izquierda pasaban veloces a su lado. Por fin Erik se detuvo ante una, llamó e inmediatamente se abrió. Entraron y cerraron la puerta a su espalda.

Otro hombre, con el mismo aspecto de soldado que sus compañeros, estaba en la habitación. Era un cuarto pequeño; habían apartado los muebles y tenían un montón de cachivaches electrónicos esparcidos por el suelo, cerca de la pared del fondo.

Johana se fijó en el sofá y directamente se desplomó en él. Observó a Erik;

no parecía lo más mínimamente afectado por la carrera ni por el tiroteo. No sudaba, ni siquiera el ritmo de su respiración había variado. Parecía estar acostumbrado a este tipo de situaciones, daba la sensación de que tenía todo bajo control. Era guapo, alto, fuerte y con solo mirarlo le faltaba el aliento, literalmente.

Ella, en cambio, estaba chorreando en una mezcla de agua y sudor. El pelo se le pegaba a la cara, le dolía horrores el costado y hacía esfuerzos por tomar aire y no desmayarse por la falta de oxígeno en sangre. Los músculos de las piernas le temblaban mientras, doblada sobre sí misma, apretaba con fuerza el lateral del abdomen intentando mitigar las punzadas. Su aspecto era de lo más lamentable.

—¿Has hecho la llamada? —preguntó Erik al que les había abierto la puerta.

—Sí. En cuanto alcanzasteis el tejado, lo hice. Tienen que estar a punto de contestar.

Unos minutos después, apareció Danko en el umbral del apartamento. Rápidamente entró. Mantenía sujeto a Geir, quien casi no podía caminar debido a la herida de bala que tenía en el costado.

—No tardarán en llegar. He puesto cargas explosivas en la salida al tejado, pero eso no los retendrá mucho —dijo Danko mientras dejaba a Geir en el suelo.

Johana se levantó de inmediato para atenderlo. El poco tiempo de descanso le había servido para recuperarse lo suficiente.

Se oyó una fuerte explosión y los cimientos del edificio retemblaron.

Rasgó la ropa del soldado dejando al descubierto la herida. No tenía buena pinta, demasiada sangre.

—¡Erik! ¡Ayúdame a ponerlo de lado! Necesito ver si la bala sigue dentro o si ha salido.

Inmediatamente Erik hizo lo que ella le había pedido.

—Tu nombre es Geir, ¿verdad?

—Sí, señora, así me llaman —dijo el soldado. Cada palabra dejaba ver el intenso dolor que le producía la herida.

—Bueno, pues la buena noticia es que la bala ha entrado y ha salido. No la tienes dentro, y eso es muy bueno. Voy a taponar la herida y así detendremos la hemorragia. ¿Vale?

Johana comenzó a trabajar para minimizar la pérdida de sangre, pero aquel hombre necesitaba un hospital, y lo necesitaba rápido.

—¿Qué pinta tiene, Erik?

—No voy a mentirte, Geir, no tiene buen aspecto. Es una herida demasiado grave, no creo que tu cuerpo resista el salto.

—Quiero que le digas a mi hermano que luché con valor, que cumplí con la misión y ayudé a traer de vuelta a la Constructora.

—Lo haré, Geir. Tu hermano estará orgulloso de ti. Tu clan, toda nuestra gente lo estará.

Geir aferró con su mano derecha el antebrazo de Erik a modo de despedida y este hizo lo mismo. Era un excelente soldado, compañero y amigo. Sentía tener que dejarlo allí, lejos de los suyos.

—¡Lealtad! —dijo Geir.

—¡Honor! —continuó Erik.

—¡Valor! —terminó Geir.

Era el lema de su gente, el código bajo el que vivían y respiraban.

Johana había terminado de taponar los dos agujeros producidos por la bala y había detenido la hemorragia.

—Bueno, no os pongáis melodramáticos. Es cierto que has perdido mucha sangre y que necesitas ir a un hospital inmediatamente, pero creo que saldrás de esta.

—No lo entendéis, Johana. Su cuerpo no resistirá el salto, su corazón no va a

aguantar habiendo perdido tanta sangre —le contestó Erik.

—¿De qué estás hablando? Solo hay que llevarlo a un hospital, nada más.

Se oyó otra explosión y una ráfaga de disparos.

—Ya están aquí. No hay tiempo, tenemos que irnos —dijo Danko.

—¿Cómo va esa llamada, Sean? —preguntó Erik al cuarto hombre.

—¡Ya está! ¡Acaban de responder! ¡Tenemos vía libre! —le respondió.

—Muy bien. ¡Recogedlo todo! ¡Nos vamos!

—¿Y él? —preguntó Johana señalando al herido.

—Él se queda aquí —contestó Erik.

—¡No podemos dejarlo! ¡Esos hombres entrarán y lo matarán en cuanto lo vean!

—Si lo llevamos, morirá en el trayecto.

—¡Y si lo dejamos aquí, morirá aquí!

Erik no quería dejar allí a su compañero. Jamás había abandonado a nadie; nunca. Pero la misión era llevar de vuelta a casa a la Constructora; ponerla a salvo era su máxima prioridad.

—Mi señora, vuestra vida es más importante que la suya. No voy a poner en riesgo vuestra seguridad.

—Bueno, pues yo no me voy a ninguna parte sin él, ¿lo entiendes? O se viene, o yo no me muevo. Con nosotros tiene una posibilidad; con ellos, ninguna.

—Geir, tú decides —dijo finalmente Erik.

—Prefiero que me entierren con los míos.

—Muy bien. —Erik se agachó y lo cargó a la espalda—. ¡Danko! ¡Sean! ¡Id delante! Mi señora, ¡detrás de ellos! Geir, tú y yo seremos los últimos. —Cogió el último aparato electrónico que quedaba en la habitación, una especie de

baliza, y cruzó el umbral cerrándolo a su espalda justo en el instante en que una carga explosiva hacía añicos la puerta de la vivienda.

Johana había seguido a Danko y a Sean por una puerta que, juraría, no estaba antes en la pared del fondo, o al menos no la había visto cuando entró en el apartamento. Era muy extraño, porque la puerta daba acceso a una habitación completamente oscura; ni un ápice de luz salía de su interior. Sin embargo, había parpadeado, y ahora la habitación estaba repleta de gente y perfectamente iluminada. Se dio la vuelta para ver si aquellos individuos seguían persiguiéndolos, pero al único que vio fue a Erik, que dejaba en el suelo a Geir. La puerta por la que habían entrado había vuelto a desaparecer, solo estaba la pared. No entendía nada.

Erik se acercó hasta ella.

—¿Está bien?

—Sí, estoy perfectamente —contestó. Iba a preguntarle qué había sucedido cuando se dio cuenta de que Geir estaba sufriendo convulsiones; estaba teniendo un ataque.

Rápidamente se colocó de rodillas a su lado. No respiraba. La herida se le había vuelto a abrir y sangraba. Los espasmos cesaron. Puso el oído sobre su pecho, justo encima del corazón, pero no se oía nada; había dejado de latir.

—Ha entrado en parada cardiorrespiratoria —dijo Johana.

Concentrada en la tarea, comenzó la maniobra de reanimación.

Le colocó la cabeza correctamente, le separó los labios y empezó a insuflarle aire por la boca. Una vez, dos veces, tres veces. Observó cómo el pecho del soldado se elevaba cada vez que le metía aire en los pulmones y bajaba después, al expulsarlo.

Se colocó a su lado y comenzó el masaje cardíaco. Con las manos entrelazadas, haciendo el máximo de fuerza que podía sobre el pecho del joven, comenzó la cuenta.

—Uno Misisipí. Dos Misisipí. Tres Misisipí.

—Su cuerpo no lo ha resistido. Está muerto, Johana —le dijo Erik.

Pero ella no tenía intención de rendirse. Volvió a colocarse al lado de la cabeza del soldado y le insufló aire de nuevo. Una vez, dos veces, tres veces. Seguía sin responder. Continuó con el masaje cardíaco.

—Uno Misisipí. Dos Misisipí. Tres Misisipí.

Y de nuevo al principio. No iba a dejar que se le muriese, ni hablar. Volvió a insuflarle aire en los pulmones. De repente se acordó de los bolsillos de la bata; había metido todo lo que había podido pillar del carro de suministros del hospital. Empezó a vaciárselos. Era increíble, con todo lo que había ocurrido, pero todavía llevaba un par de jeringas y una ampolla de adrenalina.

Calculó el peso de Geir a ojo, le quitó la capucha a la aguja de la jeringa con la boca y cogió la dosis correspondiente de la ampolla.

Le apartó la ropa del pecho y contó las costillas. Sabía cuál era el sitio exacto donde debía clavar la aguja. Sin pensárselo dos veces, lo hizo introduciéndole la dosis necesaria para reactivar el corazón. Con más fuerza, si cabe, que antes, continuó golpeando el pecho con el masaje cardíaco. Iba a hacer que volviese a latir. ¡Tenía que lograrlo!

—Mira, chaval, llevo seis meses sin perder ni un solo paciente; eso es un auténtico récord dentro de urgencias. Tengo la mejor estadística en la historia del hospital y no vas a venir tú ahora a fastidiármela. ¿Lo entiendes, Geir? Así que más te vale reaccionar. ¡Respira! ¡Respira de una vez! —le gritó.

Un sonido fuerte y prolongado brotó de la garganta del soldado al aspirar. Su cuerpo había respondido al chute de adrenalina. El corazón latía de nuevo y sus pulmones funcionaban otra vez. Estaba desorientado y aturdido; trató de incorporarse, pero Erik, que rápidamente se había colocado a su lado, se lo impidió.

—Tranquilo, Geir, estás en casa.

—¿He sobrevivido al salto? —preguntó incrédulo.

—La Constructora te trajo de vuelta.

Año 1 de la partida, día 14

—*Hola, hijo. ¿Tienes listas las nuevas actualizaciones?*—*Le hizo la pregunta sin levantar la vista de los múltiples planos y papeles que tenía extendidos sobre la mesa. Se encontraban en la sala de mando del Larkte, la primera de las tres gigantescas naves que su padre, como jefe constructor de la casa Sértara, había realizado.*

Llevaban dos días en el sistema Barkthe, su última parada antes de partir hacia los límites de la galaxia.

—*Tengo que hacer un par de comprobaciones más, después podré enseñarte los resultados. Creo que te gustará la nueva interfaz; hará que el manejo de los sistemas operativos sea mucho más intuitivo y eficaz.*

—*Bien, en cuanto lo tengas preparado, házmelo saber.*

—*Disculpadme, señor* —*los interrumpió un subalterno.*

—*¿Sí?*

—*Han llegado los pasajeros que esperábamos.*

—*Encárgate de que sean convenientemente alojados en las estancias designadas para ellos.*

—*Como ordenéis, Constructor* —*respondió el hombre marchándose inmediatamente a cumplir con el cometido asignado.*

—*Bueno, ahora que el cupo ha sido completado, supongo que ha llegado el momento de partir* —*dijo el joven.*

—*Noto un cierto tono de tristeza en tu voz* —*contestó su padre.*

—No puedo evitarlo, vamos a dejar atrás todo lo que un día significó algo para nosotros.

—La otra opción es quedarse y esperar resignados a que vengan y acaben con nuestra gente. Ya has visto lo que ha ocurrido en otros mundos: ya no queda nada de ellos, todo ha sido arrasado. Theros correrá la misma suerte. La guerra está asolando esta galaxia y la tenemos muy cerca; los destructores interestelares están a tan solo unos días de distancia. Un bando u otro tomará los planetas que estamos abandonando y los arruinarán por completo matando a cualquiera que se resista. Ya perdí a vuestra madre y no estoy dispuesto a perderos ni a ti ni a tu hermano.

—Algunos han decidido quedarse, permanecer en sus hogares.

—Son unos necios. No hay futuro en medio de este mundo desgarrado por la lucha. Encontraremos otro lugar mucho mejor que este, en el que no exista el miedo y podamos vivir pacíficamente.

—Espero que tengas razón, padre.

—La tengo, ya lo verás.

Capítulo III

—Hay que llevarlo inmediatamente a un hospital —dijo Johana.

—Los tecnosanadores se ocuparán de ahora en adelante —contestó Erik.

Cuatro hombres con uniformes blancos aparecieron y subieron a Geir a una especie de camilla. En cuanto lo tuvieron arriba, le aplicaron una pomada pastosa y trasparente sobre la herida abierta que hizo que la hemorragia se detuviese inmediatamente.

Johana observó con curiosidad cómo trabajaban. Parecía que sabían lo que hacían, así que se quedó tranquila cuando se lo llevaron.

—¿Está bien? —preguntó Erik.

—Es la segunda vez que me lo preguntas. Estoy perfectamente.

—¿No siente mareos o náuseas?

—No. Estoy bien, ya te lo he dicho.

Tanto Danko como Sean, el cuarto hombre de la misión, habían vomitado en el suelo. Estaban apoyados contra la pared, esperando a que la sensación de vértigo desapareciese.

Erik llevaba más saltos en su cuerpo que cualquiera de los allí presentes y con el tiempo había conseguido dominar las náuseas, aunque todavía las sentía.

El caso de Johana parecía ser distinto. Ella no había sufrido ningún trastorno; seguramente, debido a que la tecnología utilizada en los saltos estaba configurada con precisión para el ADN Constructor.

—Erik, ¿puedes explicarme qué acaba de suceder? —preguntó Johana. No

entendía dónde estaba ni qué había ocurrido con los hombres que hacía un momento los perseguían.

—Tranquila, mi señora, ya está a salvo. Aquí nadie puede atentar contra su vida.

«Ya estamos, otra vez, con lo de “mi señora”», pensó Johana.

—Necesito que me escuches atentamente, por favor. Aquí ha habido un error... —Quería explicar a Erik que no era ella a la que debían haber traído. Pero no estaban solos, aquella habitación estaba llena de gente que iba de aquí para allá atareada en diversas labores.

Johana miró a su alrededor. Aquello parecía una especie de base ultra secreta del gobierno, o algo así. ¿Cómo, si no, se explicaba el método de transporte que la había llevado hasta allí? Era bien conocido por la opinión pública que el Departamento de Defensa invertía miles de millones al año en I+D. Puede que hubieran conseguido convertir en realidad lo que hasta ahora no era más que un sueño de la ciencia ficción. ¿La habían teletransportado? Era la explicación más plausible a lo que acaba de suceder, aunque seguía sin comprender qué hacía ella allí.

No quería que otros oyesen lo que tenía que decir, así que se acercó más a Erik. Un error de cálculo, ya que estar tan pegada a él hizo que se quedase en blanco. Su aroma, el calor de su cuerpo... Aquel hombre hacía que perdiese el hilo de sus pensamientos por completo. Intentó explicarse, pero fue incapaz; solo pudo farfullar un par de palabras ininteligibles.

Ella ni siquiera le llegaba al hombro, así que Erik tuvo que inclinar la cabeza para oírla mejor. Parecía que quería decir algo, pero no conseguía entenderla.

—¿Es ella, buscador?

Una voz fuerte, autoritaria resonó en la sala; provenía del hombre que acababa de entrar. Tenía el pelo blanco y vestía algo parecido a un uniforme de color verde oscuro, con una banda gris que le cruzaba el pecho. Le seguían otros cuatro individuos que vestían también el mismo diseño, pero variaba el color de

sus bandas, que eran rojas. Johana supuso que el que había hablado era el de mayor rango.

El hombre de la franja gris, con el pelo blanco había dirigido su pregunta a Erik.

—Así es, consejero —respondió este, quien se separó inmediatamente de ella y mantuvo la mirada baja.

A Johana no le gustaron los aires de superioridad que se daba el tipo. No sabía quién era y tampoco le importaba. Lo miró desafiante.

La reacción del hombre la pilló totalmente desprevenida.

—Es un honor tenerla de vuelta, Constructora.

Para su sorpresa, ni él ni los otros cuatro se atrevieron a mirarla directamente. Los cinco, sumisos, fijaron sus ojos al suelo.

—¿Qué está pasando, Erik? —preguntó Johana en un susurro.

—Sois la Constructora, mi señora, y os están dando la bienvenida a vuestra casa.

Johana quería sacarles del error que estaban cometiendo, pero por nada en el mundo deseaba meter en problemas a Erik o a los otros tres soldados que habían arriesgado la vida por ella. Así que decidió esperar el momento oportuno para aclarar su identidad; más adelante les explicaría que ella no era la Constructora, fuese lo que fuese que eso significara.

—Señora, tal vez deseéis descansar después de vuestro viaje de vuelta. Se han preparado estancias para vuestro uso —dijo el hombre de pelo blanco.

—Está bien —contestó Johana. No tenía ni idea de lo que se esperaba de ella, así que decidió seguirles la corriente.

Salieron de aquel lugar por un pasillo que daba paso a un corredor mucho más amplio, con el techo abovedado. Johana iba en el centro; a su derecha, un paso por detrás, el consejero, seguido de los de las bandas rojas, y a su izquierda,

también a un paso por detrás, Erik. Ella lo miraba a cada instante para asegurarse de que siguiera a su lado.

Era una situación incómoda: la estaban tratando como si ella fuese alguien importante cuando, en realidad, tan solo era una chica normal a la que habían llevado allí por error.

Llegaron hasta un ascensor que los trasladó rápidamente a los niveles superiores. Salieron en una estancia inmensa. Los techos eran altísimos; las paredes, construidas con cristal, permitían la entrada a raudales de la luz exterior, y el suelo, primorosamente decorado, estaba hecho con baldosas de gran tamaño. Johana estaba deslumbrada ante tanta magnificencia. Parecía que aquello había sido diseñado para gente mucho más grande, para gigantes, o para los que creen que el verdadero lujo es el espacio.

Comenzaron a andar. El consejero le indicó con un gesto el camino.

Mientras continuaban, Johana no podía dejar de admirar la complicada arquitectura del edificio en el que estaban. Columnas decoradas con preciosos diseños geométricos se alzaban majestuosas a uno y a otro lado, dando al lugar un aspecto funcional y delicadamente hermoso a la vez.

Johana se sentía completamente fuera de sitio y un poco avergonzada, con su bata blanca de hospital y sus zapatillas empapadas, que hacían un ruido de lo más ridículo con cada una de sus pisadas.

Por fin llegaron a una enorme puerta de bronce. Las dos hojas se abrieron en cuanto se pararon delante. El hombre del pelo blanco le hizo un pequeño gesto para que entrase. Cuando cruzó el umbral, se quedó pasmada por la belleza del interior. Si lo de antes la había dejado sin habla, esto la dejaba sin respiración.

El suelo era de un tono rosáceo claro, con vetas un poco más oscuras; le recordaba al mármol de los palacios. Aquella estancia era digna de cualquier emperador romano. Los muebles del interior estaban realizados en ¿marfil? Se acercó y tocó un delicado banco tallado. No, no era marfil, pero se le parecía mucho.

Al fondo, la pared de cristal dejaba ver el enorme jardín que había al otro lado. Se veía un campo verde con la hierba perfectamente cortada y con arbustos en flor de todos los colores imaginables. Estaba dispuesto todo de tal manera que parecía un cuadro en el que el artista, en lugar de pinceles, había utilizado plantas para realizar una sublime obra de arte. Era simplemente espectacular.

—Mi señora, los sirvientes se encargarán de todo lo que necesitéis —dijo el consejero.

—Gracias —acertó a decir Johana.

Por la puerta abierta comenzó un desfile de criados que traían finos ropajes y diversos utensilios. A Johana le pareció ver que uno llevaba sales de baño o algo parecido.

—¿Hay algún sitio donde pueda secarme un poco? —preguntó a uno de ellos.

—Por favor, si lo desea, le mostraré dónde —contestó el criado. Por supuesto, tampoco la miró; todos desviaban sus ojos hacia el suelo. Esa costumbre, además de incomodarla, comenzaba a resultarle un poco molesta.

Antes de cruzar la puerta que le indicaba el sirviente, se giró y preguntó:

—Erik, ¿seguirás aquí cuando vuelva?

—Por supuesto, mi señora.

Johana respiró aliviada y sonrió. No se había dado cuenta, pero había contenido la respiración esperando su respuesta.

Finalmente entró en la estancia y, cuando lo hizo, flipó. No pudo evitar emitir un silbido de admiración. «¡La madre que...!».

Eso no era un cuarto de baño, ¡era un spa de lujo! Simplemente alucinante.

Tanto el suelo como las paredes, e incluso el techo, estaban decorados con mármoles de diferentes tonalidades armonizadas en un fastuoso conjunto. Presidía la sala una gran piscina central, de la cual brotaban una multitud de chorros de diferentes tamaños y formas. Se oyó un ruido como de corriente de

agua y, de pronto, una cascada comenzó a caer desde el techo, discurriendo por la pared del fondo, hasta llenar un canal en el suelo y desembocar en la piscina. Parecía estar en uno de los palacios de *Las mil y una noches*.

Los criados dejaron toallas calientes sobre uno de los muebles y abandonaron la estancia cerrando la puerta tras de sí. Johana se quedó sola.

Era como si le hubiesen tocado unas vacaciones gratis en un hotel de siete estrellas, en algún exótico y carísimo destino. Y sabía que, en cuanto todo aquello se aclarase, la iban a mandar de vuelta a su minúsculo apartamento, así que decidió que, el tiempo que estuviese allí, iba a disfrutar a tope de todo aquello.

Se quitó la ropa mojada que llevaba encima, la dejó en una esquina y se lanzó a la piscina. El agua estaba estupenda.

Estuvo un buen rato dentro, relajándose, hasta que se dio cuenta de que las yemas de los dedos comenzaban a arrugársele. «Supongo que ya va siendo hora de que salga». Y como si alguien le hubiese leído el pensamiento, inmediatamente los chorros se detuvieron y el nivel del agua comenzó a descender hasta que la piscina quedó completamente vacía.

Permaneció de pie en el fondo y pudo ver que la decoración interior del vaso de la piscina no desmerecía en nada a la de fuera; estaba cuidadosamente adornada con intrincados dibujos de vivos colores. Entonces, unos peldaños comenzaron a surgir del suelo y se alzaron hasta alcanzar la parte superior.

Johana dio un paso en su dirección, pero en un momento comenzó a arremolinarse a su alrededor un aire tibio, caliente, que acariciaba su piel y su cuerpo. Empezó por los tobillos y subió hasta su cabeza, rodeándola en una apacible bruma de color oro, aromatizada con la más exquisita fragancia. Notó cómo el aire se introducía dentro de sus pulmones; era una sensación maravillosa, como si estuviese en medio de una blanda nube dorada. Jamás había sentido algo parecido.

Finalmente, cuando la niebla se disipó, pudo ver sus manos y sus brazos. Su piel brillaba con tenues reflejos; era increíblemente suave y tersa, igual que su

cabello, que centelleaba a cada movimiento.

Se sentía absolutamente pasmada por todo aquello, estaba siendo agasajada con un lujo que ni siquiera imaginaba que existía.

Subió por los escalones y salió de la piscina vacía, pero no encontró por ningún sitio sus vaqueros viejos, su bata de hospital o sus empapadas zapatillas. Supuso que, en algún momento, uno de los criados había entrado y se lo había llevado todo.

Se envolvió en un albornoz. No conseguía acertar con qué clase de tela estaba fabricado, pero se ajustaba de maravilla a su cuerpo; era tan confortable y cálido..., la hacía sentir bien, protegida, como si cada hebra del tejido la abrazase y quisiera que se sintiese a gusto. Era una sensación extraña y, a la vez, extraordinariamente agradable.

Abrió una puerta lateral por la que antes había visto entrar a algunos de los sirvientes. Allí tampoco estaba su ropa; en su lugar había varios vestidos preciosos, realizados en unas telas tan finas y hermosas que a Johana le daba miedo hasta tocarlos. Si estropeaba algo de eso, no iba a haber sueldo en el mundo para pagar los gastos. Pero no tenía más indumentaria, así que decidió ponerse uno de ellos.

Enseguida aparecieron dos criados, que la ayudaron a arreglarse. Johana se dejó hacer. Estaba convencida de que en cualquier momento iba a venir alguien para decir que todo había sido un malentendido, que debía regresar a su casa, con sus vaqueros gastados y sus zapatillas viejas. Pero mientras no viniese...

Salió de allí vestida con un increíble traje de color granate. El tejido le recordaba al terciopelo y, aunque parecía pesado, en realidad era ligero y cómodo. Tuvo la misma sensación que con la tela del albornoz: parecía como si todo estuviese pensado para ella. Aquel vestido la abrazaba, se ceñía perfectamente a su cintura, realzaba su busto y caía con gracia hasta los pies. Los zapatos eran también una obra de arte, primorosos. Todo era sublime. Se miró al espejo; también le habían arreglado el cabello realizándole un recogido precioso. Johana se quedó estupefacta, parecía una princesa. Nunca antes se había puesto

nada parecido.

Estaba disfrutando a lo grande, pero tenía que hablar con Erik. Pronto alguien descubriría el error cometido y era mejor que fuese ella quien lo aclarase cuanto antes.

Salió de los aposentos privados y se dirigió a la habitación principal. La estancia estaba llena de gente. Era como si la hubiesen estado esperando porque, en cuanto notaron su presencia, todos se callaron e inclinaron las cabezas.

Cuando Erik la vio aparecer vestida como lo que era, una Constructora hermosa y radiante, se le hinchó el pecho de orgullo. La satisfacción interna que sintió fue enorme. La habían traído de vuelta, sí, lo habían logrado; después de tantos siglos, el orden de las cosas volvía a ser el correcto.

Johana no sabía dónde meterse. «Vale, esto ha ido demasiado lejos». Caminó hasta dónde estaba Erik. Él también se había cambiado de ropa; vestía un uniforme gris con una franja de color azul oscuro que le atravesaba el pecho.

—Necesito hablar contigo inmediatamente. Tengo que aclarar esto de una vez —dijo en un susurro.

Él se percató de que estaba inquieta y nerviosa. No lograba entender qué podía sucederle; ahora estaba en su hogar, a salvo, ocupando el lugar que le correspondía.

Johana se dio cuenta de que estaba atardeciendo. La luz exterior se estaba volviendo más rojiza y el jardín había cambiado de color con el cambio de las sombras. Miró hacia el cielo en un intento de ordenar sus pensamientos para tratar de explicar lo que tenía que decir, pero no pudo. Estaba atónita; lo que vio en el horizonte hizo que todo lo demás se esfumase de su mente.

—¿Por qué hay dos soles poniéndose? —preguntó en voz alta.

—No son soles, son Tera y Mera, las estrellas que dan energía a nuestro planeta —contestó Erik señalando a una y a otra.

—¿Qué? —gritó Johana—. ¿Me quieres decir dónde narices estamos?

—Mi señora, se encuentra en Larkshama, su hogar. —Erik trataba de tranquilizarla.

—¿Me estás diciendo que ya no estamos en la Tierra? ¡Porque en la Tierra no tenemos dos soles, solo hay uno, uno muy grande, pero solo uno! —Johana volvía a estar gritando—. ¡No como aquí! ¡Aquí hay dos! ¡Uno! Y ¡dos! —dijo señalándolos. La histeria comenzaba a apoderarse de ella.

Erik bajó la voz, no quería que el resto oyese lo que iba a decir.

—Tal vez es mejor que tratemos este asunto en privado.

—¡Sí! ¡Será mejor!

Johana echó a andar hacia los aposentos interiores y Erik la siguió cerrando la puerta a su espalda.

—Creía que estábamos en algún tipo de base ultrasecreta del ejército o algo parecido. ¡Yo qué sé! Pero ¿en otro planeta?, ¿cómo es posible? No entiendo nada de lo que está pasando y no sé qué estoy haciendo yo aquí. —Comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación retorciéndose las manos, a punto de perder los nervios por completo. «Pero ¡qué es todo esto!», pensó.

—Debía habérselo explicado antes de venir, pero no hubo ocasión; la prioridad era ponerla a salvo. La hemos estado buscando desde hace mucho, mucho tiempo. Mi gente lleva siglos intentando localizar al último de los Constructores, y por fin lo hemos hallado. El tiempo se agotaba, pero ya está de vuelta. La antigua ciencia Constructora resurgirá de nuevo, arreglará todo lo que está fallando y devolverá el esplendor a nuestro mundo. El orden natural y el equilibrio de poder serán restablecidos.

Johana dejó de dar vueltas de acá para allá. «Pero ¿de qué está hablando?», se preguntó. No entendía ni una palabra.

Se acercó hasta Erik y lo miró a los ojos. Era bastante más alto que ella, así que tuvo que echar el cuello hacia atrás para hacerlo. «Es curioso —pensó—: él sí me mira directamente, no como el resto».

—Yo no soy la persona que estáis buscando. No soy la última de los Constructores —le expuso sin tapujos. Era vital que entendiese lo que le estaba diciendo.

—Sí, sí que lo sois. Vuestro ADN fue analizado y coincide con los registros.

—No, no lo soy. Alguien debió equivocarse al realizar ese análisis; esas cosas ocurren a veces.

—Aquí no, nosotros no cometemos errores.

«Es terco como una mula», pensó Johana. Volvió a intentarlo.

—Tal vez creáis que soy la Constructora, pero en realidad no lo soy —dijo enfatizando las últimas palabras—. Si necesitáis de alguien especial para solucionar lo que sea que no funcione, te aseguro que esa persona no soy yo. ¡No tengo ni idea de lo que queréis que haga! ¿Lo entiendes?

—No debéis preocuparos. Cuando llegue el momento, sabréis qué hacer. Además, recibiréis toda la ayuda que podáis necesitar.

Era inútil, no había forma de razonar con él. Johana se dio por vencida y se apartó. Estaba abatida. A Erik no le gustó verla así.

—Sois la Constructora, no tenéis de qué preocuparos. Este es vuestro hogar y nosotros somos vuestra gente —insistió.

—¡No! ¡No lo soy! —repitió por enésima vez—. Tarde o temprano alguien lo descubrirá y, entonces, va a haber mucha gente cabreada. Te lo aseguro.

Erik observó frustrado cómo Johana volvía a caminar de un lado a otro, igual que un animal enjaulado.

—Yo no debería estar aquí. ¡Maldita sea!, en menudo lío estoy metida. Esto va a acabar fatal. —Sus palabras reflejaban la angustia que sentía.

Él deseaba que comprendiese que aquí estaba segura, que este era el lugar en el que le correspondía estar, pero no sabía qué hacer o qué decir para lograrlo, para tranquilizarla. Dio un par de pasos acercándose a ella; tal vez, si conseguía

que dejase de andar erráticamente por la habitación... Avanzó hasta tenerla en frente y la detuvo colocando las manos sobre sus hombros.

—¿Qué puedo hacer para que os sintáis mejor, mi señora?

—No lo sé. No tengo ni idea de cómo solucionar esto —respondió sin levantar la mirada del suelo. Apoyó la frente contra el pecho de Erik; todo aquello la tenía abrumada.

Que un buscador tocase a la Constructora iba en contra de todas las leyes y tradiciones habidas y por haber, pero en ese momento le dio exactamente igual. Sintió cómo se acurrucaba contra él y no pudo menos que rodearla con sus brazos para confortarla. Se quedaron así, juntos, durante unos minutos, los dos de pie en medio de la estancia.

—No os inquietéis, todo saldrá bien —le dijo finalmente.

—Me gustaría creerte, pero no, Erik, esto no va a salir bien —respondió en un murmullo.

Se daba cuenta de que sus palabras no iban a convencerla pero, si le mostraba que el que ella estuviese aquí era lo correcto, entonces sus temores se disiparían.

—Creo que deberíamos salir. Hay mucha gente que desea presentaros sus respetos, mi señora.

—Claro —dijo Johana separándose de mala gana. Debía encontrar la manera de arreglar todo este embrollo cuanto antes, pero francamente, ahora mismo, no se le ocurría cómo.

Abrió la puerta para que ella pasase. La multitud seguía fuera, esperándola.

Año 1 de la partida, día 30

Desde la sala de control de la Larkte, el jefe constructor de la casa Sértara presentaba, ante el Consejo de Decisiones, los datos del último informe de control.

Sus quince miembros estaban repartidos en las tres naves, cinco en cada una de ellas, así que, en realidad, eran sus hologramas lo que tenía delante. Escuchaban atentos los detalles relacionados con la preparación del viaje y las siguientes gestiones por realizar.

—Tal y como estaba previsto, mañana comenzaremos con la hibernación del pasaje. La entrada en las cápsulas se realizará siguiendo el orden establecido de cada casa. Cuando vuelvan a despertar, estarán a las puertas de un nuevo planeta donde poder establecerse lejos de toda la barbarie que nos rodea. Yo mismo, junto con algunos de los miembros de mi familia y con un número limitado de nuestros siervos, continuaremos despiertos para vigilar el correcto funcionamiento de los sistemas mientras dure la travesía. Cuando despierten, volveremos a vernos, aunque yo estaré un poco más viejo que ustedes.

Capítulo IV

Durante las siguientes tres horas, le fue presentada una larga lista de personas. Al principio, Johana intentó recordar los nombres pero, después de la presentación número quince, se dio por vencida. Era imposible acordarse de toda esa gente. Se limitó a asentir y sonreír con cada nuevo individuo que aparecía ante ella.

Lo que sí llegó a comprender fue el orden jerárquico. Las cinco primeras personas que le presentaron sus respetos eran los miembros del consejo. Todos ellos eran hombres de cierta edad, con el pelo blanco, entre los que se encontraba el que la había acompañado desde la parte inferior de las instalaciones hasta lo que ahora parecían ser sus aposentos.

La vestimenta distinguía el rango de cada individuo. Los consejeros eran los que más poder ostentaban: vestían con uniforme, cada uno de un tono diferente. Había un verde oscuro, un azul oscuro, un violeta, un gris oscuro y un granate, y todos llevaban la franja de color gris claro cruzándoles el pecho.

Lo cierto es que allí todo el mundo vestía uniformado. Cada consejero tenía a su alrededor un séquito de hombres que vestían del mismo color que su señor, pero con bandas diferentes. Johana se dio cuenta, por el orden en el que le iban siendo presentados, que los de segundo nivel en el mando llevaban banda roja; los siguientes, morada, y después, los de color verde. No vio a nadie que llevase una banda azul, como la de Erik. Se preguntó qué nivel de autoridad tendría en aquella sociedad tan jerarquizada.

También le llamó la atención el hecho de que entre toda aquella gente no hubiese ni una sola mujer. Parecía que aquel era un mundo de hombres; no le gustó mucho la idea.

Los pies la estaban matando. Mucha reverencia y protocolo, pero a ninguno se le había ocurrido traer una silla para que pudiera sentarse mientras todos esos tipos desfilaban ante ella. Ya no sabía cómo ponerse. Volvió a sonreír al vigésimo banda verde. «Da igual —pensó—, ninguno me mira, así que no saben si sonrío o si les pongo mala cara».

Echó un vistazo a Erik para ver si se estaba aburriendo tanto como ella. Seguía allí, a unos pasos de distancia, pero no la miraba. Observaba, sin perder detalle, a cada uno de los allí presentes, vigilando que nadie traspasase la barrera invisible que parecía existir entre ella y el resto de los seres. Cada miembro del consejo continuó presentando a los pertenecientes a su casa.

Después de un rato Johana ya no pudo aguantar más. Hacía tiempo que había anochecido, no había probado bocado desde la mañana, estaba hambrienta y deseaba descansar un poco. Tomó la iniciativa y se acercó a Erik.

—¿Tengo que estar mucho más tiempo aquí, quieta, saludando a toda esta gente? —le preguntó en un susurro—. Me muero de hambre y me duelen los pies.

—Mi señora, puede dar por finalizada la recepción cuando desee. Solo tiene que decirlo.

—¿En serio?, ¿así de fácil?

—Así es.

—Y... ¿no se molestará nadie?

—No, mi señora.

Erik estuvo a punto de sonreír ante la ocurrencia, pero evitó hacerlo; había demasiada gente observándolos y no hubiese sido correcto. Ella era la Constructora.

Johana se dirigió a los miembros del consejo y, dándoles las gracias por todo, dio por concluido el acto. Estaba impaciente por volver a sus habitaciones privadas, quitarse los tacones y cenar algo.

—Constructora, se ha preparado un banquete en su honor en los salones principales —dijo uno de los consejeros.

Parecía que esperaba una respuesta de su parte, así que dijo:

—¡Claro!, por qué no. Pasaron unos segundos, pero nadie se movió. —Miró a Erik buscando ayuda. «¿Por qué no andan?». Él le hizo un leve gesto indicándole el camino. En cuanto ella comenzó a andar, todo el mundo se puso en marcha. «Vaya, si yo no me muevo, parece que nadie puede hacerlo».

Por fin llegaron al lugar donde se había dispuesto la cena. El sitio era enorme. Largas mesas ocupaban el inmenso salón, numerosas lámparas de cristal colgaban del altísimo techo y alumbraban todo el recinto.

Una multitud de personas la estaba esperando. Pudo ver bandas de otros colores entre los asistentes. Entre todas aquellas caras vio a dos que ya conocía. De pie, al lado de una de las mesas estaban Danko y Sean. Llevaban bandas de color azul, iguales que la de Erick, y estaban acompañados de hombres que también lucían bandas del mismo color. Danko llevaba uniforme granate y Sean, verde oscuro.

En cuanto los vio, les hizo un gesto con la mano a modo de saludo y les sonrió. Se alegraba de que estuviesen allí y quería agradecerles, de algún modo, la ayuda recibida. Cuando sus compañeros observaron aquello comenzaron a darles la enhorabuena con efusivas muestras de entusiasmo. Los trataban como si fuesen héroes.

Johana siguió caminando hasta llegar a la mesa principal. Estaba colocada en una posición más alta que el resto y podía observar y ser observada por todos los comensales. Se dio cuenta de que seguía siendo la única mujer en aquel lugar, cosa que volvió a inquietarla un poco. Miró a Erik; él seguía allí, a su lado.

Los miembros del consejo ocuparon su lugar alrededor de la mesa y esperaron a que ella tomase asiento a la cabecera. Antes de sentarse, Johana quiso decir unas breves palabras en agradecimiento por todo aquel despliegue. Se sorprendió ante la contestación unánime por parte de los asistentes. Todos los

presentes, puestos en pie, comenzaron a clamar, con voz fuerte, el lema de sus ancestros.

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor!

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor!

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor!

Los consejeros, e incluso Erik, gritaban a pleno pulmón. Johana quedó abrumada por la respuesta, apenas pudo atinar a decir un simple «gracias».

A la mañana siguiente, Johana se levantó temprano y descansada. Aunque le preocupaba la reacción que tendría esa gente cuando descubriese que ella no era en realidad la Constructora, empezaba a gustarle aquel lugar.

La habitación en donde había pasado la noche tenía un gran ventanal que daba al jardín que tanto le había impactado el día anterior. Estaba amaneciendo y el espectáculo era increíblemente hermoso.

Después de vestirse con otro de los maravillosos vestidos que habían traído para ella, quiso salir fuera, pero no vio ninguna puerta que diera acceso al exterior. Se acercó más al cristal buscando algún tipo de mecanismo. Inmediatamente este se abrió deslizándose hacia uno de los laterales. Flotaba a un par de centímetros sobre el suelo; no había rieles ni nada que lo sostuviese, se mantenía en el aire gracias a algún tipo de campo energético.

Johana traspasó el umbral y salió. La temperatura era realmente agradable. Comenzó a caminar descalza por la hierba; era igual que hacerlo sobre una suave alfombra. La miró más detenidamente y se dio cuenta de que cada brizna se doblaba como si tratase de tocar su piel. «Qué curioso». Se agachó y acarició la hierba con la palma de la mano extendida. Las briznas seguían el movimiento. Hacia donde movía la mano, hacía allí se torcían las hojas; Johana supuso que se debía al salto espaciotemporal del día anterior. Seguramente su cuerpo estaba cargado de electricidad estática; era un efecto divertido. Siguió un rato más allí hasta que oyó ruido en el interior de su habitación. Tres sirvientes habían traído el desayuno.

Johana no lograba identificar ninguno de los alimentos que le habían servido, lo mismo que durante la cena, pero tenía que reconocer que todo estaba exquisito. Todavía no había encontrado nada que no le gustase.

Cuando terminó salió de sus aposentos. Quería visitar a Geir para saber cuál era su estado de salud.

Fuera estaba un banda roja junto con dos bandas moradas. Los tres hombres le habían sido presentados la noche anterior, pero no conseguía recordar sus nombres. En cuanto la vieron, inclinaron sus cabezas respetuosamente. Johana les devolvió el saludo con una sonrisa.

—Buenos días, caballeros. Me gustaría visitar al soldado que fue herido al traerme de vuelta.

—Por supuesto, Constructora. Hemos sido designados para ayudarla en cualquier asunto que necesite.

—Hola, Reidar. Me alegro de volver a verte —dijo Erik tendiendo la mano.

Los dos llevaban tiempo sin verse y se saludaron efusivamente.

Ambos tenían similar altura y corpulencia, aunque Reidar tenía el pelo castaño y los ojos marrones, mientras que Erik tenía el cabello negro y los ojos grises.

Se conocían desde siempre; de hecho, se habían criado juntos y eran como hermanos. En el día de su nacimiento, fueron puestos en la misma sala de crianza, uno al lado del otro y, desde entonces, un estrecho vínculo había ido forjándose entre ellos.

Como era costumbre desde hacía siglos entre los Arkontes, los infantes varones eran separados de sus madres instantes después de ser alumbrados. Después, eran llevados a las salas de crianza, donde cada uno de los bebés recibía los mismos cuidados y atenciones; de ese modo, familia y posición social pasaban a un segundo plano. Todos eran tratados exactamente igual; grabando en sus jóvenes mentes que lo más importante era el bien de la comunidad y la

lealtad al orden social establecido. Se inculcaba ese sentimiento desde el mismo momento del nacimiento.

No era hasta la edad de ocho años que volvían a tener contacto con sus respectivas familias. Era entonces cuando los muchachos comenzaban a formar lazos con los de su misma sangre.

Todos los Arkontes eran educados como soldados. Su adiestramiento comenzaba desde la más tierna infancia y los resultados eran evidentes. A los diecinueve años, ya eran expertos guerreros, miembros de una fuerza militar excepcional. Algunos estaban destinados a proteger el perímetro exterior del planeta; otros estaban a cargo de Ciudad Bastión, el lugar donde residían, y todos, sin excepción, participaban en la búsqueda.

Los Arkontes habían convertido la búsqueda del último de los Constructores en el centro de su existencia, su razón de ser. Lealtad, honor, valor: ese era su lema. Uno de los suyos había traicionado la lealtad que debía a sus señores, y ese delito del pasado debía ser limpiado. El honor los obligaba a redimirse por aquella afrenta cometida hacía ya nueve milenios.

Los dos amigos se habían encontrado en uno de los pasillos del edificio de sanación. Erik había ido para ver qué tal se encontraba Geir que, además, era el hermano pequeño de Reidar.

—¿Cuándo has vuelto?

—Esta misma mañana. El consejo está trayendo de vuelta a todos los buscadores ahora que la Constructora ha sido hallada. Por cierto: creo que te has convertido en una especie de héroe o algo parecido, ¿no?

—No es para tanto, cualquiera de nosotros podría haberla encontrado.

—Bueno, yo estaba seguro de que, si alguien iba a dar con ella, ese serías tú. Nadie ha realizado tantas misiones ni saltos; ya solo por eso eres casi una leyenda en la academia.

—¿Has estado con tu hermano? ¿Qué tal está? —dijo Erik cambiando de

tema.

—Geir se recupera bien, no creo que lo tengan mucho tiempo aquí.

—Me alegro.

—Por cierto: te agradezco todo lo que hiciste por él. Lo trajiste de vuelta; siempre estaré en deuda contigo.

—No tienes que agradecerme nada. Yo poco hice; fue la Constructora quien lo salvó.

—Y ahora, que eres un héroe, tienes que aclararme algo, porque no puede ser cierto eso que he oído —dijo riendo—. ¿De verdad le gritaste a la Constructora que tu «asunto» funciona perfectamente?

—Sean es un bocazas.

—¿Cómo sabes que me lo contó él? Podría habérmelo dicho Danko.

—Danko es como una pared de piedra: hace falta una grúa para sacarle dos palabras seguidas. Y deja de reírte si no quieres que te dé la misma paliza que le voy a dar a Sean en cuanto lo vea. —Erik estaba claramente incómodo con todo aquello—. En lugar de andar como una vieja chismosa, deberías preocuparte más por tu cuñada —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia la mujer que hablaba, a unos metros de distancia, con uno de los sanadores.

Reidar se giró para verla.

—¡Maldita sea! No debería estar aquí y menos en su estado.

—Es la esposa de Geir. Seguramente está angustiada por tu hermano.

—Lo sé, pero es inútil que haya salido de su casa, no van a dejar que lo vea. Dudo que siquiera se dignen a darle información sobre él.

—Deberías tratar de interceder por ella.

—También lo sé y es lo que voy a hacer, pero conoces tan bien como yo cómo funcionan las cosas: ninguno tenemos suficiente autoridad como para obligar a un sanador mayor a que rompa la norma y la deje entrar.

Reidar se alejó de su amigo y echó a andar por el pasillo en dirección a su cuñada. La mujer lloraba y suplicaba al hombre que le cerraba el paso que le permitiese ver a su esposo, pero este se negaba categóricamente; incluso la miraba con cierto desprecio. No era nada apropiado que una mujer estuviese allí, y mucho menos si esa mujer estaba en tan avanzado estado de gestación.

A Reidar lo ponía furioso el trato que estaba recibiendo la esposa de su hermano, pero poco podía hacer para resolver la situación. Solo quedaba intentar convencer a la desconsolada mujer de que era mejor que regresase a casa y esperase allí noticias de Geir.

Johana llegó al edificio de sanación. El banda roja que la acompañaba le había estado informando, durante todo el camino, sobre qué eran y qué usos se les daba a los diversos lugares que encontraban a su paso. «Es como un guía turístico», pensó con una sonrisa.

Todas las personas con las que se había cruzado en el trayecto, en cuanto la veían, se hacían a un lado respetuosamente y la saludaban con una reverencia. Se sentía como la princesa de un cuento.

Cuando llegaron al lugar donde estaba Geir, Johana vio a Erik en el pasillo. Solo ver su imponente figura ahí, de pie, hizo que el corazón le saltase dentro del pecho. «Maldita sea, contrólate un poco, ¿quieres? Pareces una adolescente».

—Buenos días, Erik —le dijo con una tonta sonrisa en la cara.

—Buenos días, mi señora.

—¿Has venido a ver a Geir?

—Sí, así es.

—Yo también. Me gustaría ver qué tal sigue.

Johana se fijó entonces en la afligida mujer que lloraba a unos metros de distancia. Ni ella, ni los dos hombres que discutían acaloradamente parecían haberse dado cuenta de su presencia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Erik.

—Es la esposa de Geir.

—¿Ha empeorado? ¿Tan grave está?

—No, Geir se recupera bien. Lo que ocurre es que no está permitido que ella entre a verlo, ni siquiera debería estar aquí.

—¿Por qué? Es su mujer, tiene derecho a verlo.

—No, no lo tiene. Está embarazada, y en su estado no le está permitido salir de casa. Está infringiendo la costumbre al dejarse ver en público. Reidar, el hermano de Geir, está tratando de que la dejen pasar, pero no creo que lo consiga.

—Esa es una costumbre de lo más estúpida. A mí me parece muy bien que esté aquí y que quiera ver a su marido. De hecho, es la primera mujer que veo desde que llegué, cosa que me tranquiliza bastante porque ya empezaba a pensar que os reproducíais por esporas.

Johana echó a andar con paso firme por el pasillo para llegar hasta la desconsolada muchacha.

Erik no pudo evitar sonreír; la conocía bien y sabía perfectamente lo que iba a hacer. No se quedaría de brazos cruzados, no; conseguiría que dejaran pasar a la joven para que pudiese ver a Geir.

—Buenos días —dijo interrumpiendo la discusión entre los dos hombres.

Los observó de arriba abajo. Uno llevaba una banda del mismo color que Erik, aunque el uniforme era de distinto tono, de color marrón; este debía ser Reidar. El otro llevaba uniforme blanco con banda verde. Ya se había dado cuenta de que todos los que trabajaban en el edificio de sanación llevaban uniformes blancos, así que ese debía ser el médico. Y por el color de la banda, tenía mayor grado que el hermano de Geir.

—Buenos días —respondieron los dos al unísono.

—¿Sois la esposa de Geir? —preguntó suavemente a la muchacha que había estado llorando.

—Sí, Constructora, lo soy —contestó intentando dejar de sollozar mientras se limpiaba las lágrimas del rostro con el dorso de la mano.

—Sin duda os gustaría saber qué tal está, ¿verdad?

—Sí, señora, me gustaría mucho.

—Sanador, informa del estado del soldado —dijo Johana con brusquedad.

—El paciente se encuentra bien. Mejora rápidamente de sus heridas y pronto podrá regresar a su casa.

—¡Qué buena noticia! ¿Quieres entrar a verlo? —dijo dirigiéndose a la joven.

—Sí, Constructora, es lo que más deseo.

—Muy bien. ¡Sanador, llévanos hasta donde está Geir!

El hombre del uniforme blanco pareció contrariado por la orden, pero se abstuvo de decir palabra y obedeció sumisamente. Los guio a través de varias habitaciones hasta llegar a una en la que se encontraba el soldado. Dormía suspendido en el interior de una enorme esfera de cristal, flotando en medio de una sustancia transparente.

El lugar era amplio y, en cuanto entraron, la muchacha corrió hasta donde estaba su esposo. Johana la observó; se la veía preocupada y angustiada. Ese estado mental no era bueno ni para ella ni para el bebé.

—Traed una silla.

Su orden fue cumplida de inmediato y colocaron un asiento junto a la Constructora, cerca de la esfera de cristal. Johana fue hasta la joven y, cogiéndola suavemente del brazo, la obligó a sentarse.

—Estarás mejor y más cómoda aquí. Puedes quedarte todo el tiempo que desees junto a tu esposo y puedes venir siempre que quieras hasta que esté completamente repuesto. —Lo dijo en un tono suficientemente alto para que todos estuvieran al tanto de que nadie debía volver a impedir a aquella mujer

entrar a ver a su marido.

Ella se tranquilizó inmediatamente; la angustia había desaparecido de su rostro al escuchar las palabras de la Constructora.

Erik la miró con satisfacción, le gustaban los cambios que estaba comenzando a hacer. La había traído de vuelta para que se quedara y algunas cosas iban a cambiar.

A Johana aquel artilugio, dentro del cual flotaba dormido el soldado, le producía gran interés. De hecho, ella era médica, esa era su área, y jamás había visto nada parecido.

—¿Qué clase de tratamiento sigue el paciente aquí dentro? —preguntó dirigiéndose al sanador.

—El herido es sumergido en una solución acuosa donde las robomoléculas de sanación pueden actuar libremente curando los tejidos dañados.

—¿Robomoléculas de sanación?

—Sí, son configuraciones sintéticas microscópicas programadas para realizar reparaciones orgánicas.

—Comprendo. —Estaba asombrada por los avances científicos de aquella gente—. ¿Y cómo respira el enfermo? No veo que haya ningún tubo colocado en sus vías respiratorias.

—La solución también tiene un alto contenido en oxígeno. Además, las robomoléculas pueden desempeñar distintas funciones: unas reparan tejidos, otras recomponen el sistema circulatorio; otras reconstruyen los huesos, otras se encargan de proporcionar oxígeno a los alveolos pulmonares, etc... Cuando se sumerge al paciente en la solución robomolecular de sanación, se consigue el acceso total a cualquier parte de su organismo. Este sistema permite una rápida mejoría y una total recuperación de las zonas dañadas.

Johana escuchaba atentamente las explicaciones mientras caminaba alrededor de la esfera. Era un método fascinante. Observó el fluido interior con

su mano puesta encima del vidrio. Se fijó más detenidamente y se dio cuenta de que diminutas estructuras comenzaban a arremolinarsse donde tenía colocados los dedos. Apartó la mano: desaparecieron tan rápidamente como se habían formado. Las robomoléculas reaccionaban a su contacto con el cristal.

Año 85 de la partida, día 254

—¿*Recuerdas el día que salimos de Theros?*

—*No, yo era muy pequeño.*

—*En mi mente puedo verlo como si fuese ayer. Tú tenías seis años, corrías con tus piernitas pequeñas y rechonchas mientras yo, agarrándote de la mano, tiraba de ti para que te dieras más prisa.*

—*¡Eh, que yo nunca he tenido las piernas rechonchas!* —se quejó.

—*¡Oh, sí que las tenías!* —respondió sonriendo ante la vehemente negativa de su hermano.

—¿*Echas de menos nuestro planeta?*

—*Un poco. Al principio no creía que fuera necesario que nos marchásemos de ahí, pero sin duda padre tenía razón. Unos meses después de nuestra partida, llegaron informes sobre Theros; la guerra les alcanzó de lleno y fue mucho peor de lo que nos habíamos imaginado. Aquello se convirtió en un campo de batalla. Uno de los bandos, para evitar que el planeta sirviese de resguardo a las escuadrillas de guerrilleros, decidió destruirlo por completo. Tan solo dejaron un montón de piedras flotando en medio del espacio.*

—*Padre sabía lo que se hacía.*

—*Sí, es cierto.*

—¿*Crees que era consciente de que nos llevaría tanto tiempo encontrar un sitio pacífico donde poder establecernos? Porque ya han pasado años desde su muerte y todavía no lo hemos hallado.*

—*No lo sé, la verdad. Parece que los tentáculos de la guerra se extienden*

hasta donde alcanza la vista. Pero llegará un momento en que viajaremos tan lejos que los dejaremos atrás; solo es cuestión de tiempo.

—Supongo que tienes razón, aunque no seremos nosotros quienes lo veamos; los dos estamos ya muy viejos.

—¡Eh, habla solo por ti! Yo me considero un chaval.

—Ya te gustaría...

Los dos se echaron a reír.

—Nuestros hijos seguirán adelante y después, si hace falta, los hijos de nuestros hijos.

Capítulo V

—El Tecnosupremo acaba de llegar y lo acompaña una delegación Shujme. Exigen ver a la Constructora de inmediato.

—¿Exigen? ¡Qué atrevimiento el suyo!

Se encontraban en el salón principal. Johana escuchaba con paciencia la información sobre Ciudad Bastión que le daban dos miembros del consejo. Parecía que querían ponerla al tanto de los asuntos para que ella tomase alguna clase de decisión, aunque no entendía muy bien qué era lo que esperaban que hiciese.

También había otras personas en aquel lugar; al menos una veintena, según pudo calcular. Entre todos ellos, estaba Erik, que no se había separado de su lado desde esa mañana, cuando se encontraron en el edificio de sanación. Y también estaba Reidar, quien de vez en cuando le dirigía un par de palabras a las que él contestaba únicamente con monosílabos o con un leve movimiento de cabeza. Estaba ocupado vigilando a los allí presentes, marcando claramente dónde estaba la línea infranqueable entre la Constructora y el resto de los asistentes. Solo los miembros del consejo parecían tener permiso para acercarse a su persona.

Así que Johana pudo oír claramente lo que él banda roja le decía a uno de los consejeros, el que era su señor, respecto a que alguien quería verla. También escuchó la indignación de su voz al responder y se dio clara cuenta de cómo Erik y Reidar cambiaban de postura; habían captado la conversación y eso había hecho que se pusiesen inmediatamente en guardia.

—¿Qué sucede consejero? —preguntó finalmente Johana.

—Mi señora, una delegación Shujme desea veros. Bueno, más bien, exige

veros.

—¿Quiénes son los Shujmes? —Recordaba haber oído hablar de ellos a Danko y a Geir.

—Nosotros somos Arkontes, servimos con lealtad a los Constructores. Nos encargaron protegerlos y velar por su seguridad, y eso hemos hecho a lo largo de los siglos. Somos soldados. Los Shujmes eran siervos, ayudaban a los antiguos Constructores en diversas labores. Pero, Constructora, no son de fiar; creemos que están detrás del ataque que sufristeis cuando os traían de vuelta.

—No hay pruebas de ello, solo son sospechas. Se está investigando el asunto, todavía no está claro quién ordenó vuestra muerte —contestó el otro consejero.

—¿Son gente poderosa? —preguntó Johana.

—Lo son, y quieren todavía más poder del que ya tienen. Hemos estado en guerra con ellos en numerosas ocasiones a lo largo de los años. La última vez, hace apenas un siglo. Desde entonces hemos vivido en medio de una tensa tregua.

—Entonces, supongo que será mejor no darles motivos para que se enojen. Veamos qué es lo que quieren.

La noticia de que una delegación Shujme había recibido permiso para cruzar los límites de Ciudad Bastión y de que la Constructora les concedería audiencia había corrido como la pólvora.

En el gran salón se había reunido una multitud. Estaban presentes Arkontes de los más altos rangos, pero también soldados de banda azul, el cuerpo de élite, para velar por la seguridad de la Constructora. Erik permanecía de pie al lado de Johana.

La comitiva Shujme era muy numerosa. Se abrieron las puertas y en el gran salón entró un desfile de personas, alineadas en dos ordenadas filas, cantando y acompañándose con música. En cada fila se alternaba un cantante con un

intérprete de instrumento. Cuando todos cruzaron el umbral de las dos grandes puertas, los músicos se abrieron formando un gran círculo, dejando al coro en el centro. La música era espectacular y las voces cantaban melodiosamente al unísono.

«Esto es alucinante», pensó Johana.

Pero la cosa no acabó ahí. Un grupo de al menos cincuenta bailarines entraron danzando, contorsionando sus cuerpos al ritmo hipnótico de la música. La coreografía era magnífica. La indumentaria, los colores, los juegos de luces y sombras...

«Esto es como un montaje del Cirque du Soleil». Johana estaba impresionada y asombrada, no podía dejar de sonreír. Aquello era grandioso.

Entonces el ritmo de la música se aceleró y fue subiendo de intensidad hasta que de golpe se detuvo y se hizo el más sepulcral de los silencios. Los bailarines se habían hecho a un lado junto con el coro. Todos se colocaron en la parte exterior del círculo dibujado por los músicos dejando libre el centro.

Se volvieron a abrir las puertas principales y la expectación se hizo máxima.

Se oyó una voz, alta y clara, que inundó el gran salón.

—¡Oh, Constructora! ¡Por cuánto tiempo hemos esperado con anhelo y esperanza vuestro regreso! ¡Grandioso es el día en que la Constructora ha vuelto a su casa, ha vuelto a su hogar, ha vuelto a nosotros, sus siervos!

Las palabras habían sido pronunciadas por un individuo ricamente ataviado que iba acompañado por otras dos personas, un hombre y una mujer. Los tres vestían con ropajes majestuosos. El que hablaba había sido el primero en atravesar el umbral; era bajito y bastante rechoncho, con la cara enrojecida por el esfuerzo de elevar la voz entre tanta gente y en medio de un lugar de semejante tamaño. Era evidente que tenía problemas de sobrepeso, a diferencia de las otras dos personas que lo acompañaban que, por su aspecto, parecían gozar de estupenda salud.

El que estaba a su derecha era alto, más joven y bastante apuesto; se veía seguro de sí mismo. Tenía un porte atlético, la tez bronceada, los ojos claros y el pelo del color del trigo. Sí, sin duda era un hombre atractivo.

La mujer, que iba a su izquierda, también era alta, de figura esbelta y grácil. Lucía una larga melena dorada adornada con preciosas piedras brillantes; estas estaban engarzadas entre los rizados bucles de su pelo. Se movía con gran elegancia; la fina tela de su vestimenta flotaba a su alrededor con cada paso que daba, dándole un aspecto etéreo. Los dos tenían aire de distinguida aristocracia.

Johana sintió una inmediata admiración.

Por fin llegaron hasta donde se encontraba ella y el hombre gordito comenzó a hablar.

—Permitid que me presente, oh, Constructora. Soy el Tecnosupremo, tengo a mi cargo la Tecnociudad y ellos son dos de los cinco miembros del consejo Shujme: la dama Sheila y el caballero Daharsy.

Los tres se inclinaron sumisamente a modo de saludo.

—Me alegra poder recibirlos. Vuestra presentación ha sido espectacular, ha despertado mi asombro y mi curiosidad.

—Oh, Constructora. Hasta ahora solo habéis conocido Ciudad Bastión, pero fuera de estos muros hay todo un mundo que os aguarda y que está deseoso de ver vuestro regreso. Los Arkontes han hecho bien su trabajo y os han traído de vuelta, ahora dejad que vuestros siervos, los Shujmes, os muestren el resto de vuestros dominios.

El Tecnosupremo acompañaba sus palabras con ademanes afectados, haciendo grandes aspavientos con las manos.

«A este tío le encanta el teatro». Johana no pudo evitar una sonrisa. Miró a Erik para ver si a él también le hacía tanta gracia como a ella, pero lo que vio en sus ojos fue otra cosa bien distinta. Los observaba sin perder detalle, dispuesto a saltar sobre ellos ante la menor provocación. Era una mezcla entre ira y

desprecio.

—Los Shujmes deseamos tener la oportunidad de daros la bienvenida, igual que lo han hecho ya los Arkontes. —Era el caballero Daharsy quien hablaba ahora—. Por eso hemos organizado una recepción en vuestro honor. Venid a Ciudad Esplendor y conoced la antigua morada de los Constructores.

Johana no lograba decidirse. Esa gente no parecía peligrosa pero, si Erik no se fiaba de ellos, por algo sería. No quería que se sintiesen ofendidos, pero tampoco quería ponerse en peligro innecesariamente.

—Constructora, ¿me permitís hablar?

—Por supuesto, dama Sheila.

—Deseamos ponernos de nuevo al servicio de los Constructores; hay muchas cosas que solucionar y solo vos podéis hacerlo. Sin duda ya os habrán dicho que en épocas pasadas hubo disputas entre Arkontes y Shujmes, pero eso es el pasado, ahora hay una Constructora entre nosotros y debemos trabajar unidos. Por favor, venid y conoced al resto de vuestros siervos. Entre nosotros habrá una representación de Traukos; también a sus oídos ha llegado la noticia de vuestro regreso y aguardan para poder veros.

—¿Quiénes son los Traukos?

—Por lo que veo, no os han contado todos los detalles sobre este planeta y sus habitantes —respondió echando una mirada de soslayo a los miembros del consejo Arkonte allí presentes.

—Hace muy poco tiempo que estoy aquí, es normal que todavía me falten cosas por conocer.

—Entonces, mi señora, permitidme que os explique. Nuestra sociedad está dividida en cuatro facciones. Los Constructores, poseedores y amos de todo lo que nos rodea. Vos sois la última de ellos, así que, como única heredera, tenéis derecho a su legado. Los Shujmes somos ayudantes y siervos de los Constructores. Estamos organizados en familias; nuestros hijos se crían junto a

nosotros, les damos orientación sobre lo que se espera de ellos, pero no determinamos su futuro. Cada individuo puede escoger libremente la tarea que desea desempeñar dentro del clan. No importa si es hombre o mujer; ambos sexos tienen iguales derechos y oportunidades. Hay una gran variedad de labores que un Shujme puede desempeñar. Los Arkontes, sin embargo, son... diferentes.

—¿Qué queréis decir? —preguntó extrañada.

—Tenemos costumbres distintas. ¿Habéis visitado ya una de sus Salas de Crianza?

—No, todavía no.

—Bueno, hay que entender que son soldados. Esa es su única razón de ser, así que su educación está totalmente orientada en esa dirección. Otra peculiaridad es la falta de mujeres en la vida pública. ¿No os ha llamado la atención no ver a ninguna?

—Un poco.

—He venido en otras ocasiones a Ciudad Bastión y jamás vi a una Arkonte. Al parecer, el género femenino en este clan está relegado a una función meramente reproductora.

Johana se quedó callada, no le gustaba lo que estaba oyendo. La dama Sheila continuó hablando.

—Y, finalmente, están los Traukos. Son operarios, mano de obra sin cualificar. Su estructura social está compuesta por familias con un gran número de vástagos. Son individuos dóciles y muy resistentes al trabajo físico.

—Al parecer, hay muchas cosas que todavía desconozco de este planeta —concluyó Johana.

—Por favor, venid mañana con nosotros a Ciudad Esplendor y veréis dónde vivían vuestros ancestros, y podréis conocer parte de vuestro pasado.

Johana sabía muy bien que aquella historia no era la suya ni la de sus antepasados. Ella no era la Constructora, tan solo era una simple habitante de la

Tierra traída hasta el otro extremo del universo por error. A un planeta habitado por seres parecidos a ella, pero con una historia, una cultura y adelantos alucinantes. Quería conocer más de aquel lugar y de aquella gente, no podía desperdiciar la oportunidad que tenía delante.

—Está bien, iré.

A la mañana siguiente, cuando Johana salió de sus aposentos, Erik estaba esperando. No pensaba separarse de su lado ni un instante mientras esos Shujmes anduviesen por allí.

Ella fue hasta él, quería preguntarle por lo que se había dicho el día anterior sobre las costumbres de su clan. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se dio cuenta de la cara tan seria que tenía. Lo saludó con una sonrisa para ver si cambiaba la pose de ogro enfadado, pero no resultó. Él simplemente se limitó a hacerle una ligera inclinación con la cabeza a modo de respuesta. Mantenía la vista fija en otro asunto; el caballero Daharsy y la dama Sheila se acercaban por el corredor a su encuentro.

—¿Es cierto lo que se dijo ayer?, ¿que las mujeres en el clan Arkonte solo tienen una única función: la de tener hijos? —inquirió Johana.

—Mi señora, no hagáis caso de nada que os cuente un Shujme; pueden parecer inofensivos, pero en realidad son víboras venenosas.

—¿Y qué es eso de las Salas de Crianza? ¿Eso también es mentira?

Erik iba a contestar, pero no tuvo tiempo. La dama Sheila llegó junto a ellos e interrumpió su explicación.

—Buenos días, mi señora —saludó.

Tanto ella como el caballero Daharsy se inclinaron haciendo una reverencia.

—Buenos días —les contestó Johana.

—Constructora, ya está todo listo para el viaje —indicó la dama Sheila.

—Muy bien, vayamos entonces —respondió y comenzaron a caminar en

dirección al aerodeslizador que los iba a transportar a Ciudad Esplendor. «Tendré que esperar para escuchar la explicación de Erik», pensó.

El Tecnosupremo ya se encontraba a bordo y, cuando ella subió, le hizo la más teatral de las reverencias. Aquel personaje no dejaba de sorprenderla.

Durante el trayecto observó detenidamente a los individuos que componían el séquito. Había, por lo menos, una decena de Shujmes y otros tantos Arkontes, sin contar a Erik y a la media docena de soldados que parecían estar al cargo de su seguridad.

Se fijó especialmente en las diferencias físicas que existían entre los dos clanes. Los Arkontes eran grandes, fuertes, musculosos, como rocas. Los Shujmes, aunque también eran altos, no lo eran tanto; eran más delgados, elegantes, con aire de distinguida aristocracia.

La indumentaria también era muy distinta. Los Arkontes utilizaban uniformes funcionales sin adornos innecesarios; en cambio, los Shujmes usaban una gran variedad de colores, diseños y estilos. Los tejidos eran más suaves y ligeros, mucho más elaborados. Se apreciaba claramente, por su apariencia qué función desempeñaba cada individuo. Los Arkontes, soldados, siempre listos para la lucha; los Shujmes, arreglados como si fuesen a una fiesta. Era evidente que sus labores no requerían ningún tipo de trabajo físico que pudiese estropear tan ricas vestimentas.

Otra cosa de la que se dio cuenta fue que entre la comitiva Shujme había bastantes mujeres, tantas como hombres. Esa era otra diferencia clave entre los dos clanes, ya que apenas había visto Arkontes de género femenino; de hecho, solo había visto a una en los días que llevaba allí. Le gustaba esa igualdad que existía en los Shujmes; entre ellos las mujeres desempeñaban cargos de la misma importancia o incluso superiores a los de los hombres.

Llegaron hasta una ciudad; era enorme, con multitud de altísimos edificios de líneas rectas. Torres de cristal transparente se alzaban a uno y otro lado de la nave mientras sobrevolaban las calles desiertas. Allí no había nadie, ni dentro ni fuera de las construcciones.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Johana.

—Esta es Ciudad Esplendor, morada de los antiguos Constructores — contestó la dama Sheila.

—Supongo que en su momento habrá sido un lugar hermoso, pero ahora parece abandonado.

—Está deshabitada desde hace siglos. Solo los pertenecientes al linaje Constructor tienen derecho a vivir en ella.

—¿Y cómo es que la ciudad sigue en pie? Si lleva tanto tiempo desierta, lo normal es que los edificios se hubiesen convertido en ruinas.

—El sistema central del planeta nos permite hacer trabajos de reparación; esa es una de nuestras labores como Shujmes. Debido a esto los edificios se mantienen en pie, pero no podemos habitarlos. No hay energía que alimente las funciones necesarias para la habitabilidad de la ciudad.

—¿No se puede arreglar el sistema energético?

—No, mi señora. Para algunos asuntos referentes al planeta, entre ellos el energético, hace falta la antigua sabiduría de los Constructores. Los Shujmes no sabemos cómo solucionarlo.

—¿Por eso necesitabais traer de vuelta a un Constructor?

—Así es. El planeta es capaz de sostener la vida, está diseñado para ello, lo ha hecho durante milenios. Pero hay algunas funciones que empiezan a fallar y, tarde o temprano, resultará inviable la permanencia en él. Solo los antiguos señores conocían el funcionamiento interno de nuestro hogar y solo uno de ellos puede restaurarlo.

—Comprendo.

Johana comenzaba a entender el porqué de tanto esfuerzo y empeño en traer a uno de vuelta. El futuro de toda la gente que vivía allí dependía de que lo encontrasen. Sentía de veras no ser esa persona.

—Pero ahora habéis regresado y Ciudad Esplendor, la que un día fue vuestro hogar, volverá a serlo y lucirá de nuevo brillante en el centro del planeta, tal y como sucedió antaño.

—Es un sitio demasiado grande para una sola persona —dijo con una sonrisa intentando desviar el tema.

—Es vuestra, podéis hacer con ella lo que deseéis; si no queréis habitarla y decidís darle otro uso, estáis en vuestro derecho —dijo el caballero Daharsy uniéndose a la conversación.

—¿Mía? La ciudad no es mía —respondió Johana con incredulidad.

—Por supuesto que es vuestra —insistió el caballero Daharsy acercándose un poco más a ella.

A Erik no le gustó que acortara la distancia que los separaba y le echó una mirada que a cualquier otro le hubiese helado la sangre. Pero Daharsy no se dio por aludido y siguió con su avance hasta colocarse al lado de la Constructora mientras continuaba hablando.

—Ciudad Esplendor os pertenece en propiedad al igual que Ciudad Bastión, donde residen los Arkontes, o Ciudad Central, donde vivimos los Shujmes, o los campos de pétrel, donde están los Traukos, y también Tecnociudad, el centro de análisis y búsqueda. Todo lo que hay en el planeta es vuestro por herencia, incluso nosotros mismos; cada uno de los habitantes de este mundo somos de vuestra propiedad.

—Eso es imposible. ¿Por qué habría de pertenecerme todo esto? ¿Hasta la gente? Las personas no pueden ser de otras personas.

—Claro que pueden; de hecho, ha sido así desde la fundación de nuestro mundo, cuando los primeros Constructores salieron del centro de la galaxia en busca de un lugar donde habitar, lejos de las luchas por el poder que arrasaban planetas enteros. Reunieron todas sus pertenencias, incluyendo a los siervos que poseían, y marcharon hacia los confines del universo. Los antiguos Constructores, que eran capaces de diseñar y fabricar naves imperecederas,

viajaron durante decenas y decenas de siglos en busca de un lugar donde asentarse. Durante todo ese tiempo, realizaron una cuidadosa selección genética entre sus siervos, ya que diferentes trabajos requerían diferentes capacidades; esto dio lugar a los tres clanes, cada uno con una misión claramente definida, al servicio de nuestros amos. Los clanes han seguido con sus labores hasta el día de hoy, esperando el regreso de sus señores.

—Ya veo. ¿Y qué fue exactamente lo que les pasó? ¿Por qué ya no queda ninguno?

—Se desató una terrible guerra por el control de los recursos. Las luchas internas, de las que fueron objeto los Constructores, ocasionaron un sin número de bajas entre los habitantes del planeta y, finalmente, significó su propia extinción.

—¿Se mataron entre ellos? —preguntó sorprendida.

—Así es, mi señora, todos murieron. Todos, menos uno: un bebé, el último de los de su estirpe.

—¿Cómo estáis tan seguros de eso?

—El registro central guarda los datos del nacimiento y de la defunción de cada uno de los propietarios, es decir, los Constructores. Todos aparecen como decesos pero, junto al último nacimiento del que se tiene constancia, no hay fecha de fallecimiento adjunto. Así que, por la ley de herencias, es dueño de todo lo que poseían sus antepasados y, por supuesto, es el único que posee la clave para poner en marcha las funciones planetarias que han dejado de funcionar.

—¿Qué le pasó a aquel bebé?

—La historia nos cuenta que un Arkonte robó al recién nacido, lo secuestró y lo ocultó; jamás se supo dónde.

—¿De ahí la búsqueda?

—Así es. Dado que el traidor pudo haber viajado a cualquier lugar y en cualquier época, se emprendió una investigación sistemática y exhaustiva a

través del tiempo y del espacio con el objeto de hallar al último Constructor con vida.

—Pero, si habéis logrado viajar en el tiempo, ¿por qué no regresasteis al momento en que se produjo el rapto para impedirlo?

—Porque no se puede regresar atrás. El tiempo es una constante invariable del universo que siempre va hacia adelante. Lo escrito, escrito queda; nada puede cambiar o variar lo que ya ha ocurrido. Sin embargo, el futuro todavía no ha tenido lugar, así que se pueden añadir nuevos sucesos en él. El traidor Arkonte viajó a un futuro respecto al presente de su época; ese futuro al que os trasladó cuando erais un bebé ya ha sucedido, está en nuestro pasado. Y ahora, en el presente actual, hemos tenido la enorme dicha de encontraros. Nos ha llevado casi nueve milenios, pero al fin lo hemos logrado. Ya estáis de vuelta —dijo mirándola a los ojos, sonriendo, mostrando la satisfacción y el júbilo que sentía por haber conseguido hallarla a tiempo.

Johana lo observó, parecía sincero. Se alegraba de verdad de que ella estuviese allí; bueno, de que la Constructora estuviese allí. Así que, no pudo menos que devolverle la sonrisa.

El gesto no pasó desapercibido a los miembros del consejo Arkonte que se encontraban presentes, y tampoco a Erik.

La aeronave giró noventa grados abandonó Ciudad Esplendor. A lo lejos, otra urbe surgía elevándose sobre el horizonte.

—¿A dónde nos dirigimos ahora? —preguntó Johana.

—Nuestra próxima parada es Ciudad Central, hogar de los Shujmes —contestó Daharsy.

—Hemos preparado una recepción en vuestro honor para daros la bienvenida. Esperamos que sea de vuestro agrado —intervino la dama Sheila.

—Claro, me encantará conocer el lugar donde vivís —contestó Johana.

La actividad era frenética en las cocinas del gran salón en Ciudad Central.

Un centenar de cocineros se afanaban por llevar a cabo sus tareas mientras que un ejército de camareros era el encargado de transportar las exquisitas viandas desde allí a los salones superiores, donde se celebraba la recepción a la Constructora. Todo, hasta el último detalle, había sido cuidadosamente planeado; nada podía salir mal.

Los corredores auxiliares que daban acceso al recinto bullían llenos de sirvientes que portaban bandejas, yendo y viniendo, de la cocina al salón y del salón a la cocina.

—Estoy nerviosísima, Magda.

—Tú, tranquila, muchacha, ya verás cómo lo haces muy bien.

—Es la primera vez que sirvo en una fiesta Shujme.

—Y vas a ser una de los pocos Traukos que haya visto a la Constructora de cerca. ¿Te das cuenta de la suerte que tenemos?

—Espero no tropezarme.

—Sujeta bien, con las dos manos, la bandeja y, por lo que más quieras, no te caigas. El supervisor se pondría hecho una furia si eso llegase a ocurrir.

Iban andando en fila, unos detrás de otros, acercándose a la puerta que daba acceso al salón principal. Kia, cada vez más nerviosa, sujetaba con fuerza su bandeja. No podía meter la pata; su familia había hecho grandes sacrificios para sacarla de las minas de pétreo y sabía lo afortunada que era por estar allí.

Nació con unos enormes y preciosos ojos de color azul. Un azul limpio y puro. Al cabo de dos años, ya lucía unos bonitos rizos dorados que, con el paso del tiempo, fueron aumentando hasta convertirse en una exuberante melena. Desde que era pequeña, todos los que la conocían por primera vez se quedaban asombrados por su belleza. Ese había sido su billete de salida.

Sus padres sabían que, con su hermoso rostro, tenía la posibilidad de conseguir un trabajo lejos de todo aquello. Para que creciese fuerte y sana, tanto ellos como sus propios hermanos le daban parte de sus raciones; era una

inversión a largo plazo. Si conseguían que tuviese buen aspecto, podría optar a un puesto sirviendo en una casa Shujme.

Era bien sabido que los Shujmes vivían en la abundancia y que con frecuencia daban a sus sirvientes las cosas que ya no usaban. Lo que ellos consideraban basura, eran tesoros dentro de las minas.

Si Kia lograba un puesto de sirvienta, la situación de los suyos mejoraría y podría corresponder a todos los sacrificios que durante años habían hecho por ella.

Cuando tuvo edad suficiente, su familia sobornó a los encargados para que le asignasen labores en el exterior. Bajo tierra, ningún reclutador la hubiese visto jamás. Tenía que estar donde iban a buscarlos y eso solo ocurría en la superficie de la explotación.

Llevaba ya tres años trabajando fuera de las minas, jornada tras jornada, en los campos de pétrel, donde se procesaba el material extraído para su posterior envío a las plantas de fabricación y programación micromolecular, pero todavía no había conseguido ser seleccionada. La suerte no la acompañaba.

Hasta que, de pronto, su fortuna cambió y tuvo la oportunidad de demostrar de lo que era capaz.

La noticia corrió rápido entre los trabajadores. Se preparaba una gran recepción en Ciudad Central con motivo del regreso de la Constructora y eran muchos los criados que se necesitaban.

El encargado de escogerlos no tenía un minuto que perder. El reclutador, de pie sobre la plataforma cercana a la estación, observaba cómo una multitud de jóvenes se agolpaban gritando y rogando por un puesto en la lanzadera. Entre las que eligió estaba Kia, con sus grandes y preciosos ojos teñidos de desesperación. La señaló y esta salió de entre el gentío abriéndose paso a empujones para subir al transporte que la sacaría de allí y la llevaría a Ciudad Central.

La puerta que daba acceso al gran salón volvió a abrirse. Era su turno. Kia cogió aire y entró con la cabeza alta portando la bandeja.

Cuando Johana traspasó la entrada que daba paso al salón central Shujme, la magnificencia del lugar la dejó boquiabierta. Parecía que todo estuviese hecho de cristal, pero no cristal transparente, sino de vivos colores, como si de una gigantesca vidriera se tratase. Se sintió igual que si hubiese entrado en un mundo de fantasía. Y, como si de un cuento se tratase, los personajes que habitaban allí lucían los más fastuosos ropajes.

El diseño exterior e interior de Ciudad Central era totalmente distinto al de Ciudad Bastión. Todo era curvilíneo, recargado, incluso excesivo; no había un mueble o una pared que no estuviese ricamente ornamentada. Y, aun así, el diseño era realmente hermoso. Daba la sensación de estar paseando dentro de un mundo paralelo, donde las leyes de la física habían sido maleadas al capricho de los arquitectos.

Enseguida empezaron las presentaciones. Los primeros fueron el resto de los miembros del consejo Shujme. Les siguieron otros altos cargos del clan, entre ellos el esposo de la dama Sheila.

Después de más y más presentaciones Shujmes, el consejo Trauko también pudo mostrarle sus respetos. Físicamente eran distintos de los otros dos clanes; eran mucho más bajos, de una estatura parecida a la suya, con lo que se sintió inmediatamente cómoda tratando con ellos. También eran más afables, menos distantes, sin tanta rigidez ni pompa. Le causaron muy buena impresión.

Johana concluyó que el clan Trauko era considerado de una menor categoría que el resto, ya que los hombres que formaban su consejo habían tenido que esperar su turno de presentación por detrás de Shujmes con cargos inferiores. Además, el número de sus componentes era tan solo de tres, a diferencia de los otros, cuyos miembros eran cinco.

A ella esas diferencias la traían sin cuidado, así que los saludó amablemente, con la misma atención que al resto, gesto que pareció sorprenderlos gratamente.

Llevaban ya un par de horas allí y la recepción seguía su curso. Johana estaba en un grupo compuesto por varios miembros del consejo Arkonte y algunos del consejo Shujme, entre los que se encontraban el caballero Daharsy y

la dama Sheila junto a su esposo. Con Erik y dos soldados más a su espalda, escuchaba, sin prestar demasiada atención, la perorata del Tecnosupremo sobre la edificación de Ciudad Central. Por el rabillo del ojo, observó que, a unos metros de donde se encontraban, se había formado un pequeño revuelo.

Curiosa giró la cabeza para enterarse mejor de lo que sucedía y vio que una de las sirvientas, agachada en el suelo, recogía el contenido desparramado de una de las bandejas. Copas hechas añicos y restos de comida se esparcían por el piso. Parecía que la muchacha estuviese a punto de llorar y el individuo que tenía de pie, a su lado, echándole en cara su torpeza, no ayudaba en nada.

Kia no dejaba de disculparse, aunque no había sido culpa suya. Ella había tenido mucho cuidado de no tropezar con ninguno de los invitados, a pesar de que el lugar estaba abarrotado.

En realidad, había sido una de las damas Shujmes quien, sin darse cuenta, había golpeado la bandeja con el codo provocando todo aquel estropicio. Sin embargo, que la joven criada estuviera pidiendo perdón por algo que había causado ella misma la traía sin cuidado. Lo único que reflejaban sus ojos era un total y absoluto desprecio hacia la sirvienta.

A los Shujmes no les gustaban los Traukos; los consideraban seres inferiores, indignos de respirar su mismo aire, necesarios para realizar ciertas funciones, pero intolerables demasiado cerca.

Kia había comenzado a recoger rápidamente los restos de comida y los pedazos de vajilla rota, deseando con todo su ser que el supervisor no se percatase de lo sucedido. Pero no tuvo suerte; el hombre apareció a su lado casi de inmediato.

—¡Eres una torpe! —dijo a media voz. Él también era un Trauko, pero sabía guardar las formas delante de los amos Shujmes. Llevaba mucho tiempo a su servicio y sabía cuál era su lugar.

—Lo siento, no ha sido mi culpa —dijo lastimosamente Kia mientras continuaba recogiendo. Quería explicar lo sucedido, pero le fue imposible.

—¡Cierra la boca! ¡Limpia todo esto y regresa a la cocina inmediatamente!
¡No vuelvas a salir!

Kia fue consciente de que, con toda seguridad, iban a devolverla a las minas de pétrel. Lo había echado todo a perder.

Se incorporó y rogó suplicante a la dama Shujme:

—Lo siento, lo siento de veras, señora. Por favor, discúlpeme.

La mujer emitió un sonido de sorpresa e indignación.

—¡Qué descaro! —exclamó—. ¡Menuda desfachatez la de esta criada!

El grupo de amigos que la rodeaban asintieron con sus cabezas demostrando su total acuerdo con ella.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Jamás, jamás debes dirigirte a un amo Shujme sin su permiso! —dijo furioso el supervisor—. ¡Termina de recoger esto y márchate! ¡Muchacha estúpida!

Kia regresó al suelo y de rodillas continuó con la labor de limpiar todo aquello. Las lágrimas corrían por sus mejillas, tanto que casi no podía ver lo que hacía. Intentó contenerlas, pero fue imposible. Todo el esfuerzo de su familia no había servido para nada, jamás podría compensar a los suyos por los años invertidos en ella. Se cortó con un pedazo de cristal y la mano empezó a sangrarle profusamente, pero no le importó; ya nada importaba.

No se dio cuenta de que todo aquel revuelo había captado la atención de alguien en especial, tampoco de que los invitados se habían ido alejando abriendo un espacio a su alrededor, ni de que ya no se oía el ruido del gentío. Solo escuchaba sus propios mudos sollozos.

—Un mal día, ¿verdad? —Johana, en cuclillas en frente de ella, comenzó a ayudarla depositando en la bandeja un trozo de lo que antes era un delicado platito.

—Sí, muy malo —contestó Kia. No sabía quién la estaba ayudando, pensaba que era otra sirvienta, como ella. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano

para verla mejor y poder darle las gracias. Al hacerlo, inmediatamente descubrió quién era esa persona en realidad. Se quedó pasmada, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Te contaré un secreto —comenzó Johana, como si compartiese una confidencia con una amiga, mientras seguía recogiendo pedazos rotos—. En mi primer día de trabajo, tuve que llevar unas muestras a analizar al laboratorio. El asunto era urgente, así que fui corriendo, con tal mala pata que tropecé en uno de los pasillos y los tubos de ensayo, donde estaban las muestras, salieron volando, aterrizaron contra el suelo y se hicieron añicos. Creí que me moría. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. Todos tenemos días malos, pero ya ves, aquí sigo, no me he muerto y tampoco me echaron.

Johana observó la mano de la joven: seguía sangrando.

—Será mejor que curemos esa herida, ¿te parece? —Se puso de pie y, cogiéndola suavemente de la muñeca, hizo que la muchacha también se incorporase.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Kia.

—Por favor, Erik, ¿podemos ir a otro lugar donde estemos más tranquilos?

—Por supuesto, mi señora.

La joven sirvienta observó al gigante Arkonte que acompañaba a la Constructora. Un solo gesto suyo fue suficiente para que los soldados abriesen un corredor entre el gentío hasta llegar a una sala lateral. Una vez allí, la propia Constructora se encargó de limpiarle la herida y de darle el unguento Shujme que cicatrizaba y curaba. Había oído hablar de él, pero jamás lo había visto de cerca, y mucho menos se lo habían aplicado nunca. Era un lujo que muy pocos Traukos habían experimentado.

—Dime, Kia, ¿de dónde eres? —preguntó Johana.

—Nací en las minas de pétrel. Supongo que ahora volveré allí —dijo

cabizbaja.

—¿No quieres regresar?

—No, señora. A mi familia le costó mucho que saliese de aquel lugar y, si vuelvo, los habré defraudado.

—¿Quieres seguir trabajando como camarera, llevando las bandejas?

—Estaría encantada, pero no me lo permitirán después de lo de hoy.

—¿Tienes otro sitio a dónde ir?

—No, señora.

Johana meditó el asunto unos segundos.

—Bueno, supongo que podrías venir conmigo a la ciudadela de los Arkontes.

—¿De veras, señora? ¿Quiere que le sirva de criada? —preguntó entusiasmada. Kia no podía creer lo que le estaba diciendo.

—Puedes trabajar para mí si quieres. —No estaba segura de cómo funcionaban allí ese tipo de cosas. Ni siquiera sabía si existía el dinero en aquella sociedad y, en caso afirmativo, si ella lo tenía. Parecía como si todo el mundo le regalase las cosas. «Claro que, si contrato a alguien, tendría que pagarle», pensó.

—¡Por supuesto, mi señora! ¡No hay mayor honor que el de poder servir a la Constructora! —respondió emocionada.

—Bueno, ya arreglaremos los detalles —dijo un poco incómoda ante la fervorosa declaración de la joven.

La herida de la mano dejó de sangrar. El ungüento robomolecular había hecho su trabajo y el corte estaba ya cicatrizado. Había eliminado hasta el último rasguño; la piel volvía a estar perfecta.

—Esto ya está. Podemos regresar a la recepción.

Año 355 de la partida, día 147

Una insistente luz de color rojo parpadeaba en el panel de control.

—Capitán, hemos perdido a otro.

—¡Maldita sea! ¿Cuántos llevamos ya?

—Desde nuestra partida hemos sufrido un total de 3289 bajas, pero tan solo en el último mes se han contabilizado 430 decesos producidos en las cápsulas de animación suspendida. Es evidente que algo está fallando y no conseguimos averiguar qué es.

—Lo sé, las otras dos naves reportan informes similares. Los fallos en los sistemas de mantenimiento vital se han incrementado exponencialmente durante este año.

—¿Qué vamos a hacer? Si seguimos así, terminaremos perdiendo a toda la población.

—Despierta al consejo.

—Las directrices indican que no podemos hacerlo hasta que no lleguemos a un lugar apropiado para establecernos.

—Me dan igual las órdenes, son ellos los que tienen que decidir qué vamos a hacer. No seré yo quien se haga responsable de la muerte del pasaje, y eso es exactamente lo que sucederá si no resolvemos esta situación.

Capítulo VI

Los días siguientes estuvieron llenos de actividad. Johana apenas disponía de tiempo para descansar. El consejo Shujme había nombrado al caballero Daharsy como su representante y tanto él como la dama Sheila acompañaban a la Constructora en todos sus desplazamientos. La agenda de asuntos por tratar era extensa.

Los diferentes sistemas que permitían la sostenibilidad del planeta habían dejado de funcionar a pleno rendimiento, lo que había provocado un detrimento en la calidad del agua y del aire. Otra seria dificultad era causada por el filtro de partículas cósmicas, el escudo protector que impedía la llegada de radiaciones nocivas provenientes del espacio. El ciclo de autorregulación y limpieza que realizaba de forma automática había dejado de producirse; esto hacía que, paulatinamente, fuese perdiendo eficacia. Según los cálculos más conservadores, si no se volvía a poner en marcha, dentro de quinientos años la vida en la superficie sería inviable y la población se vería obligada a vivir en túneles subterráneos.

Dedicaban jornada tras jornada a visitar los lugares en los que había problemas. Johana no sabía qué solución dar a aquellas dificultades técnicas. Sin embargo, se dio cuenta de que ninguno de sus acompañantes esperaba una respuesta por su parte. Simplemente se limitaban a informarla para que tuviese una perspectiva global de la situación.

Hoy le tocaba el turno a los campos de pétrel. Tardaron bastante tiempo en llegar hasta allí. No habían utilizado el aerodeslizador como en otras ocasiones, sino que habían ido en una nave para viajes de larga distancia, preparada para salir de la atmósfera protectora del planeta al espacio exterior; ya que, para

sorpresa de Johana, los campos de pétreol no se encontraban dentro del propio planeta, sino en medio de una nube de asteroides.

Comenzaron la maniobra de aproximación.

Parecía imposible atravesar el tupido dosel de diminutas piedras flotantes que tenían delante. Sin embargo, el piloto de la aeronave, con gran pericia, bordeó los límites del campo rocoso dirigiendo la embarcación hacia una zona habilitada para el paso. Gigantescas esferas doradas, colocadas todo en derredor, abrían un enorme pasillo libre de obstáculos. Gracias al campo magnético que producían, las naves que viajaban entre las minas de pétreol y de Larkshama podían moverse con fluidez.

Al final del corredor, el muro protector se abría aún más y daba paso a un titánico asteroide de colosales proporciones. Su destino.

Desde el puente de mando, lugar donde se encontraban, se veía cómo el descomunal conjunto rocoso aumentaba de tamaño a medida que la nave se acercaba.

—Caballero Daharsy, ¿qué se extrae de estas minas? —Quiso saber Johana.

—El mineral de pétreol, el cual es indispensable para nuestra supervivencia en el espacio. Los antiguos Constructores establecieron aquí su hogar, entre otras cosas, por la existencia de este material en tan abundante cantidad. Es parte fundamental en la fabricación de robomoléculas y estas, a su vez, conforman todos los objetos y materiales que poseemos. Su forma y sus funciones vienen dadas por la programación que se les inserta. Así, una misma robomolécula puede formar la hierba del planeta generando oxígeno, o la tela de nuestro vestido con la capacidad de aportar calor, o el fuselaje de nuestras naves capaces de atravesar la galaxia. Todo está fabricado sobre la base atómica del pétreol. También hace posible los viajes espaciotemporales. Nuestros antiguos amos desarrollaron, gracias a la composición cuántica de este elemento, la tecnología capaz de realizarlos.

—Ya veo que es un recurso muy importante.

—Así es, mi señora. Se podría decir que uno de los más valiosos del universo.

—¿Y cuál es el problema aquí?

—Las revueltas, mi señora. De un tiempo a esta parte, ha comenzado una corriente de descontento entre los Traukos.

—¿Cuál es el motivo de sus protestas? ¿Qué piden?

—No les gusta trabajar en las minas. Pero esa es su función, aunque algunos de ellos se resistan a entenderlo. Hasta ahora los leves conatos de insurgencia han sido sofocados con éxito pero, sin duda, vuestra presencia ayudará a calmar los ánimos. Tal vez, si les recordáis para qué fueron seleccionados ellos y sus ancestros, acepten sin más quejas su puesto en la sociedad.

La nave atracó en el muelle de carga principal, donde el consejo Trauko al completo esperaba ansioso la llegada de la Constructora; sus esperanzas estaban puestas en ella. Cuando viese las circunstancias tan penosas en las que su gente se veía obligada a vivir, sin duda, tomaría cartas en el asunto.

Ella fue la primera en bajar, seguida por el caballero Daharsy, la dama Sheila y una delegación de Shujmes. Solo dos Arkontes seguían a su lado: Sean y Danko. Johana había preguntado por Erik cuanto vio que no estaba en la nave al salir de Ciudad Bastión. Le extrañó su ausencia, pues siempre la había acompañado en cualquiera de sus desplazamientos. La respuesta que obtuvo fue que motivos familiares le habían impedido estar allí.

Una guardia Shujme esperaba su llegada a pie de pista, junto a la rampa por la que descendía la comitiva.

Los tres miembros del consejo Trauko salieron a su encuentro y le dieron la bienvenida.

—Estamos muy contentos de poder recibirla, Constructora. Es un honor tenerla aquí.

—Me alegra estar con vosotros y espero servirlos de ayuda en lo que

necesitéis —contestó Johana.

—Estamos seguros de que así será. Hay problemas urgentes que requieren vuestra atención.

Geros, el consejero Trauko, echó una rápida mirada al caballero Daharsy. Si querían que las cosas mejorasen, debían contar a la Constructora cómo eran las condiciones allí. Pero esto no iba a ser fácil con él a su lado. De un tiempo a esta parte, se había convertido en su sombra. Se preguntaba cuánta influencia habría logrado tener sobre ella. Hablar sin tapujos de los temas por tratar y no edulcorar los detalles sobre las injusticias a las que eran sometidos podía significar sufrir represalias por parte de los Shujmes. Pero si se callaba sería un cobarde, todo seguiría igual y eso era algo que jamás podría perdonarse... Debía ser claro, costase lo que costase.

Kia seguía de cerca a su señora. Estaba muy contenta de poder estar a su servicio; la Constructora había demostrado ser una persona justa y amable. Estaba segura de que ayudaría a su gente y de que las cosas cambiarían en cuanto ella estuviese al tanto de todo.

Iban camino a la estancia, donde tendría lugar la reunión, cuando Johana se dirigió a ella.

—Seguro que tienes ganas de volver a ver a tu familia.

—Sí, mi señora. Estoy deseando ver de nuevo a mis padres, a mis hermanos y a mi abuela —contestó sonriendo.

—Si quieres, puedes ir ahora; seguramente, esta reunión durará bastante. Así podrás estar más tiempo con ellos.

—¿No os importa?

—En absoluto. Vete y disfruta con los tuyos.

—Gracias, estaré de vuelta antes de que hayáis acabado.

—Espera, Kia, no vayas con las manos vacías. Toma, llévalas como regalo.

Johana se quitó el brazalete de su brazo derecho: una preciosa obra de orfebrería con joyas engarzadas, uno de los presentes que le habían entregado el día de la recepción en Ciudad Central.

—Señora, esto es demasiado —dijo sin poder ocultar su asombro.

El valor del regalo equivalía a las jornadas de trabajo de cincuenta Traukos durante toda su vida allí en las minas.

—Bueno, que puedan ver que todos sus esfuerzos por ti han valido la pena —respondió Johana con una sonrisa cariñosa.

—Gracias, señora, muchas gracias.

Kia hizo una reverencia y se marchó. Estaba deseando ver a los suyos, iban a estar muy orgullosos de ella. Ya no llevaba la ropa andrajosa con la que había salido de su casa; ahora lucía un vestido confeccionado con buena tela, acorde con su nueva posición, nada más y nada menos que la criada de confianza de la Constructora. Incluso había engordado un poco y, además, llevaba un regalo para ellos, que les solucionaría la vida; ya no tendrían que pasar ni miseria ni hambre.

—Ese brazalete había estado en mi familia durante generaciones —murmuró con enfado uno de los Shujmes que componían el séquito.

—Será mejor que cierres la boca, Fartho. Te recuerdo que, ahora, ella es dueña de todo lo que hay aquí, incluida tu misma persona —le contestó la dama Sheila en otro susurro—. Y puede hacer lo que se le antoje.

—Todavía no ha sido confirmada.

—En eso tienes razón pero, por tu propio bien, te aconsejo que cambies esa cara. Recuerda que somos siervos leales a los Constructores. Que no se dé cuenta de tu disgusto.

Kia entró en su antigua casa; estaba todo exactamente igual a como lo recordaba. Su madre se encontraba de espaldas a ella, atareada, preparando la comida. Un par de niños de dos y tres años aguardaban sentados a la mesa. Kia los vio y les hizo un gesto para que guardasen silencio, quería darle una sorpresa.

Se acercó sigilosamente y la tocó en el hombro.

—¡Hola, mamá! —exclamó.

Ella se giró; casi no podía creer que fuese su querida hija la que tenía delante. La abrazó con lágrimas en los ojos. Y después, apartándose un poco, dijo:

—¡Cariño! ¡Deja que te vea! ¡Estás preciosa!

—¡Qué ganas tenía de volver a casa! ¿Dónde está el resto de la familia?

—Están trabajando, hasta la noche no regresarán. Yo me he quedado para cuidar de los hijos de tus hermanos y de la abuela.

—¿Está enferma?

—Nada grave, no te preocupes —respondió tratando de quitar importancia al asunto.

—¿Y estos son mis sobrinos?

—Así es. Este es el hijo de tu hermano mayor —le explicó señalando al pequeñín de dos años—, se llama Teo. Y el otro es el de tu hermano Jefton, tiene el mismo nombre que su padre.

—Hola, guapos, yo soy vuestra tía Kia —dijo mientras le daba un beso a cada uno—. ¿Y dónde está la abuela?

—En la habitación —respondió haciendo un gesto hacia la parte de atrás de la casa.

La muchacha fue corriendo a saludarla y su madre la siguió.

La anciana mujer estaba dormida. Kia la encontró más vieja, más apagada que la última vez que se habían visto.

—¿Qué le ocurre?

—Últimamente ha estado un poco pachucha.

El ruido de la conversación la despertó.

—Pero ¡si es mi niña! —exclamó. Una luz inundó su mirada.

—Hola, abuela, he vuelto.

—Sí, ya lo veo —respondió incorporándose—, y más bonita de lo que te fuiste. Has engordado y llevas buena ropa.

—También he traído algo para vosotros. Espero que os ayude.

Kia puso encima de la cama el pequeño bulto que llevaba envuelto en un pañuelo. Desató los nudos y mostró lo que había dentro dejando al descubierto el fastuoso brazalete.

Tanto su madre como su abuela se quedaron mudas de admiración.

—Pero, cariño, ¿de dónde has sacado esto? —le preguntó su madre.

—Me lo ha dado la mismísima Constructora y es para vosotros.

—¿De veras?

—Sí. Trabajo para ella, soy su criada de confianza —explicó orgullosa.

—¡Oh, mi preciosa pequeña! —exclamó su abuela abrazándola—. Sabía que llegarías lejos.

—Con lo que vale esta joya, podremos comprar las medicinas y los alimentos que necesitamos para que mejores —dijo su madre dirigiéndose a la anciana.

—Teníais que haberme dicho que necesitabais dinero —respondió la joven.

—Hasta hace bien poco, tu situación era bastante precaria, si no recuerdo mal —respondió su madre.

—Eso da lo mismo, yo hubiese buscado la manera de ayudaros.

La abuela intervino:

—Por eso mismo no te dijimos nada. Demasiado bien te conozco: hubieses sido capaz de hacer alguna tontería. Ya estoy muy vieja y he vivido bastante, más de lo que pensaba. No iba a permitir que te metieses en problemas por mi

causa.

—Abuela, no digas tonterías, no estás vieja. Además, yo sé lo que me hago.

La anciana mujer sonrió. Era la juventud de su nieta la que hablaba por su boca. Recordaba la intrepidez y arrogancia que ella misma había sentido cuando tenía su edad.

—Ahora te pondrás bien, ¿de acuerdo? —continuó Kia.

—De acuerdo —aceptó la mujer y, cambiando de tema, preguntó—: ¿Y cómo es la Constructora?, ¿qué tal es?

—Es muy buena y amable. En cuanto sepa lo que ocurre en las minas, hará lo necesario para arreglarlo.

—Entonces, hemos tenido suerte —respondió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven. No entendía por qué su abuela parecía aliviada. ¿No se suponía que la Constructora debía ser así?

—Mi querida niña, no todos los de su clase fueron magnánimos.

—¿Lo dices por alguna de las antiguas leyendas?

—¿Madre ya está de nuevo con sus cuentos para niños? —La voz de su padre resonó en la habitación.

Kia se dio la vuelta de inmediato para abrazarlo.

—¡Papá!

—¡Pero si ya eres toda una mujercita! —exclamó—. Me he enterado de que mi pequeña estaba aquí y he dejado mi puesto para venir a verte, aunque solo dispongo de unos minutos.

—¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti, mi niña, y yo a ti.

—¿Cómo has sabido que había regresado?

—La mujer de Jerto te vio en una de las galerías. Esta se lo contó a su

marido; él, a mi compañero de turno, y este, a mí.

Kia se echó a reír. Volvió a recordar que allí dentro los chismes corrían a la velocidad de la luz.

—¿Has visto lo que tu hija nos ha traído? —le dijo su esposa señalando el brillante brazalete que refulgía sobre la colcha.

Su padre emitió un silbido de admiración mientras lo cogía.

—Me lo ha dado la Constructora para vosotros.

—Ya ves —dijo su abuela—: es una buena Constructora.

—Eso está por verse —respondió su padre—. Agradezco el regalo, hija, no me malinterpretes. Pero las cosas aquí abajo cada vez están peor, y dudo que ella vaya a hacer algo para mejorarlas.

—Yo sé que lo hará. Espera y verás —contestó Kia convencida.

—Si piensa tomar cartas en el asunto, será mejor que lo haga cuanto antes. La gente está muy descontenta, hay quienes hablan ya de organizar una insurrección.

—Sería inútil y una soberbia estupidez —opinó la abuela.

—Madre, usted no entiende de estos asuntos.

—¡Claro que lo entiendo! ¡He vivido muchos más años que tú y sé muchas más cosas que tú! —exclamó indignada—. Aunque consiguierais levantaros contra los Shujmes, los Arkontes aplastarían cualquier rebelión.

—Los Arkontes y los Shujmes no se soportan. Dudo que vengan en su ayuda.

—No acudirían por ellos, lo harían para restablecer el orden instituido. Son defensores fervientes de la tradición, jamás permitirían que el equilibrio de los clanes se viese alterado.

—Pero si la Constructora ordenase un cambio... —intervino Kia.

—Las cosas serían totalmente distintas ya que ellos, por encima de todo, mantienen su lealtad a los Constructores, los únicos que tienen el derecho a modificar leyes.

Erik se encontraba en uno de los despachos cercanos a la sala de reunión del consejo Arkonte. Su padre, Algot, tenía un puesto importante.

—Buenos días, ¿deseabas verme? —preguntó al entrar.

—Sí, así es. Desde que llegaste no hemos tenido ocasión de hablar. Tu madre quiere que vayas a casa y te reúnas con ella, tiene asuntos que tratar contigo.

—¿Para eso me has hecho venir?

—Sí. Es un asunto serio y es mejor arreglarlo cuanto antes.

—La prioridad es la Constructora y mi sitio debería estar a su lado —dijo con cierta indignación. Le daba igual de qué se tratase, ella era lo primero.

—La Constructora es la prioridad de todos nosotros —contestó una voz a su espalda.

Erik se volvió. Era su abuelo Augus, miembro del consejo.

—Señor —respondió Erik.

Tanto él como su padre inclinaron la cabeza a modo de saludo.

—Tu padre tiene buenas razones para hacerte llamar. Restablecer la paz dentro de la familia es algo fundamental.

—¿La paz?, no entiendo a qué os referís. ¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia?

—Tu madre te explicará todo lo sucedido en estos meses. Espero que actúes como se espera de ti —contestó Algot.

—Bueno, de cualquier manera, no creo que ahora sea momento de tratar ese asunto, hay otras cosas más importantes. No es bueno que la Constructora esté rodeada de tantos Shujmes, no podemos fiarnos de ellos —respondió Erik.

—Ese es otro tema sobre el que también debemos hablar —dijo Augus—. Tu misión era encontrarla y traerla de vuelta. Lo has hecho muy bien: tu nombre ocupará un lugar de honor entre los nuestros. Estamos muy orgullosos de ti y de que haya sido un miembro de nuestra propia familia quien devolviese al último de los Constructores al lugar que legítimamente le corresponde. Pero tu misión ya ha terminado; dentro de dos semanas se te asignará una nueva, probablemente en el límite exterior del planeta. Últimamente están aumentando las intrusiones de salteadores contra los convoyes de pétrel: las bandas están bien organizadas y cada vez planean mejor sus asaltos. Se te asignará un grupo de respuesta inmediata y protección para que lo comandes; sin duda, también allí harás una excelente labor. Mientras tanto aprovecha este tiempo para descansar.

—Mi lugar está al lado de la Constructora, vigilando por su seguridad —volvió a insistir.

—A todos nos preocupa esa cuestión, pero ahora serán otros quienes se ocupen de ello.

A Erik no le gustó escuchar aquello. Durante meses había sido su responsabilidad, se había encargado de que nada malo le sucediese, y delegar esta tarea en otras personas era algo que le costaba asumir.

—¿Quién lo hará?

—Los propios Shujmes.

Erik no podía creer lo que estaba oyendo. No confiaba en esos petimetres engreídos y mucho menos sin haber descubierto todavía quién había estado detrás del atentado sufrido por la Constructora en la Tierra.

Augus continuó hablando.

—Además, hay otro problema de suma importancia que debe ser resuelto cuanto antes. Tras tratarlo con ellos y llegar a un acuerdo, el consejo ha tomado una decisión.

—¿Un acuerdo? —preguntó precavido.

—Es prioritario preservar el linaje. Si le ocurriese algo a ella, toda esperanza de recuperación de nuestro planeta y la consiguiente subsistencia de nuestra gente se verían gravemente afectadas. En la práctica, significaría la extinción de nuestra civilización, así que hemos alcanzado un consenso: una vez realizada la confirmación de su sangre, la Constructora se unirá en matrimonio con un miembro del consejo Shujme. De esa manera se restablecerá la estirpe y nuestra supervivencia se verá asegurada.

Erik se quedó estupefacto. No pudo reprimirse.

—¿Por qué maldita razón ha accedido nuestro consejo a semejante desatino?
—gritó.

—¡Ten cuidado con lo que dices, muchacho! ¡Muestra respeto! ¿Quién te crees que eres para hablar así a uno de sus miembros? —Algot reprendió severamente a su hijo.

—Pero ¿no os dais cuenta de que les estáis entregando todo el poder a los Shujmes? ¡Son peligrosos! ¿Es que no lo veis?

—El trato es favorable para los dos clanes: no hemos cedido a cambio de nada, es mucho lo que también ganaremos nosotros con el acuerdo y asegurará la paz definitiva —explicó Augus.

—¿Y Johana? ¿Ella está de acuerdo con este plan? —Erik no podía creerlo.

—La Constructora será informada en su momento. El caballero Daharsy, el escogido para ser su consorte, no le es desagradable. Además, ella no se negará a hacer lo mejor para su gente. De cualquier manera, tus palabras desvelan que has pasado demasiado tiempo a su lado; puede que tus sentimientos estén nublando tu razón y no te dejen ver lo que de verdad importa. ¡La supervivencia del planeta y de todos nosotros está en juego!, así que, de ahora en adelante, no volverás a su presencia.

—No podéis pedirme eso.

—¡No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando! ¡No volverás a acercarte a

la Constructora! —dijo finalmente Augus, y con eso dio por zanjado el asunto—. Puedes retirarte.

Erik inclinó de nuevo la cabeza a modo de aceptación y salió de la habitación. Hervía por dentro.

No podía ser cierto. La Constructora no podía unirse en matrimonio con un Shujme. Era inaudito que el consejo Arkonte estuviese tan ciego como para no darse cuenta de la trampa evidente que eso suponía.

Había recibido la orden de no acercarse de nuevo a Johana, una orden directa de uno de los miembros del consejo. Todo su ser se revelaba contra ello, pero tenía que acatarla. Lealtad, honor, valor: ese era su credo. Su deber era obedecer, aunque muriese por dentro.

Tal y como preveía Johana, la reunión se alargó bastante. Los miembros del consejo Trauko tenían muchos temas que tratar con ella, en especial los referentes a las mejoras en la calidad de vida de los habitantes de las minas de pétrel.

El principal problema venía dado por la superpoblación y los limitados recursos que poseían para alimentarse, vestirse, etc. A Johana le gustaría poder ayudarlos, pero no sabía cómo hacerlo.

—Mi señora, con tan solo que ordenaseis un aumento en las raciones diarias de alimento..., eso ya sería un gran avance para los habitantes de las minas —dijo Geros, el portavoz del consejo Trauko.

—Los recursos son limitados: no podemos soportar un crecimiento exponencial de la población Trauka. Lo que se debe hacer es controlar dicho crecimiento —contestó Taitus, Shujme principal de gestión.

—¿Controlar el crecimiento? —preguntó Johana.

—Sí, eso sería lo mejor, pero los habitantes de los campos de pétrel se niegan sistemáticamente a acatar las directrices. Aumentan la población, hay más trabajadores, pero la producción sigue siendo la misma. ¿Cómo va a ser eso

sostenible? —continuó Taitus.

—Las directrices son imposibles de cumplir. Solo están cubiertas las necesidades básicas de los operarios, ya sean en las minas o en los campos de superficie. Pero ¿qué pasa con sus familias?, ¿con los niños que todavía son demasiado pequeños para trabajar?, ¿o con los ancianos, que ya no pueden hacer tanto? Si quieren comer, tienen que realizar algún tipo de labor, pero evidentemente no pueden producir lo mismo que un obrero en plenas facultades. Así que el número de trabajadores aumenta, pero la producción sigue siendo la misma —respondió Geros.

—A ver si lo he entendido... Si quieren comer, ¿tienen que ser trabajadores de las minas? —intervino Johana.

—Así es, Constructora. Cada día los operarios se presentan con el mineral extraído ante el encargado de zona, y este les da su ración diaria de comida. Los que son fuertes comparten lo que han extraído con los que no pueden trabajar y, así, todos comen.

—¡Ellos mismos admiten las tretas que utilizan para engañar al responsable de extracción! ¡Es inaudito! Esto no quedará así.

Johana ya había escuchado bastante.

—¡Basta! Lo inaudito es que se deje morir de hambre al que no sea capaz de producir. ¡Niños y ancianos no tienen la culpa de vuestra pésima gestión! —dijo furiosa dirigiéndose a Taitus—. Quiero que se aumenten las raciones de comida de inmediato; lo suficiente para cada individuo, sin importar si realiza una labor en las minas o no. ¿Queda claro?

—No podéis ordenar semejante cosa —contestó desafiante el aludido.

—Ah, ¿no? ¿No es mío todo lo que alcanza mi vista? ¿No decís que todo pertenece a la Constructora?

—Así es, mi señora, pero todavía no habéis sido confirmada como tal.

—¿Confirmada? —Johana se detuvo en seco. ¿De qué estaba hablando aquel

tipo?

El caballero Daharsy tomó la palabra.

—Mi señora, es una mera formalidad. Dentro de unos días se realizará la ceremonia de confirmación y, entonces, tomareis posesión de todo lo que os pertenece. Podréis dar las órdenes que convengáis y hacer los cambios que consideréis necesarios. Tan solo tendréis que esperar unos días, nada más.

—Comprendo —concluyó Johana.

Aquello lo cambiaba todo. Se había extralimitado, y de qué manera. Por un momento se había llegado a creer que en realidad era quien todos decían: la Constructora, con la capacidad de arreglar la vida de aquella pobre gente, pero nada más lejos de la realidad. Seguramente, lo único que había conseguido era empeorar todavía más la situación de los Traukos.

No deseaba seguir escuchando sus problemas, no podía hacer nada por ellos.

—En ese caso, nos volveremos a reunir después de la confirmación —dijo Johana dando por terminada la audiencia con el consejo Trauko.

Erik había llegado a la casa familiar. Se encontraba en presencia de su madre, en el aposento donde solía recibir a las visitas.

—Por fin te dignas a ver a tu pobre madre. Te esperaba hace días pero, si no llega a ser porque le dije a tu padre que te lo ordenase, no sé cuándo hubieses venido.

—Bueno, aquí estoy. ¿Qué deseáis?

—Quiero explicarte algunas cosas que han sucedido en tu ausencia. Es mejor que las conozcas directamente por mí.

Erik no tenía ni idea de qué era lo que tanto preocupaba a su madre. De hecho, ahora mismo, tampoco tenía la cabeza para otra cosa que no fuese para la conversación que acababa de mantener con su padre y su abuelo. Aun así, decidió escuchar pacientemente.

La relación con ella siempre había sido fría y distante, igual que con su padre; lo normal en cualquier familia Arkonte. Teniendo en cuenta que los hijos varones se criaban lejos de sus progenitores y que no tenían ningún contacto con ellos hasta los ocho años de edad, era de esperar que las relaciones familiares no se basasen precisamente en el amor, sino en el honor y la lealtad.

Las mujeres Arkontes no tenían lugar en el mundo militar que regía la vida de puertas para fuera, pero su posición era bien distinta dentro de los hogares. Su papel era fundamental como guardianas de las líneas de sangre.

El poder que tuviese un hombre dentro de aquella sociedad dependía, en gran manera, de los contactos que la familia de su esposa poseyese, así como de las uniones que ella misma fuese capaz de realizar al decidir con qué linaje mezclaría la sangre de sus propios hijos. Conseguir organizar una que fuese beneficiosa era una labor ardua que requería de gran esfuerzo y pericia.

—Erik, estuve buscando una alianza matrimonial fuerte, que aportase más influencia a nuestra familia. Traté el asunto con los Rekait; tanto ellos como nosotros tenemos representación directa en el consejo, por tanto la unión de nuestras sangres sería algo muy conveniente y ventajoso: aumentaría nuestro prestigio y también el suyo. Acordé con ellos que, a tu regreso, siendo como eres, el mayor de mis tres hijos varones, te unirías con su primogénita. Este matrimonio, junto con tu expediente militar, te habría dado un magnífico impulso, habrías podido subir tanto... Incluso, en un futuro, cuando hubiesen pasado los años, habrías optado a un puesto dentro del consejo.

Hizo una pausa para ver la reacción de su hijo, pero no vio ninguna expresión en su rostro; era como si aquello no fuese con él. Decidió continuar.

—Sin embargo, antes de que pudiese comunicarte mi decisión, te enviaron a una nueva búsqueda que te ha tenido apartado de tu familia por meses. Por supuesto, el acuerdo tenía un plazo determinado para su cumplimiento; en tu ausencia el tiempo estimado venció y los Rekait no aceptaron un aplazamiento. Hijo, tienes que entender que era una unión muy ventajosa y que no estaba dispuesta a echar por la borda todo el esfuerzo invertido, así que les propuse otro

candidato: tu hermano Johanson, ya que tú, mi primogénito, estabas ausente y se desconocía la fecha de tu regreso. Consideraron la opción y aceptaron la unión con el siguiente en la línea de sangre. Supongo que ellos tampoco querían perder la oportunidad de unir la pureza de nuestros linajes.

A su madre le preocupaba la reacción que pudiese tener su hijo al escuchar todo aquello. Su hermano iba a beneficiarse de la influencia y de los contactos que la esposa Rekait le proporcionaría colocándolo en mejor posición dentro del clan que el propio Erik.

Sin embargo, él seguía sin mostrar respuesta alguna, como si no tuviese importancia nada de lo que acababa de explicarle.

—De todas formas, no debes preocuparte, me encargaré de buscar otra alianza tan ventajosa como esta para ti. Solo que tendrás que esperar un poco, nada más.

Por fin Erik reaccionó, aunque no de la manera que ella esperaba.

—Madre, eso es lo que menos me importa ahora mismo.

—¿No te importa?

—No, ni lo más mínimo.

—Entonces, ¿no guardarás resentimiento a tu hermano?

—Claro que no. ¿Por qué habría de tenérselo?

—Pensé que podrías sentirte ofendido, ya que él va a obtener unas ventajas que te hubiesen correspondido a ti.

—A mí eso me trae sin cuidado. Hay otras cosas que me preocupan más.

—Bueno, ¿y qué hay más importante que tu futuro? —expresó con clara sorpresa su madre. Por un lado, le alegraba que Erik no le guardase rencor a su hermano pero, por otra parte, le molestaba la falta de interés que su hijo estaba demostrando en un asunto tan importante.

—¿Sabías que el consejo ha aprobado la unión matrimonial de la

Constructora con el caballero Daharsy?

—No lo sabía, pero no me extraña. Creo que es la mejor opción.

—¿Por qué? —dijo Erik, claramente irritado.

—Por fin te veo reaccionar por algo —contestó su madre—. Bueno, es evidente que no van a proponer a un miembro del consejo Arkonte; todos son demasiado viejos y ya están casados. No va a unirse a un Trauko, por supuesto, son muy poca cosa; así que solo quedan los Shujmes. El caballero Daharsy tiene la edad apropiada, es educado y bastante guapo. Sí, creo que es la mejor opción. No habiendo ningún Constructor, es la línea de sangre más cercana a ellos y los hijos heredarán los genes dominantes de su madre, lo que los convierte en Constructores.

—¡Pues yo no creo que sea la mejor opción!

—Da igual lo que tú opines. Se hará lo que el consejo decida, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

Su madre dio por terminada la conversación. Se levantó y se dirigió a sus aposentos interiores. Antes de llegar a la puerta, se giró levemente y le dijo:

—Esta noche vendrás a cenar.

Y se marchó. No había sido una invitación, había sido una orden.

Año 355 del éxodo, día 150

En la cubierta superior del Larkte, su capitán reportaba el informe a los miembros del consejo. Estos ya habían escuchado los datos aportados por los capitanes Constructores del Sharima y del Matue, los otros dos navíos. Los acontecimientos eran verdaderamente preocupantes.

Las cápsulas de hibernación comenzaban a fallar. Lo que iba a ser un periodo relativamente corto de animación suspendida se había convertido en un sueño de más de tres siglos.

—Si reanimamos a todo el mundo sin tener un lugar en el que desembarcar, podemos enfrentarnos a un motín. La gente espera despertarse con un nuevo planeta a la vista, no en medio de ninguna parte, condenados a vivir el resto de sus días en el espacio reducido que supone estar dentro de una nave.

—Si dejamos que sigan durmiendo, para muchos de ellos, sino para todos, los receptáculos donde yacen se convertirán en sus propias tumbas.

—Ninguno de los aquí presentes pensábamos que el viaje duraría tanto. Salimos de nuestros diferentes mundos de origen con una idea clara, pero es evidente que debemos cambiar el punto de vista. Ni nosotros ni nuestros hijos veremos cumplidos nuestros deseos de establecernos; serán otros, nuestros descendientes, quienes lo consigan. Es a ellos a quienes debemos darles la oportunidad. Los materiales con los que están hechas las cápsulas no son eternos, se están degradando. Debemos despertar a la gente, explicarles la situación y que cada uno decida si desea volver a la hibernación, con los riesgos que eso conlleva, o si trabajará para sacar este proyecto adelante, no ya para sí, sino para los que vengan después de ellos.

Capítulo VII

Reidar y Sean estaban sentados en el maxiauditórium, a la espera del comienzo de la ceremonia de confirmación, cuando Danko apareció por uno de los pasillos. Se veía serio, preocupado.

—Reidar, tenemos un problema.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que vengas conmigo y lo veas por ti mismo.

Los tres salieron rápidamente por uno de los accesos laterales.

—¡Mira!, allí están los amigos de mi hermano. Vamos a seguirlos, seguro que van a reunirse con Erik.

—No sé si es buena idea, Logan.

—¿Quieres conocer al buscador que encontró a la Constructora o no?

—Claro que quiero. Tu hermano es un héroe y me encantaría presumir delante de los compañeros de la academia de haber estrechado su mano. Pero ¿has visto el color de sus bandas?

—Pues claro, son azules, como la de todos los soldados.

—Ya, pero el tono, fíjate en el tono. Es azul oscuro, la insignia más alta entre los guerreros, son luchadores de élite. Si los seguimos sin su permiso y se dan cuenta, podemos meternos en un verdadero lío. No tengo ganas de que me den una paliza por entrometido.

—Mira, Olson, vas conmigo, y yo soy el hermano de Erik, el buscador más famoso en todo este planeta. Te aseguro que nadie se atreverá a tocarnos un pelo.

Tanto Logan como Olson eran cadetes en la academia, tenían dieciséis años y todavía no habían terminado su formación como soldados. Las bandas que cruzaban su pecho, de color blanco, daban clara muestra de ello.

Lo normal es que estuviesen dentro del centro de entrenamiento y capacitación, dónde vivían internos pero, debido a la ceremonia de confirmación, hoy se habían suspendido las clases y se les había permitido salir. Era un día de fiesta y celebración.

Logan era el hermano pequeño de Erik y, como tal, vestía el mismo uniforme de color gris oscuro, lo que daba clara muestra de la casa a la que ambos pertenecían. Su amigo Olson llevaba uniforme de color granate. Los dos pertenecían a familias con representación en el consejo.

Desde que se supo la noticia de quién había sido el buscador que había encontrado a la Constructora, Logan no había desperdiciado ni una sola ocasión para presumir delante de sus compañeros. Y no era para menos; si ya antes se sentía orgulloso de su hermano por ser el soldado que más misiones había realizado, en estos momentos lo admiraba todavía más por haber conseguido lo que nadie hasta ahora había logrado.

Había ido allí con el firme propósito de encontrarlo y saludarlo. No lo veía a menudo pero, siempre que lo había hecho, Erik lo trataba bien, jamás le había dirigido una palabra brusca. Esperaba poder presentárselo a su amigo; el resto del curso iba a estar sacando pecho con aquello.

—Hay dos cadetes que nos siguen desde que salimos del maxiauditórium — dijo Reidar.

—Yo me ocupo —contestó Sean.

Iban andando por callejuelas estrechas guiados por Danko.

—Casi hemos llegado. Es el próximo local.

—Id delante. Me encargo de esos dos y os alcanzo.

—Muy bien, Sean, pero date prisa.

Danko y Reidar entraron en la semioscuridad del lugar. El sitio era un antro donde la gente iba a beber. A esas horas de la mañana, estaba prácticamente vacío; únicamente estaban el dueño del local, un Trauko acostumbrado a no meterse en asuntos ajenos, y un cliente, sentado en una de las mesas del fondo.

Danko hizo un gesto en su dirección. Era Erik.

—Lleva toda la noche bebiendo y no parece que quiera parar —dijo—. A mí no me hace caso, puede que tú tengas más suerte.

—Está bien, hablaré con él. Tú, quédate aquí, en la barra; si te necesito, te haré una señal.

Reidar se acercó y dijo con aire jovial:

—Hola, Erik, así que no has podido esperar para comenzar la fiesta de celebración, ¿eh?

Hizo un gesto al tabernero para que le trajese un vaso.

Observó más detenidamente a su amigo; parecía que llevase días sin dormir. Su aspecto era desaliñado: sin afeitado, con los ojos vidriosos por efecto del alcohol y con el uniforme completamente arrugado. Tenía una pinta realmente lamentable. Jamás había visto a Erik en semejante estado.

Logan y Olson dejaron de ver a los tres amigos de Erik cuando doblaron por uno de los callejones. Apretaron el paso para no perderlos, pero tuvieron que parar en seco cuando Sean les salió al encuentro. Se había quedado esperándolos. Estaba en la esquina, apoyado con el hombro en la pared y con los brazos cruzados al pecho.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? Este no es lugar para dos chavales —dijo con tono brusco y seco. Largaos inmediatamente si no queréis que os parta la cabeza.

Se separó lentamente de la pared: una indicación nada sutil de que, si no se iban de allí, cumpliría con su amenaza. Olson enseguida dio dos pasos hacia atrás. Si había que salir corriendo, tendría algo de ventaja respecto al

malhumorado soldado.

Sin embargo, Logan, aunque dubitativo, intentó razonar con aquel tipo amenazante.

—Me llamo Logan, señor. No quiero ser irrespetuoso, solo estoy buscando a Erik; es mi hermano. Nos han dado el día libre y pensé que podría verlo antes de volver a la academia. Si usted pudiese decirme dónde está...

—Hablas demasiado, muchacho. Ya os he dicho lo que tenéis que hacer. ¡Largaros de aquí! Le diré a Erik que lo buscas. Si él quiere, ya te encontrará. Y ahora, ¡fuera de mi vista!

Sean acompañó el último grito con un paso hacia adelante, suficiente para que los dos chicos echasen a correr por la calleja sin mirar atrás. Meneó la cabeza con una sonrisa mientras los veía alejarse. «Críos», pensó.

Se dio la vuelta y se fue hacia el local, donde ya estaban Danko y Reidar.

Al doblar la cuarta esquina, se detuvieron. A Logan y a Olson les faltaba el aire.

—¿Nos sigue? —preguntó Olson entrecortadamente.

—No, creo que no —contestó Logan apoyándose en la pared.

—Hemos tenido suerte. Un poco más y nos hubiese dado una buena tunda.

—Seguro que sabe dónde está Erik.

—Ya, pero no va a decírnoslo.

—Hay que volver.

—¿Estás loco? Ya lo has oído: no podemos ir.

—Pues yo no me marchó sin ver a mi hermano. ¿Vienes?

—Tú estás mal de la cabeza.

—Yo voy a volver. —Logan miró a su amigo esperando una contestación de su parte.

—Y yo debo estar todavía más loco que tú —murmuró entre dientes—. Está bien, voy contigo.

Sean entró en el local y vio a Danko apoyado en la barra.

—Ya me he desecho de los dos chavales que nos seguían. ¿Dónde está Reidar?

—Ahí, con Erik. Espero que consiga convencerlo y podamos llevárnoslo de aquí.

Sean observó la escena. El local estaba bastante oscuro y no podía ver bien a Erik, pero parecía como si le hubiese pasado por encima un aerodeslizador de carga. Tenía un aspecto horrible.

—Bueno, y ya que no has querido esperar a tus amigos para comenzar con la fiesta, ¿se puede saber qué estamos celebrando? —dijo Reidar.

—Una boda —contestó Erik sin levantar la vista de la mesa.

—¿En serio? ¿Y quién se casa?

—La Constructora. —Erik comenzó a llenar de nuevo su vaso. Tenía dos botellas vacías al lado e iba camino de vaciar la tercera.

—¿La Constructora va a casarse?

—Sí. El consejo ha decidido que, una vez se realice la confirmación, lo mejor será que se case cuanto antes para asegurar el linaje.

—Tiene su lógica. Es necesaria la continuidad genética: es normal que el consejo quiera garantizar el futuro de nuestro planeta.

—Sí, es de una lógica aplastante. —Erik apuró el líquido ambarino de su vaso y volvió a llenarlo—. El problema es encontrar al candidato apropiado, porque evidentemente no hay otro de su misma clase; no hay ningún Constructor con el que pueda unirse. Pero no hay de qué preocuparse, mi querido amigo Reidar, el consejo, que es muy sabio, ha resuelto el problema: la Constructora se unirá en matrimonio con el caballero Daharsy.

Erik alzó su vaso y observó el licor a través del cristal, como queriendo hallar respuesta a una muda pregunta. Vacío el contenido en su garganta y dejó de nuevo el vaso en la mesa.

—¿Con un Shujme? ¿El consejo ha accedido a que haya una unión de esa clase entre la Constructora y un Shujme? —A Reidar tampoco le agradaba la idea.

Los Shujmes aumentarían su cuota de poder y también el área de influencia dentro del planeta. Si ya eran peligrosos antes, después de eso podían ser ingobernables. Pero ellos eran soldados, el consejo tomaba las decisiones y ninguno de los allí presentes eran quién para cuestionarlas.

—Supongo que el consejo habrá tenido en cuenta los pros y los contras de una decisión tan importante y habrán llegado a algún tipo de alianza con los Shujmes —dijo finalmente Reidar.

—Sí, han estudiado bien las posibilidades. Lo más alto en nuestra escala social es un miembro perteneciente al consejo. En el caso de los Arkontes, son todos demasiado viejos; los Traukos, evidentemente, ni cuentan, no tienen suficiente categoría, así que solo quedan los Shujmes, que siempre han sido los más cercanos a los antiguos Constructores. El caballero Daharsy pertenece al consejo, es de la edad adecuada y no está casado. En resumen, el candidato perfecto.

—Parece que es lo único que se podía hacer. Entonces, ¿por qué te afecta tanto el asunto?

Erik volvió a llenar su vaso hasta el borde mientras hablaba.

—¿Alguna vez has deseado algo tanto, tanto, que te doliese por dentro?, ¿sabiendo que, hicieses lo que hicieses, jamás lograrías conseguirlo?

Reidar miró a su amigo: tenía la vista fija en el vaso de licor. Lo vio como nunca antes lo había visto; estaba derrotado. Y, de repente, Reidar entendió la razón.

—Estás enamorado de ella —dijo en un murmullo de sorpresa.

Erik levantó el vaso.

—Como un completo imbécil —contestó y bebió de un trago.

Reidar cogió la última botella que quedaba y terminó de vaciarla llenándose por primera vez su propio vaso.

Danko y Sean observaban la escena desde lejos. No conseguían escuchar la conversación, pero no perdían detalle de los gestos.

—Genial, no solo no ha convencido a Erik para que deje de beber, sino que ahora Reidar se le une —dijo Danko.

—Espera, seguro que tiene un plan, siempre lo tiene. Además, sabes que es imposible convencer de algo a Erik a la fuerza. Espera y verás.

—Antes me has preguntado si sabía lo que es desear algo con todas tus fuerzas y saber que jamás lo conseguirás. Pues bien, amigo mío: sí que lo sé —dijo apurando la bebida.

Erik lo miró a través de sus vidriosos ojos, afectados por la ingesta masiva de alcohol.

—¿Y qué es lo que quieres? —le preguntó.

—No qué, sino a quién. Quiero a la mujer más hermosa, preciosa y delicada que puede existir, pero su familia jamás aceptará nuestra unión.

—Dime de quién se trata, a qué familia pertenece y yo hablaré por ti. Eres el mejor soldado con el que he servido y no conozco a ningún hombre más honorable que tú. Te confiaría mi vida, eres más que mi hermano.

—No te esfuerces, Erik, ya sabes cómo son las cosas aquí. Su familia pertenece al consejo, su linaje se remonta hasta la fundación de nuestro mundo, sus ancestros ya eran de pura sangre Arkonte cuando los antiguos Constructores aún existían. No hay ni una sola mancha en su línea genética. Su familia jamás permitirá que se una a mí; yo no soy de su misma clase. Ni a mi hermano ni a mí

nos reclamaron al octavo año, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé, pero eso no significa que no tengas los mismos derechos que el resto de nosotros. Pertenece al clan, eres tan Arkonte como cualquiera.

—Eso es así, y no me siento menos que nadie pero, en cuestión de linaje, no puedo demostrar quiénes fueron mis ancestros, a qué familias pertenecieron o que no hubo alguna unión mixta con otras sangres en generaciones anteriores. Sin eso, mi unión con ella desvirtuaría la pureza de su estirpe. Pero tu caso es distinto; puede que acepten tu unión con la Constructora. Tu abuelo es uno de los miembros del consejo y tu familia es de pura sangre. Habla con él.

—¿Crees que eso importa? Ya lo he intentado, pero solo soy uno de los cuarenta y siete nietos que tiene mi abuelo, y te aseguro que no soy precisamente de sus preferidos. Estoy demasiado abajo en el escalafón jerárquico en comparación con Daharsy. No hay nada que hacer; después de la confirmación de hoy, la Constructora y él viajarán a Ciudad Esplendor, su nueva residencia, y no volveré a ver a Johana nunca más. —Cogió la botella para llenarse de nuevo el vaso, pero estaba vacía, así que hizo una seña al tabernero para que trajese otra.

—Bueno, de cualquier manera, si yo estuviese en tu lugar y esta fuese a ser la última vez que pudiera ver a la mujer que amo, te aseguro que no desperdiciaría la oportunidad, estaría ahí para verla.

Erik se quedó un momento pensativo intentando aclarar las ideas. El licor nublaba su mente.

—Puede que tengas razón —dijo finalmente. Intentó levantarse, pero había bebido demasiado. Reidar tuvo que sujetarlo para que no se cayese al suelo. Lo ayudó a sentarse de nuevo.

—Dame unos minutos y estaré bien.

—No tenemos unos minutos, la confirmación estará a punto de empezar, si es que no lo ha hecho ya. Si no vamos pronto, no podrás verla.

—¡Tabernero, trae un despabilador! —gritó Reidar.

—No pienso beber esa porquería. Ni hablar, solo necesito un momento para serenarme.

—Estás demasiado borracho y no tenemos ese momento. Habértelo pensado antes de trincarte tres botellas de aguardiente tú solo.

El tabernero trajo un vaso grande con líquido efervescente en su interior. El olor era nauseabundo.

—¡No pienso tragarme eso!

—Lo harás por las buenas o por las malas.

Reidar hizo un gesto a Danko y a Sean para que se acercasen. Erik los miró; ¿qué hacían allí esos dos? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Se colocaron uno a su izquierda y el otro a su derecha, y lo sujetaron, obligándolo a permanecer sentado, mientras Reidar cogía el vaso con el líquido mal oliente.

—¿Vas a bebértelo?

—Ni hablar.

—Muy bien, pues entonces será por las malas.

Reidar se puso a su espalda y le inmovilizó el cuello con el brazo.

—¡Abre la boca!

—¡Soltadme!

Los gritos se oían desde la calle.

—¡Esa es la voz de mi hermano! ¡Alguien lo está atacando! —dijo Logan a su amigo.

Los dos estaban a unos metros de donde Sean les había dado el alto, cerca de la entrada de la taberna.

No se lo pensó dos veces y cruzó corriendo el umbral seguido por Olson. Lo que vio lo dejó pasmado. Los tres mejores amigos de Erik intentaban, a duras

penas, mantenerlo quieto y sentado en una silla. Había volcado la mesa y procuraba levantarse dando patadas a un lado y a otro.

Reidar fue el primero en ver a los dos muchachos.

—Logan, ¿qué estás haciendo aquí? Bueno, da igual, ¡ven y ayúdanos! ¡Sujétale las piernas!

—¿Qué le estáis haciendo?

—Tu hermano es muy terco y no quiere cooperar —le contestó—. Es por tu propio bien, Erik. ¡Tienes que beberlo! —dijo acercándole el vaso con la mano que le quedaba libre—. Logan, ¿qué estás haciendo ahí de pie, sin hacer nada? ¡Te he dicho que le sujetes las piernas! ¡Tú, el de al lado, ayúdalo!

Los dos muchachos se lanzaron al suelo, uno a cada lado, y agarraron, con todas sus fuerzas, las piernas de Erik impidiendo que se levantase.

Este seguía con la boca cerrada, apretando los dientes, empeinado en no beber aquel mejunje. Reidar le tapó la nariz.

—En algún momento tendrás que respirar.

—Qué terco es. Sabes que prefiere ahogarse antes que abrir la boca, ¿verdad? —dijo Sean.

—Lo sé, y cuento con ello —contestó Reidar.

Un par de minutos después, Erik dejó de forcejar, había perdido el sentido. Solo fueron unos segundos, pero los suficientes para que abriese la boca, y sin consciencia, el reflejo de su garganta hizo que al contacto del líquido tragase.

—Vale, ahora, apartaros —ordenó Reidar.

Pasaron unos instantes y Erik volvió en sí. Inmediatamente se puso de pie. Tenía aspecto furibundo, estaba realmente cabreado. Dio un paso hacia Reidar, pero no pudo continuar. Se dobló sobre sí mismo y comenzó a vomitar. Echó hasta la última gota de alcohol que tenía en el cuerpo.

—Voy a matarte, Reidar —dijo en un susurro apenas audible cuando cesaron

las arcadas.

—Bueno, ya me darás las gracias más tarde, ¿te parece? Ahora no tenemos tiempo, hay que llegar al maxiauditórium antes de que la Constructora se vaya —contestó.

Salieron del local y se dirigieron hacia donde tenía lugar la confirmación.

El despabilador, ese mejunje infecto que su amigo le había obligado a beber, había hecho efecto y volvía a estar perfectamente lúcido. Se abrochó correctamente los botones superiores del uniforme, se pasó la mano por el pelo intentando acomodar un par de mechones rebeldes y caminó con paso decidido para ver a Johana por última vez.

Año 355 de la partida, día 223

—*Mamá, ¿hemos llegado?* —dijo el pequeño frotándose los ojos. *Acababa de despertarse de la hibernación.*

—*Creo que sí, cariño* —contestó su madre.

—*¿Podemos ir ya al nuevo planeta?*

—*Primero nos cambiaremos de ropa, nos lavaremos y comeremos algo, ¿te parece?*

—*Vale. ¿Dónde está papá?*

—*Está ahí mismo, ¿ves?, ayudando a tu hermana a salir de la cápsula.*

—*Hola, papá* —saludó contento.

—*Hola, hijo* —le respondió su padre mientras daba unas zapatillas a su hija para que se las pusiese.

—*Son muy feas* —se quejó, haciendo una mueca de disgusto. *Al parecer el diseño no era del agrado de la adolescente.*

—*Póntelas y deja de protestar* —la cortó su madre en seco.

Todos los habitáculos de animación suspendida de esa sección estaban abiertos, un total de doscientos cincuenta; y uno por uno, sus ocupantes regresaban poco a poco a la vida.

Una responsable de la tripulación apareció en la sala reclamando la atención de los presentes.

—*Buenos días a todos* —clamó elevando la voz—, *mi nombre es Meriabe y seré su guía para ayudarlos durante las siguientes semanas. Seguramente*

tendrán numerosas preguntas; todas ellas serán respondidas a lo largo de su periodo de adaptación. Si hacen el favor de seguirme, podrán asearse y vestirse adecuadamente.

Echó a andar por el pasillo central mientras seguía con su explicación.

—Ustedes pertenecen a la sección B-5690 XCTA. A cada familia se le asignará un alojamiento propio; sin embargo, tanto el comedor como los baños serán zonas comunes para todos los miembros de su sección. Posteriormente se les dará una labor que desempeñar dentro de la nave de acuerdo con su formación y sus características personales.

Llegaron hasta una bifurcación del pasillo.

—Por favor, caballeros, diríjense a la zona A; señoras, a la B. Aquí podrán ducharse y arreglarse. Cada uno de ustedes dispone de una taquilla con su nombre, donde encontrarán todo lo necesario para su aseo, así como ropa y calzado. Cuando acaben sigan la línea verde del suelo, que los llevará directamente a la zona de comedor; allí recibirán más instrucciones.

Al cabo de un rato, los integrantes de la última sección reanimada, vestidos ya con sus nuevos uniformes, fueron apareciendo de manera escalonada en la zona común.

—Mira, mamá, ahí está papá con mi hermano.

En cuanto vio a su mujer y a su hija, el marido se levantó de la mesa donde estaban sentados y les hizo un gesto para que se les uniesen.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, un poco nerviosas, pero nada más.

—Bueno, es normal. Estamos comenzando una nueva vida.

Meriabe volvió a aparecer en el centro de la sala.

—Estimados amigos —comenzó a decir—, sé que muchos ansiáis el momento de ver el planeta al que hemos llegado; sin embargo, he de

comunicaros que todavía tendréis que esperar un poco. Debido a ciertos problemas técnicos, se ha tomado la obligada decisión de despertar al pasaje antes de tiempo. Han pasado trescientos cincuenta y cinco años desde nuestra partida.

Un murmullo de asombro se extendió por la sala.

—Algunas de las cápsulas han comenzado a fallar y hemos perdido a parte de nuestros compañeros.

Susurros con expresiones de preocupación comenzaron a escucharse por aquí y por allí entre la multitud.

—Es por eso que se os ha reanimado —intentó tranquilizarlos la representante de la tripulación—: para poder resolver el problema sin que suframos más bajas. De cualquiera de las maneras, como todavía no sabemos cuánto más tardaremos en llegar a nuestro destino, el que lo desee podrá regresar al estado anterior de suspensión en cuanto hayamos conseguido solventar el fallo de las unidades de hibernación. Mientras tanto, hay muchas cosas por hacer a bordo y toda la ayuda será bien recibida. No tendréis tiempo de aburriros, os lo garantizo.

Capítulo VIII

Johana estaba al borde mismo de la histeria. Hacía días que no veía a Erik. Había preguntado por él en varias ocasiones y siempre recibía la misma respuesta: asuntos familiares requerían su presencia. Pero ya no podía esperar más. En apenas unos minutos daría comienzo la ceremonia de confirmación, su confirmación como Constructora, cosa harto improbable porque, evidentemente, ella no lo era.

Aguardaba en una estancia cercana al lugar de la celebración. La habitación desbordaba en lujo, pero este simplemente empalidecía en comparación con la persona que esperaba en su interior. Johana estaba vestida como una auténtica reina. Lucía el más fastuoso de los vestidos; la tela, ricamente engalanada con los más delicados encajes y tejidos, se ceñía a su cuerpo de manera majestuosa, y su pelo, adornado con diminutas joyas que refulgían a cada uno de sus movimientos, hacía que la rodease un aura de magnificencia imperial. Todo estaba pensado para dejar sin habla a cualquiera que la viese. Brillaba tal y como se hubiese esperado que lo hiciese la auténtica Constructora.

Se paseó una vez más de un lado a otro, nerviosa, retorciéndose las manos y preguntándose dónde, maldita sea, estaba Kia. Hacía tres horas que la había mandado a buscar a Erik y no había rastro de ninguno de los dos.

Erik la había metido en ese embrollo y Erik sería quién la sacase de él. Le había dicho muy claramente que ella no era la persona que buscaban, que se habían equivocado, pero no le había hecho el más mínimo caso. «¡Él es el responsable de todo esto!».

«¿A quién pretendo engañar? —pensó mientras se pasaba nerviosa la mano por el pelo—. Ha sido culpa mía. ¡Estúpida, estúpida!». Se lo había pasado en

grande, como si hubiese estado de vacaciones, haciéndose pasar por quien no era, y ahora iba a recoger las consecuencias de sus actos. «No tendría que haber dejado que las cosas llegasen hasta este extremo». No debería haber permitido que los habitantes de todo un planeta creyesen que ella era la solución a sus problemas. Mucha gente importante iba a sentirse como si les hubiese estado tomando el pelo. Era más que probable que la condenasen y le impusiesen algún tipo de castigo.

Si hubiese sabido cómo, se habría largado de allí, pero habían puesto guardias en las puertas. Nadie le había dicho que fuese prisionera, pero se sentía como si lo fuese. Ya no había guerreros Arkontes a su alrededor, solo soldados Shujmes que parecían obedecer las órdenes del caballero Daharsy.

Kia se había convertido en la única en quien podía confiar, y ni siquiera ella sabía la verdad sobre su persona.

El cuento de hadas se había convertido en una pesadilla. Y esta vez Erik no estaba allí para salvarla.

Kia volvió a revisar el graderío lateral derecho; ya lo había hecho dos veces, pero lo hizo de nuevo. Llevaba horas buscando al guerrero Arkonte de nombre Erik, tal y como su señora le había ordenado, pero nada, no lograba dar con él. Lo había buscado con desesperación, casi tanta como la que había oído en la voz de su señora cuando le ordenó que lo encontrase y lo trajese hasta ella.

Johana, escoltada por un séquito compuesto por soldados Shujmes, se dirigía hacia el maxiauditórium, lugar donde iba a tener lugar la celebración. A su lado, acompañándola, se encontraba el caballero Daharsy. No había rastro de Kia y mucho menos de Erik.

—Por favor, Daharsy, explícame una vez más en qué consiste exactamente la confirmación —pidió nerviosa Johana.

—Es muy sencillo, mi señora. Entraremos en el maxiauditórium por la puerta principal y nos dirigiremos a la plataforma central. Allí nos esperan los miembros del consejo Shujme, Arkonte y Trauko, junto con el Tecnosuperior,

quien será el encargado de realizar la confirmación de sangres. En el centro de la plataforma, se alza la esfera contenedora; en su interior, flotando en suspensión, se encuentran las robomoléculas que guardan el registro de los antiguos códigos genéticos de las cuatro líneas de sangre: Constructores, Shujmes, Arkontes y Traukos. Uno por uno, todos los miembros de los distintos consejos iremos depositando gotas de nuestra sangre en la solución robomolecular. Dependiendo del clan, la reacción química varía; esto confirmará el origen de cada individuo. Por último, vos misma depositareis una muestra de vuestra propia sangre y de esta manera se podrá ver que de nuevo hay un Constructor entre nosotros. Es un trámite, tan solo una mera formalidad pero, a fin de cuentas, necesario para disponer legalmente de todo lo que por derecho os pertenece.

Llegaron a la entrada del maxiauditórium, las puertas se abrieron y cruzaron el umbral.

Cuando apareció, rodeada de pompa y boato, en la plataforma central, miles de personas se levantaron a la vez de sus asientos y la recibieron con una gran ovación. El lugar estaba completamente abarrotado; era un acontecimiento histórico y nadie quería perderse. La mayoría de los asistentes eran Arkontes y Shujmes, pero también había numerosos Traukos. Todos esperaban ansiosos la aparición de la Constructora. Una nueva era comenzaba. Aplaudían y gritaban alegres. Johana se preguntó cuánto les duraría la euforia cuando se descubriese que ella era un fraude.

La ceremonia dio comienzo.

En el centro, la enorme esfera captaba el interés de todos los asistentes. Los cinco miembros del consejo Arkonte, junto con los cinco miembros del consejo Shujme y los tres del Trauko, formaban un medio círculo alrededor de la misma. Johana había sido conducida hasta una esquina de la plataforma, desde donde observaba la escena como si aquello no fuese del todo real.

La expectación era enorme, el auditorio al completo guardó silencio a la espera de escuchar las palabras de inicio. El Tecnosuperior caminó hasta colocarse al lado de la esfera y comenzó a hablar.

—Hace milenios, los antiguos Constructores fueron traicionados, y con ellos todos nosotros. Urkio, el traidor Arkonte, robó al bebé, el último de los de su estirpe, y lo escondió. Jamás se supo dónde ¡hasta hoy! Por eso, ¡qué apropiado es que ahora, siglos después, sean los propios Arkontes quienes limpien la deshonra acaecida y nos hayan traído de vuelta a la Constructora! —El Tecnosuperior hizo una pausa dramática y a continuación exclamó con voz sonora:

—¡Los Constructores han regresado!

Todos se levantaron y comenzaron a gritar y aplaudir al unísono.

—¡Que dé comienzo la confirmación de sangres! —dijo alzando aún más el tono para hacerse oír sobre el ruidoso gentío.

La ceremonia empezó por el consejo Trauko. Uno de sus miembros se adelantó, fue hasta donde estaba la esfera de cristal y extendió la mano sobre ella. El Tecnosuperior le hizo un pequeño corte con un afilado cuchillo; varias gotas de sangre cayeron en el interior transparente de la esfera. En apenas unos instantes, la sangre se disolvió y produjo una reacción química luminiscente que tiñó la esfera de color verde. Todos los asistentes aplaudieron ante la confirmación de la línea de sangre Trauka.

En unos segundos, la esfera volvió a quedar transparente y fue el turno de los otros dos miembros del consejo Trauko. Obtuvieron el mismo resultado.

Después, uno tras otro, fueron los cinco miembros del consejo Arkonte. La reacción química con su línea de sangre dio como resultado luminiscencia azul.

Los siguientes fueron los miembros del consejo Shujme. El resultado con su sangre fue luminiscencia naranja.

Así, todos los miembros de los diferentes consejos confirmaron que su línea de sangre era la que debía ser. Por último, llegó el turno de la Constructora.

Kia por fin había divisado al guerrero Arkonte. Erik estaba sentado en una de las gradas laterales, junto a otros de su misma clase, a tan solo unos metros de

ella. Comenzó a caminar rápidamente a su encuentro. Debía llegar hasta él y darle el mensaje de su señora.

Todas las miradas estaban fijas en Johana, pero ella tenía los pies clavados al suelo. No podía moverse. El Tecnosuperior la observaba esperando a que se acercase, pero seguía quieta, inmóvil. Finalmente, el caballero Daharsy fue hasta ella y la acompañó hasta la esfera. Le hizo un gesto para que extendiese la mano y a Johana ya no le quedó más remedio que hacerlo.

El maestro de la ceremonia realizó el corte en su mano, y la sangre resbaló hasta diluirse dentro de la esfera. En este caso no hubo luminiscencia. El interior se volvió negro; un oscuro, profundo e intenso negro se adueñó del orbe. No volvió a su anterior transparencia, quedó negro, señalando acusador la falta.

Un sonido gutural, desgarrador salió de la garganta del Tecnosuperior; no podía creer lo que sus ojos le mostraban. La que tenía allí, a su lado, no era una Constructora.

—¡Eres una sin sangre! —gritó.

Johana pudo ver el desprecio y el asco dibujado en sus ojos. Se volvió hacia el consejo Arkonte, quienes hasta ahora siempre la habían tratado con respeto, y pudo ver la incredulidad pintada en sus rostros; no entendían qué estaba sucediendo.

Los Shujmes bullían de indignación e ira.

—¡Qué significa esto! ¡Es un fraude! ¡Traición! ¡Traición! —Los miembros del consejo Shujme gritaban acusación tras acusación a los Arkontes—. ¡Habéis traído a una impostora!

Johana se vio rodeada por la locura de unos y otros, sin saber qué hacer ni a dónde ir.

Erik se levantó de golpe de su asiento. Él y los suyos habían llegado poco tiempo antes, el suficiente para ver la confirmación de los dos últimos miembros del consejo Shujme.

No podía creer lo que estaba viendo, pero el resultado era evidente. El color negro de la esfera no dejaba lugar a la duda: Johana no era la Constructora. Y eso lo cambiaba todo, absolutamente todo.

Sin pensarlo dos veces, salió por uno de los laterales y se dirigió hacia la entrada de la plataforma central. Tenía que llegar hasta ella lo antes posible.

Reidar, Danko y Sean tampoco entendían qué estaba sucediendo, y no eran los únicos. Pero no se quedaron allí pasmados como el resto de los asistentes; en cuanto vieron que Erik se movió, lo siguieron inmediatamente.

Kia vio cómo desaparecían del graderío. Le fue imposible alcanzarlos. Parecía que todo el mundo se hubiese vuelto loco de repente, gritaban puestos en pie, presas de la indignación y el desconcierto. El pasillo se inundó de gente y no pudo seguir avanzando.

Giró la cabeza hacia la plataforma central y vio lo que todo el mundo veía: la esfera teñida de color negro. La Constructora no era la Constructora, pero eso no podía ser, ¿o sí? Kia decidió volver inmediatamente al lado de su señora. En estos momentos necesitaría de ella más que nunca.

—¿Qué piensas hacer, Erik? —preguntó Reidar, pegado a su lado, mientras recorrían el pasillo externo que rodeaba el auditorio.

—Voy a sacar a Johana de ahí.

—Llevaba a una escolta Shujme. ¿Te has dado cuenta, no?

—Sí.

—¿Y qué harás si te impiden acercarte a ella?

—Tú, ¿qué crees?

—Supongo que vas a quitar de en medio a cualquiera que se cruce en tu camino.

—Has acertado.

La fría determinación que se leía en la mirada de Erik daba clara muestra de

lo que iba a suceder dentro de poco.

Danko y Sean, que los seguían de cerca, habían escuchado toda la conversación.

—¿Por qué sonríes, Danko? —preguntó Sean.

—¿No lo hueles?

—¿Oler qué?

—El olor a pelea.

Sean también sonrió.

—Eres un broncas —le dijo a su amigo.

—Sí, y me encanta —contestó—. Tanto Shujme cerca me estaba poniendo de los nervios. Estoy deseando patear unos cuantos de esos estirados culos.

En la plataforma central, las cosas se estaban poniendo cada vez peor para Johana. El Tecnosuperior la acusaba una y otra vez de ser una vil impostora; el consejo Shujme acusaba de traición a los Arkontes, y los miembros del consejo Arkonte exigían una explicación a la propia Johana, quien no sabía qué decir ni qué hacer para calmarlos.

—No os preocupéis, no dejaré que os hagan daño —le dijo el caballero Daharsy, que había permanecido a su lado durante todo el tiempo—. Yo os protegeré.

Erik y los suyos entraron en la plataforma central. En cuanto lo vio, Johana se puso tan contenta que a punto estuvo de correr a su lado, pero no pudo hacerlo; Daharsy la tenía sujeta por el brazo.

—¿Estás bien? —grito Erik al verla. Tenía el mismo aspecto que un búfalo embravecido, dispuesto para la batalla.

—Mejor ahora, que estás aquí —respondió aliviada.

—No voy a permitir que los Arkontes os la llevéis. Es un ultraje lo que habéis intentado hacer hoy —le espetó el caballero Daharsy interponiéndose

entre él y Johana.

—¡Aparta de mi camino, Shujme! —le advirtió furioso, con verdadera ira reflejada en los ojos.

A un gesto del caballero Daharsy varios soldados de su guardia personal le salieron al paso impidiendo que avanzase.

—¡Reidar! ¡Sácala de aquí! —ordenó Erik.

Inmediatamente Sean se alineó con Reidar para cumplir la orden, mientras que Danko, guardándole las espaldas a Erik, se preparó para la inminente pelea.

Reidar llegó hasta donde se encontraba Johana y la condujo afuera, mientras que Erik y Danko comenzaban a dar buena cuenta de los guardias Shujmes.

La valentía del caballero Daharsy se esfumó de golpe en cuanto vio cómo los guerreros Arkontes empezaban a patear cabezas y a romper costillas. Rápidamente se hizo a un lado huyendo de la lucha.

—¡No podéis dejar a Erik y a Danko! ¡Tenéis que ayudarlos! —dijo desesperada Johana al ver el numeroso grupo de hombres que los tenían rodeados.

—Os asustáis sin motivo. Una docena de Shujmes no son nada contra dos Arkontes. No necesitan nuestra ayuda, se bastan solos —contestó Reidar en tono arrogante—. Además, Erik me ha dado una orden y pienso cumplirla. Debo ponerlos a salvo.

—¿Y él? —preguntó con clara preocupación en la voz.

—Se unirá a nosotros más tarde. No os angustiéis, sabe cuidarse perfectamente.

Abandonaron la plataforma central y se dirigieron a la galería exterior. El caos y el desconcierto reinaban a sus anchas. Las salidas estaban completamente colapsadas por cientos de personas y abrirse paso entre el gentío era cada vez más difícil. Se detuvieron al lado de una de las paredes. Reidar tocó un resorte que accionaba un panel lateral; este se abrió dando paso a un corredor auxiliar.

Rápidamente entraron por él y dejaron atrás el tumulto.

Kia consiguió llegar justo a tiempo de ver cómo su señora desaparecía, escoltada por dos soldados Arkontes, por uno de los pasillos de servicio.

Año 4020 de la partida, día 23

—*Es por aquí* —dijo la muchacha cogiendo la bifurcación de la derecha.

—*¿Estás segura?* —preguntó temeroso. *Hacia rato que habían dejado atrás las galerías transitadas. Caminaban los dos solos por estrechos corredores por los que parecía que nadie hubiese pasado en mucho, mucho tiempo.*

—*Sí. ¿Quieres verlo o no?*

—*Ya te he dicho que sí.*

—*Bueno, si tienes miedo..., podemos darnos la vuelta* —le contestó con cierto aire de condescendencia.

El chico la miró. Siempre parecía tan segura de sí misma...; por eso, precisamente, le gustaba. Ella era mucho más valiente que él, pero jamás lo admitiría en voz alta, antes muerto. Tragó saliva y contestó ufano:

—*¡Yo no le temo a nada! ¡Si tú te atreves, yo también!*

—*Muy bien. Pues sígueme y no te pierdas. Si te quedas atrás, seguro que nadie te encontrará. Tu cadáver terminaría pudriéndose en medio de estos lúgubres pasillos.*

Sabía que solo lo decía para molestarlo, pero no pudo evitar que un escalofrío desasosegante recorriese su espalda ante la terrorífica idea.

Por fin llegaron hasta una sala cerrada. Ella marcó la clave en el teclado de acceso y la puerta que les impedía el paso se abrió ante ellos.

—*¿Cómo sabes el código?* —pregunto el joven.

—*Mi madre es jefa de control de sala, ¿recuerdas? Tiene acceso a todas las*

llaves de apertura.

La habitación estaba a oscuras, tenuemente iluminada por el reflejo de algunas LED intermitentes, pero que no aportaban suficiente claridad.

Él encendió la linterna que llevaba y apuntó el haz de luz al interior. Ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

—¿Entramos? —preguntó el chaval.

—Para eso hemos venido, ¿no? —respondió ella. Pero seguía quieta, sin moverse del sitio.

La curiosidad pudo más. Habían llegado hasta allí y no pensaba marcharse sin ver lo que aquella habitación escondía. La miró de reojo; parecía que el valor la había abandonado por un momento. Esa era la oportunidad que esperaba para poder demostrar su audacia ante ella.

—Vamos a ver qué hay aquí dentro —dijo echando a andar. Ella lo siguió de inmediato.

A uno y a otro lado del pasillo, había contenedores metálicos. Se acercaron a uno de ellos y lo iluminaron con la linterna. Un par de luces intermitentes brillaban en la parte superior. Lo miraron con más detenimiento; la tapa, hecha de un cristal curvo, estaba helada y cubierta de polvo. La joven pasó su mano limpiando la suciedad de la superficie y se asomó para ver qué había en su interior. Cuando lo hizo dio un salto hacia atrás emitiendo un grito de terror. Había una persona dentro, parecía muerta.

El muchacho también se había llevado un susto de muerte pero, afortunadamente, ella estaba más impresionada que él y no se había percatado del brinco que él mismo había dado. Se rehízo enseguida.

—Es una cápsula de hibernación —dijo intentando dar sensación de seguridad.

—Ya... ya lo sé —respondió ella tratando de ocultar su miedo.

Él levantó el haz de luz de la linterna hacia el fondo. Muchas más cápsulas

como aquella estaban dispuestas en perfecto orden por la sala; incluso por las paredes, estaban colocadas en filas que llegaban hasta el techo. Aquella habitación era enorme y estaba repleta de personas que yacían en animación suspendida.

—¿Te das cuenta de que esta gente tiene más de tres mil años? —preguntó admirada en un susurro.

—Es alucinante.

Los dos miraban pasmados a su alrededor.

—Una cosa es estudiarlo en clase de Historia y otra es verlo con tus propios ojos.

—Mi padre me contó que, cuando por fin resolvieron el fallo de las cápsulas, algunos decidieron volver a dormir. No a todos les gustaba vivir en el espacio y una minoría pensaba que era mejor seguir el viaje en estado inconsciente.

—¡Qué fuerte!

—Tú, ¿lo harías?

—¿El qué?

—Dormir para siempre.

—No van a estar así para siempre; en algún momento serán despertados.

—Pero volverán a un mundo que les resultará totalmente ajeno.

—Supongo que se acostumbrarán.

—Todavía no me has contestado. ¿Harías como ellos?

—No, yo prefiero vivir mi vida ahora —respondió ella mirándolo a los ojos. Estaban muy cerca el uno del otro. Él tragó saliva, era la chica más bonita que había visto en su vida.

De pronto una potente luz los deslumbró a ambos.

—¡Eh! ¡Qué estáis haciendo aquí! —Era uno de los guardias quien había

gritado.

Una patrulla de vigilancia había recibido la orden de inspeccionar el lugar cuando, en el panel de control central, se encendió la luz de acceso a una sala de la nave que se consideraba sellada.

—¡Se os va a caer el pelo por esto! —dijo mientras los obligaba a salir y los escoltaban hasta el puesto de vigilancia.

Los dos adolescentes caminaron sumisos uno junto al otro. Iban a recibir una buena reprimenda. Ella lo cogió de la mano un momento, rozando con los dedos su palma. Él la miró y no pudo evitar sonreír. Al fin y al cabo, el castigo bien merecía la pena.

Capítulo IX

El maxiauditórium había sucumbido al caos. La gente, puesta en pie, gritaba de forma ensordecedora. Parecía que todos hubiesen perdido el juicio de repente; estaban como locos, presos de la confusión. Nadie daba crédito a lo que acababa de suceder.

La persona a quien todos suponían la Constructora era en realidad un fraude, un engaño. La zona Shujme del graderío exigía justicia inmediata por aquello y que los Arkontes pagasen por haber traído a una impostora. La parte Arkonte, en cambio, vociferaba que todo era una treta urdida por los Shujmes, cuya única intención era desprestigiarlos.

En medio de todo aquel maremágnum, un individuo permanecía quieto, sentado en su sitio, con los ojos fijos en el estrado donde seguía la esfera teñida de negro. ¿Qué había ocurrido?, no lograba entenderlo.

Él no era famoso, como el buscador Arkonte que había traído de vuelta a la que hasta ahora se creía la última de los Constructores; tampoco intrépido, ni audaz. Su aspecto era más bien mediocre —se podría decir enclenque—; incluso era demasiado bajo para los estándares de los suyos, los Shujmes. Pero tras sus ojos se escondía una inteligencia muy superior a la media. Y la misma idea daba vueltas y vueltas en su cabeza; no podía entender dónde estaba el fallo.

Su persona pasaba desapercibida, nadie se fijaba nunca en él, pero se había convertido en una pieza clave en la identificación de la Constructora. Si bien la gloria se la había llevado el buscador Arkonte, sin su análisis de ADN, hubiese sido imposible saber quién era ella.

Marcus, sentado en una esquina de la parte de arriba del graderío, seguía sin comprender dónde él, el técnico de nivel superior más joven y capaz de todo el

Ministerio de Comprobación, había metido la pata; en qué parte del proceso de análisis había cometido el error. Su obsesión por hacer las cosas bien rozaba lo patológico.

Volvió a repasar mentalmente los pasos seguidos en el laboratorio, uno por uno. Recordó todo lo que había hecho, durante los exámenes de los cinco niveles, con el ADN del sujeto n.º 486037/5580.

Rememoró minuciosamente los meses pasados visualizando en su cabeza cada gestión realizada. Había seguido estrictamente el protocolo, no se había saltado nada; había hecho todas las comprobaciones necesarias y alguna más por su cuenta.

Volvió a la realidad. El maxiauditórium había quedado desierto; no había nadie allí, todo el mundo se habían marchado ya. Estaba tan concentrado revisando sus pasos que había perdido la noción del tiempo. No sabía cuánto rato llevaría ahí solo sentado, pero de una cosa estaba completamente seguro: no había encontrado ningún fallo en su método de análisis.

Entonces, ¿dónde estaba la equivocación? Tenía que revisar el material genético enviado por el buscador. Sin embargo, esto suponía un problema ya que, según el protocolo, para realizar los análisis pertinentes, la muestra recibida debía ser utilizada en su totalidad y esto hacía que quedase inservible para posteriores comprobaciones.

Afortunadamente, el miedo obsesivo a la equivocación que sufría Marcus lo había llevado a guardar en secreto dos partes diminutas del último envío sobre el sujeto n.º 486037/5580; lo suficiente para volver a llevar a cabo un nuevo análisis y ver en qué había fallado.

Se levantó de su asiento con la decisión tomada: iría a su minúsculo piso en el edificio Técnicos 350, en Tecnociudad, cogería las muestras que guardaba congeladas y las analizaría esa misma noche en el laboratorio central. Podía entrar y salir sin que nadie se diese cuenta de su presencia; total, normalmente, tampoco nadie la notaba.

El caballero Daharsy entró hecho una furia en la sala del consejo Shujme, donde el resto de miembros ya estaban reunidos.

—¿La has traído contigo?

—Ha sido imposible. ¡Esos malditos soldados Arkontes entraron y se la llevaron!

—¿Y dónde está ahora?

—¡No lo sé!, supongo que en algún lugar de Ciudad Bastión.

—La confirmación ha sido negativa. ¿Para qué iban a querer los Arkontes quedarse con ella? ¡Es una sin sangre!

—No os preocupéis, nos la entregarán —dijo otro de los allí presentes—. No tienen otra opción si no quieren que pensemos que esta ha sido una nueva traición por parte de su clan. ¡Nosotros estábamos dispuestos incluso a una alianza matrimonial a cambio de cederles posiciones claves! Pero, después de lo de hoy, ha quedado demostrado que es una impostora. ¡Han sido ellos quienes la trajeron haciendo creer a todo el planeta que habían encontrado al último de los Constructores! Haremos una petición formal y no tendrán más remedio que acceder a nuestra demanda. Deben dárnosla para que nos hagamos cargo de ella y lo saben; es lo único que pueden hacer para limpiar su nombre.

Para cuando Marcus llegó al edificio donde residía, ya era noche cerrada. Se había hecho muy tarde y no había gente por la calle ni vecinos con los que cruzarse. Cogió el ascensor y subió a su planta. Anduvo los quince metros de pasillo hasta la puerta de su piso y extendió la palma de la mano que accionaba el panel identificativo para abrir.

No logró entrar. El apartamento saltó por los aires; la onda expansiva resultó tan fuerte que lanzó su cuerpo contra la pared de enfrente. El golpe fue tremendo: lo dejó tirado en el suelo, sin sentido y atrapado bajo la pesada puerta de su vivienda, arrancada de cuajo por la explosión.

Despertó en la calle. Los oídos le pitaban de forma ensordecedora y le dolía

horrores la cabeza. Estaba subido en una camilla, con un tecnosanador a su lado que le sujetaba la mano derecha.

—Es inútil, el lector de huellas no es capaz de realizar la identificación. La piel está demasiado quemada.

Marcus pudo ver de reojo lo que quedaba de su edificio: estaba envuelto en llamas. El tecnosanador se dio cuenta de que había despertado.

—Bienvenido, amigo. Si no hubiese sido por la puerta bajo la que te encontraron, no lo cuentas. Tienes un par de costillas rotas, la clavícula fracturada y sufres de quemaduras serias en ambas manos. Pero no te preocupes, no es nada que no pueda ser curado; un par de días dentro de una esfera sanadora, flotando en solución robomolecular, y estarás como nuevo. Mientras tanto, necesito tu nombre para el informe.

Marcus intentaba entender qué había pasado. La calle estaba llena de heridos. Volvió a mirar hacia su piso, todo ardía: las muestras se habían perdido definitivamente. Vio cómo sacaban otra camilla. Llevaban un cadáver cubierto por una lona; no la habían colocado del todo bien y, por debajo de ella, asomaba una de las extremidades del cuerpo. Estaba carbonizado.

El tecnosanador hablaba con su compañero.

—Ese no ha tenido tanta suerte. Han encontrado muerto al que vivía en el apartamento 1070. Pobrecillo; vuelves a casa, después de un duro día de trabajo, y una explosión por acumulación de metano acaba con tu vida en un momento.

—No quisiera ser el que tuviese que realizar esta noche el informe de su muerte. Ha quedado completamente calcinado —comentó el otro.

Marcus quedó petrificado. El apartamento 1070 era el suyo y supo, en el mismo instante en que dijeron cuál había sido la causa de la explosión, que no se trataba de un accidente, porque nunca, jamás, hubiese podido ocurrir una deflagración en su casa debido a la acumulación de metano.

Cuando era niño, le habían explicado en clase los peligros de la generación

de gases y sus posibles dañinas consecuencias con un impactante video que lo dejó marcado para siempre. Así que, desde sexto grado, jamás se iba de casa sin dejar una de las ventanas abiertas; se había convertido en una obsesión. Sabía los peligros que entrañaban los gases generados por la descomposición de materia orgánica y que era una posibilidad más que factible que estos pudiesen salir por alguna tubería de desagüe y quedar estancados dentro de la vivienda.

Así que no: imposible que fuese el metano. Y si esa no era la causa, ¿qué había sucedido?, ¿por qué había saltado su casa por los aires?

La respuesta vino inmediatamente a su mente: las muestras. Tenía muestras genéticas del sujeto 486037/5580 y alguien había querido destruirlas.

Pero si sabían de su existencia, ¿no hubiese sido más fácil denunciarlo? Al fin y al cabo, lo que había hecho era un delito. ¿Por qué tomarse tantas molestias? Estaba claro: porque no querían que se supiese. Y mucho menos querían que el técnico encargado de realizar los análisis hablase en el juicio y declarase que no había habido error alguno, que exigiese nuevas pruebas genéticas y que quedase demostrado que el sujeto en cuestión era, irrefutablemente, un Constructor auténtico.

Otra sospecha se instaló en su interior. Si alguien había sido capaz de ir tan lejos solo para destruir las muestras, sin importar los heridos que la explosión pudiese causar, ¿qué les impediría ir a por él y acallararlo para siempre?

Marcus comenzó a darse cuenta de que su vida corría verdadero peligro.

—Amigo, ¿puedes decirme tu nombre? —El tecnosanador seguía intentando rellenar el informe médico.

Si les decía quién era, los que habían provocado la explosión no tardarían en descubrir que no había muerto y tratarían de acabar el trabajo. Recordó el cuerpo cubierto de la camilla y el brazo carbonizado que asomaba por debajo de la lona. ¿Quién podía estar esperándolo en su apartamento? De pronto lo supo. El brillante anillo en la mano inerte lo delató; era Webster, su compañero de despacho.

No pudo sentir pena por él. Probablemente, había ido allí para reírse en su cara de la metedura de pata del análisis. Era un trepa, un envidioso y una mala persona.

Webster era arrogante y muy competitivo. Disfrutaba llevándose el mérito de ser el que más análisis realizaba en el departamento, siempre quería ser el primero en escoger los perfiles para analizar y alardeaba de ser el que conseguía llegar a los niveles más altos con los sujetos de estudio. No le gustaba que otros le hiciesen sombra.

Marcus era rápido, eficaz y metódico en su trabajo; era realmente bueno y eso era algo que a Webster lo sacaba de quicio. La gota que colmó el vaso fue que Marcus, y no él, diese con el sujeto que portaba el ADN Constructor. Eso había sido demasiado para su ego así que, después del fiasco en el maxiauditórium, seguro que había ido allí a regodearse. Pero ¿cómo había logrado entrar en el apartamento?, ¿y por qué? Si lo que quería era simplemente ridiculizarlo, le hubiese bastado con esperarlo fuera.

Era su compañero de despacho, puede que tuviese la sospecha de que había sacado muestras sin permiso del ministerio, pero necesitaba pruebas convincentes para denunciarlo y hundirlo del todo. Así que, seguramente, falsificó sus huellas dactilares para poder acceder al apartamento y registrarlo. Con Webster todo era posible.

Se hizo pasar por Marcus delante del lector para que la puerta se abriese; el sistema domótico del apartamento se puso en marcha cuando entendió que el dueño había llegado, y eso le costó la vida. Lo más probable era que tuviesen el sistema hackeado y que, cuando se recibió la señal de que Marcus ya estaba en el interior de la casa, accionaran la bomba.

—Holaaa, ¿recuerdas tu nombre? —insistió de nuevo el tecnosanador.

—Webster. Me llamo Webster —consiguió decir Marcus en un susurro.

Año 6810 de la partida, día 168

—*Constructor Maisonis, ¿qué tal va su nuevo sistema de irrigación?*

—*Fantásticamente bien. Se comporta mejor de lo esperado; la optimización de los recursos hidrológicos es del cien por cien.*

Se encontraban en el ala destinada a la producción agrícola de la nave. Las plantaciones de exuberante vegetación con frutos de vivos colores estaban organizadas en diferentes niveles, aprovechando, de esta manera, todo el espacio disponible de la enorme sala. Los insectos polinizadores zumbaban de aquí para allá, atareados en cumplir con su misión, mientras los dos jefes Constructores charlaban.

—*Me alegra oírlo. Lo cierto es que el área de producción alimenticia es de vital importancia para nuestra supervivencia en el espacio. Cada vez cuesta más encontrar planetas donde abastecernos.*

—*Con este adelanto hemos conseguido cero pérdidas en el consumo de agua. Hemos logrado cerrar el círculo y ser autosuficientes. Ahora podemos mantener a una cantidad constante de residentes en las naves sin necesidad de agentes externos.*

—*El control en el número de pobladores es un tema delicado, pero que, sin duda, debemos tratar en la próxima reunión del Consejo de Decisiones.*

Capítulo X

—¿Dónde está?

Erik acababa de entrar en el lugar donde Reidar y Sean habían ocultado a Johana.

—Está en la otra habitación —contestó Reidar.

—¿Habéis tenido algún problema para llegar hasta aquí?

—Ninguno.

Se encontraban dentro de la academia, en uno de los apartamentos destinados a los instructores. Era de tamaño reducido y estaba pensado para la ocupación de un soldado. Contaba con una diminuta zona para comer, un baño con ducha y un cuarto con cama. Nada más.

Tanto Erik como Reidar, entre misión y misión, habían dado entrenamiento militar a los jóvenes cadetes, así que conocían aquellas viviendas y sabían cuáles estaban sin ocupar.

—Bien, será mejor no levantar sospechas. Marchaos y volved mañana por la mañana; entonces la trasladaremos a otro lugar. Mientras tanto, yo me quedaré con ella —dijo Erik.

—Que estéis los dos a solas durante toda la noche tendrá consecuencias. Tu familia no estará de acuerdo; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Aun así, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—No he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Reidar sonrió, conocía bien la determinación de su amigo.

—En ese caso, deja que sea el primero en darte la enhorabuena. Y ahora, será mejor que entres a verla; no deja de pasearse de un lado a otro de la habitación preocupada por ti.

Sean y Reidar se marcharon y dejaron a solas a la pareja. Erik entró en el aposento donde Johana, nerviosa, esperaba su llegada.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta, ella respiró aliviada, fue hasta él y se enganchó a su cintura con un fuerte abrazo, agradecida de que estuviese sano y salvo. Erik se quedó momentáneamente sorprendido, apenas un instante, y enseguida respondió a su gesto rodeándola con los brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Johana.

—Sí, perfectamente.

Ella lo soltó un momento para cerciorarse de que verdad estuviera bien y le echó un buen vistazo. «*Perfectamente* no es la palabra correcta», pensó. Tenía el uniforme desgarrado, una mejilla ensangrentada, el labio magullado y los puños destrozados, y eso era solo lo que podía verse a simple vista.

—¿Estás seguro de que estás bien? —volvió a repetir.

—Ya te he dicho que sí —respondió Erik con una media sonrisa dibujada en el rostro. Le gustó descubrir que ella sentía ese interés por él.

—Bueno, pues deja que te vea esas heridas y las desinfecte.

—Seguramente, en el armario de la cocina, haya unguento cicatrizante. Por aquí las magulladuras son bastante habituales.

Johana salió de la habitación y fue hasta el lugar que le había indicado. Efectivamente, en uno de los estantes, había un bote. Lo cogió, se quedó unos instantes pensativa, después se giró y le preguntó:

—¿Qué va a pasar conmigo ahora? —Su situación allí había cambiado por completo. Sin duda, tarde o temprano, acabarían por echarla; ya no podría

quedarse.

—No tienes que preocuparte, deja que yo me ocupe. No permitiré que nadie te haga daño —contestó.

Erik la había seguido. Estaba apoyado contra el marco de la puerta con una postura relajada, dejando descansar sobre su hombro el peso del cuerpo. Abarcaba casi todo el espacio de la entrada, ya que era un hombre de tamaño considerable. Verlo ahí, de pie, tan seguro de sí mismo, hizo que Johana se sintiera mejor; la tranquilizaba tenerlo de su parte.

—Hay mucha gente cabreada, no creo que lo dejen estar sin más —insistió.

—Hay algo que debo explicarte para que entiendas cómo ha cambiado tu estatus. Verás, en este planeta, todos pertenecemos a alguien. Yo pertenezco a mi familia; esta, al clan Arkonte, y ellos, a su vez, a los Constructores. Lo mismo ocurre con cualquier otro individuo de los otros clanes, pero tu caso es distinto.

—Yo no pertenezco a nadie. Bueno, a mí misma.

—En eso te equivocas. La propiedad privada es un concepto altamente arraigado entre los nuestros y todos, irremediamente, pertenecemos a alguien. No hay cabida en la legalidad de nuestro mundo para otra cosa diferente.

—Ya, pues no me gusta mucho esa idea, la verdad.

—En la práctica es una protección.

—Explícate.

—Nadie puede reclamar como suyo a otro individuo porque ya pertenece a alguien.

—Se supone que arriba de la pirámide están los Constructores y que todo y todos les pertenece a ellos, ¿no?

—Exacto.

—Pero ellos no están.

—El hecho de que un propietario no se encuentre presente no invalida que

sea dueño de lo que le pertenece. Por eso jamás un Shujme puede reclamar como propio a un Arkonte: porque nosotros ya tenemos dueño.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú no perteneces a nadie y, por tanto, cualquiera tiene el derecho legal de reclamarte para sí.

—¿Me estás diciendo que cualquier habitante de este planeta puede quedarse conmigo?, ¿como si yo fuese una cosa? —preguntó claramente indignada y, a la vez, asustada.

—Sí, pero no dejaré que eso suceda.

Acababa de recibir una información que desconocía por completo. No terminaba de comprender la forma de pensar de esa gente; le resultaba extraño y ajeno esa manera de ver a las personas, como si fuesen objetos que pudiesen pertenecer a otros. Una sensación de angustia se apoderó de su estómago: debía calmarse.

—Bueno, ya encontraremos una solución —dijo decidiendo aplazar momentáneamente el asunto. No quería pensar ahora en eso, antes tenía que tranquilizarse—. Lo primero es curar tus heridas, y lo mejor es que comencemos por limpiar bien los cortes. —Mantener la mente ocupada en una labor familiar era la mejor forma de no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba.

Erik se quitó la chaqueta rota del uniforme y se acercó hasta ella, que se encontraba de pie al lado de la pila del fregadero. Johana cogió una de sus manos y la puso bajo el agua del grifo; con una gasa y mucho cuidado, comenzó a quitar la sangre seca de los nudillos.

Erik estaba pegado a ella. Aspiró el aroma de su cabello, era embriagador. Ahora las cosas habían cambiado entre los dos: ella ya no era la Constructora y la barrera invisible que los separaba había desaparecido.

Johana terminó con esa mano y siguió con la otra; estaba centrada en la tarea. Él se dejaba hacer, pero no podía estarse quieto. Con la mano que tenía

libre, comenzó a acariciar el brazo de Johana. Lentamente subió por él hasta rozarle el cuello y después bajó por su espalda, dibujando una línea recta, hasta la cintura; finalmente, la dejó posada en su cadera. Aquella mujer era tan grácil y delicada... La tenía rodeada entre sus brazos mientras hundía la nariz en su pelo.

Johana sentía el cuerpo de Erik pegado al suyo. Su fuerza, su calor, su tacto, el aliento cálido de su boca contra su cuello, las caricias... Era maravilloso. Una sensación de placer la recorrió de arriba a abajo cuando notó el roce de su incipiente barba contra la mejilla. Se apoyó contra su pecho y escuchó su profunda voz al oído.

—Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase.

Por sus labios entreabiertos, se escapó un suspiro silencioso. El corazón le latía a mil. La cogió por los hombros y le dio la vuelta para mirarla directamente.

—¿Lo has entendido?

—Sí —consiguió decir.

Ella pudo ver la sinceridad en sus ojos. Era extraño lo que Erik hacía brotar en su interior; nunca había estado con alguien que le causase un efecto semejante. Criada en un orfanato, había aprendido, por las malas, que nadie se quedaba demasiado tiempo en su vida. Estaba acostumbrada a la soledad y a valerse por sí misma sin depender de otros, pero con él era diferente: podía confiar plenamente en que jamás la abandonaría.

Erik se fijó en sus labios, suaves y carnosos. «Seguro que son más dulces que la miel», pensó. Decidió comprobarlo: se inclinó lentamente hacia ella y la besó. Eran mucho mejor de lo que había imaginado: cálidos e incitantes. Pasó la mano por detrás de su cintura y la atrajo hacia él. Era simplemente maravillosa.

A Johana le encantó el roce de su piel. Sentir la atracción de Erik por ella hizo que el corazón quisiera salirse del pecho. Estaba loca por él y descubrir que aquel hombre sentía lo mismo por ella le produjo la mayor de las felicidades. Le rodeó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso con todas las ganas.

Notar el cuerpo voluptuoso de la joven pegado al suyo provocó que el deseo de Erik se disparase. Ella entreabrió los labios y él saboreó el interior de su boca. Quería más y más: profundizó su beso abrazándola con fuerza, apretándola contra sí.

—Después de esta noche, me pertenecerás para siempre —dijo en un murmullo ronco.

—¿Qué? —consiguió preguntar ella entre sus besos.

—Estaremos legalmente casados, así son las bodas Arkontes, y eso te pondrá a salvo de cualquier acción que quieran tomar en tu contra —le explicó mientras seguía besándola en el cuello.

Sus palabras, poco a poco fueron calando en la mente de Johana. Se apartó ligeramente y le preguntó:

—¿Y eso en qué posición te dejaría a ti?

Él quería seguir besándola, pero ella le puso la mano en el pecho. Al parecer, no continuarían hasta que le diese una respuesta satisfactoria.

—Deja que yo me ocupe.

—Explícame antes si alguien podría hacerte responsable de mis actos. No voy a permitir que recibas ningún tipo de represalia por mi culpa.

—No tienes que preocuparte.

—Me preocupo y con razón —insistió.

Erik la miró y sonrió resignado. Ya sabía que era obstinada, así que supuso que tendría que convencerla. Cogió una silla y se sentó.

—Muy bien, te lo explicaré de nuevo. Si no me perteneces a mí, cualquiera puede reclamarte como posesión. ¿Quieres eso?

—¡No, claro que no!

—¿Y quieres estar conmigo?

—Sí, quiero estar contigo —aceptó.

—Pues, entonces, ¡deja de darle tantas vueltas, mujer!

—Tengo que pensarlo.

No estaba dispuesta a dar su brazo a torcer con tanta facilidad. Se fijó en las magulladuras que tenía Erik en el rostro y, cogiendo una gasa limpia, comenzó a curárselas.

A Erik aquellos insignificantes cortes lo traían sin cuidado, pero reconoció que, en el fondo, le gustaba sentir las suaves manos de ella remendando sus heridas. Que alguien se preocupase por él de esa manera era algo nuevo en su vida.

Le fascinaba la forma que Johana tenía de moverse y cómo la tela del vestido resaltaba sus curvas; se ceñía magníficamente bien a sus pechos y a sus caderas. Se moría de ganas de retomar lo que hasta hacía un momento habían estado haciendo y de continuar para poder quitarle la ropa. La voz de Johana lo sacó momentáneamente de sus libidinosos pensamientos.

—¿Ves? —dijo—. Yo también sé cuidarte.

—¿Una mujer va a cuidar de un guerrero? —preguntó incrédulo.

—¿Crees que no puedo hacerlo?

—Me pregunto cómo —dijo para pincharla.

—Puedo paliar el dolor de tus heridas —respondió dándole un suave beso por encima del corte que tenía en el pómulo—. ¿Lo ves? —susurró.

—Sí, lo veo —contestó colando la mano sobre su pierna.

—¿A qué ya te duele menos? —Y volvió a besarlo, esta vez cerca del labio magullado.

Erik acercó su boca a la de ella, permitiendo que le diese otro tímido beso, mientras seguía acariciándola. Le gustaba el juego al que estaban jugando. Sentir los cálidos labios de Johana sobre los suyos le encantaba y, rápidamente, la

pasión anterior volvió a prender entre los dos. Le sujetó la nuca con la otra mano y la atrajo hacia sí sin separarse de ella. La intensidad y el deseo fueron en aumento hasta que la necesidad del uno por el otro se hizo evidente.

Johana le rodeó el cuello con los brazos pidiéndole más, y él respondió cogiéndola por la cintura y sentándola sobre sus rodillas. La abrazó fuerte mientras continuaban besándose. Después introdujo la mano por debajo de su falda; quería disfrutar de ella por completo, acariciar cada centímetro de su piel, besar hasta el último de sus recovecos. En su mente y en su corazón, solo había sitio para la apasionada mujer que gozaba entre sus brazos; era pura fantasía hecha realidad. La urgencia por sentir su cuerpo era cada vez mayor y el atuendo que llevaba puesto le impedía hacerlo. Sin pensárselo dos veces, sacó el cuchillo de su bota y rasgó con él la espalda del vestido dejando al descubierto la tersa y dulce piel de la joven.

—Era un vestido precioso —dijo ella con la respiración entrecortada debido a la pasión.

—Es mucho más bonito lo que hay debajo —contestó. El tejido resbaló por su cuerpo y esto hizo que quedase mudo de admiración. Johana era tan hermosa, tan suave y deseable...

La ropa estorbaba, así que Erik se deshizo rápidamente de la camiseta, y dejó al descubierto su torso desnudo. Volvió a abrazarla emitiendo un gemido ronco desde el fondo de la garganta. Sentir los pechos de esa espectacular mujer contra su propio cuerpo era algo increíble. No podía esperar más, quería unirse a ella. El deseo, como un fuego abrasador, lo quemaba por dentro. La cogió en brazos y se levantó con ella para llevarla a la habitación.

Johana continuaba sujeta a su cuello, besándolo. Había comenzado el juego muy ufana pero, cuando él tomó las riendas, las piernas empezaron a temblarle; se sentía como mantequilla entre sus poderosos brazos. Aquel hombre la volvía loca de amor. Sus manos; sus fuertes músculos, que se tensaban bajo la piel, rodeándola; su olor; su tacto... Era viril y apasionado, jamás había sentido algo así antes. Era simplemente arrebatador.

Hicieron el amor durante toda la noche. Una noche mágica, sin complicaciones, sin pensar en nada más. Solo los dos, lejos del resto del mundo.

—¿Duermes? —preguntó Johana. No sabía qué hora era, pero seguramente estaría a punto de amanecer.

—No, estoy despierto.

Erik la mantenía envuelta entre sus brazos. Ella se sentía bien, a salvo.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Deja de inquietarte, yo me encargaré de todo.

—¿Y si quieren devolverme al lugar de donde provengo?

—No pueden hacerlo. Ahora eres mi esposa y jamás lo permitiría; además, es materialmente imposible.

—¿Por qué?

—Imagina a un hombre pescando a la orilla de un río. El hombre lanza el anzuelo con el sedal a un punto determinado del torrente; el anzuelo se desplaza corriente abajo, pero sigue unido al hombre por medio del sedal. Bien, el tiempo es como ese río en continuo movimiento. Cuando un buscador es enviado a un determinado punto del espacio y del tiempo, junto con él viaja una baliza que mantiene abierta la comunicación con el punto de partida. Es, por así decirlo, el sedal. Cuando el pescador recoge el sedal, recupera el anzuelo y puede volver a lanzarlo, pero jamás caerá en la misma agua porque esta está siempre en continuo cambio. Con los viajes espaciotemporales ocurre lo mismo: podemos volver a lanzar el anzuelo, podemos volver a viajar a la Tierra, pero no será en la misma época que tú conociste. El tiempo está en continuo movimiento. Si hubiésemos mantenido el sedal, es decir, la comunicación abierta con tu tiempo, podrías regresar pero, cuando vinimos de vuelta, me traje la baliza que se utiliza para mantener estable el contacto. Por así decirlo: corté la línea que unía tu tiempo con el nuestro, así que es estadísticamente imposible volver a realizar exactamente el mismo salto; los cálculos por realizar tendrían infinitas variables.

—¿Me estás diciendo que estoy aquí atrapada?

—No exactamente. Podemos viajar a otros lugares y a otras épocas, pero no puedes regresar al mismo punto del que saliste.

—Ya veo. ¿Y entonces?

—Deja que yo me ocupe del asunto. Buscaré una solución.

Johana se dio la vuelta y lo miró a los ojos, confiaba plenamente en él. Le dio un beso en la boca. Iba a ser solo uno; después de todo lo sucedido en el maxiauditórium, los dos necesitaban descansar. Pero los labios de Erik eran adictivos; jamás se cansaba de sentirlos. Así que le dio otro, mucho más carnal, y subió la intensidad encendiendo de nuevo el deseo.

Erik respondió a lo que ella quería: se colocó encima del escultural cuerpo de su esposa y, rodeado por sus suaves e increíbles piernas, volvió a hacerle el amor lentamente, tomándose todo el tiempo del mundo.

Johana se despertó sobresaltada. Erik no estaba a su lado; lo oía hablar en la habitación contigua, pero no entendía lo que decía. Ya no estaban solos. Se levantó de la cama y fue a coger su ropa del suelo. El vestido estaba destrozado, ya no podía volver a ponérselo.

Reidar y Danko habían llegado hacía un rato al apartamento. Hablaban en voz baja con Erik, sabían que Johana dormía en el cuarto de al lado.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Parece que se han calmado un poco. La mayoría de los Shujmes han regresado a Ciudad Central; sin embargo, exigen que les sea entregada la que hasta ahora era considerada la Constructora.

Llamaron a la puerta. Los tres hombres se quedaron en silencio.

—Soy Sean. Abridme.

Erik abrió inmediatamente.

—Tenemos un pequeño problema —dijo arrastrando a Kia al interior de la

vivienda.

La joven sirvienta no se atrevía a levantar la vista del suelo mientras apretaba con fuerza un pequeño fardo de ropa contra su pecho. Aquellos gigantes Arkontes la intimidaban terriblemente.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Erik.

—Espero a mi señora —consiguió farfullar.

—¿Quién más sabe que Johana está aquí?

—Nadie más —dijo temblando.

—¿Qué llevas ahí?

—Ropa para mi señora.

Erik la observó detenidamente. Decidió que no representaba ninguna amenaza y que decía la verdad.

—Está ahí dentro —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta que daba paso a la habitación donde dormía Johana.

Kia salió corriendo hacia el lugar que le había indicado.

—La presencia de la criada ha atraído atención indeseada —dijo Sean—. Ahí fuera se ha reunido un número considerable de cadetes y soldados.

Erik emitió un gruñido de fastidio.

—Bueno, ¿una criada de una dama elegante, esperando a la puerta de la vivienda de un instructor? Puedo suponer la expectación que eso ha hecho surgir. No suele haber mujeres pasando la noche dentro de la academia y, mucho menos, si la mujer en cuestión es alguien importante.

Reidar había expresado en voz alta lo que todos estaban pensando. La presencia de la muchacha podía traer complicaciones añadidas a la difícil situación en la que se encontraban.

—¿No la visteis al entrar? —preguntó Erik.

—No, ninguno de los dos nos dimos cuenta de su presencia ahí fuera —contestó Reidar—. Tendría que haber estado más atento, porque tampoco percibí que nos estuviese siguiendo cuando salimos del maxiauditórium, cosa que, evidentemente, hizo.

—No te culpes, nadie se hubiese fijado en una criada. Lo que esperabais eran soldados, no una simple sierva —dijo finalmente Erik.

A Johana le encantó poder reencontrarse con Kia.

—Me alegro de volver a verte, pero ¿qué estás haciendo aquí?

—Os seguí cuando os sacaron del maxiauditórium. Me he criado entre túneles y galerías, así que no fue difícil. Después de ver a dónde os traían, regresé a vuestros aposentos para traeros una ropa más apropiada para vuestro viaje. Supuse que querríais pasar lo más desapercibida posible y el vestido de confirmación no es precisamente discreto.

—Gracias, Kia. Como siempre, estás en todo.

—Vivo para servirlos, mi señora.

—No digas eso. ¿No te has enterado?; en realidad no soy la Constructora —contestó Johana mientras se vestía con la ropa que le había traído Kia.

—Pero sí que lo sois —insistió.

—No, no lo soy. ¿No viste la esfera tiñéndose de negro por completo?

—Yo no sé por qué se puso de ese color, pero lo que sí sé es quién sois en realidad. Y sois la Constructora.

Johana se acercó hasta ella y le puso las manos en los hombros.

—Sé que todos vosotros esperáis y deseáis que aparezca el último de los Constructores porque os ayudará y salvará el planeta, pero te aseguro que esa persona no soy yo. Me gustaría serlo, pero no lo soy y, desgraciadamente, no hay nada que pueda hacer para ayudarlos. ¿Lo entiendes?

—Conozco las antiguas leyendas; mi abuela me las contaba una y otra vez

cuando era niña. Esos relatos han pasado de generación en generación entre los míos para que no olvidemos, para que recordemos el poder de los verdaderos señores de Larkshama y las obras grandiosas que eran capaces de realizar. Y yo he visto cosas, mi señora, cosas que solo vos podéis hacer.

—¿De qué estás hablando?

—He visto cómo los objetos reaccionan con vos. Por ejemplo, cuando os entrego una copa y la tocáis, el cristal cambia ligeramente de color alrededor de vuestros dedos; o cuando os vestís, el tejido de la ropa se amolda y se mueve en torno a vuestro cuerpo. Las partículas con las que están fabricados todos los elementos de este lugar obedecen a vuestro contacto —dijo enfáticamente.

Johana suspiró.

—Escúchame bien, Kia. Todo eso que te ha parecido ver es únicamente efecto del salto espaciotemporal que di hace unos días. Mi cuerpo, seguramente, está cargado de energía estática o de algo similar, y eso hace que algunas cosas reaccionen conmigo. Pero nada más, no hay nada más, te lo garantizo. Además, seguro que esas «obras grandiosas» de las que hablan vuestras leyendas... No es precisamente que una copa cambie un poco su color, ¿verdad?

Kia miró por primera vez a su señora a los ojos.

—No vuelvas a decir que soy la Constructora, ¿entendido?

—Sí, mi señora.

«Por fin Kia ha entrado en razón», pensó Johana. Y la soltó.

—Tampoco soy ya tu señora, así que no tienes por qué llamarme así.

—¿Me estáis despachando? —preguntó horrorizada.

—¡No! ¡Ni mucho menos! Lo que ocurre es que ya no tengo nada. No tengo casa, ni comida, solo tengo la ropa que tú me has traído, nada más. No puedo pagarte por tus servicios.

Kia se quedó unos segundos pensativa. Vio el vestido de la confirmación

tirado en el suelo, fue hasta él y lo cogió. Tenía la espalda rasgada, pero la tela era de altísima calidad.

—Podemos negociar con esto. Está roto, pero solo la tela cuesta una barbaridad. Podremos hacer un buen trueque.

—¿Quieres ayudarme?

—Pues claro. Vos me ayudasteis a mí, ¿recordáis?

Johana le dio un abrazo.

—Gracias, eres lo más parecido que tengo a una amiga.

Kia quedó asombrada por la muestra de cariño de Johana. Sí, ya no era solo su señora, ahora también era su amiga.

Llegó la hora de marcharse.

Erik entró a buscarla y ella se colocó a su lado. Abriendo paso iban Reidar y Sean; Kia estaba pegada a la espalda de Johana, y detrás, cerrando la comitiva, Danko. Empujaron la puerta del edificio y salieron al exterior.

Ya era de día y, fuera, en la plaza circular bordeada por las residencias, se había reunido una multitud de soldados y cadetes, expectantes por saber quiénes eran los implicados en el escándalo: la dama que había pasado la noche allí y el instructor con quien había estado. La noticia había corrido como la pólvora y, desde que Sean había entrado con Kia en el apartamento, los congregados se habían triplicado.

Entre la muchedumbre estaba Logan. Había perdido la pista a su hermano cuando estalló el caos en el maxiauditórium. No pudo seguirlo cuando él y sus amigos abandonaron el graderío, así que lo que menos esperaba era volver a verlo tan pronto y menos allí.

Cuando Erik salió con Johana a su lado, se hizo el mayor de los silencios. Todos, tanto soldados como cadetes, se dieron cuenta de que aquello no era un simple chismorreó; el significado de lo ocurrido iba mucho más allá. Se había intentado manchar el buen nombre de los Arkontes acusándolos

injustificadamente, y ahí estaba uno de los suyos dando la cara, manteniéndose firme.

De pronto, uno de los guerreros, puesto en pie, gritó:

—¡Lealtad!

Logan lo secundó:

—¡Honor!

Se oyeron tres gritos más.

—¡Valor!

Enseguida, otros soldados se unieron al coro. Pronto todos los presentes gritaban:

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor!

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor!

El sonido se volvió ensordecedor. Todos a una, como una sola voz, mostraban su apoyo. Erik podía contar con la fuerza de su clan.

Año 6810 de la partida, día 300

Reunión del Consejo de Decisiones.

—Ya sabemos cuál es su opinión, lo ha dejado usted muy claro.

—Sé que estas medidas no son del agrado de la mayoría. Cada representante de las quince familias ha dado su punto de vista sobre este asunto y muchos no están de acuerdo con lo que yo propongo, pero debemos encontrar una solución, o el problema será más grave.

—Hasta ahora lo hemos ido solventando.

—Es cierto que hemos ampliado la capacidad de las naves para asumir el aumento de la población y que, cuando llegamos a un planeta habitado, algunos residentes deciden terminar su viaje y desembarcan para quedarse en él. Pero cada vez cuesta más encontrar mundos que reúnan las características apropiadas; a medida que nos alejamos del centro de la galaxia y nos acercamos a sus límites, los lugares aptos para la vida son más y más escasos. Debemos controlar la cantidad de pasajeros por otros medios.

—¿Y qué es exactamente lo que propone?

—Conseguir equilibrio entre nacimientos y fallecimientos, mantener un número constante de residentes según sus familias.

—¿Cómo se llevaría a la práctica ese plan?

—Cuando ocurra una muerte en uno de los clanes, esto supondrá la autorización inmediata para que una pareja pueda concebir un nuevo miembro dentro de su linaje. Esto también nos dará la oportunidad de realizar una selección genética apropiada; así, la nueva criatura y sus descendientes, con el tiempo, podrán desarrollar características y rasgos deseables para el

desempeño de las diferentes funciones que se requieran para el buen funcionamiento del conjunto de la sociedad.

Capítulo XI

Erik llevó a Johana hasta una parte de Ciudad Bastión que no había visto hasta entonces. Casas torre, edificaciones amuralladas se levantaban una detrás de otra, calle tras calle. Aquello era enorme, estaba diseñado como si de un laberinto gigante se tratase.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—Aquí es donde viven las familias que componen nuestro clan —respondió.

—¿Por qué está construido de esta manera? —Quiso saber Johana, admirando sobrecogida los altos muros que los rodeaban.

—Es una prevención. Si un ejército lograra superar las barreras defensivas exteriores, al llegar aquí, sus soldados se verían obligados a discurrir por calles estrechas y sinuosas haciendo de ellos un blanco fácil desde lo alto de las viviendas fortificadas.

—Comprendo.

—Te llevo junto a mi familia; ahí estarás segura.

Por fin llegaron. Era un palacete amurallado, una de las construcciones más grandes de la zona. Se veía claramente la buena posición social y económica de la que gozaba el linaje de Erik.

La formidable puerta exterior, que permitía la entrada al recinto protegido, daba acceso a una amplia zona con jardines. En el centro, otra edificación se erguía orgullosa; era allí donde se encontraba la vivienda propiamente dicha.

En una de las majestuosas estancias que poseía la casa, situada en la primera planta del edificio, Johana esperaba el regreso de Erik. Este le había ordenado

que no se moviese de allí hasta que volviese a buscarla. Kia aguardaba a su lado.

El lugar lucía decorado con gusto, elegante pero a la vez sobrio. «El típico estilo Arkonte», pensó. Altos techos, líneas rectas... Había un sofá y butacas rodeando un mueble bajo. Una alfombra enorme cubría el suelo y, en una de las esquinas de la estancia, junto a uno de los grandes ventanales que aportaban luz a la habitación, una mesa más alta con varias sillas primorosamente talladas, colocadas alrededor. Parecía el sitio perfecto para echar una partida de cartas un día de lluvia. El conjunto conseguía dar un aire acogedor, bonito y funcional a aquellos aposentos.

La sala donde se encontraban tenía dos puertas más, una en frente de la otra. Pero Johana decidió que lo mejor era quedarse allí; ya tendría tiempo de investigar más tarde.

La puerta por donde habían entrado se abrió ligeramente y asomó por ella la cabeza de una joven. Deslizó rápidamente el cuerpo por el hueco abierto y cerró velozmente tras de sí.

—Hola —dijo con una tímida sonrisa.

—Hola —le respondió Johana. Tanto ella como Kia la miraron expectantes, sorprendidas por su irrupción. Parecía como si se hubiese colado en la habitación.

—Soy Sigrid.

—Encantada. Yo soy Johana y ella, Kia.

La joven seguía pegada a la pared, como si no se decidiese a entrar del todo, aunque ya lo había hecho. Johana sonrió.

Por su ropa era evidente que no se trataba de una criada; era más bien alguien de la casa. Era una muchacha muy hermosa, de tez blanca e inmaculada; además, era alta, con el claro porte de una Arkonte. Calculó que sería algo más joven que ella. Sus facciones le resultaron familiares. Tenía el pelo negro azabache y lo llevaba sujeto en un perfecto recogido que dejaba ver las elegantes

líneas de su cuello. Sus preciosos ojos eran del mismo color que los de Erik: grises.

Por fin se atrevió y dio unos cuantos pasos acercándose.

—No debería estar aquí —dijo en un susurro—, pero no podía aguantar las ganas de conocerte. Eres la que se suponía que iba a ser la Constructora, ¿verdad?

—Así es pero, como ya sabrás, en realidad no lo soy.

Johana esperaba ver un gesto de decepción en el rostro de la bella joven, pero no fue así; estaba exaltada.

—Sí, sí, ya nos hemos enterado. ¡Qué noticia!, ¿verdad? Según dicen, el caos se ha apoderado del planeta. ¿Es cierto? ¡Oh, perdona mi desconsideración! Igual tú estás triste por no haber logrado ser la Constructora.

—No, tranquila, era algo inevitable. Y respecto a lo del caos, pues no sabría qué decirte. Hubo bastante revuelo ayer, pero hoy las calles se veían tranquilas.

—Bueno, es que yo, aquí dentro, no me entero de casi nada. Pero, ahora que estás tú, ¡podremos hablar y podrás contarme muchas cosas! ¡Incluso cosas de tu planeta! ¡Estoy muy contenta de que estés aquí y de tener una nueva hermana! Seguro que nos llevaremos muy bien, ya lo verás...

—Gracias por tu recibimiento, eres muy amable.

—Bueno, eres la esposa de mi hermano Erik, así que ahora eres un miembro más de mi familia.

Johana encajó las piezas, ahora entendía quién era la joven.

—Por cierto, ¿sabes dónde está él? —indagó.

—Está reunido con mis padres. Supongo que tiene que explicarles por qué se ha casado contigo sin consultar primero a la familia; necesita su aprobación si quiere que te quedes aquí.

—¿Su aprobación? —Erik no le había dicho nada sobre eso. Puede que

hubiese más costumbres relacionadas con el matrimonio de las que le había contado.

—Cuando un Arkonte se casa, trae a la casa familiar a su esposa y esta pasa a formar parte del linaje de su marido. Por eso, tú y yo ahora somos hermanas. Normalmente los matrimonios son acuerdos entre dos diferentes estirpes, y que la mujer vaya a vivir a la casa dinástica de su esposo es tan solo un simple trámite. Pero este caso ha sido distinto y Erik necesita la aprobación de padre y madre para que puedas vivir aquí y ser parte de nuestra rama. Pero no te preocupes, supongo que no les va a quedar más remedio que aceptar; mi hermano siempre ha sido de hechos consumados.

—Sí, ya veo.

Se oyó un ruido en el pasillo. Sigrid, nerviosa, miró hacia la puerta.

—Será mejor que me marche; no tengo permiso para estar aquí y, si me pillan, me caerá una buena. Me alegra mucho que Erik te haya traído; vamos a ser muy buenas amigas, ya lo verás.

Y sin más entreabrió la puerta, asomó la cabeza para ver si venía alguien y, en cuanto comprobó que el pasillo estaba despejado, se marchó tan sigilosamente como había llegado.

Johana se quedó pensativa y algo preocupada; aquello era nuevo para ella. ¿Qué pasaría si no la aceptaban? Sigrid era un verdadero encanto, pero y ¿si el resto no la quería allí?

Hildegart, de la casa de Kerr, observó a su nueva nuera de arriba a abajo. La muchacha tenía bonita figura y hermosos ojos. «No es lo suficientemente alta para mi gusto, pero tendré que resignarme», pensó con un suspiro. Tan solo deseaba que sus futuros nietos heredasen la fuerza y el porte de la sangre Kerr y no el suyo.

Su hijo había decidido por libre, sin contar con su opinión, y eso le desagradaba sobremanera. Aunque lo hecho, hecho estaba y poco se podía hacer ya.

Johana también observaba a su suegra. Había entrado en la habitación donde Erik la había dejado, con los aires de una marquesa, seguida por Sigrid y una de las sirvientas Traukas de la casa. Se daba clara cuenta de que estaba pasando algún tipo de inspección, así que se mantuvo quieta y en silencio, en medio de la estancia, esperando el veredicto. Kia, leal, permaneció a su lado.

—Mientras estés en mi casa, hay algunas cosas que debes saber.

Johana hizo un gesto de asentimiento.

—Estos serán tus aposentos personales. Sígueme y te mostraré tu habitación —continuó Hildegart dirigiéndose a la puerta lateral de la izquierda. Johana la siguió obediente.

La puerta daba lugar a otra amplia estancia con una cama en el centro. Grandes ventanales daban luz al lugar. Había un cuarto de baño gigante en otra estancia contigua y un enorme vestidor, prácticamente vacío, con tan solo algunas piezas de tela. Se veía que eran de buena calidad pero nada vistosas; ni punto de comparación con la ropa que había llevado desde que llegó allí.

—De momento tendrás que arreglarte con esto para confeccionar tu fondo de armario, aunque intentaré conseguirte alguna cosa más.

—Está bien. Nunca he sido una fan de la moda, seguro que puedo apañarme —dijo sonriendo. La respuesta de su suegra fue una fría mirada de indiferencia.

«Vaya, sí que empezamos bien. Además, ¿se supone que tengo que hacerme yo misma la ropa? Pues, entonces, sí que estamos buenos, porque no tengo ni idea de coser. Nota mental: preguntar a Kia si esa es otra costumbre Arkonte para las mujeres», pensó Johana.

—Si deseas cambiar la decoración de tus aposentos o de los de tu esposo, puedes hacerlo.

—No es necesario, me gusta cómo está —respondió.

—Como prefieras —contestó secamente Hildegart de Kerr.

Sigrid, que iba detrás de ella, inclinó ligeramente la cabeza con una sonrisa a

modo de aprobación. Sabía de quién era obra el diseño de aquellas habitaciones, el mucho tiempo y energía que había invertido en ello. Y, aunque la esposa de su hermano Erik tenía derecho a cambiar lo que quisiera, el hecho de que no deseara hacerlo era un punto a favor de Johana, pues así demostraba que valoraba y apreciaba el trabajo de su madre.

A Brítani, la esposa de su otro hermano, le había faltado tiempo para cambiarlo todo dándole su propio toque personal, mucho más recargado.

Siendo Erik su hijo primogénito, Hildegart había dedicado gran esfuerzo en preparar las habitaciones que ocuparía con su futura esposa, así como en proyectar todos los pequeños detalles que harían de su nuevo hogar un lugar acogedor para ella.

Con el tiempo había atesorado las más preciosas telas, perfumes, delicados artículos de tocador, etc. Todo pensado para que su futura nuera, que pertenecería a una de las más ilustres familias del clan, se encontrase como en su propia casa.

Era evidente que los planes no habían salido como ella esperaba. El primer hijo en casarse había sido Johanson, el segundo en la línea de sangre, y casi todas las cosas que había guardado para la que sería esposa de Erik habían ido a parar a manos de Brítani como regalo de bodas. Hildegart pensaba reponer todos los artículos para cuando organizase la unión matrimonial de Erik, pero su hijo se le había adelantado, ¡y de qué manera!: casándose por su cuenta con una sin sangre.

Regresaron a la sala principal. La atravesaron y cruzaron el umbral de la puerta que daba paso a las habitaciones de Erik. La disposición era exactamente igual que las de Johana: también contaba con un lujoso cuarto de baño y un vestidor, con la diferencia de que este sí estaba repleto de ropa.

Hildegart dio por concluida la visita y se despidió de su nuera.

—Si tienes alguna pregunta sobre el funcionamiento de este lugar, dirígete a Sigrid. Mi hija te ayudará a conocer nuestras costumbres y a que te acomodes a

nuestra forma de vida. —Y ordenó—: Quédate aquí hasta que Erik venga a buscarte para la cena.

Después, se dio media vuelta y se marchó, seguida por sus dos acompañantes, con los mismos aires de marquesa con los que había entrado.

Al cabo de unas horas, Johana y Erik entraron en el comedor principal situado en la planta baja del edificio.

A pesar de que se moría de ganas de hablar largo y tendido con su ahora esposo, este había pospuesto la conversación para más tarde. Le había explicado que no debían hacer esperar a sus padres para la cena. Tener el permiso de ellos para que ambos pudieran residir en la casa familiar era de suma importancia en sus planes.

La estancia estaba decorada con el mismo gusto y estilo que el resto de la casa. En el centro había una larga mesa con sillas a ambos lados. La vajilla y la cristalería eran delicadas y muy hermosas. El conjunto y el ambiente sofisticado hacían que pareciese una cena de gala.

Johana estaba cada vez más nerviosa. Había ya dos comensales esperando la llegada del resto, de pie, al fondo de la habitación. Erik inclinó la cabeza en su dirección a modo de saludo.

—Johanson —dijo.

—Erik —respondió el aludido imitando el gesto. Era un hombre bien parecido, casi tan alto como el propio Erik, aunque no tan corpulento, con el cabello castaño, igual que su madre—. Ella es Brítani, mi esposa —explicó, a modo de presentación, realizando un gesto con la mano hacia la hermosa mujer de espectacular melena rubia y perfectos ojos azules que lo acompañaba.

Erik respondió con otra ligera inclinación de cabeza saludándola.

—Ella es Johana, mi esposa —indicó a su vez.

Johanson hizo el mismo gesto que su hermano para saludarla y Johana respondió con una sonrisa. Sin embargo, Brítani simplemente se giró dándole la

espalda, mostrando una total y absoluta indiferencia.

«Menuda estúpida», pensó Johana. En ese mismo instante se abrieron las puertas y apareció en el comedor Hildegart, seguida por Sigrid. Las acompañaba un hombre de mediana edad que Johana ya había visto antes, el día en que le fueron presentados todos los altos cargos del clan Arkonte. Este, seguramente, era el padre de Erik. El último en aparecer, como un vendaval, fue un muchacho joven, el pequeño de la familia.

En cuanto vio a su hermano mayor se acercó hasta él con la sonrisa pintada en el rostro.

—Hola, Logan. ¿No deberías de estar en la academia? —lo saludó Erik.

—He pedido permiso para estar aquí esta noche —contestó.

Logan miró a Johana con curiosidad.

—Ella es mi esposa —le explicó Erik.

—Lo sé, la vi esta mañana —dijo y, acto seguido, inclinándose, la saludó—. Señora...

—Es Logan, mi hermano pequeño.

—Encantada de conocerte —contestó Johana.

Tanto Hildegart como el padre de Erik habían ocupado ya sus puestos en la mesa y cada uno de los comensales se encaminó a su sitio.

Sigrid fue hasta Johana.

—Te sentarás a mi lado —le dijo en un susurro llevándola hasta el lugar que le correspondía.

Hildegart y Algot, su esposo, presidían la mesa, uno en frente del otro, ocupando los extremos. Al lado derecho de Hildegart, se encontraba Britani y a su izquierda, Sigrid.

Erik se dirigió, como siempre, a su puesto: el lado derecho de su padre. Pero Johanson estaba allí, ocupando su lugar.

—Aparta de mi sitio —le dijo bruscamente Erik.

Johanson no se quitó. No se atrevía a mirarlo directamente a los ojos, pues eso hubiese sido desafiarlo abiertamente, pero tampoco se movió.

El ambiente empezó a volverse cada vez más y más tenso. Johana observaba la situación desde fuera; a ella todo aquello le resultaba extraño, ajeno, y comenzó a darse cuenta de que esa mesa no era un simple lugar donde cenar. En realidad era un tablero donde cada miembro era colocado según el puesto jerárquico que ostentaba dentro de la familia.

Hildegart, con voz de hielo, intervino:

—Johanson está en el lugar que ahora le corresponde: al lado derecho de su padre. Logan, tú te colocarás a la izquierda de tu padre y Erik, a la derecha de tu hermano Johanson, justo al lado de tu esposa. La posición que tú mismo has decidido tener en esta familia.

Por fin se sentaron en el puesto asignado para cada uno y media docena de sirvientes comenzaron a servir la cena.

Johana observó a Erik; tenía el rostro esculpido en piedra, serio e inescrutable, pero ya comenzaba a conocer lo suficiente sobre la cultura Arkonte como para darse cuenta de que todo aquello era un grave insulto.

Que a ella la hubiesen relegado al puesto más bajo de la casa lo entendía; al fin y al cabo, era una recién llegada. Además, ser el último mono no era algo que le importase demasiado, pero que hiciesen de menos a Erik..., eso sí que no. La sangre le hervía de indignación por él.

Le cogió la mano por debajo de la mesa. Quería demostrarle su apoyo.

El ambiente era tan tenso como un cristal a punto de estallar. A ninguno de los comensales le había pasado por alto el cambio de poder que acababa de ocurrir.

Johanson había subido en la jerarquía familiar; solo su padre estaba por encima de él. Pero no se sentía a gusto con lo sucedido porque no se lo había

ganado por sí mismo; tan solo lo había conseguido gracias a un error de cálculo de su hermano mayor.

Logan ahora ocupaba el segundo puesto, detrás de Johanson. Su cara, sentado a la mesa, demostraba su enfado; no estaba de acuerdo con la decisión de sus progenitores. Erik había hecho lo que había que hacer, lo correcto, y sus padres no parecían entenderlo.

Sigrid, aunque había sido la tercera en nacer, al ser mujer, siempre había sido la última en el rango familiar; ahora estaba, incluso, por detrás de Brítani. La esposa de su hermano Johanson era primogénita, así que, como era la costumbre, mantuvo el rango familiar al casarse, como bien demostraba el lugar que ocupaba en la mesa: a la derecha de Hildegart.

Pero las cosas habían cambiado también para ella. La esposa de su hermano mayor, Erik, no era Arkonte; de hecho, no pertenecía a ninguno de los clanes, así que, por primera vez en su vida, ya no era la última. Johana ocupaba ahora ese puesto. No le desagradaba la idea de dejar ese lugar, pero no le gustaba que su hermano fuese castigado por haberse casado. Además, su esposa era mucho más amable y simpática que la de Johanson.

La única que parecía disfrutar con la situación actual era Brítani. Que su marido fuese ahora el siguiente en la línea dinástica, después de Algot, era algo que le encantaba. Significaba un ascenso importante también para ella, y sobre todo para sus futuros hijos, que heredarían la posición de privilegio.

Ella había nacido para ser la esposa de un primogénito. Debería haberse casado con Erik, no con Johanson, pero quién lo iba a decir: finalmente, las cosas se habían dado de tal manera que no iba a haber otra mujer más importante que ella, a excepción de Hildegart, en aquella familia.

Johana observó todo aquello y sintió que, en realidad, no estaba en medio de una verdadera familia; eso era más parecido a una manada de lobos compuesta por un macho alfa, Algot, y por una hembra dominante, Hildegart. Progenitores de los cachorros: Erik, Johanson, Logan y Sigrid; cada uno con una posición concreta, pero que podía variar según sus méritos.

A Johana no le gustaba que el orden establecido se hubiese ido al garete por su culpa y que fuese ella la causa de tanta disputa, así que trató de suavizar la situación.

La comida que los sirvientes estaban sirviendo estaba deliciosa, así que hizo un breve comentario alabando la cena.

—Señora Kerr, este plato es exquisito —dijo.

—Por no tener, no tiene ni modales —expresó Brítani en voz suficientemente alta como para que lo oyesen todos.

—¡No permitiré que mi esposa sea insultada! —saltó indignado Erik.

—Entonces, encárgate de que aprenda nuestras costumbres, y de que lo haga cuanto antes —respondió cortante Hildegart.

Johana no entendía nada de lo que estaba sucediendo. ¿Qué había hecho mal? Miró a Sigrid buscando una explicación; entre las mujeres de aquella mesa, era la única que no parecía guardarle animadversión.

La hermana de Erik se apiadó de ella.

—Jamás debes hablar a alguien superior a ti en rango, a menos que tengas su permiso —le dijo en un susurro.

—¡Si no vamos a tener el apoyo de esta familia, será mejor que lo dejes claro cuanto antes, madre! —continuó Erik.

—Pero ¿se puede saber qué esperabas que hiciésemos? Te has casado con una sin sangre, no has pedido permiso a tu familia, has decidido sin consultar con nadie. ¡Has echado por tierra tu futuro y el de mis nietos! ¡Nos has deshonrado a todos! Y, por supuesto, ¡has perdido tu lugar en la familia! —Hildegart estaba harta de la situación provocada por la mala cabeza de su hijo.

Erik estaba a punto de levantarse de la mesa y marcharse con su esposa cuando el mayordomo principal entró en el comedor y se colocó al lado de su señora. La preocupación se veía reflejada en su rostro.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Hildegart malhumorada.

—Mi señora, disculpad la interrupción, pero el consejero Augus ha llegado a la casa. Me ha parecido importante comunicároslo inmediatamente.

—Has hecho bien —contestó.

Aquella era una visita inesperada; no era normal que se presentase sin anunciarlo previamente. Pero, bueno, el día de hoy no tenía nada de normal y, evidentemente, las acciones de Erik habían llegado hasta los oídos de Augus, su abuelo, cabeza principal de la casa Kerr.

Hildegart lanzó una mirada silenciosa a su esposo y ambos se levantaron. Debían recibirlo.

Por supuesto el resto de los comensales imitaron el gesto y todos se levantaron de la mesa, incluida Johana. Su cara reflejaba el desconcierto, no entendía qué estaba sucediendo, pero agradeció la interrupción. La situación se había puesto al rojo vivo; unos breves momentos de calma, sin duda, ayudarían a reconducir el asunto y a que todos se tranquilizasen un poco.

Algot y Hildegart salieron del comedor; los demás se quedaron de pie, a la espera, sin decir una sola palabra. Enseguida la puerta se abrió de nuevo y entró Augus, seguido por otros dos hombres; después, Algot y finalmente, Hildegart.

Johana comenzaba a entender alguna de las costumbres Arkontes, así que supuso que habían entrado según la importancia de sus puestos. Sigrid la ayudó.

—El hombre mayor es nuestro abuelo, Augus; los otros dos son: su primogénito, Jason, y su segundo hijo, Sigmud. Nuestro padre es el cuarto hijo en la línea de sangre —le explicó en un susurro.

—¿Por qué han venido? —preguntó Johana en el mismo tono casi inaudible.

—Si han venido los tres, será porque el asunto que tienen que tratar es muy serio. No es normal que se presenten así: sin avisar.

Todos esperaron a que los recién llegados tomasen su puesto en la mesa. Los criados, rápida y discretamente, retiraron todos los cubiertos y colocaron nuevos.

Como era de esperar, Augus ocupó la cabecera de la mesa, en la zona donde se sentaban los hombres; Jason, su primogénito, a la derecha; a la izquierda, su segundo hijo, Sigmud. En la parte derecha de la mesa, seguido de Jason, se sentaron Algot y después Logan; enfrente, en la parte izquierda, Johanson, seguido de Erik. En el caso de las mujeres, los sitios no variaron.

El tablero contaba con nuevos jugadores y ese cambio en las posiciones denotaba qué puesto ostentaba cada uno. En el caso de Erik y de Johana, los dos seguían siendo los últimos del escalafón familiar.

Los sirvientes comenzaron a servir la cena desde el principio. Esta vez Johana se abstuvo de emitir ningún tipo de comentario; todos comían en silencio y ella no quería volver a meter la pata.

Augus comenzó a hablar.

—Los últimos cambios nos han pillado por sorpresa. Tus decisiones, Erik, no solo te afectan a ti, sino a todos nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, señor, lo sé.

—Pero parece que eso a mi hijo lo trae sin cuidado —dijo Algot.

—Estoy dispuesto a aceptar las consecuencias de mis actos —contestó Erik.

Hildegart no pudo aguantar más e intervino.

—¿Y las consecuencias y agravio para tu familia?, ¿qué pasa con eso? En la dinastía familiar había una única mancha ¿y ahora tú haces lo mismo? ¿Es que ya no recuerdas lo que supuso para tu antepasado que decidiese casarse con una sin sangre? Tuvo que abandonarlo todo marchándose de aquí para no volver jamás. Su linaje se perdió para siempre; sus hijos, sus descendientes nunca podrán ser considerados Arkontes. ¡No tienen raíces, no pertenecen a ninguna parte!

—Conocemos bien la historia de nuestra estirpe —la interrumpió Augus—. Mi bisabuelo solía relatarme aquel aciago suceso: cómo su hermano mayor lo abandonó todo por una mujer. Es por ello que nuestra rama familiar obtuvo

poder y renombre, cosas que, en realidad, estaban destinadas a otros. Sin embargo, cuando me contaba la historia, siempre me dio la impresión de que en el fondo lo admiraba. Según él, estuvo dispuesto a renunciar a todos los privilegios que le correspondían por lo que de verdad entendía que era importante. Fue un asunto de honor, aunque la familia no lo entendió como tal y nunca estuvo de acuerdo. Aun así, no dejó que otros decidiesen por él. Marcó el rumbo en su vida e hizo lo que consideraba que debía hacer. Sí, creo que mi bisabuelo se sentía orgulloso de su hermano. —Hizo una breve pausa y continuó —: Dime, Johana: ¿te adaptas bien a tu nueva vida? —dijo cambiando por completo de tema.

Se lo pensó un momento antes de decidirse a hablar. Él se había dirigido a ella, así que, supuso, podría contestarle sin quebrantar ninguna de sus estúpidas costumbres.

—Más o menos, todavía es mi primer día.

—Nos regimos por normas que, tal vez, te cueste un poco entender al principio.

—¿Solo un poco? —dijo entre dientes.

Johana no quería ser descortés, pero no pudo evitar ser sincera. Erik sonrió ante la franqueza de su esposa; le gustaba el carácter intrépido de ella y que no se amilanase ante nadie.

—Supongo que resulta extraño pasar, en menos de un día, de dar órdenes y ser obedecida por todos a que otros te digan lo que puedes o no puedes hacer.

—Pues sí, bastante extraño. Y si le soy sincera, no me gusta demasiado obedecer.

—Ya veo por qué mi nieto Erik te tomó por esposa: los dos os parecéis bastante.

El aludido terció en la conversación.

—Señor, me gustaría saber si contaremos con el respaldo de la familia. En

caso contrario, si debemos marcharnos, quisiera saberlo cuanto antes.

Jason intervino.

—¿Te gustaría saber? ¡Qué descaro el tuyo! A mí me gustaría saber ¡por qué maldita razón no obedeciste la orden clara y expresa que se te dio!

—¡No desobedecí ninguna orden! —respondió Erik.

—En eso el muchacho tiene razón: esperaste hasta que dejase de ser la Constructora. He de reconocer que fuiste hábil en ese aspecto, aunque no sé si demasiado inteligente —dijo Augus en tono más calmado.

—¿Qué orden? ¿Qué está sucediendo aquí? —quiso saber Johana.

Augus suspiró.

—Parece que tu esposo no te ha contado las cosas tal y como son. ¿No es cierto? —preguntó mirando a Erik. La única respuesta que obtuvo por su parte fue el silencio.

Augus continuó.

—No me gusta hablar a gritos. Estás sentada demasiado lejos, y hay algunas cosas que debes conocer. Ven y siéntate a mi lado.

Hizo un gesto a los sirvientes para que trasladasen el cubierto de Johana a su lado. Estos obedecieron sumisos y cambiaron de sitio la silla y el plato de ella a una esquina de la cabecera, ante el asombro de todos los comensales. Aquello era una clara declaración de intenciones. La joven se levantó y ocupó el lugar que le indicaban.

—Erik recibió orden de no acercarse a ti.

—Por eso fue imposible encontrarlo los días previos a la confirmación, ¿verdad? —Johana comenzaba a entender.

—Así es.

—Pero yo pregunté expresamente por él. Ordené que fuese traído a mi presencia y únicamente recibí respuestas ambiguas. —Johana empezaba a

enfadarse recordando la situación—. ¡Me engañasteis!

Sigmud intervino en la conversación.

—¡Reten tu lengua, mujer! ¡Recuerda cuál es tu posición ahora!

La respuesta de Johana lo pilló completamente desprevenido. Ella dio un golpe en la mesa y se levantó furiosa.

—¡No me vengas con cuentos, Sigmud! ¡En ese momento todos creíais que era la Constructora! ¡Me debíais obediencia, según vosotros, y me tratasteis como si fuese imbécil!

No estaba acostumbrado a que una mujer le hablase con semejante franqueza. Se puso rojo de ira, pero no supo qué responder, así que se quedó callado.

Erik sonrió. Johana era capaz de cerrarle la boca, incluso, a uno de los miembros más reputados de la casa Kerr. Pero no se mantuvo quieto. Se incorporó y, mirando fijamente a Sigmud, le dijo con voz fría como el hielo:

—Ella ya no es la Constructora, pero sí es mi esposa, y créeme cuando te digo que no voy a permitir que ni tú ni nadie la trate con falta de respeto.

—¿Me estás desafiando? —dijo Sigmud levantándose de su sitio.

—¡Bueno! ¡Ya está bien! —Augus cortó en seco la discusión—. ¡Sentaos los dos!

—Por favor, Johana, tú también.

Todos obedecieron la orden y volvieron a sus puestos en la mesa. Augus continuó, ya había tomado la decisión.

—Johana, ahora eres la esposa de mi nieto Erik; por tanto, eres miembro de la casa Kerr y eso te convierte en parte del clan Arkonte. Y, como uno más de los nuestros, recibirás la protección y el apoyo de los tuyos.

—Gracias —dijo sinceramente Johana. Se daba cuenta de que, tanto Erik como ella, habían ganado una importante batalla, aunque seguía sin entender por

completo el alcance de todo aquello.

Augus la miró detenidamente; era una joven con carácter y muy hermosa. Entendía, perfectamente bien, por qué su nieto se había casado con ella; lo que no lograba entender era por qué los Shujmes estaban tan interesados en aquella muchacha.

Al fin y al cabo, no era nadie, tan solo una simple habitante del planeta Tierra traída por error hasta allí. Entonces, ¿por qué insistían tanto en que les fuese entregada? Tal vez había algo más que lo meramente evidente. Ni él ni el resto del consejo estaban dispuestos a entregar a los Shujmes algo que parecía ser tan importante para ellos. Habían decidido mantener a Johana en Ciudad Bastión hasta descubrir qué tramaban en realidad. Y las acciones de Erik, al menos de momento, resultaban beneficiosas para sus planes.

Por fin la cena había acabado y con ella, las tensiones sufridas durante ese día. Erik y Johana se encontraban a solas en sus dependencias.

—Lo que ha sucedido esta noche ¿significa que contamos con la aprobación de tu familia?, ¿que podemos quedarnos aquí? —preguntó ella.

—Sí. El apoyo de Augus ha sido determinante. Nadie se opondrá a la decisión tomada por él.

—Me ha parecido un hombre muy razonable.

—Sí, demasiado. Me temo que mi abuelo, junto con el consejo, pueda tener razones ocultas para darnos su apoyo pero, de momento, nos conviene, así que ya nos preocuparemos por eso más adelante. Supongo que tarde o temprano sus verdaderas intenciones saldrán a la luz; entonces, veremos qué hacer.

—Me parece perfecto. Por hoy ya hemos tenido bastante; será mejor que descansemos.

Erik seguía de pie, en medio de la sala, sin moverse. Johana se preguntó qué le rondaría por la cabeza.

—¿Qué ocurre ahora? —indagó.

—Nada, solo quería saber dónde deseas pasar la noche —contestó mirando hacia los aposentos de Johana.

Esta sonrió y se acercó zalamera mientras le ponía la mano sobre el pecho.

—Ya me he dado cuenta de que, por lo visto, aquí la costumbre es que cada uno tenga su propio dormitorio, pero te advierto que no me gusta dormir sola y no pienso hacerlo. Voy a pasar contigo cada noche, te guste o no.

Erik no pudo evitar devolver la sonrisa a su esposa; le encantaba que fuese tan directa y espontánea. La idea que había expresado en voz alta era exactamente igual a su deseo. La noche pasada juntos había sido fantástica y se moría de ganas de repetirlo.

—Me parece justo —contestó rodeando la cintura de Johana y acercándola. Cuando la tuvo bien pegada a su cuerpo, le dio un beso en los labios, sin exigencias. Tenían toda la noche por delante.

A Johana le encantó su ternura; aquel hombre era maravilloso y ella iba a darle todo su amor. Se separó por un instante de él y, sin soltarlo de la mano, lo llevó hasta el dormitorio. Erik, andando detrás, la siguió obediente; no había cadena más dulce en todo el universo que la mirada incitante de su esposa y el movimiento cadencioso de sus caderas.

En cuanto cerró la puerta de su cuarto, comenzó de nuevo a besarla. Las caricias subieron de intensidad y la ropa comenzó a estorbar, a quemar sobre la piel. Johana le susurró con voz aterciopelada, a unos milímetros de su boca:

—No vas a romperme otro vestido.

Erik sonrió.

—¿No?

—No, así que siéntate ahí y observa —dijo señalando la cama.

Él no tardó en hacer lo que le pedía: se sentó en el borde, a la espera de ver lo que su esposa tenía preparado. El espectáculo le encantó.

Johana, muy despacio y sin desviar ni un momento la vista de él, comenzó a desvestirse. Una por una fue quitándose prendas hasta dejar al descubierto su esplendoroso cuerpo. Cuando ya solo le quedaba la ropa interior, fue hasta donde su esposo la esperaba expectante.

Ya la había visto desnuda antes, pero contemplarla así, moviéndose insinuante, acercándose lenta y sugerentemente, con sus largas y hermosas piernas, sus suaves caderas y sus exuberantes pechos... hacía que ardiese de deseo.

Johana llegó hasta la cama, donde Erik la aguardaba, y se colocó a horcajadas sobre él besándolo de nuevo en la boca. Le encantaba su sabor, su tacto, su fuerza.

Ya no pudo estarse quieto por más tiempo. Era demasiado provocativa y excitante. La rodeó con sus brazos y la apretó contra él; después, deslizó las manos por su espalda, hasta llegar a su trasero. Tenía un culo increíble. Su esposa era fantástica, lo volvía loco. Y los besos que le estaba dando en el cuello, mientras le desabrochaba los botones de la camisa, hacían que la deseara aún más.

Johana continuó acariciándolo, moviéndose sobre él con acompasado ritmo, dándole suaves mordiscos alrededor de su garganta, dibujando una sutil línea hasta llegar al lóbulo de su oreja; entonces lo introdujo en su boca, lamiéndolo. Erik sintió una llamarada atravesándolo. Ya no pudo aguantar más. Se levantó con ella en brazos, la dejó en la cama, se quitó en medio segundo la ropa que le quedaba encima y volvió a su lado, colocándose sobre su cuerpo.

Un incendio acababa de prender en su interior y sabía exactamente cuál era la única forma de apagarlo...: entre las dulces piernas de Johana.

Año 15330 de la partida, día 56

—¿Qué nos toca hoy?

El técnico de reconocimiento estaba dentro de su pequeña aeronave realizando el diagnostico rutinario obligatorio antes de ponerla en marcha.

—Han localizado un grupo de asteroides en el cuadrante 23 y el jefe quiere que vayamos hasta allí y les echemos un vistazo —dijo su compañero leyendo la consola que tenía delante.

—Qué fastidio. Yo, que esperaba tener un día tranquilito de reparaciones en el exterior de la nave...

—Bueno, deja de quejarte. Órdenes son órdenes.

—¡Es que no me gusta meterme en medio de un montón de rocas flotantes! Las pequeñas te pueden fastidiar el casco, hacernos un agujero, que perdamos oxígeno y que no podamos regresar a tiempo. Moriríamos asfixiados y nadie mandaría a recoger nuestros cuerpos porque sería demasiado peligroso. Y las grandes no son mejores, pueden aplastarnos y dejarnos hechos un par de guiñapos.

—Eres todo alegría y optimismo.

—Lo sé, me lo dicen mucho.

—¿Has terminado de gruñir?, porque tenemos un trabajo que realizar.

—Sí, ya he acabado. Solo hay que ir hasta allí, esquivar esos malditos guijarros, encontrar uno lo suficientemente amplio como para posarnos, aterrizar en él y coger unas muestras. Lo de siempre, ¿verdad?

—Has acertado. Cuando volvamos te doy un premio por listo.

—*Ja, ja, muy gracioso...*

Capítulo XII

A la mañana siguiente, Erik le dio un beso antes de despedirse; la tenía rodeada entre sus brazos. Estaban los dos de pie al lado de la puerta.

—Me gustaría quedarme contigo, pero no puedo —le dijo—. Han ordenado que todos los soldados Arkontes se presenten en sus puestos y debo acudir. Lo siento.

—Lo sé. Estás obligado.

—Volveré en cuanto pueda.

—Muy bien, aquí estaré. Y cuando regreses, lo retomaremos exactamente en este punto.

Se puso de puntillas y la besó de nuevo, pero esta vez le pasó los brazos por el cuello y apretó su cuerpo contra el de él.

Erik notó el tibio calor de su carne y el dulce sabor de su boca. Él vestía de uniforme, pero ella tan solo llevaba un diminuto camisón de tela semitransparente. Le encantaba sentirla tan cerca. La atrajo hacia sí abrazándola aún más.

Ella aprovechó e introdujo su lengua dentro de él buscando provocar la reacción que ya conocía. Él respondió de inmediato bajando la mano hasta su trasero; quería más, mucho más. Pero en lugar de eso, se arrancó de su lado acompañando el gesto con un quejido de disgusto y se dirigió rápidamente hacia la salida de la habitación.

—Recuerda este momento, mujer, porque, en cuanto regrese, voy a reclamar lo que me estás ofreciendo —dijo dando un portazo tras de sí.

Johana sonrió y se mordió el labio inferior, estaba deseando que volviese.

Al cabo de un par de horas, Sigrid apareció en sus aposentos.

—Buenos días. Veo que ya estás levantada.

Su cuñada estaba sentada en una de las mesas de la sala. Después de que Erik se marchase, Johana se había vestido y arreglado. Llevaba ya un buen rato charlando con Kia, quien la había puesto al día con la información que había conseguido sonsacar de los otros criados de la casa, para cuando Sigrid tocó a la puerta.

—Sí, me he despertado temprano.

—Erik se ha ido, ¿verdad?

—Reclamaban su presencia y ha tenido que acudir.

—Lo sé. Johanson también ha tenido que marchar, igual que padre. Y Logan ha regresado a la academia, así que estamos solo las chicas —dijo sonriendo y luego, cambiando de tema, continuó—: Anoche tuvimos una cena movidita, ¿eh?

—Espero que no sean todas iguales o me saldrá una úlcera —contestó Johana.

—A partir de ahora, la cosa estará más tranquila, ya lo verás. Después de la intervención del abuelo Augus, nadie se atreverá a cuestionar tu permanencia en esta casa. Por cierto: ¿te apetece conocerla mejor? Madre me ha encargado que te la enseñe.

Johana asintió dando su conformidad a la propuesta de su cuñada. Pensó que, ya que iba a vivir allí, lo mejor sería familiarizarse con el lugar.

Sigrid le hizo un recorrido guiado por todo el edificio dándole una explicación exhaustiva de cada una de las estancias.

La que más le llamó la atención fue la sala de linajes. Era un lugar bastante oscuro y Johana tuvo que esperar unos segundos a que sus ojos se

acostumbrasen a la escasa luz. Solo entonces pudo observar con detenimiento los detalles del interior.

La habitación estaba llena de tiras luminiscentes que descendían desde el techo, cada una de un color distinto. Sigrid avanzó hasta el centro y ella la siguió. Sus cuerpos atravesaban las tiras a medida que estas se cruzaban en su camino. Eran como imágenes proyectadas en el aire.

—Toda familia que se precie tiene una sala de linaje. Esta es la nuestra —explicó Sigrid.

—¿Y para qué sirve? —inquirió Johana.

—Te lo mostraré.

La hermana de Erik señaló una de las tiras luminiscentes; era del mismo color que los uniformes que llevaban los hombres de la familia.

—Esta es nuestra línea de sangre —indicó.

La cogió con dos de sus dedos y esta cobró vida en su mano. Se hizo más ancha y ocupó un espacio más amplio frente a ellas.

—Aquí está nuestra familia. Este es padre —dijo señalando un punto en la banda donde aparecía su nombre rodeado por un círculo.

Lo tocó y una luz salió de él; era de color granate. Pasó a convertirse en otra tira luminiscente que se elevó hacia el techo.

—Este es el linaje de madre.

Johana lo observó de cerca. Sí, efectivamente, el nombre de Hildegart de Kerr estaba escrito en la cinta granate.

Al pulsar encima una maraña de líneas se dibujó sobre sus cabezas.

—Cada estirpe está aquí reflejada. Si seguimos la que pertenece a madre, podremos ver quiénes fueron sus antepasados y, por tanto, los nuestros. Lo mismo ocurre con padre. Así se puede conocer la rama de una familia y su genealogía.

A Johana le parecía una madeja de hilos sin sentido, como si se tratase de un enorme lío enrevesado.

Sigrid regresó a la tira luminiscente de su padre, descendió por ella un par de centímetros y apareció el nombre de su hermano Johanson. Pulsó sobre él y apareció el nombre de su esposa en otra línea de color verde.

—¿También está reflejado en la historia de vuestra familia el antepasado del que se habló en la cena?

—Sin duda. Si vamos hacia atrás en la línea, seguro que lo encontramos —respondió Sigrid.

Con un rápido movimiento de su mano, hizo que la tira lumínica volviese a ser estrecha y tiró de ella buscando. Finalmente hizo que se detuviese.

—Tiene que estar por aquí —dijo mientras hacía que volviese a ensancharse.

—Sí, es este, aquí lo tenemos. Roan de Kerr.

Pulsó sobre su nombre y frente a sus ojos se desplegó un archivo con numerosos datos. Sigrid comenzó a leerlo.

—¡Vaya! —exclamó asombrada—. No sabía que fuese un héroe. Están registradas todas las misiones en las que participó y las hazañas que realizó. Y sigue, y sigue, ¿lo ves? —le indicó a Johana mientras hacía que el informe avanzase.

—Sí, lo veo. Tiene un expediente de lo más extenso.

—E inmaculado. Qué lástima que solo se lo recuerde por el único error que cometió.

—¿Casarse con alguien que no fuese Arkonte?

—No, hacerlo en contra de la opinión de la familia. Oponerse a la sangre es una falta que aquí no se perdona.

—Es un poco injusto, ¿no?

—Bastante. Solo se lo menciona para traer a la memoria su afrenta, pero

jamás por el resto de acciones valerosas que realizó.

—Lo siento por él —dijo Johana un poco entristecida.

—¿Por qué? Si no le importó lo que pensarán de él en vida e hizo lo que se le antojó, ahora, que está muerto y recontra muerto, seguro que le trae sin cuidado lo que la gente diga.

—Pues también es verdad —concordó.

—Yo creo que hizo bien —sentenció Sigrid muy seria.

Las jóvenes se miraron y se echaron a reír. Las dos estaban de parte del rebelde guerrero.

—Y el resto de las tiras de diferentes colores ¿son otras familias —preguntó Johana cambiando de tema.

—Sí, algunas no son tan puras como la nuestra y por eso su tono es menos brillante. Como has podido comprobar, las dinastías las forman uniones matrimoniales; cuanto más atrás en el tiempo puedan los cónyuges demostrar su genealogía, mayor brillantez aportarán a su estirpe, y esto se ve reflejado en las franjas.

Johana se fijó en una de color marrón, apenas tenía luz.

—¿Y esta? —preguntó señalándola.

—La forman miembros del clan Arkonte que carecen de datos dinásticos.

—Supongo que yo estaré ahí, ¿no?

—En realidad eres una sin sangre así que, como ni siquiera eres Arkonte, tampoco estarás en esa franja. Cuando madre te añada al linaje familiar, aparecerás en nuestra línea, que ya has visto que es la azul, pero tu nombre estará en negro, es decir, no tendrás ningún color.

—¿Y eso va a restar luz a vuestra línea?

—Bastante. Seguramente por eso madre todavía no te haya incluido; supongo que quiere posponer el momento lo máximo posible.

—Lo siento. —Johana no sabía muy bien qué decir.

—No lo sientas. Si Erik te ha escogido, por algo será. Y si él te quiere, yo también. Además, lo de la ascendencia tampoco es para tanto.

—Gracias, Sigrid —respondió con una sonrisa.

—Eso sí, tendrás que aprendértelo.

—¿Aprender el qué?

—Linajes, genealogías, todo esto —dijo haciendo un gesto para señalar lo que las rodeaba—. Es deber de las mujeres Arkontes mantener viva la tradición y conocer los dichosos derechos dinásticos del clan.

Johana volvió a mirar al techo. Había demasiadas conexiones, lazos y uniones; era imposible desentrañar esa madeja enredada de líneas luminiscentes.

—Puede parecer difícil entender todo esto, pero se puede hacer. Madre es una experta. Tendrías que verla, casi puede remontarse hasta la fundación.

Su cuñada resopló y Sigrid no pudo evitar una sonrisa. Menudo trabajo le esperaba a la pobre.

Kia, como cada mañana, salió para hacer los recados habituales. Llevaban cinco días en la nueva casa y ya se había acostumbrado a la rutina.

—¡Shsss! —Oyó a su espalda.

Se giró para ver quién la llamaba. Un hombre joven, desaliñado y con aspecto de no haber comido caliente en meses se acercó hasta ella.

—¿Trabajas en la casa Kerr? —preguntó.

Kia lo miró de arriba abajo. De cerca su pinta no mejoraba; su ropa tenía desgarrones y estaba chamuscada, como si hubiese salido de una hoguera. Observó sus manos, tenían marcas de quemaduras recientes. Estaba delgado y con ojeras, pero no le causaba ningún miedo; ella sabía defenderse, fue lo primero que le enseñaron sus hermanos en las minas. Calculó que tendría su misma edad.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Quiero saber si trabajas en la casa Kerr —insistió el hombre.

—¿Y a ti qué te importa? Eso no es asunto tuyo —respondió dándole la espalda y emprendiendo de nuevo su camino.

El joven se puso a andar a su lado.

—Te he visto salir y entrar de la casa, así que supongo que eres una de las criadas. ¿Estoy en lo cierto?

—No sé quién eres ni por qué me observas pero, si continúas siguiéndome, te daré una paliza. ¿Me has comprendido? —dijo Kia enfrentándose a él.

—Perdona, no quería asustarte —respondió alzando las manos en señal de paz.

—¿Asustarme?, ¿tú? ¿Estás de broma? —respondió. Se habían detenido en uno de los callejones que daban paso a la calle principal.

—Solo necesito tu ayuda, nada más. Mi nombre es Marcus, soy analista genético y necesito hablar urgentemente con la mujer que trajeron del planeta Tierra. Sé que está en la casa, ¿la has visto?

—¿Y qué puede querer un Shujme de mi señora?

—¿Eres su criada? ¡No puedo creer la suerte que he tenido! —exclamó—. ¿Puedes hacerle llegar un mensaje?

—Puedo hacer muchas cosas, pero ni sueñes que voy a ayudarte. Los Shujmes no habéis hecho otra cosa más que traerle problemas. —Kia reemprendió la marcha.

—Pero es muy importante. Es vital que hable con ella, ¡tienes que ayudarme! —insistió sujetándola del brazo.

Kia le lanzó una mirada asesina y Marcus la soltó al instante. Se puso a caminar de nuevo, con paso rápido, ignorándolo por completo. Él no se dio por vencido y siguió acompañándola.

—Sabrás que, se supone, ella no es la Constructora, ¿verdad? —continuó—. Pero, en realidad, sí que lo es. Tengo que hablar con ella y advertirla ¡Creo que van a intentar asesinarla! —exclamó desesperado.

Estas últimas palabras hicieron que Kia se detuviese. Ya estaban en la calle principal, numerosos transeúntes pasaban a su alrededor.

—¿Por qué alguien iba a querer matarla? —preguntó girándose hacia él.

—Porque... —Marcus miró a uno y otro lado antes de seguir hablando y, en un susurro, dijo—: Porque es la auténtica Constructora y tarde o temprano saldrá a la luz. Hay gente que no quiere que eso suceda y harán lo que sea para impedir que se descubra la verdad.

—Y si la matan, nadie lo sabrá jamás, ¿no?

—Exacto. Eres una Trauko muy inteligente.

Kia lo miró a los ojos, parecía sincero; sin embargo, era un Shujme y eso hacía que desconfiase. Se fijó mejor en su indumentaria; esta no pegaba con sus maneras. Hablaba como una persona educada; al fin y al cabo, era lo que se esperaba de los de su clase, aunque tenía que reconocer que no era tan estirado como los que ella había conocido hasta entonces. Parecía estar fuera de su elemento, como si estuviese perdido. Sin duda, algo malo debía haberle sucedido para que se encontrase en tan maltrecho estado. Quiso saber más.

—¿Y cómo es que estás tan seguro de que ella sí es la Constructora?

—Tengo mis razones, pero solo se lo explicaré a tu señora. De todas formas, estás a su lado, así que seguro que has visto cosas que te parecen extrañas y no tienen explicación, ¿no es cierto?

—¿Cosas como qué? —Sabía de lo que estaba hablando, pero quería cerciorarse de ello.

—Mira, todo este planeta, todo lo que nos rodea fue diseñado por los Constructores con el propósito de ser utilizado por ellos y para ellos. Es cierto que nosotros hemos adoptado parte de su tecnología y la hemos usado durante

milenios, pero no está diseñada para nosotros así que, si un Constructor estuviese aquí, los objetos reaccionarían de distinta manera con él. Estoy convencido de que has tenido que ver esos pequeños detalles.

—Me he dado cuenta de algunas cosas, cosas sin importancia, pero que solo ocurren con ella y que nunca antes había visto. Por ejemplo, cuando sale a pasear por el jardín interior, la hierba se inclina a su paso, como si se sintiese atraída hacia ella, o cuando coge una copa con su mano, el cristal emite pequeños cambios de luz y color alrededor de las yemas de sus dedos; y los tejidos de la ropa no necesitan arreglos, siempre le quedan perfectos, se ciñen a su cuerpo como envolviéndola.

—¡Lo ves! Las micromoléculas robóticas que forman cada elemento que nos rodea reconocen en ella el ADN de sus diseñadores.

Kia se quedó unos segundos pensativa.

—Está bien, hablaré con mi señora, pero no te prometo nada.

—¡Muchas gracias! Estaré esperando cerca de la casa —dijo Marcus visiblemente aliviado y agradecido.

—Hay informes que indican que, tras las líneas Shujmes, se están produciendo movimientos. Puede que estén organizándose con el propósito de atacarnos.

Reidar había ido a casa de Erik para informarle de las últimas noticias. Ambos caminaban por uno de los pasillos interiores de la casa Kerr.

—Debemos estar atentos a sus maniobras. Será mejor que nuestras tropas comiencen a prepararse por si tenemos que repelerlos.

De camino a la salida, se cruzaron con Britani, paseaba con Sigrid. Los dos las saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

—Buenos días —dijo la esposa de su hermano respondiendo al saludo.

Sigrid sonrió tímidamente.

—Señoras.

—Si estás buscando a tu esposa, Erik, acabo de verla en el jardín del claustro hablando animadamente con un hombre —comentó Brítani con naturalidad.

—¿Con quién? —preguntó.

—Lo desconozco. Nosotras los vimos desde la arcada del piso superior. No pudimos verle bien la cara, pero sin duda no era de la casa ni nadie a quien conociéramos. ¿Verdad, Sigrid? —Lo había dicho como si nada, pero en realidad solo buscaba meter en problemas a Johana.

A la hermana de Erik no le gustó lo que Brítani estaba haciendo, pero tampoco podía llevarle la contraria.

—Seguro que es alguien que ella conoce de fuera, no sería extraño —respondió.

—Gracias —dijo secamente Erik, y echó a andar en dirección al claustro.

Reidar se despidió con otra inclinación de cabeza antes de seguir a su amigo y Sigrid le devolvió otra tímida sonrisa.

Brítani siguió su camino con la satisfacción pintada en el rostro. Estaba claro que Johana no había informado a su esposo de la visita del desconocido.

—¿Quién crees que ha venido a ver a tu esposa sin consultarte?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —contestó Erik.

En el jardín no se veía un alma. Erik y Reidar buscaron a Johana, pero sin éxito. Finalmente, llegaron a la pequeña construcción que se encontraba al fondo, cerca de la muralla exterior. Era el lugar más apartado, un sitio donde encontrar intimidad y ocultarse de miradas curiosas.

Erik escuchó la voz de su esposa, hablaba con un hombre. No se detuvo y entró como si de un huracán se tratase. La puerta se abrió con fuerza y golpeó la pared. El ruido y la imponente figura de Erik en la entrada hicieron que todos los que estaban en el interior diesen un brinco, sobresaltados.

—¿Quién eres tú y qué estás haciendo en mi casa? —gritó mientras avanzaba, amenazador, hacia el joven.

Johana le salió al paso impidiendo que siguiese.

—¡Maldita sea! ¡Me has dado un susto de muerte! —le dijo claramente molesta.

No era esa la reacción que esperaba por parte de una esposa que mantenía una reunión en secreto con un desconocido. Observó más detenidamente la escena. Detrás de ella, al fondo de la estancia, se encontraba Kia y, junto a esta, completamente atemorizado y casi pegado a la pared, el individuo en cuestión.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó enfadado.

—Pues todavía no lo sé, iba a averiguarlo cuando entraste como un loco. Él se llama Marcus y dice tener un mensaje importante que darme —explicó señalando al susodicho.

—¿Y por qué no se ha puesto en contacto conmigo primero? —inquirió elevando de nuevo el tono de la voz.

—No sé. ¿Podría ser porque das miedo?, ¿has barajado esa posibilidad?

Erik observó a Johana, también gritaba al dirigirse a él. ¿Estaba enojada? «Tal vez», pensó. Finalmente se calmó.

—Bien, pues oigamos lo que tiene que decir.

Marcus titubeaba y temblaba; aquel Arkonte asustaba. No solía relacionarse con ellos y ver a uno de ese tamaño y furioso de cerca le había hecho darse cuenta de lo precaria de su situación.

—¿Y bien? —insistió Erik.

—Buenos... días —consiguió decir por fin—. Mi nombre es Marcus. No habíamos tenido el placer de conocernos antes, pero yo soy el técnico de análisis al que enviabas las muestras de ADN del sujeto 486037/5580.

—¡Eres un Shujme! ¿Cómo te atreves a venir a mi casa? —lo espetó Erik

con palpable desprecio.

—Espera un momento, y veamos qué tiene que decirnos, ¿vale? —Johana volvió a calmarlo sujetándolo del brazo.

—Mi señora, es importante que me escuchéis. Van a intentar asesinaros y debéis estar al tanto del peligro que corréis.

—Mira, Marcus, yo no soy tu señora, ¿entiendes?

—Sí que lo sois, sois la Constructora.

—No, no lo soy. La confirmación dio negativa, ¿recuerdas? —A Johana el asunto comenzaba a agotarla.

—Todavía no sé cómo lo hicieron, pero estoy convencido de que manipularon la prueba.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —Quiso saber Erik.

—Porque analicé todas las muestras de ADN que enviaste, y era ADN Constructor. No hay duda.

—Pudiste equivocarte.

—No, yo nunca me equivoco. De cualquier manera, quise hacer una comprobación así que, la noche de la confirmación, decidí realizar de nuevo las pruebas sobre las muestras.

—Pensaba que no podían ser reutilizadas.

—Es cierto pero, cuando procedí al análisis del último envío, para la fase cinco, no usé el total de la muestra; debía haberlo hecho, pero no lo hice. Guardé una parte y la llevé a mi apartamento.

—¿No va contra la ley sacar muestras del Ministerio de Análisis?

—Sí, pero ese no es el asunto ahora —respondió Marcus un tanto exasperado—. La cuestión es que yo guardaba esas muestras y estaba seguro de que nadie lo sabía. Sin embargo, cuando fui a mi casa para recogerlas, esta saltó por los aires; casi muero en la explosión. Alguien puso una bomba y destruyó cualquier

posibilidad de comprobación. De todas maneras, la Constructora sigue aquí — dijo mirando a Johana—. Así que, si me permitís una muestra de vuestro ADN, podré realizar el análisis y quedará demostrada la conspiración. Es urgente que lo hagamos cuanto antes; quien esté detrás de todo esto no dudará en atentar contra vos.

—Escúchame bien: yo no soy la Constructora, lo he repetido por activa y por pasiva. Sé que tus intenciones son buenas, pero no soy la persona que necesitáis. No puedo ayudarnos ni a vosotros ni a vuestro planeta; no tengo la respuesta a vuestros problemas ni sé cómo solucionarlos. Es mejor que lo entendáis cuanto antes y que se vuelva a poner en marcha la búsqueda del Constructor auténtico.

—Pero, mi señora, ¡lo tengo delante!

Johana suspiró. Era inútil intentar hacer cambiar de opinión a esa gente; cuando algo se les metía en la cabeza, era imposible sacárselo.

Erik ya había oído bastante, no se fiaba ni de las palabras ni de las intenciones de Marcus.

—Tú, Shujme, me da igual lo que pienses. Johana es mi esposa, es una Kerr y una Arkonte. Está bajo mi protección y nadie va a hacerle daño, no lo permitiré. ¿Está claro? Y ahora, lárgate de mi casa, no quiero volver a verte — dijo zanjando la cuestión.

Kia lo acompañó hasta la entrada lateral de la casa, por donde había entrado al recinto amurallado. Ahora comprendía el porqué de su mal aspecto: habían intentado matarlo. Además, ya no tenía casa a la que regresar; alguien la había hecho saltar en mil pedazos. Lo miró de soslayo; estaba serio, concentrado.

—Cambia la cara —le dijo—. Mi señora estará bien, su esposo la protegerá.

—No van a cejar en su empeño. Ella es un cabo suelto: terminarán lo que han empezado. No pueden arriesgarse a que ella continúe viva.

—Aquí dentro está segura.

Llegaron al límite de la muralla. Kia miró de nuevo a Marcus y una vez más

pudo percatarse de su lamentable estado; estaba delgado, demacrado y con enormes ojeras.

—¿Hace cuánto que no duermes? —le preguntó.

—No lo sé, varios días, creo. Pero eso ahora es lo de menos.

Al pie de la puerta había una cesta. Kia se la dio.

—He preparado algo para ti. No es mucho, pero te ayudará; hay comida y algo de dinero.

Marcus miró extrañado el contenido.

—Te lo agradezco —dijo. No esperaba que aquella hermosa joven tuviese un gesto tan amable con él.

Ella continuó hablando.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que sigues en peligro, ¿verdad? Deberías tratar de esconderte. Si la gente que intentó matarte descubre que continúas vivo, irán a por ti. Tengo amigos en las minas, ellos podrían ocultarte.

—¿Yo, en las minas? Entonces, sí que no duraría ni una semana. ¿Me has visto bien?; no tengo, precisamente, aspecto de recio minero —contestó tímidamente—. De todas formas, muchas gracias.

La joven le regaló una sonrisa.

Marcus no sabía qué más decir, no estaba acostumbrado a hablar con la gente y, menos aún, con muchachas bonitas. Carraspeó y dijo:

—Bueno, será mejor que me marche cuanto antes. —Cogió la cesta y se fue.

Kia lo vio alejarse y cómo se tropezaba un par de veces antes de perderlo de vista. «¿Cómo va a arreglárselas ahí fuera?», se preguntó. No parecía ser la clase de persona acostumbrada a la vida real. Tenía, más bien, la pinta de alguien que nunca antes había salido de su organizado y esterilizado mundo de análisis, donde todo se regía por normas y protocolos.

—Cuídate —susurró.

Marcus continuó caminando por las callejas estrechas, tenía que encontrar un lugar donde esconderse. Era consciente de que, si daban con él, lo matarían sin contemplaciones; además, necesitaba descansar y reponerse de sus heridas. Había huido del edificio de sanación antes de estar recuperado del todo. Sabía que cada minuto allí dentro aumentaba exponencialmente la probabilidad de que lo encontrasen así que, en cuanto pudo ponerse en pie, se largó.

Su cabeza daba vueltas al mismo asunto una y otra vez, seguía sin entender cuál podía ser el motivo para conspirar contra la vida de la Constructora. Era necesario que regresase al planeta. Todos lo sabían. Era indispensable para su supervivencia futura.

Además de los múltiples problemas que arrastraba el sistema, tales como el mal funcionamiento del filtro de partículas cósmicas o la degradación en la renovación de recursos para el sostenimiento de la población, había un problema de mucha más envergadura para el cual no existía ningún tipo de remiendo o parche: la desviación planetaria.

Como él mismo había podido comprobar en sus años de estudiante, la órbita del planeta no era la correcta, sufría una ligera variación desde hacía siglos. Esto significaba que, lenta e inexorablemente, derivaba progresivamente hacia el centro del sistema biestelar. Si esto no era corregido, el colapso total, tarde o temprano, sería inevitable. El problema era que nadie sabía cómo lograrlo; solamente un Constructor podía hacerlo.

Ellos se habían establecido en aquel lejano punto del universo y habían conseguido reunir las condiciones necesarias para mantener la vida. Edificaron un mundo capaz de albergar a millones de seres así que, sin duda, sabrían también cómo devolver el planeta a su órbita original.

Había oído rumores sobre experimentación con ADN Constructor. Se decía que, si alguien conseguía manipularlo, tendría la llave para acceder a las funciones del sistema central reservadas exclusivamente a los Constructores: las aplicaciones encriptadas capaces de desarrollar actividades increíblemente complejas, con el poder de solucionar cualquier disfuncionalidad que pudiese

sufrir el planeta e, incluso, corregir su órbita.

Aquello era un simple murmullo que, en ocasiones, se oía por los pasillos de Tecnociudad, sin base ni fundamento. Pero, si detrás de todas aquellas historias descabelladas había algo de verdad, si lo habían conseguido, entonces la Constructora podía llegar a ser una pieza prescindible de la ecuación.

Año 15330 de la partida, día 79

El jefe de laboratorio entró corriendo en la sala de procesos.

—Constructora, debería venir a ver.

—Pareces alterado, Shimar. ¿Qué ocurre?

—Son las muestras del asteroide.

—¿Algo interesante?

—Jamás habíamos visto nada igual. No se parece a ninguna otra materia del universo conocido.

—¿En serio?

—De verdad se lo digo, señora. Venga, se lo mostraré.

Capítulo XIII

Erik, como de costumbre, se marchó temprano, hasta la noche no regresaría. Era un hombre ocupado y más ahora, con el problema Shujme que se les venía encima. Todo parecía indicar que, efectivamente, estaban movilizando sus tropas con el propósito de atacar Ciudad Bastión, así que todos los soldados Arkontes habían sido llamados para fortificar las defensas; debían prepararse para repeler el ataque.

Pero Johana no sabía nada del asunto. Él había tenido mucho cuidado en no mencionar nada delante de ella, no quería preocuparla.

«Otro día más», se dijo al despertar sola en la cama que ambos compartían. Prefería dormir con él, así que apenas utilizaba su propia habitación. Se fijó en el techo; estaba decorado con intrincados relieves, era precioso.

Disfrutaba de todas las comodidades posibles; sin embargo, empezaba a sentirse como en una jaula de oro. Se aburría, y lo de estudiar la genealogía familiar no ayudaba en nada; era tedioso y desesperante. En su anterior vida, la actividad era frenética. Trabajar en el área de urgencias del hospital imponía un alto ritmo que apenas le dejaba tiempo para descansar. Ahora, quién se lo iba a decir, echaba de menos aquello.

Suspiró y se levantó. Kia estaba fuera, en la sala perteneciente a los aposentos privados de la pareja, esperando con el desayuno.

—Buenos días, Kia.

—Buenos días, mi señora. Hay una persona que desea veros.

—¿Una visita? —dijo alegrándose por tener algo distinto que hacer.

—Dice que es la esposa de un soldado al que salvasteis la vida.

—Sí, sé quién es. Hazla pasar, por favor.

Kia abandonó la estancia y regresó segundos más tarde con la joven. Johana se levantó y fue a su encuentro.

—Buenos días, me alegro de volver a verte. ¿A qué se debe que hayas venido? ¿Todo bien?

La muchacha no tenía buen aspecto. Un leve gesto de dolor cruzó por su cara.

—¿Geir está bien? —insistió Johana.

—Sí, salió hace tres días del hospital, está completamente recuperado.

—¿Y tú?, ¿sientes molestias por el embarazo?

—Yo... yo...

De pronto un líquido ambarino comenzó a caer por debajo de su vestido. Miró hacia el suelo observando el pequeño charco que acababa de formarse a sus pies y ya no pudo seguir reprimiendo las lágrimas.

—Lo siento, lo siento —repetía sin dejar de llorar.

Johana corrió hasta ella.

—Tranquila, has roto aguas.

—Dentro de dos días salgo de cuentas, pero esta noche me ha empezado a doler. Me marché de casa en cuanto se hizo de día. No sabía a dónde ir ni a quién acudir. —Continuaba llorando angustiosamente.

—No pasa nada, te ayudaremos. Llamaremos ahora mismo a un tecnosanador y verás cómo, dentro de muy poco, tienes a tu precioso bebé en los brazos.

—¡No! ¡No! ¡No podéis llamar a los tecnosanadores! —dijo presa de la histeria—. Será mejor que me vaya, no debí haber venido.

Intentó dar un paso hacia la puerta, pero se detuvo doblándose sobre sí

misma. El dolor era casi insoportable.

—Está bien, no llamaremos a nadie si no quieres. No puedes marcharte así, estás ya de parto. Te atenderemos aquí, ¿te parece bien? —intentó calmarla Johana.

—¿No avisareis a nadie? —preguntó la mujer con la esperanza reflejada en el rostro.

—A nadie. Tienes mi palabra.

—Gracias —dijo con un hilo de voz. Una nueva contracción hizo que se sujetase el vientre.

—Kia, ayúdame a llevarla a mi cama.

Entre las dos llevaron a la joven hasta la habitación de Johana. La ayudaron a desvestirse y la tendieron allí.

—Por cierto: todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Dana —respondió ya mucho más tranquila.

—Encantada, Dana —contestó Johana con una sonrisa mientras le colocaba mejor los almohadones detrás de la espalda. Era fundamental que la futura madre se sintiese lo más cómoda posible—. Bueno, ahora, Kia y yo te ayudaremos a traer a tu hijo al mundo.

Y dirigiéndose a Kia dijo:

—Por favor, trae todas las toallas que puedas encontrar; también una palangana y gasas. —Obediente, salió de inmediato a cumplir la orden.

Johana miró hacia el cuarto de baño; estaba cerca, así que el agua caliente no iba a ser un problema.

—¿De veras podréis ayudarme? —dijo casi sin resuello, después de sufrir una nueva contracción.

—Por supuesto, este no es el primer bebé al que ayudo a nacer. Antes de venir a este planeta, asistir a las parturientas era parte de mi trabajo. Ya verás,

todo va a salir estupendamente.

—Me alegro de haber venido. Ahora podré ver a mi hijo nacer y nadie me lo arrebatará.

—¿Crees que alguien quiere quitarte a tu bebé?

—Me hicieron la prueba al quedarme embarazada. Voy a dar a luz un varón, así que sí, se lo llevarán.

—¿Quién haría algo tan terrible?

—Los tecnosanadores. Si una mujer gesta un varón, ellos vienen a la casa cuando se han cumplido los días y extraen al niño del vientre de su madre.

—¿Extraerlo? —«Es una expresión extraña para referirse al nacimiento de un hijo», pensó.

—Inducen un sueño profundo en la madre y, cuando esta despierta, el niño ya no está en su interior. No vuelve a verlo hasta que pasan ocho años.

—¿En serio? —No podía creer lo que estaba oyendo—. Pero eso es horrible.

—¡Lo sé! ¡Por eso no podía quedarme en casa; vendrán y se llevarán a mi niño! Y yo ¡quiero verlo!, ¡sentirlo entre mis brazos! Noto sus movimientos, sus pataditas dentro de mí. No puedo dejar que me lo quiten. —Dana volvía a estar llorando.

—Está bien, no te preocupes, nadie va a hacer eso. Debes tranquilizarte, porque ahora tienes una tarea importante por delante; yo voy a ayudarte, pero tú también tendrás que colaborar. Vamos a centrarnos en que tu hijo nazca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó limpiándose las lágrimas del rostro con el dorso de la mano.

Kia regresó minutos después con todo lo que su señora le había pedido. Otra contracción hizo que Dana se revolviere. Johana le echó un vistazo; la dilatación seguía su curso, faltaba poco para que el bebé naciese.

—Bien, parece que tu hijo saldrá enseguida.

De pronto oyeron un golpe en la puerta de la habitación. Alguien llamaba.

—Johana, soy Sigrid, ¿puedo entrar?

Durante los últimos días, las dos habían pasado bastante tiempo juntas. La joven estaba deseosa de escuchar todo lo que su cuñada pudiese contarle sobre su planeta de origen. No tenía muchas oportunidades de conocer gente y le encantaba la compañía de Johana. Había entrado en sus aposentos pero, al no haber nadie en la sala y escuchar voces dentro del cuarto, tocó a la puerta.

Kia miró a su señora.

—Sal y no la dejes pasar —le ordenó en un susurro.

Lo hizo inmediatamente, cerrando la puerta a su espalda para que no pudiese ver nada del interior de la habitación.

—Buenos días, señorita Sigrid.

—Buenos días, Kia. ¿Está Johana?

—Ahora mismo no puede recibirla.

Se oyó un fuerte gemido proveniente del interior del cuarto.

—¿Qué ocurre?, ¿está enferma?

—Sí, no se encuentra bien.

Kia intentaba desesperadamente acompañar a Sigrid hasta la salida. Se oyó otro grito más fuerte.

—¡Está muy mal! Voy a entrar a ayudarla —dijo volviéndose hacia la puerta de la habitación.

—¡No!, no hace falta, yo me ocupo —respondió Kia interponiéndose en su camino—. Usted, usted... ¡espere aquí!, ¡no entre! Enseguida sale mi señora.

Entró y le cerró la puerta en las narices. Sigrid se quedó de pie, atónita, pero su estupor apenas le duró un segundo. Alargó la mano para accionar la manilla,

pero no llegó a hacerlo; la puerta se abrió de golpe, era Johana.

—Hola, Sigrid —dijo.

—¿Estás bien?, parece acalorada.

—Sí, sí, estoy estupendamente.

—Kia me ha dicho que estabas enferma.

—Ha exagerado. Un poco indispuesta, nada más.

Johana intentaba llevarla hacia la puerta de salida cuando se oyó un nuevo grito. Kia salió del cuarto con la urgencia y la preocupación pintadas en el rostro, reclamando la presencia de su señora de manera inmediata.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó suspicaz Sigrid.

—Ahora no puedo explicártelo. Tienes que irte, ¿vale? —respondió Johana.

—Yo no me muevo hasta que no me digas qué está ocurriendo.

—¡Mierda! ¡Sigrid!, ¡no tengo tiempo para esto!

A ella no le impresionó el enfado de su cuñada y continuó sin moverse del sitio.

—Mi señora... —suplicó Kia para que entrase otra vez en la habitación.

Johana tomó una decisión.

—Está bien, Sigrid, pero debes jurar que no contarás a nadie lo que vas a ver. No dirás ni una sola palabra de lo que está sucediendo aquí, ¿está claro?

—Tienes mi palabra —contestó solemne.

Las tres mujeres entraron en el cuarto. La hermana de Erik fue la última en hacerlo; se quedó quieta, junto al quicio de la puerta, sorprendida ante la escena. Una mujer claramente enferma se retorció de dolor en la cama.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Está dando a luz —contestó Johana mientras atendía de nuevo a la

parturienta.

—¿Qué?

—¡Que va a tener un hijo! ¡Y no te quedes ahí quieta como un pasmarote!
¡Ayuda a Kia con el niño!

Justo en ese momento Johana depositaba al recién nacido en una toalla y se lo entregaba a Kia para que lo lavara.

Sigrid corrió a su lado, la ayudó a trasladarlo y lo colocó con sumo cuidado sobre una mesita previamente cubierta por otra suave toalla. El pequeño lloraba a pleno pulmón.

Johana se encargó de la madre y terminó de atenderla.

—Lo has hecho muy bien. Tienes un hijo precioso.

—¿Puedo verlo?

—Claro.

Johana hizo un gesto a Kia para que le acercase el bebé. Esta se lo entregó a la madre, limpio y envuelto en ropa blanca.

—Es tan pequeño —dijo la madre admirada.

—Todos los recién nacidos suelen serlo —contestó sonriendo—. Tu hijo tiene el peso y las medidas correctas. Está perfecto.

Ella hablaba, pero nadie le hacía caso. Dana no podía dejar de mirar y de acariciar la carita de su chiquitín; lágrimas de felicidad le corrían por el rostro. Kia y Sigrid también lloraban emocionadas junto a la cama. Traer una nueva vida al mundo siempre era algo especial y gratificante.

Erik llegó tarde, después de la cena. Los preparativos para un, cada vez más inminente, ataque Shujme lo habían tenido ocupado todo el día. Tenía ganas de llegar a su cuarto y reunirse con su esposa; esta, seguramente, ya estaría durmiendo.

Comenzaba a subir la escalera que daba acceso al ala de la casa donde se

encontraban sus habitaciones cuando vio a su hermana Sigrid en la parte de arriba bajando los escalones. Era bastante tarde y se extrañó de encontrarla todavía levantada. Justo iba a preguntarle si le sucedía algo cuando uno de los sirvientes vino y requirió su atención; Reidar solicitaba verlo cuanto antes.

Sigrid agradeció en silencio la interrupción. No sabía qué iba a decirle si le preguntaba qué estaba haciendo allí a esas horas de la noche. En realidad, acababa de salir de la alcoba donde se encontraban Dana y su bebé. Había ido a verlos después de la cena y se había quedado con ellos hasta ahora. Johana llevaba todo el día sin salir de sus aposentos, cuidándolos, y ella también quería ayudar.

Erik se dio la vuelta y fue al encuentro de Reidar. Su hermana aprovechó la ocasión para cruzar a toda prisa el piso inferior y escabullirse.

Su amigo apareció, en ese momento, en el salón principal y observó a la joven que, con rápidos pasos, atravesaba el fondo de la estancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Debe ser importante para que vengas tan tarde.

—Lo es, no podía esperar a mañana. Tenemos un problema grave y necesito tu ayuda —contestó Reidar con tono serio.

Los dos hombres hablaban en voz baja, concentrados en la conversación. Sigrid supuso que nadie le prestaba la más mínima atención así que, antes de doblar la esquina y esfumarse de su vista, se dio la vuelta para mirar una última vez a Reidar. Pensó que su intento de espiar tímidamente desde el extremo pasaría completamente desapercibido, pero no fue así. Cuando se volvió, sus ojos se toparon de frente con los de él, lo que provocó que mil millones de mariposas echasen a volar de golpe dentro de su estómago.

Por supuesto, la presencia de la joven en ningún momento había pasado inadvertida a Reidar; nunca lo hacía. De hecho, no había perdido detalle de ni uno solo de sus movimientos. Sin embargo, creía que ella simplemente atravesaría el salón y que sus suaves pasos desaparecerían por el pasillo; no se

imaginaba que iba a volverse. Pero lo había hecho, sí; se había girado y sus miradas se habían encontrado.

Desde que la conocía apenas habían intercambiado unas palabras, breves saludos, nada más. Para él, Sigrid era la más hermosa y delicada de las criaturas, aunque jamás le confesaría la naturaleza de sus sentimientos. Ella, simplemente, estaba fuera de su alcance.

—¿De qué se trata? Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

La voz de Erik lo trajo de nuevo a la realidad.

—La esposa de mi hermano Geir ha desaparecido; nadie sabe nada de ella desde esta mañana temprano. La hemos buscado por todas partes, pero sin éxito.

—Vamos fuera, os ayudaré. No ha podido esfumarse sin más, en algún sitio tiene que estar. La encontraremos.

A la mañana siguiente, Hildegart de Kerr entró en el comedor principal; su hija ya se encontraba allí desayunando. Era costumbre que ambas tomaran juntas la primera comida del día, lo que no era tan normal era que hubiese madrugado más que ella.

Se sentó a la mesa y un criado comenzó a servirle el desayuno. Sigrid comía vorazmente, demasiado deprisa, para el gusto de su madre. Terminó y pidió permiso para levantarse de la mesa.

—¿A dónde vas con tanta urgencia? —Quiso saber Hildegart.

—Voy al cuarto de Johana.

—¿Sigue indispuesta?

Había disculpado la ausencia de su cuñada en la cena de la noche anterior diciendo que no se encontraba bien.

—Voy a ver si está mejor —acertó a contestar.

—Muy bien —aceptó su madre, haciendo un gesto con la mano para que fuese.

Hildegart se quedó pensando en su nuera. No aprobaba de ninguna de las maneras ese matrimonio, pero tampoco quería que la muchacha se sintiese mal. Si estaba enferma, su deber era cuidarla; al fin y al cabo, sería la futura madre de sus nietos. Decidió que, cuando terminase de desayunar, subiría a los aposentos de su hijo para ver qué tal se encontraba Johana.

Sigrid estaba encantada con el bebé de Dana; era tan dulce... El pequeño ya había empezado a mamar y tenía buen apetito.

—¿Has pensado qué nombre vas a ponerle? —le preguntó.

—Todavía no. Es algo que su padre y yo tenemos que decidir.

Kia también estaba en la habitación. Ella y Johana habían improvisado una pequeña cuna la noche anterior. Cuando el recién nacido dejase de comer, lo acostarían en ella para que pudiese dormir.

—Parece que ya ha tenido bastante —dijo Dana mirando a su hijo.

—Sí, hasta dentro de un rato, no volverá a pedir —contestó Johana—. ¿Quieres que lo deje en la cuna para que duerma?

—Sí, será lo mejor. Yo también debería dormir un poco.

—Descansa, nosotras nos encargamos de todo.

Sigrid se acercó, cogió al pequeño con delicadeza y lo dejó en la cuna, bien arropado. El bebé se quedó dormido al instante.

Las tres estaban tan embobadas mirando cómo dormía que no se dieron cuenta de que, a su espalda, otra persona entraba en la habitación.

—Buenos días. —La voz clara de Hildegart de Kerr resonó en el aposento.

Johana y Kia se dieron la vuelta inmediatamente, quedando de pie delante de la cuna. Sigrid imitó el gesto y se colocó junto a ellas impidiendo la visión de su madre sobre el pequeño.

—Me han comunicado que te encuentras enferma —continuó Hildegart.

—A penas una ligera indisposición. Como puede ver, ya estoy mucho mejor

—contestó Johana intentando guardar la compostura.

—Me alegro. Y esa mujer ¿quién es? —preguntó dirigiendo su mirada hacia la cama donde yacía Dana.

—Una amiga.

—¿Una amiga? —inquirió extrañada.

—Sí, una amiga que duerme, así que será mejor que no la despertemos —respondió sonriendo nerviosa.

Kia se mantenía firme a su lado, pero Sigrid no podía ocultar su intranquilidad; se retorció las manos una y otra vez deseando que su madre no descubriese el engaño.

«Todo aquello es muy extraño», pensó Hildegart. Pero bueno, su nuera no era como ellos, ni siquiera era de su mismo planeta.

—Muy bien, ya veo que estás mejor, así que me marcho —concluyó dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta, pero justo cuando salía oyó a su espalda un gorgorito. Se detuvo y giró sobre sus talones, volvió a examinar la escena: las tres mujeres seguían de pie, una junto a otra, formando una pequeña barrera, intentando ocultar algo tras ellas.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —exigió saber.

—Madre, madre, por favor, no te enfades —imploró suplicante Sigrid.

—Explícate inmediatamente —ordenó.

—La mujer que está en la cama se llama Dana. Estaba muy enferma y necesitaba nuestra ayuda, no podíamos desampararla.

—Está bien, no me parece mal ayudar a alguien que lo necesite, aunque debería haber sido informada del asunto.

—Ella no quería que nadie lo supiera.

—Eso no tiene sentido. Si está enferma, llamaremos a los tecnosanadores y la curarán.

Johana intervino en la conversación.

—Si llama a un tecnosanador, se lo llevarán —dijo apartándose para que Hildegart pudiese ver al recién nacido—. Su madre no quiere que se lo arrebaten.

Hildegart anduvo unos pasos y se acercó. Echó un vistazo por encima de la improvisada cuna y vio al pequeño e indefenso nene intentando dormir.

—Nuestras costumbres exigen que, si nace un bebé varón, este debe ser entregado inmediatamente a los tecnosanadores para que lo lleven a las salas de crianza. Es nuestra ley.

«Así que la dama Sheila no mentía: las salas de crianza existen», pensó Johana.

—¿Criáis a vuestros hijos como si no tuviesen padres? No lo entiendo.

—Tiene un propósito bien definido que hagamos ese sacrificio; llevamos realizándolo así desde hace mucho, mucho tiempo. A partir de la desaparición de los Constructores, fue necesario que nuestros hombres se convirtiesen en los mejores soldados de toda la galaxia con el objetivo de que pudiesen defender el planeta de invasores exteriores, seres crueles y despiadados. Para conseguirlo el entrenamiento de los guerreros debía comenzar desde su mismo nacimiento. Así fue y así continua siendo.

—¿Y qué hay del deseo de la madre de no separarse de su bebé o del derecho de este pequeñuelo a criarse con el amor y el afecto de sus padres? ¿Es que eso no importa? —preguntó Johana.

Hildegart seguía ahí, de pie, mirando fijamente al recién nacido.

—Desgraciadamente no —contestó.

Johana se adelantó, cogió al niño y se lo puso en los brazos.

—¿Me va a decir que hará que separen a este precioso bebé de su madre?

Hildegart observó a la criatura, tan indefensa, delicada y hermosa... Recordó

lo que ella había sentido cuando le arrebataron a sus propios hijos. Había engendrado a tres varones y jamás pudo acunar entre sus brazos a ninguno de ellos. A su mente vino la sensación que había vivido en su interior al despertar tras la extracción: el vacío, la soledad, la tristeza... las noches en vela preguntándose si sus pequeños estarían bien. No, no deseaba lo mismo para la joven madre que dormía exhausta después del parto.

Dentro de sí se desató una lucha entre el deber de cumplir la ley impuesta y lo que en realidad le dictaba el corazón.

—Está bien, no diré nada. Que se quede el tiempo que necesite —accedió finalmente.

—¡Muchas gracias, madre! —exclamó Sigrid, quien fue hasta ella y le dio un beso en la mejilla.

«Mi hija está claramente exaltada», pensó. Jamás, hasta ahora, había demostrado tanta efusividad por nada. Sonrió sorprendida por la muestra inesperada de cariño.

Hildegart también quiso ayudar con el pequeño, así que estuvo casi todo el día junto a él.

Brítani, como de costumbre, acudió al comedor a la hora de la cena. Un criado les informó que esta noche la señora no se uniría a ellos y que podían comenzar. Se sentó, al igual que el resto de los comensales, y echó un vistazo a la mesa. Únicamente estaban Algot y Johanson, su esposo; Sigrid y la estúpida sin sangre no habían aparecido. De hecho, esta última también había faltado la noche anterior. ¿Habría empeorado? Los criados de la casa le habían informado de que su suegra había ido a los aposentos de ella y apenas había salido de allí.

Francamente, no le importaba lo más mínimo que se muriese, pero le molestaba que Hildegart mostrase tanta preocupación. Eso podía entenderse de manera equivocada y que la gente pensase que no le parecía tan despreciable verse obligada a tener una sin sangre viviendo bajo su mismo techo.

No, ese no era el mensaje adecuado. Decidió que, cuando terminase de cenar,

subiría a los aposentos donde vivía la sin sangre para comprobar por ella misma lo que estaba sucediendo.

Dana necesitaba descansar. El parto se había desarrollado sin complicaciones, pero las horas previas al mismo le habían causado gran estrés físico y emocional, así que estaba agotada. Johana decidió que tres mujeres mimando a un bebé hacían demasiado ruido para estar en la misma habitación que la convaleciente, así que les indicó que sacasen la cuna a la salita y que se quedasen allí con el pequeño para que la madre pudiese dormir profundamente.

Brítani subió las escaleras que daban acceso al ala donde se encontraban las habitaciones de Erik y de su esposa, caminó por el pasillo y llegó hasta la puerta de entrada a los aposentos. Escuchó unos instantes antes de cruzar el umbral; oyó conversaciones animadas y risas. No parecía que nadie, allí dentro, estuviese muriéndose. Tal vez, su suegra había seguido los mismos pasos que la tonta de Sigrid y había mejorado su relación con la sin sangre. «Eso no puede ser», pensó.

Muy enfadada abrió la puerta. Allí no estaba por ningún lado la sin sangre; estaban su criada, Sigrid y su suegra, la cual tenía algo entre los brazos. Se acercó más para ver qué era; cuando lo hizo, emitió un grito de sorpresa.

—¡Es un bebé! —exclamó.

—Escúchame bien, Brítani, te prohíbo que le cuentes a nadie lo que acabas de ver —le ordenó Hildegart.

Kia fue corriendo y cerró la puerta, que había quedado abierta.

—¿Qué hace aquí un recién nacido? ¿De quién es?

—Su madre vino a esta casa buscando protección.

—¿Protección?, ¿de quién? Espera, es un bebé varón; por eso se ha escondido, ¿verdad? —Había oído hablar de madres díscolas que incumplen con su deber de entregar a sus hijos a las salas de crianza, pero jamás había visto a una—. ¡Eso es un delito! —exclamó.

Johana salió de la habitación donde dormía Dana al oír la voz de Brítani.

—¡Te ordeno que no digas ni una palabra de todo esto a nadie! —exigió Hildegart.

—¡No puedes ordenar que me calle! ¡Va contra la ley y la costumbre! —Le echó una mirada furibunda a Johana—. ¡Seguro que esto es por tu culpa! —le gritó.

—¡Brítani! ¡Me obedecerás!

—¡No! ¡No voy a obedecerte, Hildegart! ¡Voy a delatar ahora mismo a esa madre, a su hijo y a Johana para que la saquen, de una vez y para siempre, de esta casa!

Hildegart no sabía qué más hacer, era incapaz de imponerse a su nuera. Las denunciaría, y bien sabía ella que también era un delito el encubrir a una madre que huye con su hijo.

Brítani se fue hacia la puerta, pero antes de salir se giró y observó a su suegra. Había vencido, su voluntad había triunfado sobre la de Hildegart de Kerr. Era ella la que, a partir de ese momento, ostentaría el poder en aquella casa. Esa mujer jamás se atrevería a contrariarla en nada después del enorme error que acababa de cometer. Le dijo:

—Por respeto a tu posición y a la reputación de esta familia, que también ahora es la mía, omitiré tu nombre en la denuncia.

Hildegart se quedó callada y entregó el bebé a su hija.

—Respecto a ti, Sigrid, si vienes en este momento conmigo, tampoco te delataré.

La aludida fue hasta la cuna, colocó dentro al pequeño, se puso a su lado con la mano posada en el borde y respondió desafiante, demostrando, sin amilanarse, la clase de sangre que corría por sus venas:

—Yo no me muevo de aquí.

—Muy bien, como quieras —le espetó con arrogancia.

Brítani salió de la habitación y comenzó a andar por el pasillo, planeando ya cómo presentaría su denuncia ante el consejo.

Johana miró a Hildegart en busca de una solución.

—No puedo hacer nada por evitarlo —dijo esta con la derrota pintada en los ojos.

—No se puede razonar con Brítani —añadió Sigrid.

«¡Mierda!». Johana conocía a los de su clase, los conocía muy bien. Se había criado en un orfanato y sabía lo que era tener a un abusón cerca. Les movía un único objetivo: el poder. Y para conseguirlo amedrentaban, gritaban, golpeaban... lo que fuese necesario con tal de mantenerse en la cúspide. Lo había visto más veces; se lo hacían a los más pequeños o a los recién llegados. Siempre era el mismo *modus operandi*. Con ella también lo habían intentado, pero sin conseguirlo; sabía exactamente cómo tratar a esa clase de gente.

Salió corriendo por el pasillo, debía alcanzarla antes de que saliese de la casa. Esta ya había llegado a la escalinata que comunicaba el piso superior, en el que se encontraban, con el inferior, y había comenzado a bajar las escaleras.

—¡Brítani! —gritó Johana.

Ella continuó descendiendo, sin detenerse.

—¡Brítani! ¡Espera! —volvió a gritar.

«Será estúpida esta sin sangre —pensó Brítani—. ¿Cuándo aprenderá que no debe dirigirse a mí si no le doy permiso?». Ya había llegado al final de la escalera cuando volvió a oír un tercer grito. Harta, se dio la vuelta para escupirle a la cara el desprecio que le producía su mera presencia.

Johana lo tenía claro: aquella mujer era una Arkonte y, por tanto, bastante más alta y fuerte que ella. Pero había un par de cosas que jugaban a su favor: una, que esta no era la primera vez que se las veía con un tipo más grande, y la otra, que poseía una ingente cantidad de mala leche.

Estaba dos escalones más arriba que ella, así que la posición elevada le dio cierta ventaja. Aprovechando el impulso de bajar corriendo las escaleras, cerró el puño de la mano derecha y, con todas sus fuerzas, le dio un puñetazo en plena cara que hizo que Brítani perdiera el equilibrio y cayera de espaldas.

Inmediatamente, se lanzó a por ella; hundió la rodilla en la boca de su estómago dejándola sin respiración y, después, la cogió por el cabello y le dio un golpe seco contra el suelo. Brítani lloraba y pedía auxilio a gritos.

Dos criados de la casa, al oír el ruido, fueron corriendo a socorrerla. Johana la mantenía sujeta por el cabello con la mano izquierda; extendió la otra mano hacia los criados, y les ordenó:

—¡Ahí quietos! ¡Ni os mováis!

Los siervos obedecieron sumisos, no se atrevieron a intervenir. Si la nueva señora era capaz de hacerle eso a una Arkonte, ¿qué les haría a ellos, simples Traukos?

—Escúchame bien —le dijo a Brítani en un susurro amenazante—: si cuentas una sola palabra, si dices algo, lo que sea, de lo que ocurre escaleras arriba, yo lo sabré y una noche, cuando menos te lo esperes, me deslizaré en tu habitación y, con un afilado y puntiagudo cuchillo, te sacaré esos bonitos ojos que tienes. ¿Te queda claro? —preguntó mientras le pasaba por la cara el dedo a modo de navaja.

—Sí... sí... —contestó titubeando entre sollozos.

—Bien.

Johana se puso de pie; Brítani continuaba llorando en el suelo, sin poder levantarse. Por fin miró a los atemorizados criados y les hizo un gesto para que la ayudasen; estos corrieron a cumplir la orden.

Se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras de regreso a sus aposentos. En la parte de arriba, estaba Hildegart, había observado todo lo sucedido. Se sintió un poco avergonzada al descubrirlo, pues no sabía cómo se tomaría su

suegra el descubrimiento de que podía llegar a convertirse en una bestia parda si la situación lo requería.

Cuando llegó a su lado, esta le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Bien hecho.

Erik llegó avanzada la noche. Solo había vuelto a casa para asegurarse de que Johana estaba bien; llevaba casi dos días sin verla. Subió a su habitación, comprobaría que dormía plácidamente y saldría de nuevo para continuar con la búsqueda de la esposa de Geir. Habían revisado cada rincón de Ciudad Bastión, pero nadie sabía nada.

Entró en su cuarto, pero no estaba allí. Abandonó la estancia, atravesó la salita y se dirigió a la habitación de su esposa. Justo en ese momento, Kia salió de ella, llevaba un paquete mal oliente en la mano.

—¿Dónde está Johana? —le preguntó.

Kia no esperaba encontrárselo y se interpuso entre él y la puerta.

—Ahora mismo le digo que salga.

A Erik la respuesta no le convenció: apartó a Kia y entró. En la penumbra del interior, distinguió a su esposa con algo entre los brazos; estaba colocándolo dentro de una especie de caja.

—¿Qué está pasando?

Su voz hizo que una figura se moviese dentro de la cama.

—Shssss, vas a despertarlos —contestó en un susurro Johana.

Se acercó más y lo que vio lo dejó pasmado.

—¡Es un niño! —exclamó con voz baja. El pequeño dormía plácidamente.

—Sí, es el hijo de Geir, y la que duerme en mi cama es su madre, Dana.

—¿Qué? —Casi gritó.

—Shsss —volvió a insistir Johana—, habla más bajo o los despertarás.

Acabo de cambiar al pequeño y he conseguido que vuelva a dormirse, así que no hagas ruido. Vamos fuera.

Cuando salieron Erik no pudo contenerse.

—¿Me estás diciendo que la esposa de Geir ha estado aquí todo el tiempo?

—Bueno, lleva aquí dos días, no sé si eso es todo el tiempo al que te refieres.

—La hemos buscado por todas partes. Geir está al borde de la histeria y de la desesperación. ¿Se puede saber por qué no me dijiste que estaba aquí?

—Primero, no tenía ni idea de que tú la estabas buscando. Y, segundo, ella insistió y mucho en que nadie supiese que estaba en esta casa. ¿Sabías que los tecnosanadores roban a los bebés varones?

—No los roban. Simplemente, las cosas, aquí, son así.

—Bueno, pues que sepas que no pienso dejar que nadie me separe de mis hijos. Me da igual las costumbres Arkontes; mis hijos se criarán conmigo. Johana no estaba segura de si Erik la apoyaría, pero estaba decidida a enfrentarse; no iba a dejar que sus hijos pasasen por lo mismo que ella había pasado, ni hablar.

—Me parece bien —contestó escuetamente.

—¿Apoyarás mi decisión?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿Romperás la costumbre Arkonte?

—Últimamente rompo bastantes, así que otra más no importará.

—Gracias —dijo mientras lo abrazaba.

—Bueno, y ahora déjame ir en busca de Geir antes de que se vuelva loco del todo por la preocupación.

Al cabo de veinte minutos, Erik estaba de vuelta con Geir y Reidar. Por el camino les había explicado la situación.

Geir entró corriendo en la habitación donde estaban Dana y el bebé. Se lo veía claramente demacrado: la angustia de los días pasados, sin saber nada de su esposa ni de su hijo, había dejado huella en él.

Johana, Erik y Reidar se quedaron en la salita esperando.

—Gracias por todo —dijo Reidar—, y disculpad la falta de modales de mi hermano.

—No pasa nada, es normal que quiera estar al lado de su esposa —respondió Johana.

—En cuanto se encuentre bien, se la llevará de vuelta a casa.

—¿Y qué ocurrirá con el pequeño?

—Geir está de acuerdo en que se quede junto a ellos, no lo entregará a las salas de crianza. Tendrán que hacer frente a un problema bastante serio, pero encontrarán una solución, seguro.

—Me alegro por Dana y por su hijo. Ningún niño merece criarse sin sus padres; sé que es vuestra costumbre, pero no la comparto.

Se oyeron unos leves golpes en la puerta. Kia fue a abrir y apareció Sigrid.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —le preguntó Erik.

—No podía dormir —contestó inquieta mirando a Johana.

—Tranquila —le dijo esta—, ya están enterados de todo.

Sigrid sonrió.

—Bueno, en realidad he venido por si necesitaban ayuda con el chiquitín.

—Todo está bien, puedes marcharte —le dijo su hermano.

Sigrid se quedó un tanto decepcionada. Como bien pudo percibir su cuñada, era evidente que no quería marcharse y, además, la muchacha no dejaba de lanzar fugaces miradas a Reidar, quien tampoco le quitaba los ojos de encima. «Qué interesante», pensó Johana.

—Seguro que con todo este ajetreo ni tú ni Reidar habéis podido comer en condiciones, ¿verdad? —le preguntó su esposa a Erik.

—No, no hemos tenido tiempo —contestó.

—Kia, por favor, ¿puedes ir a la cocina y traernos alguna cosa?

—Sí, mi señora.

—Sigrid, deberías quedarte, apenas has probado bocado durante la cena.

—Sí, la verdad es que ahora tengo hambre —contestó agradecida por la excusa que acababa de proporcionarle.

—Lo mejor es que movamos esta mesa hacia al centro, así tendremos más sitio.

Sigrid se puso a ello.

—Reidar, ¿puedes ayudarla, por favor? —le pidió Johana.

—Por supuesto.

Inmediatamente se acercó a la joven y entre los dos colocaron la mesa y las sillas. Johana fue hasta su esposo.

—¿No te parece que hacen buena pareja? —le preguntó en un susurro.

—¿Reidar y mi hermana? —dijo mirándolos—. No.

—¿No?, ¿por qué no?

—Sé que a mi hermana le gusta Reidar, me he dado cuenta de la cara de alegría que puso cuando le dijiste que se podía quedar a cenar con nosotros. Pero Reidar está enamorado de otra mujer.

—¿Sí?, ¿cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho.

—¿Te ha mencionado su nombre?

—No.

—Ah, ¿no? Me pregunto por qué será.

Para Johana la explicación era evidente; para Erik, no tanto.

—No tengo ni idea. Cuando quiera contarlo, ya lo haré.

Año 15330 de la partida, día 180

—*Estimados miembros del consejo: el grupo de asteroides que hemos encontrado están formados de un material sin igual. Es una nueva composición con una capacidad maleable a nivel subatómico nunca vista con anterioridad. Sin duda estamos ante uno de los mayores descubrimientos de la historia.*

—*¿Qué propone que hagamos, Constructora Targuia?*

—*Mi grupo de trabajo ha examinado con cuidado el nuevo elemento, y las posibilidades que tiene son infinitas. Debemos seguir estudiándolo y aplicar los conocimientos que obtengamos de él para nuestro propio beneficio implementándolo a nuestra tecnología.*

—*¿Sugiere que detengamos nuestro viaje para poder disponer de más tiempo para sus investigaciones?*

—*Sé que este es un tema delicado, pero... debemos reconocer que hace siglos que entramos en el espacio profundo y no hemos conseguido hallar ningún planeta habitable. Uno por uno, todos han sido lamentables decepciones; sin embargo, ahora, se nos presenta la oportunidad de establecernos.*

—*¿De qué está hablando?*

—*Como ya he dicho, este material es increíblemente versátil: podemos transformarlo en casi cualquier cosa. Así que ante nosotros se abre una nueva puerta: la de construir un mundo propio, hecho a nuestra medida, en este preciso punto de la galaxia.*

Capítulo XIV

Dos semanas más tarde, todo cambió. El ataque Shujme dio comienzo con las primeras luces del alba. Miles de acorazados rodearon Ciudad Bastión; como una marabunta de hormigas gigantes, se dispusieron a avanzar arrasando todo a su paso.

El ejército Arkonte no se quedó quieto. Cientos de miles de guerreros, armados con exoarmaduras, salieron de los límites protectores de la ciudad al encuentro, en campo abierto, de aquellas enormes máquinas de guerra.

El escenario estaba dispuesto para la brutal batalla. Los Shujmes habían trabajado en secreto, durante décadas, para perfeccionar sus armas. En la última guerra, perdieron, pero habían aprendido y no cometerían de nuevo los mismos errores. Ahora, sus acorazados, pertrechados con mejores y más avanzados cañones de energía, eran capaces de arremeter contra cualquiera que se les pusiese por delante. Arrasarían las líneas enemigas.

Los soldados Arkontes eran unos adversarios formidables. Habían sido entrenados desde su nacimiento para ser guerreros implacables e iban armados hasta los dientes. Sus cuerpos estaban protegidos por una exoarmadura que les servía de escudo gracias a un campo de energía infranqueable. Además, contaban con una lanza de plasma capaz de atravesar cualquier clase de blindaje, un cañón protónico que hacía saltar por los aires todo obstáculo que se interpusiese en su camino y una espada de supraenergía lumínica muy útil en las distancias cortas. Las exoarmaduras eran armas extraordinarias, con una capacidad de ataque inimaginable.

El número de los acorazados Shujmes parecía no tener fin; se perdían en el horizonte. Uno tras otros, línea tras línea, se acercaban inexorablemente a los

muros de Ciudad Bastión.

Los guerreros Arkontes les salieron al paso, acortando la distancia entre ellos. Las exoarmaduras contaban con propulsores en la parte inferior de las piernas, así que los accionaron y volaron veloces a su encuentro.

Erik comandaba uno de los escuadrones más temible. Él iba a la cabeza, con Reidar y Geir a su derecha, Danko y Sean a su izquierda, y el resto de soldados en perfecta formación tras ellos. La intención era clara: abrir brecha en las líneas Shujmes y aniquilarlos.

En vuelo rasante, a toda velocidad, Erik disparó con su cañón protónico al primer blindado, lo que hizo que el escudo de energía del acorazado quedase inactivo. Sin protección, un segundo disparo bastó para que saltase por los aires. Esa fue la primera baja enemiga de muchas.

La batalla desató el infierno. Los tanques Shujmes disparaban ininterrumpidamente sus cañones, los cuales impactaban contra las líneas Arkontes frenando su avance. Afortunadamente, el escudo de las exoarmaduras protegía a los soldados que iban en su interior.

—¿Esto es todo lo que podéis hacer? —gritó Danko disparando a diestro y siniestro el supercañón de haz adosado a su brazo robótico. Había añadido algunas mejoras, el arma protónica habitual le parecía insuficiente. Cuatro, cinco, seis máquinas de guerra convertidas en amasijos ardían a su alrededor.

Sean, a unos metros de distancia, con su lanza de plasma, abría el blindaje de otro como si fuese una lata.

—Aquí dentro no hay nadie —dijo por su intercomunicador.

—¿Cómo que no hay nadie? —preguntó Erik mientras acababa con otro más.

—Pues que está vacío, no hay ningún Shujme en su interior —contestó.

—Esos cobardes no pilotan sus propias máquinas de guerra, las manejan por control remoto.

—Eso parece.

—Bueno, sea como sea, vamos a destrozales todos sus juguetes —sentenció Erik.

Aparecieron tres acorazados más por su flanco derecho.

—Estos son nuestros —se adelantó Reidar.

Erik vio como él y su hermano Geir daban buena cuenta de ellos.

La batalla continuó. Los Arkontes enseguida comenzaron a ganar terreno; aquellos blindados Shujmes no eran rivales para ellos. De pronto, una explosión iluminó el cielo. Erik volvió la cabeza hacia Ciudad Bastión para ver cómo otra deflagración tenía lugar sobre ella. Bombas de energía, disparadas en racimo desde más allá de las líneas enemigas, impactaban una y otra vez contra el escudo de la ciudad.

—Hay que destruir esos malditos cañones energéticos —dijo Erik.

No era una tarea sencilla. Para conseguirlo debían atravesar las líneas enemigas y, cada vez que destruían un acorazado, dos más ocupaban su lugar. Era como si no tuviesen fin.

—Por tierra no llegaremos nunca. Habrá que sobrevolarlos.

—¡Me gusta el plan! —respondió Danko elevándose cuarenta metros en el aire.

Geir, imitándolo, voló hacia arriba. Cuando lo hizo, la nueva perspectiva abrió ante su vista una panorámica que le erizó los pelos de la nuca. Hasta donde podía ver, millones de blindados discurrían por el suelo. No tuvo tiempo de distinguir desde dónde provenía la ofensiva al escudo de la ciudad; un sinnúmero de disparos provenientes de las máquinas de guerra Shujmes comenzaron a impactar sobre él. Se mantuvo en el aire, pero no aguantó mucho. La exoarmadura le daba protección, pero bajo el ataque la energía de su escudo disminuía cada vez más.

Se vio obligado a bajar al suelo. En el cielo, era blanco fácil para cien acorazados a la vez; en tierra, solo debía preocuparse de la decena en primera

fila. Miró el nivel de su armadura, marcaba veinte por ciento. Había recibido más impactos y más fuertes de lo que pensaba.

—Centro de mando, solicito apoyo en sector 369. Mis hombres deben regresar a la base para recarga —comunicó Erik.

—Negativo. Mantengan posiciones.

—No aguantaremos mucho más si no recargamos nuestras exoarmaduras.

—Repito: mantengan posiciones. Imposible realizar recarga; las fuerzas Shujmes han logrado interrumpir el suministro de energía. Todos nuestros recursos están siendo desviados para mantener activo el escudo de la ciudad.

Danko seguía en el aire disparando a todo acorazado que se le ponía a tiro y siendo blanco, a su vez, de numerosos impactos. Un haz de partículas proveniente de un nuevo tipo de blindado le dio de lleno, lo derribó y mandó su cuerpo a varios cientos de metros de distancia.

—¡Danko! ¡Responde! —Se oyó decir a Erik por el intercomunicador.

Un sonido seco de interferencias fue la única respuesta.

—¡Tengo contacto visual! ¡Puedo verlo desde mi posición, está tendido en el suelo! ¡Voy por él! —dijo Sean.

—¡Comprueba cómo está! —ordenó Erik. Otra máquina de guerra Shujme apareció a su espalda, demasiado cerca como para esquivarla. La atravesó de lado a lado con la lanza de plasma, rajándola como si fuese una sandía.

Las horas de batalla fueron sucediéndose y el avance Arkonte hacía tiempo que se había detenido. Conseguían frenar las líneas enemigas Shujmes impidiéndoles el paso, pero no resistirían mucho más; en cuanto derribaban un blindado, otro ocupaba su lugar. Mantener los escudos activos y destruir acorazados provocaba que el nivel de energía de sus exoarmaduras descendiese de manera alarmante y, sin posibilidad de recarga, las cosas empezaban a ponerse difíciles. Las bajas eran cada vez más cuantiosas.

Johana, en sus aposentos privados, se paseaba de acá para allá. Junto a ella

estaba Sigrid, quien, nerviosa, se retorció las manos con la angustia reflejada en el rostro. Las dos estaban visiblemente preocupadas.

Erik le había asegurado antes de partir a la batalla que este no era más que otro episodio en la larga guerra que sostenían con los Shujmes y que, como en otras ocasiones, vencerían. Sin embargo, cada vez que oía una nueva explosión sobre sus cabezas, Johana temía por la vida de su esposo. Después de varias horas de constante bombardeo, no parecía que estuviesen ganando.

En el centro de mando Shujme, las noticias eran esperanzadoras. Un alto mando del ejército informaba al consejo allí reunido.

—Señores, las predicciones de batalla se están cumpliendo al pie de la letra. Las simulaciones realizadas nos han permitido adelantarnos a los movimientos Arkontes. Hemos conseguido detener su avance y los estamos obligando a retroceder. Según nuestra inteligencia, en unas horas, no les quedará energía con la que alimentar sus defensas y el escudo de la ciudad caerá.

—Excelente —respondió uno de los consejeros—. Puede retirarse.

—Sí, señor. —El oficial inclinó la cabeza y salió del lugar.

—Esta vez, borraremos a los Arkontes del mapa —dijo otro de los miembros del Consejo.

—¿Estamos seguros de que es una buena idea deshacernos de ellos para siempre? —preguntó el más anciano del grupo.

—Es la mejor solución, todos lo sabemos. Ahora, que hemos desarrollado la tecnología para armar a nuestro propio ejército, ya no son necesarios. Podemos prescindir de ellos y defendernos sin su ayuda de cualquier ataque exterior. Hemos escogido el mejor momento para eliminarlos de escena, atacando antes de que ellos lo hiciesen. No esperaban que estuviésemos tan bien preparados para la guerra, se han confiado. Demasiado arrogantes para verlo venir: esa ha sido su debilidad y este será su final. También daremos por concluida la búsqueda; no tiene sentido que sigamos desperdiciando tiempo y recursos en ella cuando, dentro de muy poco, los avances en la manipulación de los registros

genéticos Constructores harán posible que ya no precisemos de uno para acceder a las funciones complejas internas de nuestro mundo. Reorientaremos nuestras energías hacia fines mayores.

Todos los consejeros Shujmes aplaudieron.

—Escúchame bien, Logan, te estoy dando una orden. Quiero que vayas a casa y saques de allí a madre, a Sigrid y a Johana y las pongas a salvo ¿Lo has entendido? —Erik hablaba por canal privado con su hermano.

—No voy a marcharme. Puedo ayudar, soy un guerrero —contestó Logan.

—No, todavía no lo eres, no has terminado tu entrenamiento. Tu puesto no está en el campo de batalla; aquí fuera serías más un estorbo que una ayuda. Pero puedes ser muy útil si haces lo que te estoy diciendo.

—Huir a la retaguardia no creo que sea lo más honroso.

—Dejarse matar por nada tampoco lo es. Tienes que sobrevivir y cuidar de nuestra familia. Lo que te estoy pidiendo es muy importante; si esto no sale bien, serás el último Kerr que quede para poder vengar a los tuyos. ¡Obedece mi orden!

Logan no quería marcharse, abandonar como si fuese un cobarde, aunque era evidente, y el mismo se daba cuenta de ello, que todavía no tenía la destreza necesaria para poder manejar una exoarmadura de combate. No tenía ni idea de cómo hacerlo, menos aún, de cómo enfrentarse a las máquinas de guerra que habían traído los Shujmes. Era algo que jamás habían visto.

El bombardeo continuo sobre Ciudad Bastión era brutal. Los escudos de energía todavía aguantaban, pero su nivel descendía cada vez más; si el ataque no cesaba, pronto perderían su eficacia y, entonces, ya nada les impediría arrasarlo todo. No dejarían piedra sobre piedra.

Logan cogió un aerodeslizador y corrió a cumplir las órdenes de su hermano.

—¡No pienso marcharme de mi casa! —respondió Hildegart de Kerr.

—Madre, es una orden de Erik. Tenemos que dejar la casa y huir por los

subterráneos —volvió a decir Logan por enésima vez.

—Soy una Kerr y los Kerr no huimos, ¡luchamos! ¡Defenderé mi casa de cualquiera que quiera arrebatármela!

—Madre, por favor, escucha lo que te dice Logan. Tenemos que irnos —le suplicó Sigrid.

—Tú y Johana iros con él, yo me quedo.

—¿Dónde está Britani? —preguntó Johana.

—Cuando empezaron las bombas, se asustó tanto que se fue a casa de sus padres, cosa que agradecí, porque ya no soportaba más sus gritos histéricos de terror —contestó Hildegart.

Otro estruendo atronador volvió a sonar.

—Este se ha oído más fuerte —dijo Johana mirando hacia arriba.

—El escudo se está debilitando —explicó Logan.

—Hildegart, comprendo que quieras quedarte en tu casa y defenderla; está construida con ese fin. Pero los Shujmes no van a entrar con un ejército; simplemente harán que el escudo caiga y arrasarán todo esto desde el aire. No podrás defender nada, solo te dejarás matar y les harás el trabajo más fácil. ¿Quieres eso? —Intentó hacerle entender Johana.

—No, no quiero eso. ¡Quiero luchar!

—¡Pues lucha! ¡Pero de manera que puedas vencerlos, y no lo harás si te quedas aquí!

Por fin su suegra entró en razón.

—Está bien, puede que estéis en lo cierto.

Las instrucciones de Erik habían sido claras: debían llegar hasta las instalaciones en el subsuelo, donde estaban los portales espacio-tiempo. Era su única salida, ya que los Shujmes habían cortado cualquier otra posibilidad de huida.

Logan condujo a las mujeres fuera de los muros de la casa familiar; los acompañaban también varios de los sirvientes. El muchacho no sabía cómo iba a lograrlo, pero intentaría poner a todos a salvo.

La entrada más cercana a la zona subterránea se encontraba a unos metros de distancia, así que comenzaron la marcha. Logan iba a la cabeza, guiando al grupo; lo seguía su madre junto con Sigrid; después, Johana con Kia, y pegados a ellas, el resto de sirvientes.

Las calles estaban desiertas. Un silencio sepulcral encogía el corazón; solo se veía interrumpido por las atronadoras explosiones contra el escudo. Todo el mundo, o había huido ya, o se mantenía escondido dentro de las casas amuralladas. No se veía ni un alma.

De pronto, una figura vacilante les salió al paso. Logan se detuvo, sacó su arma y apuntó al intruso.

—¡Alto o disparo! —gritó.

El individuo se quedó quieto, pero no callado.

—Mi señora, por fin habéis decidido salir. ¡Debéis detener esta locura cuanto antes! —dijo dirigiéndose a Johana.

—¿Yo? ¿Y qué puedo hacer yo para parar esto? —contestó la aludida.

—No lo sé, pero algo tendréis que hacer. ¡Al fin y al cabo, sois la Constructora!

—¡Maldita sea! ¡Marcus! ¿Cuántas veces tendré que decirte que no soy quien crees?

—¡Pero sí que lo sois! —insistió de nuevo.

—Mira, vamos a dejarlo. —No había forma de hacerle entrar en razón y lo sabía. Además, a Johana le extrañaba que no se hubiese ido cuando Erik lo despachó—. ¿Qué estás haciendo aquí?, ¿por qué no te has marchado?

—No podía abandonaros, mi señora —dijo como si aquello fuese lo más

obvio.

—Bueno. Nosotros nos vamos, y será mejor que tú hagas lo mismo si quieres seguir viviendo.

—Muy bien, mi señora —contestó Marcus dando unos pasos hacia el grupo.

Logan no podía creer lo que estaba viendo; aquel Shujme quería unirse a su comitiva.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espetó.

—Acompañar a mi señora —contestó Marcus con la mayor naturalidad.

—Ni lo sueñes. No voy a llevar a ningún Shujme con nosotros. ¡Nos estáis atacando!

—No yo. Jamás se me ocurriría semejante cosa —expresó claramente anonadado.

Johana se adelantó hasta llegar a Logan.

—Baja el arma, por favor. Marcus no es ninguna amenaza, es un terco obtuso, capaz de sacar de quicio a cualquiera, pero no es peligroso.

Logan volvió a mirar al individuo que tenía delante. Era delgado y enclenque; no, su aspecto no era precisamente amenazador. El tiempo se les estaba echando encima y ya habían perdido demasiado tratando de convencer a madre.

Otro impacto brutal en el cielo hizo que todos se estremeciesen.

—Está bien, que se venga.

Rápidamente se unió a la comitiva colocándose junto a Kia. Ella se había sentido aliviada al comprobar que seguía de una pieza. Lo miró y le sonrió; se alegraba de volver a verlo.

Marcus le devolvió tímidamente la sonrisa, pero solo fugazmente pudo mantener su mirada. Tenerla tan cerca hacía que se pusiese nervioso. La joven notó su incomodidad y amplió aún más su sonrisa. Jamás habría imaginado que

ella fuese capaz de producir semejante inquietud en ningún hombre. Le gustó descubrir que no le resultaba indiferente.

Llegaron a la entrada que daba paso al subsuelo. Los ascensores no funcionaban, toda la energía de la ciudad se estaba empleando para sustentar el escudo, así que comenzaron a bajar las escaleras en fila, uno detrás de otro.

Marcus iba siguiendo a Kia, por fin se atrevió a dirigirle la palabra.

—La Constructora me ha llamado obtuso. ¿Crees que eso era un insulto?

—Me parece que sí. —contestó ella.

—Eso pensaba yo también. ¿Por qué lo habrá dicho?

—Bueno, a veces puedes resultar un poco pesado.

—¿En serio?

—Sí.

—Puede ser. De cualquier manera, no he dicho nada que no fuese cierto.

—Pero es que a ella no le gusta que le digan que es la Constructora.

—¡Pero sí que lo es! —exclamó en un susurro.

Kia se detuvo de golpe causando un pequeño atasco. Se giró y, mirándolo directamente a los ojos, le dijo:

—Tú y yo sabemos que eso es cierto, pero ella no quiere oírlo, así que ¡deja el tema de una vez! ¿Está claro?

—Perfectamente —aceptó Marcus tragando saliva. Aquella mujer tenía carácter. Y unos ojos preciosos, por cierto. Le desconcertaba el sentimiento que la joven producía en él; nunca antes había experimentado una sensación semejante.

Continuaron en silencio durante el resto del trayecto.

Por fin llegaron al final de la escalera; daba paso a un corredor estrecho y oscuro con una puerta al fondo. Logan se cercioró de que todos continuaban tras

él antes de abrirla y pasar a la siguiente zona.

Era un túnel mucho más ancho y luminoso. Allí el ruido de las bombas se oía distante, atenuado por los muchos metros de tierra que los separaban de la superficie. El lugar estaba atestado de gente. Habían bajado allí, igual que ellos, en busca de protección.

Logan gritó:

—¡No os separéis! —Y continuó la marcha dirigiendo al grupo hacia los portales.

La gran multitud de personas que caminaba por los corredores hacía difícil que lo siguiesen. No tenía más remedio que detenerse a cada poco y esperar a que se reagruparan de nuevo para que nadie se perdiese. «Así no llegaremos nunca», pensó.

Estaban cerca de la intersección que daba paso a una de las galerías principales. Normalmente, numerosos aerodeslizadores se desplazaban por ella, así que supuso que allí el tráfico de personas sería mucho más fluido y podrían ir más deprisa; incluso, con un poco de suerte, subir a un aerodeslizador y en pocos minutos alcanzar su destino.

Todas sus esperanzas se truncaron cuando por fin llegaron a la entrada de la galería. No solo no había ningún aerodeslizador funcionando, sino que el túnel estaba completamente colapsado por miles de personas. Era imposible avanzar. Jamás llegarían a los portales por ese camino; tenía que encontrar otro acceso.

Hizo que el grupo se detuviera junto a una de las paredes del corredor.

—No se puede seguir —dijo—. Voy a buscar otro medio para llegar y volveré a buscaros.

—Está bien, hijo, haz lo que consideres mejor. Nosotros te esperaremos aquí —contestó Hildegart.

Johana se detuvo con el resto. Si hubiese otra forma de llegar, otro pasillo... Miró a su alrededor. El techo se curvaba sobre sus cabezas realizando un arco de

medio punto. Estaban a bastante profundidad así que, sin duda, la forma de la estructura ayudaba a sostener el peso de los niveles superiores.

Se fijó en las paredes, decoradas con intrincados diseños, muy distintos a los que había visto en Ciudad Bastión o en Ciudad Central. Le recordaban un poco a las líneas que se dibujaban dentro de los microchips, solo que a una escala muchísimo más grande. No había trozo en el que no hubiese algo, excepto en el espacio en blanco de forma rectangular que había en la pared de enfrente.

Su atención se centró en él. No estaba adornado con ningún dibujo, como si alguien se hubiese olvidado de hacerlo. Era bastante grande y estaba perfectamente recuadrado, resaltaba del resto.

Johana lo observó más detenidamente, con una idea rondándole la cabeza. Por fin se le iluminó el cerebro. «¡Eso es una puerta!», pensó.

—¡Logan! —gritó, e hizo que el muchacho se detuviese y regresase a su lado—. ¡Ahí en frente hay una puerta!

—¿Qué? —dijo el joven corriendo hasta ella—. ¿Dónde?

—¡Ahí enfrente! ¿No lo ves? —Volvió a decir Johana señalando el lugar con el dedo.

—Yo no veo nada.

—Pero ¡cómo no lo ves! ¿Estás ciego? —dijo echando a andar, intentando llegar al otro lado a través del gentío.

Kia siguió a su señora inmediatamente y Marcus, a ella. Logan no tenía tiempo que perder pero, si se separaban, se perderían y no podría ponerlos a salvo. Desesperado intentó alcanzar a Johana y obligarla a regresar junto al grupo. Tropezaba una y otra vez con la multitud que intentaba acceder al túnel principal.

Cuando por fin llegó, los otros tres ya estaban al lado del rectángulo; tenía dos metros y medio de alto por dos de ancho.

—No es una puerta. Parece que lo es, pero en realidad solo es un dibujo. Hay

más de estos en otros túneles.

—Os corrijo, joven; en realidad sí que es una puerta —dijo Marcus con aire de suficiencia.

—No digas tonterías, estúpido Shujme. ¿Cómo va a ser esto una puerta?, ¿no ves que solo es un dibujo más de los que adornan las paredes? —respondió Logan.

—Podéis llamarme muchas cosas, joven, pero estúpido no es una de ellas. Y os repito que sí es una puerta; también las tenemos en los túneles subterráneos que hay bajo Ciudad Central.

—Muy bien, ¿y cómo se abre, listillo?

—Bueno, yo sé lo que es, pero no cómo abrirla. Es parte de la antigua tecnología Constructora. Los míos llevan siglos intentando averiguar cómo acceder a su interior, pero no lo han logrado todavía, que yo sepa.

—Entonces, no nos sirve de nada.

Johana continuaba observando el diseño de la puerta mientras Marcus y Logan discutían. Alrededor de lo que parecía el contorno, había una multitud de símbolos dibujados en relieve; uno de ellos parecía un pulsador.

—Creo que esto podría servir para abrirla —dijo señalándolo.

Ambos se acercaron inmediatamente.

—No creo que esto tenga alguna utilidad —insistió Logan—; es tan solo un dibujo más. De verdad que no tenemos tiempo para esto; ¡hay que regresar con los demás!

—Estos anagramas fueron estudiados por nuestros sabios, quienes llegaron a la conclusión de que, sin duda, debieron tener algún tipo de significado en el pasado, pero, desgraciadamente, no sirven para abrir la puerta. Lo lamento, mi señora —intervino Marcus—. ¿Lo veis?: no funciona —dijo mientras presionaba el símbolo con su mano.

A Johana le resultaba evidente; aquello tenía pinta de ser una especie de cerradura, por mucho que, tanto Logan como Marcus, se empeñasen en lo contrario. ¿Cómo no se daban cuenta? Pasó sus dedos sobre el contorno del dibujo pensando que tal vez había que accionar el mecanismo de alguna manera concreta.

De pronto, el panel de la pared que tenían delante desapareció ante sus atónitos ojos y dio paso a un espacio vacío y oscuro.

—¿Qué has hecho? —preguntó Logan asombrado.

—No tengo ni idea, solo lo he rozado —contestó Johana con evidente sorpresa en la voz.

Logan se adelantó y entró seguido de Johana. Marcus no pensaba quedarse atrás; aquella era una oportunidad única de descubrir la antigua ciencia Constructora. Y, por supuesto, Kia iba a donde iba su señora, así que los cuatro atravesaron el umbral.

Inmediatamente, la puerta se selló tras ellos y los dejó encerrados, rodeados de la más absoluta oscuridad. Tan solo podían distinguir el parpadeo de una pequeña luz de color verde, la cual, súbitamente cobró vida y se convirtió en un haz de escaneo que, en apenas unas centésimas de segundo, comprobó quiénes eran los cuatro individuos que estaban allí de pie.

El lugar se iluminó por completo. Las paredes y el techo eran esféricos, tenían los mismos trazos que el pasillo exterior —solo que eran mucho más abigarrados—, líneas dentro de líneas, como si estuviesen en el interior de un chip gigante con miles de millones de conexiones.

—¿Dónde estamos? —preguntó Johana en voz alta.

Una figura tridimensional cobró forma a su lado. Era un holograma con aspecto humanoide.

—Bienvenida, Tahari —dijo dirigiéndose a ella—. Os encontráis en la célula de control del sector 358099.

—¿Estás hablando conmigo? —No salía de su asombro.

—Afirmativo —contestó el holograma.

—¿Qué eres tú?

—Soy la unidad de inteligencia sinóptica 25TK-358099, encargada del control y gestión del sector 358099.

—¿Por qué me has llamado «Tahari»?

—Es el nombre con el que fuiste registrada el día de tu nacimiento en la base de datos de Unidad Central.

A Johana le costaba seguir las explicaciones del holograma.

—¿Y qué más datos hay sobre mí en esa Unidad Central?

En el centro de la habitación, emergió una plataforma grande en forma de círculo, elevándose treinta centímetros por encima del nivel del suelo. 25TK-358099 le hizo un gesto con su mano tridimensional para que fuese hacia ella.

En cuanto Johana puso el pie dentro, el suelo se iluminó y el resto de la habitación atenuó la luz quedando en penumbra. Otro holograma, un rostro flotando en el aire, apareció ante ella.

—Bienvenida, Tahari. Soy Unidad Central, ¿en qué puedo ayudarte?

La unidad 25TK-358099 observaba, desde fuera de la plataforma, la conversación que tenía lugar en su interior. Kia, Marcus y Logan también miraban expectantes y fascinados lo que estaba sucediendo, aunque no lograban entender nada.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Esto es cosa de los Shujmes? —preguntó Logan a Marcus en un susurro.

—No —contestó—, esto es ciencia antigua, tecnología de los Constructores. Crearon criaturas inteligentes cibernéticas para controlar los sistemas internos del planeta. Ellas han continuado trabajando durante todo este tiempo, llevan milenios haciéndolo, aunque jamás habíamos visto una.

—¿Y qué le está diciendo a Johana? Escucho palabras, pero no entiendo su significado.

—No entiendes porque no eres un Constructor. Ninguno de los tres entendemos una palabra de lo que están hablando, ¿verdad? —dijo mirando a Kia.

Ella negó con la cabeza, tampoco comprendía la charla que el rostro flotante mantenía con su señora.

—¡Pues claro que no! —continuó explicando Marcus—. Los Constructores eran extremadamente inteligentes y se aseguraron de que nadie más que ellos pudiese controlar el sistema. Codificaron en su propio genoma la clave; parámetros de pensamiento que fueron transmitidos de forma natural a las siguientes generaciones. Estaba fascinado.

—¿Qué? —Logan no entendía nada de lo que Marcus decía.

—¡Parámetros de pensamiento! ¡Así funciona! Cuando oímos una serie de palabras, o las leemos, nuestro cerebro las traduce y captamos el significado que hay tras ellas. Pero si no entendemos el conjunto, aunque oigamos palabras, estas no tendrán ningún sentido para nosotros. Eso es lo que nos pasa: escuchamos palabras, pero no entendemos qué quieren decir. Johana sí comprende porque ella es una Constructora y sus ancestros codificaron el lenguaje virtual de las unidades artificiales de manera que solo ellos captasen el significado y fuesen los únicos con capacidad para comunicarse con ellas. ¡Por eso vio la puerta! ¡Y entendió el símbolo que la accionaba! ¡Y se abrió cuando ella lo tocó porque solo un Constructor podía hacerlo! ¿Lo entendéis? —dijo Marcus exaltado.

—No mucho —respondió Logan sin compartir su emoción.

—Mi señora y los seres flotantes hablan el mismo idioma —contestó Kia.

—¡Exacto! —La síntesis de Kia era perfecta. Estuvo a punto de abrazarla, pero se contuvo.

—Unidad Central, ¿qué datos tienes sobre mí? —consultó Johana.

—Tahari, mujer nacida el año 62985 después de la partida, perteneciente a la familia Sértara del planeta Theros, última Constructora con vida, heredera de todos los bienes, derechos y accesos de control.

No podía creerlo, por fin había encontrado sus raíces y quién era ella en realidad. Por primera vez en su vida, tenía la verdad a su alcance, la razón que la ayudase a entender por qué no había podido crecer junto a sus padres, qué era lo que había sucedido para que la separasen de ellos al nacer. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pero ahora no había tiempo para eso. Se estaba librando una cruenta batalla y debía detenerla.

Miró a Marcus; le había dicho que era su responsabilidad parar aquello porque era la Constructora, y ella le había contestado que no podía hacer nada.

«Vale, Johana, pues sí que eres la dichosa Constructora, la última de los Señores de Larkshama, así que más vale que te pongas manos a la obra», pensó.

—Unidad Central, hay una guerra entre Arkontes y Shujmes. ¿Puedes prever el resultado de la misma?

—Afirmativo.

La información requerida apareció suspendida en el aire frente a ella mientras el holograma continuaba hablando.

—Conclusión según análisis de datos:

Finalización de hostilidades prevista en catorce horas y veintitrés minutos.

Bando vencedor: Shujme

Bando perdedor: Arkonte

Consecuencias inmediatas: el clan Shujme se hace con el control de la totalidad del planeta. El clan Arkonte se niega a claudicar lo que es castigado con la ejecución de los insurrectos. Esto supondrá, prácticamente, la extinción

masiva de sus miembros.

Desarrollo de la batalla: la primera línea Arkonte en caer serán las tropas de superficie; después le seguirá el escudo principal que protege a Ciudad Bastión. Sin él, la urbe quedará a merced de las bombas y resultará completamente destruida. Por último, los supervivientes que hayan logrado refugiarse en las galerías subterráneas serán aniquilados por el ejército Shujme, que aguarda para entrar por el subsuelo a través de la red de la zona este.

Johana se quedó pasmada ante lo que se les venía encima; era mucho peor de lo que se había imaginado. Había que hacer algo y rápido.

—Hay que avisar a las tropas de superficie para que puedan repeler el ataque que se avecina por los túneles. Localiza a Erik de la casa Kerr.

Ante ella aparecieron imágenes en tiempo real de la batalla que se estaba librando sobre sus cabezas. Vio a Erik, dentro de su exoarmadura, luchando ferozmente contra los acorazados Shujmes. A su alrededor había tres máquinas de guerra hechas pedazos, ardiendo, y ahora luchaba sin tregua contra una cuarta. Estaba defendiéndose de los ataques y a la vez daba certeros golpes en puntos estratégicos para derribarla. Tenía puesta toda su mente y fuerza en ello.

Johana se dio cuenta de que, si lo interrumpía, haría que perdiese la concentración, y eso podía costarle la vida. Además ¿qué podía hacer él? Tras ese acorazado venían otros cuatro más; estaba rodeado. Observó un punto rojo intermitente en la pantalla; brillaba insistentemente. Era el nivel de energía de la exoarmadura.

—¿Cuánta energía le queda?

—2 %.

—No puede ser. ¿Qué ocurrirá cuando llegue a cero? —preguntó con palpable angustia.

—Sin energía la exoarmadura dejará de funcionar; no tendrá escudo protector, ni armas, ni movimiento. Conclusión: 0 % de posibilidades de

supervivencia en medio del campo de batalla.

El pánico invadió la mente de Johana. No podía ver morir a Erik. No, no podía.

«¡Piensa! ¡Piensa en cómo sacarlo de ahí! ¡Maldita sea!», se exigía Johana.

—¿Sigues conmigo, Reidar? —indagó Erik. Hacía rato que había perdido la comunicación con el resto de sus hombres.

—Todavía ando por aquí.

Sonrió al escuchar la voz de su amigo. Acababa de terminar con otro acorazado más y eso le daba unos instantes antes de enfrentarse al siguiente.

Una explosión a su derecha hizo que girase la cabeza. Vio aparecer a Reidar atravesando el fuego.

—¿Eso ha sido obra tuya? —le preguntó.

—Pues claro, llevo unos ciento treinta derribados. ¿Cuántos llevas tú?

—No lo sé, ya he perdido la cuenta. ¿Cuánta energía te queda?

Reidar miró el indicador; llevaba rato parpadeando en rojo.

—Menos del 3 %.

—A mí me queda un 1 %, y esos desgraciados siguen viniendo.

—Sí, supongo que no pinta bien, ¿verdad?

—Ha sido un honor servir a tu lado durante todos estos años.

—Lo mismo digo.

Una nueva máquina de guerra, más grande que las anteriores, apareció delante de ellos. Los dos amigos cargaron sus armas y fueron a por ella a la carrera.

—¡Lealtad! ¡Honor! ¡Valor! —gritaron al unísono.

El último pensamiento de Erik fue para Johana.

—Si la armadura de Erik se recarga, ¿podrá repeler los ataques? —interrogó Johana.

—Afirmativo. El escudo estará 100 % activo.

—Bien, pues hay que conseguir que la recargue.

—Análisis de datos:

Estrategia Shujme: corte del suministro de energía a Ciudad Bastión, unido a un ataque continuado desde la superficie. Esto obliga a sus oponentes Arkontes a disponer únicamente de la energía acumulada, sin posibilidad de reposición. Cuando la misma se agote, sus defensas caerán inevitablemente. Un planteamiento de batalla impecable.

—Unidad Central, no me ayudas. Necesito una solución para reponer la energía.

—Negativo. Con los parámetros actuales, es imposible.

—Pues habrá que pensar en parámetros alternativos. Vamos a ver... Aquí todo está hecho con micromoléculas sintéticas, ¿verdad?

—Afirmativo.

—Lo que decide qué función realizan viene determinado por la programación que se les inserta, ¿cierto?

—Afirmativo.

Johana encontró la solución.

—Muy bien, quiero que varíes la programación de las robomoléculas que forman la hierba de la superficie y que las transformes en superconductores energéticos conectados a las fuentes de alimentación de Ciudad Central. ¿Puedes hacerlo?

—Afirmativo.

—Ejecuta mi orden. Vamos a robarles el suministro.

La pantalla se llenó con una multitud de comandos de programación.

—Orden ejecutada.

—Ahora modifica el 6 % de las robomoléculas que forman la superficie de las exoarmaduras para que creen células de carga. Eso será suficiente para que repongan de nuevo la energía.

La pantalla volvió a reescribirse con otra lista de comandos.

—Orden ejecutada. Cálculo correcto.

—¡Muy bien! —exclamó Johana en el centro de la plataforma—. ¡Localiza a Erik de Kerr! —Necesitaba ver si su idea había dado resultado.

Unidad Central le mostró un acorazado en pantalla, pero ni rastro de su esposo.

Erik se había lanzado, junto con Reidar, en contra del enemigo pero, antes de llegar, un disparo de energía lo había derribado y dejado tirado en el suelo. El escudo había durado lo suficiente como para evitar su muerte, pero ya no lo tenía; toda la energía de su exoarmadura se había agotado.

Por el rabillo del ojo vio cómo su amigo saltaba encima del acorazado mientras le pasaba por encima. Sin escudo, su exoarmadura no soportaría el peso; iba a morir allí debajo, aplastado. Cerró los ojos esperando lo inevitable. Pasaron unos instantes, pero no ocurrió nada.

Abrió de nuevo los ojos. Suponía que aquello iba a ser rápido, pero no. Vio cómo la máquina de guerra pasaba por encima de él pisoteándolo. Sintió el peso y que lo hundía en el suelo; sin embargo, su exoarmadura resistió, no cedió. Estaba allí, atrapado, pero vivo.

El acorazado siguió adelante y sobre su cabeza vio el cielo azul, claro y despejado como la mañana. Seguía tendido en el suelo sin entender qué había ocurrido; debía haber muerto pero, en cambio, no había sufrido daño alguno.

La luz roja ya no se encendía. Miró el indicador de energía; marcaba 11 %.
¿Cómo era posible?

Se levantó y volvió a ver a Reidar luchando contra el blindado. No lo pensó dos veces y se lanzó una vez más al ataque. Aquel acorazado no les iba a durar ni dos asaltos.

Johana contuvo la respiración. Vio cómo la enorme cosa parecida a un tanque seguía su camino y, tras ella, una figura inerte permanecía en el suelo. Era Erik. Cuando se levantó y siguió luchando, Johana reía y lloraba de alegría. ¡Estaba vivo! Sí, lo habían logrado.

—Dentro de treinta segundos, todas las exoarmaduras Arkontes volverán a estar completamente operativas —comunicó Unidad Central.

—Un problema resuelto —dijo limpiándose las lágrimas—. Bien, ahora hay que encargarse de las huestes Shujmes que vienen por debajo y del cañón que ataca al escudo de la ciudad. Dame opciones.

—Actualización de situación:

El cañón ha perdido capacidad de disparo al haber sido desviada la energía que lo alimentaba.

Cuantificación de amenaza: 0 %.

—Bien. ¿Y respecto al ejército que viene hacia nosotros?

La pantalla volvió a cambiar de imagen y mostró los batallones que avanzaban por la zona subterránea.

—Opción: aislar a las tropas Shujmes cerrando las compuertas que delimitan las galerías; eliminar la amenaza extrayendo el oxígeno. Probabilidad de éxito: 100 %.

—No quiero matar a toda esa gente, solo quiero que dejen de pelear. Manténelos en los túneles, pero no les quites el oxígeno.

—Orden ejecutada.

En la imagen que a Johana le llegaba desde allí, se vio cómo una enorme compuerta circular giraba sobre sí misma hasta quedar completamente sellada.

Otras cuatro compuertas más imitaron a la primera, dejando las secciones del gigantesco túnel obstruidas y a las huestes Shujmes aisladas y divididas en su interior.

—Bien, así retrasaremos su avance. Ahora dame datos de la superficie.

Delante de ella apareció una vista aérea del campo de batalla exterior.

—Actualización de situación:

Exoarmaduras en pleno rendimiento. Las fuerzas Arkontes ganan terreno.

Nivel de energía en los acorazados Shujmes: decreciendo. El 26 % de ellos se encuentra ya sin capacidad de fuego.

Conclusión según análisis de datos:

Finalización de hostilidades prevista en tres horas y veinte minutos.

Bando vencedor: Arkonte.

Bando perdedor: Shujme.

Johana respiró aliviada. Había conseguido detener esa locura, al menos de momento.

—Tengo que subir allí arriba cuanto antes. Hay que saber quién ha sido el instigador de esta guerra y, para hacerlo, necesitaré tu ayuda.

Unidad Central elevó una columna desde el suelo de la plataforma, justo enfrente de la joven. Sobre ella, encerrada en una cúpula de energía traslúcida, había dos artilugios con forma de brazalete.

—¿Qué son?

—Es un posicionador. Entre sus múltiples funciones, te permite estar en continuo contacto con el Sistema Central de Inteligencia Sinóptica.

—Vale. ¿Y cómo funciona?

—El usuario debe colocar un dispositivo en cada una de sus muñecas. A continuación, se produce la conexión con la red neuronal.

—Muy bien, pues... probémoslo.

Johana cogió de la superficie puesta ante ella uno de los dispositivos y se lo colocó en la muñeca izquierda; después, el de la derecha. Acto seguido, se iluminaron de forma iridiscente y se fundieron con su piel. Notó una corriente de energía pasando a través de su cuerpo, de pies a cabeza.

Era un efecto extraño. De pronto sintió en su interior una percepción mucho más amplia del planeta y de todo lo que la rodeaba, como si pudiese estar al tanto de cualquier mínimo detalle. La inundó una sensación de poder inmenso, pero también notó una inquietud creciente en su mente, una lista de asuntos pendientes que debía solucionar.

—¿Qué está ocurriendo?

—Se ha procedido a la conexión de tu cerebro con el mundo virtual de Sistema Central. Tienes acceso a toda la información allí almacenada y a cada uno de los procesos de control.

—¿Y por qué siento esta sensación tan desasosegante, como si me hubiesen puesto un montón de deberes y tuviese que entregarlos todos mañana?

—Es por la lista de tareas pendientes. Hay muchas aplicaciones y funciones del sistema que han dejado de funcionar correctamente. Es necesaria la autorización de un Constructor para solucionar los errores.

—Ya, pues vamos a tener que dejarlas para después; ahora hay otras cosas de las que debo ocuparme.

Inmediatamente la sensación angustiosa desapareció. Johana entendió cómo funcionaba aquel aparato. Podía abrir y cerrar puertas dentro del Sistema Central, lo que le permitía acceder a datos o simplemente ignorarlos. Podía hacer lo que quisiera.

Había llegado el momento de ponerse en movimiento. Bajó de la plataforma e inmediatamente esta se apagó, descendió y se fundió de nuevo con el suelo. La luz del resto de la estancia se hizo más brillante.

Unidad Central había desaparecido, pero 25TK-358099 seguía allí, observando. Cuando Johana lo miró, este le respondió con una sonrisa dibujada en su rostro holográfico. Le desagradaba la pérdida inútil de recursos a los que tan acostumbrados parecían estar los seres biológicos, y el hecho de que Tahari hubiese optado por una solución que minimizaba los daños le agradaba.

Logan, Marcus y Kia esperaban de pie en una esquina de la habitación. No habían entendido ni una palabra de las conversaciones que había mantenido con los seres virtuales, pero sí habían visto las imágenes reflejadas en la pantalla, así que tenían una somera idea de lo que acababa de suceder.

—Tenemos que subir a la superficie inmediatamente —les dijo.

Marcus y Kia inclinaron respetuosamente sus cabezas. Por fin su señora se había dado cuenta de quién era ella en realidad y había decidido aceptar la responsabilidad que tenía como tal.

Logan imitó el gesto, estaba comprendiendo y aceptando lo que acababa de suceder. Hasta ese momento Johana había sido simplemente su cuñada, la esposa de su hermano mayor, pero ahora, después de lo ocurrido, en verdad se daba cuenta de que ella era la última de los Constructores, dueña y señora de todo lo que la rodeaba.

Capítulo XV

Fue en busca de Erik. Tenía que contarle todo lo que acababa de suceder y ponerlo al tanto de que una gran parte del ejército Shujme permanecía retenido en el subsuelo de la ciudad.

Se dirigió al túnel principal de aquella sección.

Aunque el lugar seguía atestado de personas que buscaban refugio, Johana avanzaba sin dificultad, como si no los viese, como si no estuviesen allí. Para Logan, Kia y Marcus la cosa era diferente. Intentaron seguirla, pero no pudieron. Ni siquiera se dio cuenta de que los dejaba atrás; siguió hacia adelante, con sus pensamientos muy lejos de allí.

Sabía cuál era la ruta más corta para llegar hasta la posición de su esposo, tan solo tenía que continuar por ella. Fue hasta el corredor central; no había ni un aerodeslizador a la vista. Miró hacia el techo; veinte metros por encima de su cabeza, en el nivel superior, se activó un vehículo que descendió hasta ella. Subió en él y, de forma automática, comenzó su viaje a la superficie.

Voló por encima de la gente dejando atrás todo el bullicio; se adentró por pasillos olvidados, oscuros, que nadie había utilizado en siglos y que, a su paso, volvían a iluminarse.

La conexión que tenía con el Sistema Central le permitía conocer una ingente cantidad de datos. Su cerebro accedía a ellos de forma natural, sin esforzarse, como si fueran sus propios recuerdos. Solo que no lo eran; en realidad era la memoria del Sistema.

Aparecieron en su mente las imágenes del día en que sus antepasados habían emprendido la marcha. Era el diario de abordó.

Tres gigantescas naves con cientos de miles de personas a bordo y con las bodegas repletas de suministros partieron del centro de la galaxia hacia los confines del universo en una ruta hacia lo desconocido. En busca de un lugar donde establecerse lejos del caos en el que estaba sumido su mundo.

Una lista de familias, con los recursos aportados por cada una de ellas, se incluía en el manifiesto. Localizó el nombre de la suya: Sértara del planeta Theros. Se indicaba el nombre de cada uno de sus miembros junto con su ADN identificativo, el número de sus siervos y una descripción pormenorizada de todos los bienes suministrados para el comienzo del éxodo. Había quince familias provenientes de quince planetas diferentes y la suya había contribuido con el 17,8 % del total de los gastos.

Cada nave contaba con un Consejo de Representación que tomaba las decisiones internas para solucionar los diversos problemas que pudiesen surgir durante la travesía Pero el órgano de gobierno central lo constituía el Consejo de Decisiones; este estaba formado por quince miembros, un representante por familia. El valor de cada voto dependía de la cantidad de recursos aportados por cada una de ellas, así que Sértara jugaba un papel importante a la hora de decidir.

Esta forma de gobernar hacía que el poder que se ostentase dentro del grupo fuese directamente proporcional a la capacidad económica que se tuviese. Su familia había sabido jugar bien sus cartas, porque 15330 años después, cuando decidieron establecerse en este lugar, habían conseguido alcanzar un índice del 20,3 %.

La razón que los llevó a detenerse en esta parte del universo fue el hallazgo de un grupo de asteroides que orbitaban alrededor de las dos estrellas que formaban el sistema. El análisis de los mismos dio lugar a un resultado inesperado. Estaban formados por un elemento químico desconocido hasta entonces, una molécula de tal complejidad que, con la tecnología adecuada para su transformación, era la base ideal para la fabricación de robomoléculas programables. Al nuevo elemento lo llamaron «pétrel».

El día 115 del año 15332 después de la partida, comenzó el ensamblaje de las

naves. Larkte, Sharima y Matue, los tres gigantes navíos espaciales, se unieron formando un triángulo equilátero, lo que dio lugar a la base perfecta para la construcción de un nuevo planeta al que llamaron Larkshama.

Durante los siguientes milenios, continuaron diseñando, edificando y construyendo. Todo pensado para que aquella titánica estructura fuese capaz de albergar la vida en tan lejano punto del cosmos.

Hasta que llegó el caos y la muerte.

Johana seguía viajando sobre el aerodeslizador. Había salido ya de los túneles del subsuelo y se dirigía rápidamente hacia el lugar donde se hallaba Erik, en campo abierto.

Lo vio a lo lejos y fue a su encuentro, interrumpiendo los recuerdos de una época pasada.

Estaba ocupado apilando tanques Shujmes destrozados, asegurándose de que ya no fueran ninguna amenaza, de que estuvieran completamente inactivos cuando se dio cuenta de que era ella la que se acercaba; casi se le para el corazón. ¿Qué estaba haciendo allí, sola y sin protección? ¡Maldita sea! Aunque estaban ganando, aquello seguía siendo un campo de batalla y alguien podía lastimarla.

Por el rabillo del ojo, vio cómo uno de los tanques, aparentemente inactivo realizaba un ligero movimiento. Todos sus sentidos dieron la voz de alarma. Sin apenas tiempo de reacción, vio cómo efectuaba un disparo. Por puro instinto, accionó sus propulsores y se puso en medio de la trayectoria. Llegó un milisegundo antes de que alcanzase a Johana.

El escudo de su exoarmadura los protegió a los dos. Acto seguido Erik disparó contra la máquina de guerra Shujme y la destrozó por completo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Podían haberte matado! ¿Es que no te das cuenta? —Estaba furioso.

Johana intentó calmarlo. Ella misma veía lo cerca que había estado de morir;

le temblaban las piernas.

—Tienes razón, no tenía que haber venido, pero hay algo muy importante que debo decirte.

—Lo que sea puede esperar. Voy a sacarte de aquí y ponerte a salvo al otro lado del escudo, en Ciudad Bastión.

Cuando llegaron, Erik salió de su armadura. Estaba realmente cabreado con lo sucedido; cuando encontrase a Logan, iba a darle una paliza que no olvidaría en su vida. ¿Cómo había permitido que Johana llegase hasta donde se estaba desarrollando la lucha? ¡Le había ordenado que la pusiese a salvo!

Respiró hondo tratando de tranquilizarse. «Ella está bien», volvió a repetirse una vez más.

Johana bajó del aerodeslizador y fue hacia él. Cuando llegó, se lanzó en sus brazos y lo besó. Estaba tan contenta de verlo de una pieza.

Ya no pudo seguir enfadado. La abrazó con fuerza, la levantó del suelo y respondió a cada uno de sus besos. La mantuvo pegada a su cuerpo; era tan suave, tan frágil y delicada. Si le hubiese pasado algo...

—Podrían haberte matado —susurró.

—Estoy bien, los dos estamos bien —contestó ella—. Estaba tan preocupada por ti. Cuando ese tanque te pasó por encima..., creí que me moría.

—¿Cómo sabes eso?

—Hay muchas cosas que tengo que contarte, pero lo primero que debes saber es que hay un ejército Shujme bajo Ciudad Bastión, en los subterráneos.

—Así que ahí están sus tropas.

—¿Qué quieres decir?

—Dentro de los acorazados, no hay soldados; los han estado dirigiendo por control remoto.

Johana intentó comprender. Recordó el ataque que acababa de sufrir. No

había sido un último acto desesperado por parte de un moribundo; no, alguien la había apuntado directamente. Pero ¿por qué?; ella no era ninguna amenaza, estaba completamente desarmada.

—Unidad Central —ordenó en su mente—, localiza el controlador remoto que accionó el tanque.

Todo quedaba registrado, también la imagen de la persona al otro lado de los mandos que había tenido a Johana en el visor; la había considerado un blanco que abatir y había decidido acabar con su vida. Pudo observar sus ojos llenos de odio y cómo sus labios se movían para, en un murmullo apenas audible, dictaminar su sentencia.

—No permitiré que nos arrebatéis lo que hemos conseguido. Ningún Constructor volverá a alzarse sobre nuestras cabezas. Aquí y ahora acaba lo que hace tanto tiempo comenzó.

Con gesto decidido, la dama Sheila apretó el botón de disparo sin ni siquiera temblarle el pulso. Johana sintió cómo se le revolvía el estómago. Jamás hubiese sospechado de ella.

Erik continuaba hablando.

—Hay que reorganizar nuestras fuerzas. Bajaremos al subsuelo y aniquilaremos de una vez y para siempre a esos malditos Shujme; después de hoy, no volverán a levantarse en nuestra contra.

—Un momento, no podéis matar a toda esa gente —dijo al volver en sí—. La furia ciega no conduce a nada.

—El consejo decidirá. Hay que informarles, pero es lo que ordenarán hacer; no perdonarán la traición de hoy.

—No permitiré que se derrame más sangre, ya ha sido suficiente.

—Puedes exponer tus ideas ante el consejo, pero dudo que te escuchen.

—Lo harán, y obedecerán mis órdenes. —Le mostró sus muñecas; estaban rodeadas por sendas bandas iridiscentes que brillaban bajo su piel—. Al parecer,

sí que soy la última de los Constructores.

Reunidos en la torre superior de Ciudad Bastión, desde donde se podía divisar todo el campo de batalla, los miembros del Consejo Arkonte trazaban el plan de ataque para avanzar contra Ciudad Central y destruirla. Habían ganado esta guerra y querían asegurarse la victoria total sobre sus enemigos.

Johana entró con paso decidido en la estancia. Erik la escoltaba. Augus fue el primero en notar la presencia de ambos.

—¿Qué estáis haciendo aquí?; este no es lugar para vosotros. Tú deberías estar ahí fuera luchando y ella, resguardada en alguna parte —le dijo a su nieto.

La única respuesta que recibió fue una mirada desafiante acompañada de una sonrisa. «La sorpresa que va a llevarse mi querido abuelo va a ser monumental», pensó Erik.

—Es conmigo con quien tienes que hablar, Augus —dijo Johana mientras continuaba caminando hasta llegar a la mesa donde estaban el resto de los consejeros.

El hombre se quedó pasmado ante la insolencia de la joven, no supo qué decir.

—Bien, señores, las tropas Arkontes no van a dirigirse a Ciudad Central, al menos de momento. Tenemos otro problema más urgente que resolver.

Todos los de la sala se quedaron callados, boquiabiertos por la intromisión de aquella mujer. ¿Se había vuelto loca, o qué? Pronto entendieron la situación.

—Unidad central —dijo Johana—, por favor, hazte visible para que todos los aquí presentes puedan verte.

Sobre la mesa, flotando en el aire, apareció el rostro holográfico del ente cibernético.

—Muestra imágenes del ejército que se encuentra encerrado en los subterráneos.

Inmediatamente, aparecieron escenas en tiempo real de las diferentes secciones de los túneles donde se encontraban aisladas las tropas del ejército Shujme.

—Como pueden observar, debajo de nuestros pies, hay una ingente cantidad de hombres y armas con el propósito de acceder a la superficie y pillarnos por sorpresa. He dado orden a Unidad Central para que los mantenga retenidos, pero no podemos tenerlos ahí indefinidamente, así que quisiera oír sus opiniones al respecto.

El consejero Targos, con uniforme granate, se puso en pie.

—Hablo en nombre de todos al decir esto: la antigua tecnología Constructora, junto con los seres que la guardan, solo puede ser convocada y utilizada por uno de los suyos. Si es capaz de dominarla, y se ve que lo es, entonces no hay duda: es la Constructora y, por tanto, nuestra señora. Estamos a sus órdenes.

—Me alegra saber que cuento con vuestra colaboración. Ahora la cuestión es qué hacemos con los Shujmes de ahí abajo.

—Lo mejor sería matarlos a todos, así no volverán a levantarse contra vos.

—Ya, pero puede que ellos piensen que soy una impostora; al fin y al cabo, yo misma no sabía quién era en realidad hasta hace poco. Además, como soldados que son, obedecen órdenes de otros; son esos los verdaderos culpables.

—Entonces, ¿qué proponéis, mi señora?

—Vamos a darles una oportunidad. Unidad Central, ¿puedes retransmitir mi imagen a las diferentes secciones del túnel?

—Afirmativo —contestó.

El rostro de Johana apareció delante de todos los soldados Shujmes.

—¿Por qué atacáis Ciudad Bastión?

Las tropas se giraron hacia el sonido de su voz, asombrados por lo que veían

sus ojos.

—¿No hay nadie que pueda darme una respuesta? ¿Por qué estáis luchando?
—insistió.

El general al mando dio un paso adelante y tomó la palabra.

—Los Arkontes nos han traicionado, han tratado de engañarnos haciendo pasar por Constructora a una vil mentirosa puesta a su servicio. Ya no podemos confiar en ellos.

—¿Sois leales a la casa de los Constructores?

—¡Lo somos! —gritó el general Shujme—. Y retomaremos su búsqueda cuando esta guerra termine.

Todos los soldados asintieron enfáticamente a las palabras de su comandante.

—Bien, me alegra oír eso. Yo soy la Constructora, podéis dejar de luchar. Los Arkontes no han traicionado vuestra causa.

—Sois una impostora. La confirmación dio negativa. No vais a engañarnos con vuestras palabras; si de verdad sois quién decís ser, ¡demostradlo! —exigió el general.

Johana suspiró. Bueno, era normal que le pidiesen algún tipo de prueba; de lo contrario, hubiese sido demasiado fácil.

—Está bien, si es lo que necesitáis, os daré esa prueba. Pero os advierto que será vuestra última oportunidad para que regreséis vivos a vuestros hogares.

Miró al artilugio que refulgía en sus muñecas. El posicionador tenía múltiples funciones; algunas de ellas, alucinantes. Decidió probar.

En apenas un segundo, una esfera de energía rodeó su cuerpo y este se elevó unos centímetros del suelo, flotando. Esto hizo que perdiese momentáneamente el equilibrio, pero rápidamente lo recuperó. Al instante siguiente desapareció ante los atónitos ojos del consejo Arkonte.

Conectada al sistema central, tenía perfecto conocimiento de la red

subterránea; ahora disponía de libre acceso a todos los planos y mapas utilizados en su construcción.

Reapareció en el túnel principal que conducía a la zona este, donde se encontraban encerradas las tropas Shujmes. Habían intentado abrir las gigantescas compuertas que les cerraban el paso, pero sin éxito. Ahora, ninguno continuaba con el trabajo; habían parado al ver aparecer sobre sus cabezas la visión de Johana hablando.

Su imagen había desaparecido y había sido sustituida por su propia persona, surgida de la nada, en medio de una esfera de energía brillante que le permitía mantenerse suspendida en el aire. Todas las miradas estaban puestas en ella.

Un simple pensamiento le bastó para ordenar la apertura de todos los accesos. Lentamente, las gigantescas compuertas redondas giraron sobre sí mismas y dejaron libre el paso.

El lugar era enorme, no se veía el final y tenía una altura imponente, al menos treinta metros. Los laterales tenían diferentes niveles, pisos que comunicaban con más corredores. La zona interna era gigante.

Johana ya había comprendido que aquello no era un planeta; en realidad era una nave de increíbles proporciones, formada por la unión de los tres navíos en los que cientos de miles de personas habían comenzado un viaje interestelar hacia los confines del universo en busca de un lugar pacífico donde vivir, lejos de las guerras de conquista que asolaban la galaxia.

Cuando llegaron, después de conseguir una atmósfera estable alrededor de la nave, realizaron edificaciones y mejoras que les permitieron vivir en el exterior. Pero con la desaparición de los Constructores y el paso de los milenios, la memoria de lo antiguo se perdió. Ahora era responsabilidad de ella terminar con aquella guerra que amenazaba con destruirlos y recuperar el esplendor del pasado.

El ejército Shujme comenzó a reagruparse rápidamente. Traía consigo aerodeslizadores provistos de cañones láseres y acorazados de tierra. Johana, con

su esfera constantemente activada, fue por el aire al encuentro del general que comandaba las tropas. No iba a cometer el error de ponerse a tiro de nuevo; la energía que la rodeaba la mantenía a salvo de cualquier ataque.

—¿Quién está al mando? —gritó.

—¿Quién osa ponerse en nuestro camino? —respondió el aludido.

—Soy Tahari, de la familia Constructora Sértara, del planeta Theros, y esta es la última oportunidad que te doy para que depongas las armas.

Inmediatamente la esfera alzó el vuelo hasta casi el techo del túnel y, desde allí, Johana se dirigió a todos los soldados; podían verla y oírla desde cualquier punto.

—Soy la legítima Constructora, os ordeno que regreséis a vuestros hogares y dejéis esta lucha inútil. Dejad las armas y marcharos, o quedaos y que esta sea vuestra tumba.

Extendió el brazo hacia la gigantesca compuerta que daba paso a las galerías bajo Ciudad Bastión y esta volvió a girar sobre sí misma cerrándose.

—¡Decidid!

Desapareció en el aire. Las otras compuertas que les permitían la huida habían quedado abiertas. Nada les impedía marcharse de allí. Los soldados comenzaron a mirarse unos a otros, sin saber muy bien qué hacer. De pronto uno tiró su pistola láser y comenzó a andar hacia la salida del túnel. El que estaba a su lado lo imitó y así, uno por uno, todos fueron dejando las armas y abandonando el lugar.

Capítulo XVI

La noticia de que el ataque Shujme había sido rechazado y de que sus tropas emprendían la retirada fue acogida con gran alegría entre los que estaban resguardados en los subterráneos.

Logan, seguido por Marcus y Kia, consiguió reunirse por fin con su madre y su hermana. Ellas, junto con el resto de los criados, habían estado esperando a que volviese a buscarlas.

Cuando llegó a su lado, intentó explicar lo mejor que pudo lo que había sucedido con Johana; tanto Hildegart como Sigríd quedaron atónitas. Finalmente era la Constructora, casi no podían creerlo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sigríd.

—El bombardeo ha cesado. Será mejor que subamos a la superficie y ayudemos en lo que podamos —contestó Hildegart.

—Deberíamos ir al muro exterior. Seguramente habrá heridos que atender —sugirió su hija.

Cuando llegaron, la escena que encontraron fue sobrecogedora. Mirasen donde mirasen, cientos de soldados yacían exhaustos sobre el suelo; estaban heridos y agotados después de la cruenta batalla. Los tecnosanadores se afanaban de aquí para allá, pero no daban abasto. Rápidamente, todos se unieron a las labores de socorro.

Kia divisó a Dana entre las personas que habían subido a ayudar. Fue hasta ella.

—¿Qué hace aquí? Ha dado a luz hace poco, debería estar descansando.

—¡Oh, Kia, me alegro tanto de verte! ¿Estás bien? —le preguntó a su vez.

—Sí, ¿y usted?

—Tanto mi hijo como yo estamos bien —le dijo mostrando al pequeño bebé; lo cargaba encima, oculto bajo un doblez de la ropa. El niño sonrió en cuanto vio a Kia.

—Estamos buscando a Geir. ¿Lo has visto?

—No, justo acabamos de llegar.

—¡Ayúdame a encontrarlo, por favor! —le suplicó.

—Claro. Verá cómo, entre las dos, lo hallamos antes —respondió.

Les llevó un rato, pero por fin dieron con él. Un tecnosanador lo estaba atendiendo en una de las tiendas de sanación instaladas. En cuanto Dana lo vio, echó a correr. Antes de que Geir pudiese incorporarse, ella se le abalanzó encima llorando de alegría.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó limpiándole las lágrimas del rostro.

—Sí, los dos estamos bien. ¿Y tú?

Geir acarició la carita de su hijo.

—Yo también. No te preocupes, esto son solo un par de rasguños —le explicó quitándole importancia a su pierna rota—, nada que no pueda ser remendado. No vas a librarte de mí tan fácilmente —le dijo sonriendo. Ella lo besó en los labios y volvió a abrazarlo.

Kia se alegró mucho de que la feliz familia se hubiese reunido de nuevo; hacían una bonita estampa los tres juntos. Los dejó y se fue en busca de la señora Kerr para seguir ayudando.

Logan reconoció, entre los soldados heridos, a dos de los compañeros de su hermano Erik. Uno de ellos, el que se llamaba Sean, estaba tendido en el suelo e inconsciente y, sentado junto a él, estaba el de nombre Danko. Se acercó hasta ellos. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que el que permanecía sentado tenía

feas quemaduras por todo el brazo derecho y en la mitad del rostro; parte de su uniforme había desaparecido debido al efecto del fuego.

Se puso a su lado de rodillas.

—Hola, soy Logan, nos conocimos el día de la confirmación. Deja que te ponga unguento robomolecular sobre las heridas; ayudará a que cicatricen antes.

Danko le dio permiso emitiendo algo parecido a un gruñido.

Comenzó el trabajo con cuidado. Sin duda, debía sufrir mucho dolor y que alguien lo tocara le producía aún más.

—¿Qué pasa?, ¿crees que voy a romperme? Como vayas tan despacio, no acabaremos nunca. Dame ese bote, será mejor que lo haga yo mismo —le dijo arrebatándoselo de las manos.

—¿Qué te ha pasado?

—Mi exoarmadura se quedó sin energía a media batalla y tuve que quitármela.

—¿Y cómo pudiste sobrevivir? —preguntó asombrado.

—Arranqué la tapa a uno de esos armatostes Shujmes y me metí dentro.

—¿De veras? —Logan estaba fascinado.

—Así es. Y todavía pude cargarme unos cuantos más de esos malitos trastos.

—Deja de fanfarronear —dijo Sean en un murmullo ronco. Acababa de recuperar la consciencia—. Que el muchacho va a terminar por creerte.

—Es exactamente lo que ocurrió —respondió.

Sean quiso reír, pero no pudo. Sentía un dolor desgarrador. Danko, preocupado, se inclinó sobre él.

—¿Estás bien?

—No mucho —contestó y volvió a cerrar los ojos.

Su amigo miró a uno y otro lado buscando un tecnosanador. Fue inútil: había

demasiados heridos y pocas manos para atenderlos.

Logan salió disparado. Tenía que encontrar a uno y traerlo hasta allí sin importar cómo. Fue una tarea complicada y difícil porque todos con los que se topaba estaban ocupados atendiendo a heridos graves. Finalmente alcanzó a ver a uno que acababa de terminar el remiendo a un maltrecho soldado. Lo agarró por el brazo y, tirando de él, lo arrastró hasta donde permanecía tendido Sean.

En cuanto lo examinó, dio su diagnóstico:

—Tiene varios huesos rotos y una importante hemorragia interna. Necesita entrar en una esfera sanadora urgentemente, pero no hay suficientes, así que tendrá que esperar su turno.

—¡No puede esperar! —le gritó Logan—. ¡Tiene que hacer algo! ¡Ahora!

—¡Está bien, está bien! ¡Deja de acosarme, muchacho! Voy a inyectarle una dosis de solución robomolecular en vena. Le aliviará el dolor, comenzará a reparar los tejidos dañados del interior y detendrá la hemorragia. No es la mejor opción, pero es lo único que puedo hacer en este momento —contestó mientras cogía el instrumental para aplicarle el remedio. Cuando acabó dijo—: Y ahora, ayúdame a traer una camilla; lo trasladaremos hasta las esferas y, en cuanto quede una libre, lo meteremos dentro.

—Gracias, señor —respondió aliviado.

Danko le hizo un gesto con la cabeza a modo de agradecimiento. El muchacho había sido rápido y suficientemente terco como para no desistir hasta encontrar la ayuda que necesitaba su compañero. Se notaba de quién era hermano.

Sigrid estaba terriblemente preocupada por Reidar. Lo había buscado entre los que esperaban atención médica, pero había demasiados; podía estar allí o en cualquier otra parte. Incluso podía continuar fuera, tendido en medio del campo de batalla, sin nadie que le prestase ayuda. La idea de que estuviese herido o —peor— muerto, atenazaba su corazón.

De pronto, alzó la vista y lo vio. Estaba a varios metros de distancia, sentado en el suelo, con la espalda recostada contra una pared; tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el muro.

Sigrid corrió sorteando a la gente a su paso, llegó junto a él y se puso de rodillas a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Reidar levantó la cabeza y la miró a los ojos, esos bellos y dulces ojos grises que lo observaban con ternura y preocupación.

Estaba completa y absolutamente agotado después de largas horas de combate sin un solo respiro. Se sentía tan cansado que pensó que estaba teniendo una alucinación, una maravillosa.

Sigrid de Kerr estaba a su lado; su querida e increíblemente hermosa Sigrid, allí, hablando con él, preocupada, preguntando si se encontraba bien. Extendió la mano y le acarició la mejilla; parecía tan real.

—Eres preciosa —dijo en un susurro, casi no tenía fuerzas ni para hablar.

Ella se sonrojó.

—Tenía tanto miedo de que te hubiese ocurrido algo —consiguió decir con voz quebrada.

Reidar vio cómo una lágrima de alivio resbalaba por la cara de la joven. La limpió con el pulgar y notó la tibia humedad. Estaba perplejo de que en su mente todo fuese tan auténtico.

—¿Eres producto de mi imaginación? —preguntó finalmente.

—No, no lo soy —respondió sonriendo. Le acarició el rostro apartándole un mechón de pelo que le caía sobre la frente; entonces pudo ver mejor las magulladuras que tenía.

Reidar se dio cuenta de que aquello estaba sucediendo de verdad y volvió en sí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido junto con mi madre para ayudar a los heridos, así que voy a curarte, ¿vale?

Comenzó a limpiarle los cortes.

—Estaba tan angustiada por ti, no podía dejar de pensar en otra cosa que no fueses tú. No sé qué hubiese hecho si te llegara a ocurrir algo; menos mal que estás bien. —Continuaba hablando mientras realizaba el trabajo y le ponía un poco de pomada robomolecular.

—Sigrid, no deberías estar aquí —acertó a decir Reidar.

—¿De qué estás hablando?

—O, al menos, no conmigo.

Ya había terminado.

—¿Por qué no? ¿No quieres que esté a tu lado? —El temor asomó a su voz. ¿Y si él no la amaba como ella a él?

—Tu familia...

—¿Qué pasa con mi familia?

—Ellos jamás estarán de acuerdo en que estés con alguien como yo.

—Y tú, ¿piensas lo mismo?: ¿que no debemos estar juntos?

—Sigrid, te amo desde... —Reidar intentó hacer memoria—. Desde siempre, maldita sea, pero eso no cambia el hecho de que mi línea de sangre no sea lo suficientemente buena para unirse a la tuya. Cuando era un niño ningún miembro de mi familia me reclamó, así que no dispongo de los registros genéticos de mi linaje.

—No estuvo bien lo que hicieron. Sé que tus padres se casaron sin el consentimiento previo de sus familias, así que, cuando ellos murieron y tú y tu hermano quedasteis huérfanos, ninguna de las dos ramas quiso aportar sus datos. Actuaron de esa manera para que no tuvieseis acceso a vuestro derecho

dinástico. Los repudiaron a ellos y a vosotros; fue su forma de castigarlos.

—Conoces la historia. Entonces, ¿eres consciente de que, si te casas con alguien como yo, la pureza de tu sangre se desvirtuaría? Tu familia nunca permitirá que suceda tal cosa; yo lo sé y tú también.

—Pero a mí eso no me importa. ¡Yo te quiero! ¡Y quiero estar contigo! Lo demás me da igual. Podemos marcharnos lejos, a otro lugar, como hizo mi tío tatarabuelo; se fue sin importarle lo que otros pensasen de él.

—¡Sigrid! —Se oyó un carraspeo a su espalda. Era su madre. La joven supuso que había escuchado la conversación.

Se puso de pie dispuesta a enfrentarla; Reidar también se incorporó poniéndose a su lado. Sigrid se acercó más a él pegándose a su costado.

—Sí, madre, ¿qué deseas?

—Hay más enfermos que necesitan tu atención —dijo en tono autoritario.

—El que más me importa lo tengo a mi lado y todavía no he terminado —contestó desafiante.

Hildegart observó a la pareja de arriba abajo calculando las probabilidades de éxito que tenía en romper aquella relación. Se dio cuenta de que Reidar le había leído el pensamiento porque rodeó la cintura de Sigrid y la atrajo más hacia sí. Vio en sus ojos que no iba a darse por vencido, que lucharía por su hija, costase lo que costase. Lo conocía desde que era niño. Al fin y al cabo, él y Erik se habían criado juntos. Sabía que era un buen hombre y, también, que era tan terco como su propio hijo.

Hildegart de Kerr suspiró dándose por vencida; al parecer, últimamente, todos sus hijos decidían por libre su futuro. Desde que la Constructora había entrado en sus vidas, las normas establecidas, junto con el resto de su mundo, parecían estar patas arriba.

—Tómate el tiempo que necesites. —Hildegart le concedió a su hija salirse con la suya y se dio media vuelta.

Sigrid se quedó sorprendida por la reacción de su madre. Esperaba una oposición frontal y no esa rápida aceptación de la situación.

—¿Crees que la hemos convencido? —preguntó.

—No lo sé. Al menos no se lo ha tomado demasiado mal —respondió Reidar, que seguía manteniéndola sujeta por el talle.

—¿Sabes? —susurró tímidamente la joven—: ahora sería un buen momento si quisieras besarme.

Él sonrió, no podía estar más de acuerdo. Se inclinó sobre ella y le dio un suave y dulce beso. La muchacha se estiró y le rodeó el cuello con los brazos. Emitió un pequeño gemido de placer y él profundizó el beso abrazándola más y más fuerte. Jamás hubiera soñado, en toda su existencia, que algo tan magnífico y sublime como aquella mujer pudiera sucederle a él.

Kia, a cierta distancia, había observado toda la escena. Se alegró por la señorita Sigrid; ella y el soldado Reidar hacían muy buena pareja y se veía a la legua que ambos estaban completamente enamorados.

Marcus, a su lado, interrumpió sus pensamientos.

—Es curioso la importancia que dan los Arkontes a las líneas de sangre, ¿verdad? Mantener su pureza y todo eso...

Él también había visto cómo se habían desarrollado los acontecimientos y no había podido evitar escuchar la conversación entre los dos jóvenes.

—¿No ocurre igual entre los Shujmes? —indagó Kia.

—No entre la gente normal. Puede que se dé entre las élites, pero más por casta social que por genética.

—¿A tu familia no le importaría que te casases con alguien que no fuese de tu misma clase?

—Te aseguro que mis padres estarían más que contentos si les llevase una chica a casa para que la conociesen. Están convencidos de que soy incapaz de

encontrar esposa y darles nietos —contestó encogiéndose de hombros.

—Pues te advierto que los míos son bastante exigentes, así que habrá que buscarte otro atuendo cuando vayamos a verlos —dijo mientras echaba un vistazo a la ropa sucia y chamuscada que llevaba puesta—. Quiero que les causes buena impresión.

Marcus se quedó momentáneamente sin habla, verdaderamente sorprendido; ella continuaba contándole cosas sobre su futura familia política. Se dio cuenta de que, al parecer, entre los Traukos, eran ellas las que tomaban la iniciativa a la hora de elegir marido. Una amplia sonrisa iluminó su rostro; Kia lo había escogido a él y no podía sentirse más dichoso.

Capítulo XVII

Ciudad Bastión no cedió, se mantuvo firme y ganó la batalla. Pero todo aquello estaba aún lejos de acabar; todavía quedaban muchos cabos sueltos.

Inmediatamente se reunió a un contingente de guerreros Arkontes y avanzaron sobre Ciudad Central. Allí los Shujmes no tenían ni muros ni defensas, así que fue fácil derrotar la poca resistencia que encontraron. Rápidamente aseguraron el lugar y tomaron la Torre del Consejo.

Johana, escoltada por un grupo de soldados de élite comandados por Erik, entró en la sala desde donde hacía tan solo unas horas la dama Sheila había tratado de matarla. No había rastro de ella ni del resto de miembros del consejo; todos habían huido como ratas.

Uno de los generales Arkontes se presentó ante la Constructora para darle el último informe sobre los fugitivos.

—Han abandonado el planeta. Consiguieron alcanzar los portales espaciotemporales ubicados en los subterráneos de la torre antes de que entrásemos.

—¡No podemos dejar que escapen! —dijo Augus, quien justo en ese momento cruzaba el umbral de la estancia—. ¡Permitidme enviar equipos tácticos tras ellos para que los traigan de vuelta! ¡Deben responder por sus crímenes!

—¡Hazlo! —ordenó furiosa—. ¡Quiero a esos perros de vuelta! —Deseaba enfrentarse cara a cara con esa bruja hipócrita y con el resto de los falsos mal nacidos que componían el consejo Shujme.

En la ciudad se declaró el toque de queda y todos los habitantes fueron

obligados a permanecer dentro de sus casas hasta que se restaurase el orden.

Johana necesitaba tiempo para ordenar sus ideas; todavía quedaban muchas cosas que aclarar, y para eso necesitaba estar a solas. Cuando llegó la noche, se encerró en sus aposentos de la casa familiar Kerr.

¿Cuántos estaban al tanto de su verdadera identidad y habían conspirado contra ella? La dama Sheila había hablado de algo que había comenzado hacía ya mucho tiempo. Pensó en todos los acontecimientos que la habían llevado hasta este momento. ¿Qué había ocurrido para que ella no se hubiese criado con los suyos?

—Unidad Central, muéstrame el día de mi nacimiento —solicitó.

Ante ella aparecieron las imágenes requeridas.

Su madre yacía en una cama grande, seguramente la de su propia habitación, rodeada de sirvientes. De pie, a su lado, había un hombre esperando a que le fuera entregado el diminuto bebé recién nacido. Se lo dieron envuelto en una suave manta y se dirigió hacia la salida con él en brazos.

—No te la lleves todavía; déjame verla, por favor. Al menos permíteme que pueda despedirme de ella —había suplicado la joven madre.

Los ruegos no tuvieron efecto; su padre, con pasos firmes, salió por la puerta sin volverse si quiera.

—Lo siento, mi amor, no hay tiempo —susurró con triste voz.

Un soldado Arkonte esperaba al otro lado.

—Mi señor, están a punto de entrar. Las defensas no aguantarán mucho más.

—Urkio, ven conmigo, tengo una misión para ti —dijo con firmeza.

Con rapidez llegaron hasta otra de las dependencias de la casa. Era una célula de control.

Su padre colocó al bebé sobre una mesa, en el centro de la habitación, y ordenó:

—Unidad TXD-7850, registra el nacimiento del heredero de la casa Sértara.

El ser holográfico tomó forma delante de ellos e hizo que un haz de luz escanearse a la criatura.

—En el registro central quedará visible la fecha de su nacimiento y su derecho hereditario. Encripta el resto de los datos; a partir de ahora, tan solo yo o mi primogénita podremos acceder a ellos.

En cuanto el breve proceso terminó, el hombre volvió a coger a la niña en brazos.

—Cuanto menos sepan de ti, mi pequeña, más a salvo estarás —dijo dándole un beso en la frente.

La arropó bien con la manta y se acercó al guerrero Arkonte que había permanecido a la espera.

—Aquí está mi hija, mi sucesora, la heredera de mi nombre y de mi casa. La protegerás con tu vida; llévatela y cuida de ella.

—Haré lo que me ordenáis, señor, pero ahora vos también debéis huir y poneros a resguardo. Vuestro hermano y sus hombres no se detendrán ante nada. Temo por vuestra vida.

—¡Tomad a mi primogénita y marchaos! —dijo entregando el bebé en manos del enorme soldado.

—La ocultaré y volveré para ayudaros.

—¡No! Te quedarás a su lado velando por su bienestar. Cuando sea seguro regresar, te avisaré. Ahora ella es tu señora; demuéstrole la misma lealtad que me has demostrado a mí.

—Así lo haré. —Acomodó mejor a la pequeña criatura en su regazo. La miró; era tan frágil y diminuta... Era muy grande la responsabilidad que su señor le había encomendado, pero lo haría: cuidaría de la joven señora con su propia vida.

—Unidad TXD-7850, prepara el viaje —ordenó su padre.

Una plataforma redonda emergió del suelo. El guerrero Arkonte subió con la recién nacida en los brazos.

—Os envío a un planeta llamado Tierra, a un futuro en el que su tecnología no está muy avanzada, pero sí lo suficiente como para que podáis sobrevivir. Mandaré a buscar a mi hija en cuanto la situación vuelva a ser segura.

La plataforma se iluminó. Una esfera de energía rodeó a los dos pasajeros y, tras un breve destello, desaparecieron sin dejar rastro.

Su padre se quedó a solas en la habitación, acompañado únicamente por la figura holográfica de la unidad cibernética.

—Borra el registro del viaje, que no quede ni una sola indicación del lugar al que han ido.

—Orden ejecutada —respondió TXD-7850.

La calma duró poco. El ruido ensordecedor de una explosión, seguido de numerosos gritos, hizo que su padre saliese a toda prisa de la habitación. Las fuerzas enemigas que asediaban la casa habían conseguido atravesar las defensas.

Trató de regresar al lado de su esposa, pero fue imposible; la batalla se había desplazado al interior de la vivienda. Su padre se encontró atrapado en medio de la lucha encarnizada entre los pocos guerreros Arkontes leales a él que quedaban y las fuerzas comandadas por su propio hermano, que trataban de reducir cualquier clase de resistencia.

Finalmente las armas callaron y dejaron tan solo el silencio de la muerte. Todos los soldados habían perecido; él era el único que quedaba con vida en ese corredor. Se irguió y comenzó a caminar entre los escombros. Se detuvo al ver una silueta vagamente familiar que, rodeada de más hombres, se acercaba altanera.

—¡Mi querido hermano! ¡Me alegra ver que todavía respiras! —exclamó el

causante de toda aquella barbarie.

—Te has vuelto loco, Borsgual. Las ansias de poder te han convertido en un demente asesino.

—Mira, hermanito, no he venido a tu casa para que hagas un diagnóstico sobre mi estado mental —respondió irónicamente.

—No acierto a entender cómo has llegado a convertirte en lo que ahora eres.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer. Sabes muy bien que era necesario que alguien tomase el control de la situación y, como nadie daba un paso al frente, lo hice yo.

—Si crees que el resto de las familias van a seguirte, eres un auténtico necio; ninguna lo hará.

—Oh, claro que sí. Me aceptarán como su único líder y me rendirán pleitesía, como lo vas a hacer tú.

—Ni lo sueñes.

—Deja que te explique: la posición del consejo respecto a la explotación del pétrel es del todo inasumible. Poseemos uno de los bienes más escasos y valiosos del universo y se niegan sistemáticamente a comerciar con él. Podemos extender nuestra área de influencia mucho más allá de nuestras fronteras y aumentar enormemente los beneficios, pero el Consejo de Decisiones siempre se ha negado a la posibilidad de mantener relaciones permanentes y duraderas con otros sistemas estelares. Están obsesionados, creen que vivir aislados, lejos de las confrontaciones, sin que nadie repare en nosotros, hará que permanezcamos seguros. Pero se equivocan; tenemos la tecnología suficiente para defendernos de cualquier ataque. De las quince familias, la nuestra es la más poderosa; nuestro padre, como cabeza de la misma, debería haber asumido el mando desautorizando al maldito consejo y haber tomado las decisiones necesarias para poder empezar a comerciar con el pétrel. Tenía que haber reclamado, para sí y para los nuestros, el derecho legal a ser la máxima autoridad pero,

desgraciadamente, no estaba de acuerdo con mi visión. No quiso escucharme, se empeñaba una y otra vez en perpetuar la anticuada forma de gobernar, insistía en que somos una federación de familias desde nuestra fundación y que todas deben tener su parte en el conjunto de toma de decisiones. ¡Viejo obsoleto y ridículo! Con él al frente, jamás hubiera sido posible la expansión de nuestra civilización. Así que tuve que quitarlo de en medio, fue inevitable. Yo, simplemente, no podía permitir que nos quedásemos estancados, sin colonizar y cosechar los recursos de otros mundos. Hay tanto potencial en nosotros...

—Eres un asesino.

—Bueno, es que no me dejó más remedio. ¿Qué querías que hiciese si no se avenía a razones? —preguntó elevando las manos a modo de interrogante. Hizo una breve pausa y continuó—: En fin, de cualquier manera, eso ahora es agua pasada; lo que importa es qué vas a hacer tú —dijo mirándolo a los ojos—. Quiero que te unas a mí. Claro que seré yo quien lleve la voz cantante, y eso nos lleva a una situación delicada ya que, después de la muerte de padre, te has convertido en su legítimo heredero. Para solucionarlo, he decidido que deberás cederme tus derechos, así tendré un mayor peso legal frente al resto de las casas. Son muchos los cambios que voy a realizar.

—¿Y si no consienten en seguirte en tus planes?

—Bueno, yo quiero llevarme bien con todo el mundo, pero cuando no se puede... no se puede. Aceptarán por las buenas o por las malas.

—No estás en tus cabales, te has vuelto completamente loco.

—Empiezas a repetirme, hermano, y eso me aburre. ¿Te unirás a mí? —preguntó amenazante.

—¡Jamás! No voy a apoyar tu demencia homicida.

—¡Qué lástima! —dijo suspirando—. Tú tampoco me has dejado otra opción. —Sacó una daga y lo apuñaló en el corazón.

Durante unos instantes se quedó observando el cuerpo inerte de su hermano,

que yacía ensangrentado sobre el suelo.

—Acabad con el resto de los habitantes de la casa, que no quede nadie con vida —ordenó a los soldados que lo acompañaban.

Los informes en el registro central indicaban que, después de aquello, las revueltas siguieron extendiéndose por todo el planeta durante meses. Las diferentes familias se atrincheraron en sus dominios a la espera de la inevitable confrontación. Su tío Borsgual estaba sediento de poder y de sangre, no se detendría ante nada. La guerra acababa de comenzar y todo parecía indicar que sería larga y feroz. Pero no fue así: todo acabó en un día.

Reunidos en el salón principal de la casa Sértara se encontraba Borsgual junto con dos de sus hijos. También lo acompañaban sus tres lugartenientes; dos eran Shujmes y el otro, Arkonte.

—Es increíble. No entiendo cómo la gente puede ser tan insensata; ¿es que no se dan cuenta de que la mejor opción es que yo gobierne? ¡De hecho, es la única que tienen!

—Padre, las otras familias no están de acuerdo, quieren mantener su independencia.

—Pero ¡no deben!, ¡no pueden! —gritó con la muerte tiñendo su mirada—. ¡Solo yo soy capaz de regir este planeta! ¡Y después de mí, los de mi sangre! ¡Nuestra estirpe marcará la diferencia! ¡Ahora y para siempre!

—Padre, ¿estás seguro de esto?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, no me han dejado otra opción.

Pulsó sobre su muñeca haciendo que se iluminase el brazalete que llevaba implantado bajo la piel. Poseía un arma definitiva de cuya existencia ninguno de sus rivales tenía conocimiento.

—¿Mis órdenes se cumplieron al pie de la letra? —inquirió de los dos lugartenientes Shujmes.

—Sí, mi señor —respondió el de nombre Gártol. Acompañó su aseveración

con una inclinación de cabeza.

—¿Qué órdenes, mi señor?, si se me permite preguntar. —Quiso saber su tercer lugarteniente, un experimentado comandante Arkonte. Estaba al cargo de cumplir con el mandato de aislar, sitiar y atacar las diferentes edificaciones de las familias rivales. Creía estar al tanto de todas las disposiciones de su señor, pero desconocía por completo a qué se estaban refiriendo.

—No tienes por qué conocer todas mis decisiones —le contestó cortante Borsgual.

—Por supuesto, mi señor. —Inclinó la cabeza sumiso.

—Las acatarás sin rechistar, como hasta ahora. ¿Queda claro?

—Sí, mi señor —repitió.

Borsgual volvió a dirigirse a Gártol.

—Entonces, ¿lo habéis hecho tal y como os dije?

—Sí, mi señor. Siguiendo las instrucciones, antes de que todo comenzase, se suministró la sustancia a todos vuestros posibles opositores, incluidos los miembros de sus familias. Lo hicimos en secreto, introduciéndola en los alimentos, tal y como ordenasteis. Así que todos los Constructores, Shujmes, Arkontes o Traukos que vivan en esas casas dinásticas, han sido contaminados. Han quedado limpios los Arkontes que habitan en Ciudad Bastión ya que, como bien prevéis, serán necesarios para la defensa exterior del planeta; los Shujmes que viven en Ciudad Central, que seguirán siendo vuestros más humildes siervos; los Traukos que viven en las zonas de trabajo; y, por supuesto, cualquiera que os haya jurado lealtad.

—Les di la oportunidad de que se pusieran de mi parte, pero no quisieron, así que ahora comenzará una nueva era y todo aquel que no esté de acuerdo con nosotros será borrado de la existencia.

A continuación, introdujo en el dispositivo de su muñeca el código alfanumérico que solo él conocía y activaba la sustancia. Esta estaba compuesta

por diminutas partículas que durante semanas habían viajado por el flujo sanguíneo de sus anfitriones hasta llegar al corazón quedándose allí adherida, esperando el momento de actuar.

Cientos de miles de personas sufrieron a la vez un repentino paro cardíaco. La guerra había acabado.

En el gran salón de la casa Sértara, solo los dos lugartenientes Shujmes permanecían en pie. Tanto el comandante Arkonte como los dos hijos de Borsgual estaban tendidos en el suelo.

El propio Borsgual, que todavía respiraba, se agarraba con fuerza el pecho, aferrándose a los pocos instantes de vida que le quedaban, con la incredulidad pintada en los ojos. Gártol, el lugarteniente Shujme, se acercó hasta él.

—Hoy se acaba el dominio de los Constructores. Los Shujmes ya no tendremos un amo que pise nuestra cerviz, al que tengamos que obedecer y servir. ¡Nunca más! ¡Ahora sí que comienza una nueva era!

Johana se estremeció al contemplar aquellos sucesos acaecidos hacía nueve mil años, la muerte de tantas personas en un breve instante de tiempo.

Su tío Borsgual había sido un loco demente, un asesino de masas, culpable de la muerte de sus padres. No podía sentir lástima por él; se merecía todo lo que le había ocurrido. Pero aquella conspiración Shujme también había acabado con la vida de seres inocentes. Todo Trauko, Arkonte o Constructor perteneciente a la casa Sértara había muerto por culpa de aquellos dos lugartenientes.

Los dos traidores debieron quedarse perplejos cuando se dieron cuenta de que ciertas partes del planeta cesaron de funcionar en el mismo instante en que los Constructores dejaron de respirar. Si no había ninguno viviendo allí, el Sistema Central actuó con pura lógica y, simplemente, desconectó todos los servicios destinados a su uso. Por supuesto, tampoco habían entendido que eran incapaces de comunicarse con el sistema cibernético del planeta sin la presencia de sus amos; algo indispensable para la supervivencia de su mundo.

No fue hasta mucho más tarde que descubrieron, en el registro central, la

existencia de un último Constructor con vida, un heredero. Necesitaban que regresara para hacer que todo volviese a funcionar correctamente y que su mundo no colapsara. Así que dieron comienzo a la búsqueda y se inventaron una historia conveniente para lograr la colaboración de los Arkontes.

Seguramente, al igual que había ocurrido con las leyendas transmitidas entre los Traukos, el relato auténtico de lo que verdaderamente ocurrió fue pasando como un secreto de padres a hijos entre la clase dominante Shujme.

Johana investigó la genealogía de la dama Sheila y también la del resto del consejo; efectivamente, tanto ella como otros dos miembros más, eran descendientes directos de Gártol. El caballero Daharsy, por su parte, descendía del segundo lugarteniente cuyo nombre era Lartus.

Pensando en todo lo que sus antepasados habían hecho para librarse de los Constructores, era evidente que, ahora, milenios después, ellos no iban a permitir que una nueva saga retomase el poder. Pero sabían que necesitaban de uno para volver a poner en marcha las funciones planetarias. «¿Entonces?», se preguntó Johana.

Revisó de nuevo los registros del Sistema Central, repasó todos los informes y estudios en los que había participado la dama Sheila. Encontró un expediente sobre manipulación de ADN.

Al parecer, las investigaciones estaban muy avanzadas. Habían conseguido identificar los genes clave que permitían el control del sistema cibernético del planeta. El único problema era que solo contaban con los registros del genoma Constructor, no con auténtico material genético, y necesitaban verdadero ADN para aislar dichos genes y lograr la clonación de los mismos en individuos de otros clanes, los cuales, evidentemente, serían únicamente Shujmes.

Tan solo necesitaban un sujeto Constructor que les permitiese realizar todos estos experimentos y abrir así las puertas del Sistema Central. Claro está, el individuo en cuestión no tenía que estar necesariamente vivo; su cadáver les valía lo mismo.

Si la hubiesen matado en la Tierra, habrían traído su cuerpo de vuelta y alcanzado así su objetivo. Pero las cosas no salieron como esperaban; el comando Arkonte enviado para traerla consiguió que llegase sana y salva hasta Larkshama, y tuvieron que cambiar sus planes. Necesitaban convencer a los Arkontes de que no era la Constructora y debían hacerlo sin levantar sospechas. Entonces, la insignificante mujer terrestre les sería entregada y, una vez en su poder, podrían hacer con ella lo que quisieran. La mantendrían con vida mientras les fuese útil y después sufriría un desafortunado accidente.

Lo hubiesen conseguido si Erik no se hubiese vuelto a interponer casándose con ella y convirtiéndola en uno más de los suyos; esto había hecho que los acontecimientos se precipitasen. No podían permitir que ella engendrara un descendiente y, cuanto más tiempo permaneciese fuera de su control, más posibilidades existían de que se descubriese quién era ella en realidad.

Estaban preparados para la guerra, así que comenzaron una, seguros de que la ganarían. Entrarían en Ciudad Bastión y se llevarían a la Constructora.

También aquí se equivocaron.

Capítulo XVIII

Ahora, que su legítima dueña había regresado, la casa Sértara en Ciudad Esplendor fue abierta de nuevo.

Tardaron un mes en encontrar a los traidores huidos, pero finalmente los hallaron y los trajeron de vuelta.

El juicio tuvo lugar en el salón principal. Por supuesto, la expectación que levantó fue enorme y un gran número de personas provenientes de todos los clanes concurren a la vista.

Entre los presentes se encontraba la familia de Erik. Todos los miembros de la casa Kerr estaban allí, incluida Sigrid y, a su lado, Reidar, dando clara muestra de su reciente compromiso. Dados los últimos acontecimientos, nadie había puesto ningún tipo de objeción a la unión de los dos jóvenes.

Danko, completamente recuperado de sus heridas, también se hallaba en la sala. En cuanto Logan lo vio, fue a saludarlo, preguntó por Sean, ya que no lo había distinguido entre el resto de asistentes.

—Sigue dentro de la esfera sanadora. Los daños internos eran más serios de lo que se había pensado en un primer momento y todavía necesitará una par de días más para recuperarse del todo —le explicó.

Marcus acudió junto con Kia. Ahora su aspecto era distinto: vestía un elegante atuendo y parecía mucho más seguro de sí mismo. Después de lo sucedido, el clan Shujme estaba sumido en el caos, así que Johana le había nombrado su enlace personal para que volviese a organizarlo. De primeras, la responsabilidad le pareció enorme, pero Kia acudió en su ayuda. Los dos juntos hacían un equipo magnífico y, poco a poco, las cosas volvían a su curso.

También estaba allí una numerosa delegación Trauka. Johana había asegurado al consejo que solucionaría los problemas que sufrían en las minas y, de hecho, las cosas ya habían comenzado a mejorar.

Los padres de Kia no quisieron perderse la oportunidad de asistir al juicio y, como ahora su situación económica era mucho mejor, pudieron costearse el viaje hasta allí. Los dos estaban un poco cohibidos en medio de tanta opulencia; no así la abuela de la joven, que se había recuperado por completo de su enfermedad y lucía una radiante sonrisa mientras se paseaba con la mayor naturalidad del mundo por los impresionantes salones Constructores, como si lo hubiese estado haciendo toda su vida.

Durante la causa, las tramas urdidas salieron a la luz. Uno por uno, todos los responsables fueron descubiertos en sus tejemanejes y condenados. Quedó demostrado, sin lugar a dudas, la autoría de los hechos. Además de la investigación llevada a cabo por la inteligencia Arkonte, los documentos gráficos guardados en el Sistema Central aportaron pruebas evidentes que incriminaban a los culpables.

En la conspiración habían tomado parte los cinco miembros del consejo Shujme, así como tres de sus generales. La máxima responsable y cabecilla del grupo había sido la dama Sheila; fue ella la que había ordenado la muerte de la Constructora cuando todavía estaba en el planeta Tierra.

Las grabaciones registradas fueron realmente útiles para esclarecer los acontecimientos. Las reuniones y las conversaciones mantenidas quedaron expuestas delante de la sala. Todos los asistentes pudieron ser testigos de la conspiración llevada a cabo por los traidores.

Entre los acusados también estaba el Tecnosuperior a quien se le había encomendado la tarea de amañar la ceremonia de confirmación; fue él quien había suministrado la información necesaria para perpetrar el atentado contra la última de los señores de Larkshama antes de que pudiese ser trasladada allí. Como máximo responsable del departamento de análisis, estaba al tanto de los exámenes y resultados de las pruebas de ADN, así que facilitó los datos sobre el

buscador Arkonte, Erik, y sobre el momento en que realizaría el contacto con la Constructora.

Respecto al intento de asesinato del técnico de análisis Marcus y el consiguiente fallecimiento del técnico de análisis Webster, el Tecnosuperior fue hallado también culpable, ya que se demostró que había sido él quien había dado las órdenes oportunas para que se llevase a cabo.

No solo los autores intelectuales de los delitos fueron juzgados; los individuos ejecutores materiales de los hechos también fueron identificados y condenados.

Johana decidió que la pena por aquella traición fuese el destierro. Cada uno tendría que ser llevado a un planeta distinto, en una época en la que no existiese ningún tipo de tecnología, y dejarlo abandonado allí, despojado de cualquier bien.

Tuvieron solo billete de ida; jamás podrían regresar. Hasta el día de su muerte, vivirían sabiéndose despreciados, aislados de su gente y de su civilización.

Ciudad Esplendor, poco a poco, volvía a la vida. Numerosas personas iban de aquí para allá trabajando a medida que el Sistema Central abría salas y edificio; recuperando sus antiguos usos. El planeta al completo bullía de actividad.

Johana se encontraba en sus aposentos, en el último piso de uno de los edificios más fastuosos de la ciudad de cristal; desde la balconada de su habitación, miraba hacia afuera, observando las labores que se estaban llevando a cabo.

Erik apareció junto a ella.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—No sé si voy a ser capaz de dirigir todo esto. Creo que me viene grande —respondió ella.

—No te preocupes —dijo mientras se apoyaba en la barandilla y miraba hacia abajo—, seguro que puedes. Tú solo tienes que decir al Sistema Central cómo quieres que se hagan las cosas y darle los permisos necesarios para que lo realice.

—Ya —contestó no muy convencida.

—Y yo estoy contigo para ayudarte. Lo sabes, ¿no?

Johana sonrió agradecida.

—Sí, lo sé.

Se quedó unos segundos callada, mirándolo. Erik notó sus ojos clavados en él.

—¿Qué más te inquieta?

—No sé qué te parecen a ti estos cambios: venir a vivir a Ciudad Esplendor, dejar la casa familiar Kerr, todo lo que está sucediendo...

Erik echó un vistazo a su alrededor.

—Bueno, he de admitir que no va a ser fácil vivir en medio de todo este lujo Constructor y con una mujer preciosa a mi lado. Pero supongo que me acostumbraré. Sí, creo que podré soportarlo —dijo acercándose a ella. Se inclinó y la besó en la boca.

Johana sonrió. Notar sus labios, su calor... hizo que una sensación de placer recorriese todo su cuerpo. Sus fuertes brazos seguían rodeándola. Se puso de puntillas y tiró de él para que volviese a besarla. Sí, ella también se acostumbraría a aquello, sin duda.

Epílogo

—Doctor Wells, ¡venga enseguida! Los de la ambulancia acaban de traernos un bebé.

—¿Dónde está?

—La enfermera Martha está con él en el box 1.

El pediatra apartó la cortina y observó a la pequeña criatura quien, en cuanto lo vio, le echó la más radiante de las sonrisas.

—Bueno, bueno, pero qué cosa más bonita tenemos aquí —dijo con voz cariñosa el médico.

El bebé respondió con un gorgorito y otra sonrisa, dando pequeñas pataditas al aire.

El pediatra comenzó con el examen. Al cabo de unos minutos, dijo a la enfermera que tenía al lado:

—Su peso es bueno y su salud también. ¿Por qué la han traído?

—Al parecer la han encontrado en el parque de la ciudad dentro de un cochecito. Había un hombre sentado en un banco a su lado, pero había fallecido. Creen que ha podido ser un ataque al corazón.

—Qué desgracia. ¿Era su padre?

—No se sabe, no encontraron ninguna documentación en los bolsillos. La policía ha abierto una investigación; esperemos que encuentren a la familia de esta pequeña. De momento la han traído al hospital para que se le haga una revisión y ver si se encuentra bien. Mañana se harán cargo los de asuntos sociales.

—Pobre pequeña —dijo mirando a la sonriente bebita.

—Sí, es una lástima. Espero que encuentren a alguien que pueda ocuparse de ella. Pero bueno, de cualquier manera, hay que rellenar el informe. ¿Qué nombre ponemos en su ficha, doctor?

—¿Qué te parece «Johana»?

—Suena bien.

—Pues Johana, entonces.

Si te ha gustado

Planeta Máquina

te recomendamos comenzar a leer

Cómo hacer que un conde se arrodille

de *Eleanor Rigby*



Prólogo

Londres, 1870

El hedor a muerte perfilaba los rincones de la estancia como una angustiada premonición, pero ni la aparición divina de todos sus santos podría haber tentado a Abigail a salir de allí. Todo en su actitud apuntaba a que pasaría el resto de su vida arrodillada frente a la cama de su madre, especialmente si ese era el requisito para mantenerla consciente. Lady Stratford agonizaba, esclava de altas fiebres que la mecían en el limbo. Entretanto, la hija adolescente podía aprovechar sus momentos de lucidez para confiar en la utopía de su recuperación.

—Abby, mi corazón. Tienes que escucharme.

Abigail se llevó la mano de su madre al corazón. El pensamiento de cuánto le gustaría poder transmitirle el latir vital de sus órganos, cederle la vida a cambio de nada, la consumía lentamente.

—Abby, mi Abby... —repetía—. Sabes que este es nuestro último rato juntas, ¿verdad? Sabes que... Sabes que te quiero y que eres mi mayor recompensa en la vida. Mi golpe de suerte.

—Yo también te quiero. Por eso no puedes irte —añadió rápidamente—. Preferiría morir a quedarme sin ti.

—No digas esas cosas —gimoteó, estrechando con fuerza sus manos—. Yo no soy ni seré nunca un motivo por el que merezca la pena morir... Aunque no haya nada más bonito que irse amando. Y es de eso justamente de lo que quiero hablarte.

Lady Stratford sonrió y alargó una mano para acariciarle la mejilla. Había un ángel cautivo en su gesto de pura bondad, y el corazón del fuego renacido bailaba en sus ojos claros. Para Abby, era la mujer más bella del orbe pese a su estado. Si algo le consolaba, era que como criatura celeste, el Cielo la recibiría con los brazos abiertos.

—Escúchame bien, Abigail... Aún no conoces el mundo, y Dios sabe que nunca estarás preparada para su crueldad. Creo firmemente que nadie lo está. Pero cuando salgas a la luz, cuando te presenten en sociedad, cuando decidas casarte o cuando simplemente interactúes con el resto... No te asustes y sé valiente. Te van a hacer daño, ¿me entiendes? Muy pocos ahí fueran tienen tu buen corazón, y rara vez actúan movidos por el bien común. Saldrás herida en incontables ocasiones porque las personas como tú nunca llegan a entender la maldad ajena, del mismo modo que ellos tampoco comprenderán tu magnanimidad, y a menudo querrán destruirla, o apropiarse de ella... Por eso quiero que me prometas que te protegerás y serás fuerte y, al mismo tiempo, no dejarás que nadie te quite lo que te pertenece: tu esencia. No le des a nadie la oportunidad de destruir quien eres. Y si te destruyen, mi dulce Abby... Si se les ocurre intentarlo... Renace. Renace siendo quien eres o una mejor versión de ti misma, pero jamás te amoldes a lo que ellos establecen, porque siempre habrá alguien que valore así. Alguien que te querrá tal y como eres, que amará cómo te muestras, que se desesperará por extraer el dolor de tu alma...

—Y esa eres tú —sollozó Abby—. Solo tú... Ni siquiera padre...

—No pienses en él ahora, y deja que...

Una tos ronca y violenta se apoderó de lady Stratford. Se cubrió la boca con el fino pañuelo bordado que no había soltado en días, en el que aún relucían los lamparones de sangre seca. Tras recomponerse, separó con dificultad el broche de la cadena que llevaba al cuello. Del cordel de plata pendía una minúscula lágrima de un material humilde, cuya esquina apuntaba hacia arriba. La observó con seriedad unos segundos, hasta que se la tendió a Abigail con aire solemne.

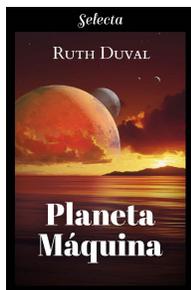
—Esto es quien eres, mi amor. Y eres también lo que le falta. —Señaló la esquina de la piedra—. Esto es lo que me queda por decirte.

»Solamente *tú* decides a dónde perteneces. No hay nada escrito sobre ello, por mucho que hayan intentado inculcartelo. Ni tu marido es tu dueño, ni tu madre, ni tu padre, ni esta casa hace tu hogar. Cuando llegue ese momento en el que necesites echar raíces, has de dejar que sea tu corazón quien decida, no

ninguna condición o rutina previa. El hogar no viene establecido —sonrió, trémula—. Tú lo creas.

»Elige o crea uno perfecto para ti, Abby.

Planeta Máquina



El tiempo se agota. Es vital encontrar al último de los Constructores y Erik de Kerr, el mejor buscador Arkonte de su generación, lo ha conseguido.

Ha hallado al único descendiente de la mítica raza que fundó su civilización, aquel que tiene la clave para detener el colapso de su mundo. Su misión es llevarlo de vuelta.

Lealtad, honor, valor; ese es el credo del intrépido guerrero y nada conseguirá apartarlo de su cometido. Aunque para ello tenga que hacer frente a temibles enemigos, pues no todos desean que el orden original sea restablecido.

Mientras tanto, en el área de urgencias del Hospital Saint James, Johana inicia su jornada laboral convencida de que va a ser un día como cualquier otro... pero se equivoca. Erik se cruzará en su camino y nada volverá a ser lo mismo.

Ruth Duval. Nací en Navarra en 1976. Al poco tiempo, mi familia se trasladó a Bilbao, ciudad en la que cursé estudios de música y de Secretariado de Dirección. A lo largo de estos años, he desarrollado mi carrera profesional dentro del área financiera. Ya desde muy joven la lectura se convirtió en una de mis aficiones favoritas. Me encantaban las novelas de aventuras, sobre todo las de crimen y misterio. Cuando tenía diecisiete años, me hice, casi por casualidad, con *El secreto*, de Julie Garwood. Una puerta nueva se abrió ante mis ojos. Descubrí lo que era leer romántica, y me encantó. Años después decidí ponerme a escribir. Poner negro sobre blanco las aventuras de mi imaginación, acompañar a los personajes en cada uno de sus viajes... era fantásticamente entretenido y, he de confesar, adictivo.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Ruth Duval

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-14-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

[1] Juego terminado.

Índice

Planeta Máquina

Capítulo I

Año 1 de la partida, día 1

Capítulo II

Año 1 de la partida, día 14

Capítulo III

Año 1 de la partida, día 30

Capítulo IV

Año 85 de la partida, día 254

Capítulo V

Año 355 de la partida, día 147

Capítulo VI

Año 355 del éxodo, día 150

Capítulo VII

Año 355 de la partida, día 223

Capítulo VIII

Año 4020 de la partida, día 23

Capítulo IX

Año 6810 de la partida, día 168

Capítulo X

Año 6810 de la partida, día 300

Capítulo XI

Año 15330 de la partida, día 56

Capítulo XII

Año 15330 de la partida, día 79

Capítulo XIII

Año 15330 de la partida, día 180

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Ruth Duval

Créditos